



9 meses
y
7 días



Gloria Plaza Medina

9 MESES Y 7 DIAS

Gloria Plaza Medina

© 2014 Gloria Plaza Medina

© 2014 Leticia Tomás Sáenz de Tejada, diseño de portada

ISBN-13: 978-84-617-0482-8

ISBN-10: 84-617-0482-7

A mis hijos

ÍNDICE

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPITULO 4](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[CAPITULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[CAPÍTULO 61](#)

[CAPÍTULO 62](#)

[CAPÍTULO 63](#)

[CAPÍTULO 64](#)

[CAPÍTULO 65](#)

CAPÍTULO 66

Capítulo 1

Nunca pensé que esto fuera a ocurrir así. No sé, yo siempre lo había imaginado más romántico, especial...un momento íntimo entre mi pareja y yo. Sí, eso imaginaba yo, y sin embargo...Aquí estamos Chari, Elena y yo. Encerradas en el minúsculo cuarto de baño de mi recién estrenado pisito de soltera. Yo sentada en la bañera, fumando. Chari de pie, al lado del lavabo, y Elena apoyada en la puerta. Las tres mirando el aparatito este y al reloj.

“Un minuto, ha pasado un minuto”, oigo. Yo estoy que muerdo. “Tranquila, por ahora yo sólo veo una raya”, dice una voz. No sé. Un silencio. Es muy largo el silencio. Yo no miro. No puedo mirar. Pero las veo a ellas y con ver sus caras lo veo todo.

—Da positivo, ¿verdad?— me atrevo finalmente a preguntar.

— Míralo tú— me dice Chari dando dos pasos para atrás como para hacerme sitio.

Me levanto y miro. Lo que imaginaba. Dos rayas. Pero ¿cómo?

Sí, claro, efectivamente, se trataba de un test de embarazo. ¿Se sigue llamando la prueba de la ranita? No lo sé. Ni me importa. Me cago en la puta rana. Además ¿Qué tendrá que ver una rana con esto de cagarla? Porque no creo yo que la cosa sea como para dar saltos de alegría. Vamos, al menos en mi caso. De las otras no hablo, aunque quisiera.

En fin (suspiro) El tema es que este cacharro de apariencia inocente acababa de demostrar que efectivamente esta vez sí que la había liado buena.

A partir de aquí sabía que mi vida ya nunca sería la misma. ¿De veras? De veras. Algo iba a cambiar y eso lo sentía yo en lo más íntimo de mis interioridades.

Arrojé el cigarrillo al retrete y tiré de la cadena.

— ¿Qué vas a hacer? Esta era Elena. Ella siempre era así y sabía que no me iba a permitir ni vaguedades, ni lloriqueos, ni quejas. No, eso con

ella no servía. Ella era de las de “apechuga con las consecuencias y busca una solución”. Todo lo contrario que Chari que por ahora callaba.

— ¿Que qué voy a hacer? Mira Elena me gustaría poder contestarte a eso pero en este momento... ¡No lo sé!— exclamé extendiendo las manos— Lo único que sé es que no quiero que esto salga de aquí. Vosotras sois como tumbas ¿vale? Y las que sí deberíamos salir de aquí somos nosotras o nos quedaremos sin oxígeno y tendrán que venir a rescatarnos, resultando todo mucho más patético de lo que ya de por si es.

Así que en muda procesión, nos dirigimos hacia la cocina. Allí entre patatas fritas, olivas, y trozos de chocolate negro decidí que iba a tener ese niño.

— Pero ¿tú estás segura?— fue lo primero que tuve que oír. Sabía que me lo preguntarían tantas veces que ya desde ese momento comencé a elaborar mi defensa.

— ¿Por qué no?— repliqué— Ya tenemos una edad, además yo tengo un trabajo fijo, mi pisito recién comprado y este niño tiene un padre

conocido que actualmente se hace llamar novio mío y que, y que...

No lo pude evitar. Ya estaban ahí las lágrimas. Aun así y a través de ellas conseguí terminar mi frase.

—...y que seguramente querrá hacerse cargo de él.

A pesar de mi evidente disgusto Chari no estaba dispuesta a dejar de dar su opinión.

—Si tú lo dices.

Su tono de voz no dejaba lugar a dudas, era irónico perdido y tuvo el efecto de cortar en seco mis lamentos.

—Sí, Chari lo digo—le contesté mientras con un clínex me limpiaba la cara.

—Vale, Paula, tranquila. Ahora déjame hablar a mí.

—No, Elena, ¡por favor!—le supliqué pues sabía que analizaría la situación de tal manera que solo me dejaría lugar para la duda, y eso era lo que menos necesitaba en esos momentos.

— Déjame, escúchame. Luego haces lo que te plazca. ¿De acuerdo?— su larga melena acompañaba sus palabras y por un momento estuve tentada de quedarme absorta en ella, en su vaivén rítmico, escondida en su negra espesura, allí donde no pudieran llegarme sus palabras aunque las oyera. Sin embargo decidí ser valiente y mirándola fijamente a los ojos, a esos ojos oscuros, serios y graves, me preparé para su exposición. Así que muy a mi pesar asentí con la cabeza como dándole pie.

— Vale que tienes una edad— comenzó entonces ella— pero eso no es ni motivo ni razón para tener un hijo, además—añadió— tú nunca habías manifestado mucho entusiasmo por el tema maternal. Sigo, el pisito vale; pero hay que pagarlo. Un trabajo, sí, que no te gusta, con un horario leonino y con un jefe al que no veo yo como artífice de la conciliación familiar y laboral.

— ¡Ja! Ya te veo dando el pecho frente al ordenador.

Chari era así. Inoportuna. Elena, por supuesto, hizo

caso omiso de ella y siguió hablando.

— Y un novio dices, que en este momento está en el Aconcagua por decir algo, y que padece el síndrome de Peter Pan o algo parecido. No te estoy animando a abortar, tú sabes, sólo te estoy diciendo que te lo pienses porque traer un niño al mundo es algo muy serio.

— Muy negro me lo pintas— fue mi único comentario.

— Es mejor verlo negro para que luego sea gris.

— “Tenés” razón— concluí.

— ¡Oh! No hables en argentino, no tiene gracia.

— A mí me lo vas a decir— le dije— Pero necesito reír, cambiar de tema... ¿por qué no vamos al cine?

— ¿Te acabas de enterar de que estás embarazada y lo único que se te ocurre es ir al cine?

— ¿Y dónde quieres que vaya? ¿A la maternidad? Por favor, necesito un poco de aire, de...de distancia.

Y era cierto, distancia era la palabra. Quería poner mi mente en piloto automático; que otros pensaran por mí, vivieran por mí, actuaran por mí, e ingenuamente pensé que delante de una pantalla de cine conseguiría mi propósito.

Me hicieron caso y me acompañaron al cine, donde yo muy optimista me senté con mi paquetón de palomitas dispuesta a dejarme atrapar por la historia que se desarrollaría delante de mis narices, olvidándome al menos durante 90 minutos de la que se desarrollaba en mi cabeza. Pero... ¿os soy sincera? Fui incapaz de concentrarme en la película. ¿Cómo había podido ser tan tonta? No, la película no se titulaba así, era yo la que una y otra vez me repetía semejante pregunta mientras ignoraba olímpicamente lo que ocurría delante de mis narices...

Así que me deje llevar. Una vez una empieza a darle al coco, es imparable, y encima sueles acabar pensando aquello que precisamente no quieres pensar, como si una fuerza invisible te

llevara por el camino equivocado, ese en el que sabes tropezaras una y otra vez. ¡Ah! pero te da igual, el regodeo es lo que tiene llegando a alcanzar la categoría de vicio. Fue por ello que casi al instante ya estaba dándole vueltas compulsivamente a todo lo que Elena me acababa de decir. Sí, yo ya sabía que tenía un piso que pagar y un trabajo que no me gustaba. Ya sabía que tenía un jefe que tan pronto se enterara del asunto fingiría ser una figura paternal y que luego a mis espaldas se abalanzaría sobre el Convenio, el Estatuto de los Trabajadores y demás, buscando la manera menos onerosa de despedirme. Y por último sabía cómo era Pablo, y sabía que siempre andaba por ahí, lo más cerca en Australia, y que a veces era pelín inmaduro. Pero lo que se le había escapado a Elena era que él además de eso era un imprevisible. ¿Habría algún nombre para ese complejo? ¿Imprevisibilitis? Suspiré.

— ¡Chist! Se te oye pensar— siseó Chari a mi lado.

— Perdona, pero no...— la miré como si no

supiera que hacia ella allí, bueno casi como si no la conociera, tan absorta en mi runrún estaba. Pero era la Chari de siempre, flaca, patilarga, y con su pelo corto despeinado. La misma Chari que ahora me ponía una mano sobre el hombro y me susurraba que estuviera tranquila, que todo iría bien.

Sin embargo esa tranquilidad de la que ella me hablaba duró un segundo. Al instante me volví a ver atrapada por la vorágine que bullía en mi interior. ¿Cómo pretendía que estuviera tranquila? Porque en esos momentos el solo hecho de imaginar la reacción de mi madre me hacía moverme inquieta en mi asiento ¡Si ni siquiera ella sabía que yo salía con alguien! Y ya la estaba viendo, echándose las manos a la cabeza y achacando la culpa de mi “mal” a la falta de una figura paterna estable; es decir, acabaría como siempre despotricando contra mi padre. ¿Y él? ¿Cómo reaccionaría? Supongo que me acariciaría despistadamente la cabeza como cuando tenía tres años y después me recomendaría alguno de sus

últimos descubrimientos en medicina alternativa y natural. ¿Cómo podía entonces estar tranquila?

Ahora lo que sí sabía era que quería seguir adelante con el embarazo y no estaba dispuesta a dejarme desanimar. ¿Sería capaz?—me pregunte mientras cogía un puñado de palomitas.

De repente las luces se encendieron y todo el mundo comenzó a levantarse de sus sillas. ¿Qué pasaba? ¿Un incendio?

— Vamos— dijo Chari.

— ¿Dónde?— pregunté yo asustada.

— Pues a casa, esto se ha acabado.

— ¿Ya?— pregunté alarmada— ¿era un corto?

— No te has enterado de nada ¿verdad?— Chari me miraba comprensiva.

—Verdad. ¿Qué tal era?

— Bien; pero gracias a que era cine y no teatro, al menos te has ahorrado algo de dinero.

— Tienes razón. Aunque si te digo la verdad en el teatro pienso aún mejor que en el cine— ya

íbamos abandonando la sala

Me miró extrañada.

— Pues serán las únicas veces que piensas porque durante el resto de tu vida...mírate.

Intenté replicarle pero al salir a la calle ya había oscurecido y un escalofrío me recorrió el cuerpo. No, no era frío. Era algo indefinido que no supe nombrar aunque creo que llevaba el nombre de responsabilidad, con R mayúscula. Y de nuevo la pregunta ¿Sería capaz?

Capítulo 2

Al día siguiente no quise ver a nadie. Era Domingo y en contra de la creencia de mis amigas acerca de mi ausencia de reflexión fuera de los ámbitos teatrales y cinematográficos quería pensar y pensar. A Chari y a Elena las avisé de mi retiro, ya que tal y como estaban las cosas sabía que intentarían echar mano de todo la parafernalia actual del universo de la comunicación para ponerse en contacto conmigo.

Me retiré y me hice muchas preguntas. Algunas simplemente como entrenamiento de las que mi madre me haría a mí. Tanto fue así que en un momento dado se me vino a la cabeza la canción de José Luis Perales: ¿Y quién es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti? ¿De dónde es? ¿A qué dedica el tiempo libre? Verdaderamente estaba fatal, aunque esa especie de interrogatorio musical me vino bien para reflexionar, así me vi echando marcha atrás y recordando como había comenzado todo con Pablo.

Fue un viernes de carnaval de hace tres años. Yo,

muy a mi pesar había decidido disfrazarme. En buena hora. De bruja. Original ¿no? Bueno, me engañaron. Chari, “que si yo sola no, que si no me abandones en este trance”—me suplicaba. Parecía que se fuera a morir, y a mí cuando me hablan de muerte aunque sea de lejos, caigo. Así fue como finalmente le dije que sí, que vale, pero te ocupas tú, y yo solo haré el ridículo a tu lado. Y ella se ocupó. ¡Vaya si se ocupó! Llevábamos el kit completo de la brujería.

— Y ¿sólo nosotras dos nos vamos a disfrazar?— le pregunté

—.Y más gente Paula, más gente—me contestó.

— ¡Ah, bueno!—respiré aliviada— ¿Dónde están?

— En la calle, bueno, en realidad—titubeó— no los conoces. Quiero decir, son, pues la gente que se disfraza.

A veces no la aguanto. Y esta vez fue una de esas. Aun así ¡allá que nos fuimos! A emborracharnos a todo correr. El ridículo no se puede hacer a palo seco. Fue divertido, sí, nos lo pasamos bien...Lo

que recuerdo. Lo que no olvido es como le conocí a él. Se estaba riendo de nosotras. Bueno, tampoco de nosotras; pero ¡vaya! parecía que le hacíamos gracia. A mí ya desde ese primer momento me encantó; esos ojos expresivos, esos labios que al reír se curvaban hacia arriba, esa forma de mirarme ¡ay!, aunque hice como que no. Pero Chari, mi querida Chari tropezó con él, y se quiso disculpar y ¡claro!, acabamos nosotras, él y sus amigos todos juntos yendo y viniendo de bares y más bares. Sus dos amigos enseguida congeniaron con mi amiga, y llegó un momento en que parecía que todos habían decidido que nosotros dos éramos pareja. ¿Por qué? No lo sé. A veces las cosas ocurren así, como si todo estuviera dispuesto ya desde el principio y a todo el mundo le pareciera bien. Y así fue esta vez.

En un momento dado nos dejaron solos. Yo no sabía qué hacer. Estaba lo suficientemente borracha como para importarme todo un bledo y lo suficientemente borracha como para meter la pata. Así que la metí. Le dije que si se creía que

solo porque los demás nos habían dejado solos yo me iba a enrollar con él que iba listo, y que si se creía que lo tenía fácil conmigo lo llevaba claro. El simplemente sonreía, y a mí su sonrisa me sacaba de quicio. Tiempo después me confesó que él aquel día estaba tan pedo que ni siquiera me oía, pero que yo estaba tan bonita que él no podía por menos que apoyar mi discurso con su sonrisa. Por supuesto que entonces eso yo no lo sabía. ¿Y qué hice? Le di un beso, un bofetón, y salí corriendo, por ese orden. ¡Me gustaba tanto!

Una semana después nos volvimos a ver y antes de que yo pudiera identificarme, pedirle disculpas, o decir alguna chorrada para volverla a cagar, él me agarró y me besó largamente en la boca. Eso me confirmó dos cosas. Una, que besaba tan bien como yo suponía, y dos, que no íbamos tan bien disfrazadas como para no ser reconocidas como Chari creía. ¡Ay! A partir de esa noche nos hicimos inseparables. Bueno, inseparables, inseparables, no. El...él viajaba mucho, y se escaqueaba mucho también. Quiero decir inseparables cuando

estábamos juntos, sí, entonces inseparables.

Pero por lo demás, lo sé, nuestra relación no era lo que se dice una relación estable. Y no sólo por sus viajes, no. A veces era yo la que viéndome tan enganchada a él decidía que no podía ser, y me ponía borde, o desaparecía, o le decía que lo nuestro no iba a funcionar y que mejor si nos separábamos y bla, bla, bla. A veces era él que decía sentirse atado, y se agobiaba y salía con sus amigotes, o me evitaba y no me cogía ni el teléfono, y así, claro, los enfados estaban a la orden del día. Sin embargo, últimamente todo estaba yendo mucho mejor. Yo había dejado de luchar contra lo que sentía. Sabía que era él, y nada más que él. Además, si después de intentar ambos boicotear nuestra relación una y otra vez aún seguíamos ahí, pues había dos posibilidades: o éramos masocas y nos iba la marcha, o lo nuestro no era una tontería y debíamos luchar por mantenerlo.

Y de eso fue de lo que habíamos decidido hablar ese fin de semana en el que yo creo se engendró

todo esto. Esto...mi... ¿Cómo lo llamo? ¿bebé? ¿niño? ¿feto? ¿cigoto? Bueno, “esto” de momento no está mal.

“Esto”, como digo, para mí que vino entonces. Fue un fin de semana maravilloso. Por una vez en mucho tiempo estábamos los dos de acuerdo en querernos. No, no era la primera vez; aunque ¡era tan raro coincidir! Pues esta vez sí, allí los dos, en aquel hotelito rural tan mono, tan solos, con todo el tiempo para nosotros. Hablamos. Hablamos mucho, y yo decidí romper mis barreras, y él rompió las suyas. Y los polvos fueron increíbles. Bueno, eso no era tan extraño porque eso sí que había sido siempre una constante en nuestra relación estuviera ésta en la fase que estuviera.

Ya, sé que no suena muy romántico y que no es ningún pilar sobre el que construir una familia, aunque si he de ser sincera yo diría que precisamente era el sexo lo que nos unía. ¡Claro! Ahora se llevaran las manos a la cabeza. ¿Cómo vas a traer al mundo a un niño a vivir con unos padres emocionalmente inestables y que sólo se

entienden en la cama? Me defiendo. No somos emocionalmente inestables, sino que FINGIMOS serlo porque, si por mi hubiera sido, al segundo día de conocer a mi Pablo ya me hubiera puesto a darle hijos a tutiplén, y él estoy casi segura de que tres cuartos de lo mismo. De ahí que el sexo sea siempre tan bueno, porque somos el uno para el otro. Sin embargo... ¡lo disimulamos tan bien!

¡Ah! Pero aquel fin de semana no hubo disimulo alguno, no, no. Y lo que sí hubo fue un mucho de pasión y un poco de descuido. A ver si no porque estoy yo ahora como estoy, con “esto” que me crece en las entrañas. Y en estos momentos la pregunta ya no era como había llegado yo hasta aquí, porque ya se ve que había sido a trompicones y sin casco. La pregunta que entonces me hacía era hacia delante ¿qué pasará ahora?

Capítulo 3

Decidí hacer una lista. Yo soy muy de listas. Me aclaran la vida aunque luego me la embarullen de nuevo buscando donde he metido las dichas listas. Pero sí, me van las listas y este asunto sin lugar a dudas merecía una. Cogí papel y boli y me puse a ello.

Punto 1: Decírselo al mundo.

Punto 2: Decirle a Chari y a Elena que ya pueden dejar su silencio.

Punto 3: Estudiar mi situación financiera. (Pobre, lo sabía, pero...)

Punto 4: Comprarme esas revistas de Mi Embarazo, Parto Feliz y Qué alegría cuando me dijeron...

Punto 5: Ir al médico, ¡Claro!

Punto 6: Mirar ropa de embarazada. (De momento lo más apetecible de todo)

Punto 7: Empezar a comer sin conocimiento ni cargo de conciencia alguno. (Esto todavía era

mejor).

Punto 8: Dejar de fumar, (¡oh, oh!)

Punto 9: Intentar no engordar en exceso por estas dos últimas medidas. (Bien difícil).

Punto 10: No hacer caso de todos esos comentarios acerca de lo horrible que fueron los partos de las demás. Yo no soy ellas. (¿Tan mal se pasa?)

Punto 11: No empezar a ver mujeres embarazadas por todas partes como si de repente hubiera plaga. (Me han dicho que ocurre).

Punto 12: Pensar nombres. (¿Qué tal Leonor? ¿Y Sofía?)

Punto 13: Depilarme (esto lo tenía que hacer igual y aprovecho esta lista para acordarme).

Vale, y luego estaban los pequeños detalles.

¿Cuándo decirlo? ¿A quién primero? Y ¿cómo?

Esto requería una reunión de urgencia. Rompería mi retiro. Dos mensajes urgentes al móvil de Chari y Elena fueron suficientes para que aparecieran

por mi casa con una pizza bajo el brazo. Una pizza cada una. Glup. Vaya, parecía que el punto 7 de mi lista iba a comenzar a cumplirse incluso sin yo quererlo. Comenzamos a zamparnos las pizzas y entre bocado y bocado fui planteando mis dudas, planes y demás.

— ¿Entonces sigues para adelante?— fue la pregunta de Elena nada más comenzar a hablar.

— Hi— asentí con la boca llena.

— Pero ¿tú estás segura? ¡Si ni siquiera has hablado con el padre!

— Lo sé. Pásame una servilleta. Oh, perdona. Tenía tanta hambre. Te digo que lo sé, pero lo voy a hacer. Para eso nos hemos reunido hoy aquí. Para diseñar la estrategia.

— Tía, esto parece la guerra.

— No, Chari, no es la guerra. Pero no quiero hacer las cosas al buen tun tun como siempre me decís que hago. Esto lo quiero hacer bien.

— Pues has empezado de culo— me interrumpió ella.

— ¡Vale! Lo sé, lo sé. Pero a lo hecho...pecho. Y sí, sí quiero a este niño, y si Pablo me apoya pues maravilloso, y si no...ya me las arreglaré— cogí otro trozo de pizza como si lo que acabara de decir no significara nada.

—Está bien— intervino Elena comprensiva— ya no volveremos a plantear esto. A partir de ahora iremos hacia delante y has de saber que puedes contar con nosotras.

— Lo sé, Ele, lo sé. Bien, he pensado que aún no voy a dar la noticia. Estoy de muy poquito, y he oído que al principio es fácil, eso, perderlo, ya sabéis ¿no?— ¿estaba nerviosa? Sí, sí, nerviosa— Por eso de momento no diré nada. Y ¿sabéis? Queda tan cerca la Navidad que creo lo diré entonces

— ¡Oh! ¡Qué bonito!—exclamó Chari.

—Sí, menudo belén vas a montar—añadió Elena
Sonreí.

— Tú Chari que sé que estás rabiando por contarlo, podrás dejar de ser tumba, ya os avisaré.

— Habrá que decírselo a las demás— señaló rápidamente ella con los ojos chispeantes.

— A su debido tiempo.

— ¿Y a Pablo?

— El primero

— ¿Y a tu jefe? Procura no decírselo en el día de los Inocentes.

— Se intentará.

— A ver, entonces— Elena agitaba la lista ante mis narices— ¿Qué es lo primero que vas a hacer?

—Pues—mire la lista de reajo— Creo que ir al médico, dejar de fumar y...depilarme. ¡Ah! Y comer como una cerda. Anda, pásame otro trozo de pizza.

Capítulo 4

Así que ahora me encontraba en una situación de “impasse”. No sé quién lo estaba pasando peor si yo con este cansancio, desazón, apetito y ganas de fumar, o Chari aguantándose las ganas de cotillearlo todo.

Había ido al médico, a la matrona, y me había pesado, tomado la tensión, e incluso me había calculado para cuando nacería. Sería para primeros de Julio. ¡Era real!

Aun así yo estaba decepcionada. Todos a mi alrededor me seguían tratando igual.

— ¿Qué esperabas?—me preguntó Elena cuando le hice partícipe de mi desilusión— No llevas en la frente un cartel luminoso que diga ¡Pre—ña—da, pre—ña—da!

— Ya, ya lo sé. Pero...es un poco triste ¿no? Lo más importante que me ha ocurrido en la vida y ¡nadie se da cuenta!

— Ya se te notara, no te preocupes, ya se te notara. Y entonces querrás que no se te note.

Mi jefe solo se había dado cuenta de que yo había dejado de fumar.

— Que, ¿ya no tenemos chimenea?— preguntó con su acostumbrada e insoportable ironía.

—Pues no, lo he dejado. —levanté mi vista hacia él dispuesta a replicarle en el mismo tono pero entonces se me ocurrió y yo misma sonreí interiormente al oírme contestar—Con la de veces que usted nos ha insistido en el tiempo que perdemos saliendo a fumar...pues que me ha convencido— me eché para atrás en mi silla— y he decidido que ya estaba bien de minutos perdidos. Si no recuerdo mal veinticinco minutos con cuarenta y seis segundos diarios, nos dijo ¿no? —pregunte con toda la ingenuidad de la que fui capaz.

— Con cuarenta y siete— me corrigió él, más asombrado aún que yo ante mi salida ¿Admirado también? No sé. Quedó callado un momento para finalmente premiarme con uno esos comentarios aprendidos en sus cursos de motivación de equipos.

— Muy bien. Así me gusta. Todos unidos mirando por mí... digo, por la Empresa. Nuestra—farfulló finalmente— De todos.

Yo sonreí. ¡Dios mío! ¡Qué fácil era mentir! Pero mi sonrisa quedó instantáneamente helada en mi boca cuando a mis espaldas tuve que oír el comentario de mi compañero Manuel.

— ¡Por favor!—exclamó por lo bajinis— Me dan ganas de potar. La señorita no quiere perder el tiempo en vicios banales que...

Pero no pude escuchar más pues fue a mí a la que le entraron las ganas de vomitar y salí pitando para el baño. ¡Qué mal, las náuseas! La trampa campá, que diría mi madre. Eso me pasaba por intentar fingir ser quien no era.

Hablando de mi madre. Ella en su ignorancia, claro, estaba encantada. Cada vez que iba a visitarla le abría la nevera y me lanzaba a devorar sinfín, amén de todos los tupperwares con la comida que ella no se comía, siempre a régimen, que me fue colocando sin tener que oír gruñido alguno por mi parte como siempre le ocurría antes.

Sí que hubo un ¿te pasa algo hija? que por un momento pensé se debía a esa intuición que dicen tener las madres y que hace que no se les escape nada. Pero la teoría de la intuición rápidamente fue refutada cuando a esa pregunta le siguió un “Llevas dos semanas sin depilarte” que no hizo sino confirmar lo que yo siempre había pensado: que mi madre solo se percataba de frivolidades, y no de cosas tan trascendentes como el embarazo de su propia hija. Y sí, me tenía que depilar.

Porque ese era otro tema. A Pablo le tenía contento. Desde que me había enterado de mi estado de buena esperanza intentaba no encontrarme con él, y mucho menos en la cama. Razones, muchas. Una de ellas era la del depile, aunque fuera la menor. En realidad me sentía culpable por no contarle lo que pasaba. Además, tampoco el sexo era algo que durante esos días me apeteciera sobremanera, y luego estaban esas historias de que durante los primeros meses de embarazo podía ser peligroso para el feto el mantener relaciones sexuales. Historias que

corrían por ahí sin base científica alguna pero que te hacían imposible el disfrutar de un buen polvo, y que lo único que conseguían era que a la mínima insinuación de mi chico yo me pusiera a la defensiva y le soltara cualquier excusa para no acostarme con él. ¡Con lo fácil que hubiera sido el contárselo todo! ¿Por qué no lo hacía? No sé, quizás en mi interior no me quería enfrentar a su reacción ¿Y si él no me apoyaba? De momento no estaba dispuesta a asumir eso y prefería esperar. ¿Y él? ¿Hasta cuándo podría esperar?

Y así un fin de semana en que quería evitar a Pablo marché a la casa de campo de mi padre. Él también se puso muy contento cuando vio que su niña había dejado de fumar y dormía como un lirón.

— Eso es que estás limpiando tus chacras— me comentó una tarde en que estábamos tranquilamente sentados en el porche.

— ¿Mis quééé?— pregunté asombrada. Luego caí, o creí hacerlo. No papi— le dije— hace tiempo que ya no tomo de eso. La última vez que lo probé

con mahonesa me sentó fatal. Aunque igual fue el huevo de la...

—Creo que no hablamos de lo mismo, hija— me interrumpió entonces él.

— ¡Ah!—me incorporé de mi butaca y me giré hacia él interesada— Yo hablaba de los palitos de cangrejo esos, ¿no les llaman chaka?

Bueno, al final él me explicó lo que eran los chacras y yo le expliqué lo que eran los chakas. Curioso ¿no? El no conocía mis chakas por ser vegetariano, y yo no conocía sus chakras por ser tonta del... ¡Ay! ¡A veces la comunicación era tan difícil entre nosotros! Pero a pesar de este pequeño incidente pasamos el fin de semana en mutua tranquilidad. Tranquilidad que en mi caso sólo se vio perturbada por las dos veces que me tuve que escapar de los perros para comer a escondidas el chorizo que subrepticamente había metido en mi mochila. ¡Tenía tanta hambre! Casi tanta como esos perros. Grr.

Capítulo 5

Así iban pasando mis días; entre engaños, mentiras y palabras no dichas. Estaba ya casi de dos meses y medio y no podía más. Pablo debía saberlo, pues cada vez me sentía más culpable. Después de aquel maravilloso fin de semana en el que acordamos dejar de jugar con nuestra relación, de nuevo yo le evitaba, le ignoraba, y despistaba. No podíamos seguir así, él tenía que saberlo porque si no lo nuestro se iría definitivamente al traste. De súbito lo tuve clarísimo. Se lo tenía que decir y tenía que ser YA.

Le llamé. Comunicaba. Lo intenté de nuevo “no se encuentra disponible en este momento” Y de nuevo “ha sido imposible realizar la conexión” Así una y otra vez. “Tiene que saberlo, tiene que saberlo”— me decía a mí misma. De repente aquello que había podido esperar durante meses ya no podía esperar más, y se me hacía imperativo el comunicar con él. ¡Ah! me voy a su casa y le espero allí, decidí. Era la hora de comer. Tenía mucha hambre, así que me compré un pringoso

bocadillo en el bar de enfrente y cogí el coche camino de su casa.

Cuando llegué tenía todo el volante lleno de mahonesa y kétchup a partes iguales. “¡Dios mío que guarrada!”—pensé, y rápidamente me apresuré a buscar un pañuelo de papel o similar para limpiar todo aquello. Pero ¡la vida! cuando después de sumergirme en las profundidades de mi bolso emergí triunfante con una toallita húmeda entre manos, ante mi vista apareció Pablo subiendo las escaleras que llevaban a su casa. Hasta aquí normal ¿no? Lo que no me pareció tan normal fue el verle acompañado de esa morenaza que yo sabía había entrado a trabajar en su empresa hacía bien poco. El abrió la puerta y le cedió el paso a ella que entró coquetamente en el portal de “mi” novio, no sin antes dedicarle una falsa sonrisa de loba mala.

El bocadillo se me hizo un bolo en el estómago y se me quitaron las ganas de seguir comiendo. Para siempre. Tuve una contracción. Sí, sé que es imposible al segundo mes de embarazo, pero yo la

tuve. También es imposible quedarse preñada con un simple beso de tu novio y una prima de mi madre les coló dicha bola a toda la familia, ya ves tú. Esto era demasiado para mí. Me agarré de nuevo a mi pringoso volante y salí de allí pitando. De nuevo una pregunta rondándome en la cabeza: ¿Pero cómo he podido ser tan tonta?

Aquella tarde no pude ir a trabajar. Alegué descomposición (de pareja) y a través de la línea de teléfono pude intuir la sonrisa de suficiencia de mi compañero Manuel. “¡A la porra!”—me dije colgando antes de que se le ocurriera soltarme cualquier pavada. Esto era grave y de nuevo debía convocar una reunión de urgencia con las que durante este tiempo se habían convertido en mis únicas aliadas.

Antes de llamarlas me surgió la duda ¿Y si también ellas estaban hartas de mí? Al fin y al cabo un día sí y otro también las molestaba con objeto de múltiples tonterías sin importarme en absoluto el estado en que se encontraban ellas, pensando que era yo y sólo yo la que tenía

problemas y lo pasaba mal. ¡Oh! Tenía una crisis de miniego y ya no estaba segura de nada ni de nadie. “¿Qué hago, qué hago, qué hago?” A mi favor jugaba el convencimiento de que un tema “cuernos” era lo suficientemente interesante como para que dejaran todo lo que estuvieran haciendo y acudieran raudas y veloces a criticar, despotricar y despellejar al culpable o culpabla del tema.

¿Cuernos? ¿He dicho cuernos? Las tengo que llamar. Sí, es urgente. ¿Con estas manos aún grasas de mahonesa? Sí, con estas, otros las tienen más limpias y son unos guarros.

Capítulo 6

Y aquí estábamos de nuevo en mi piso las tres. Llegaron ellas como siempre cargadas de pipas y gominolas.

— No, no tengo hambre— les dije— Pañuelos sí, gracias.

¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Me preguntaron intrigadas nada más quitarse los abrigos.

En un momento les puse al corriente de todo: había visto a Pablo entrando en su casa con la morena de administración.

— ¿Yyy?— preguntaron las dos casi a la vez

¡Vaya! Parecía que mi historia les decepcionaba. ¿Qué querían? ¿Sangre?

— ¿Pero no os dais cuenta?— les dije— ¡Pablo me está engañando!

— Engañando, engañando— movió la cabeza Chari— Te recuerdo que en este momento tú no eres la más indicada para hablar de engaños.

— O sea que resulta que ahora estáis de su parte—

no me lo podía creer.

— ¿De qué hablas?— ahora era Elena la que tomaba la palabra— Anda, anda, tranquilízate y piensa. El que le hayas visto entrar con ella en su casa no significa nada.

— ¡Ah! ¿no? Vosotras no visteis la sonrisita de loba que tuve que ver yo.

— A ver Paula si nos aclaramos— Elena comenzaba a hablarme como si yo fuera tonta ¿lo era?— La sonrisita esa es de ella, no de él ¿Tú le has visto a él sonreírle a ella? Eh, ¿tú le has visto?

— No— titubeé— no, a él... sonreír, sonreír no le he visto. Pero hay que tener en cuenta la actitud. Mirad, os cuento, ellos iban por la calle y yo entonces...

De nuevo me lancé a contarles todo lo visto e imaginado (sobre todo esto último) con todo lujo de detalles. Tan absorta estaba en mi disertación que no me di cuenta de cómo Chari había comenzado a hojear una revista mientras que Elena

se había liado a enviar mensajes desde su móvil. Yo hablaba y hablaba sin parar, y cuando por fin terminé, el silencio que siguió se me hizo tan largo que fue cuando finalmente me percaté de que esas dos no me habían estado haciendo ni puto caso. De malas maneras le quite a la una el móvil de las manos y lancé la revista de la otra lo más lejos que pude. Entonces sí, entonces las dos se volvieron hacia mí y me miraron como si nunca me hubieran visto. Yo estaba iracunda.

— ¿Os pensáis que me lo invento?— casi gritaba
— ¿Creéis que el embarazo me está afectando las neuronas? Es eso ¿no? Oh, la pobre Paula— puse voz de falsete— el embarazo no deseado le esta trastornando cuerpo y mente. Ahora cree que su novio la engaña cuando es ella la que ha estado engañándole a él todo este tiempo. Pobrecilla ¿qué será lo próximo?

Chari y Elena al verme así no salían de su asombro y parecían haberse quedado mudas.

Finalmente Elena pudo hablar e intentó tranquilizarme.

— Pero Paula, nadie ha dicho nunca que tú... Lo único que te decimos es que no puedes estar segura de que él esté con esa tía sólo por lo que has visto, y que lo mejor que puedes hacer antes de dar nada por sentado es hablar con él.

— Sí, habla con él. ¡Uy! ¡Cómo me suena eso!

— ¡Ja! ¡Hablar con él! ¡Cómo si fuera tan fácil! Además ¿no erais vosotras las que hace tan solo dos días le considerabais una especie de Peter Pan de viaje siempre al País de Nunca Jamás? Ahora resulta que la inmadura y la que engaña soy yo. Él es Peter Pan y yo soy Pinocho. Sí, y si sigues mintiendo—puse voz de ogro— te crecerá la nariz, ¡Uy no! La nariz no, la barriga, ale. ¡No me fastidies! Pues claro que sé que he de hablar con él. A eso iba cuando...

Sollozos. Abrazos y pañuelos. Agua y chocolate. Un chiste malo. Una sonrisa mezclada con lágrimas. Tranquilidad, al fin.

— Lleváis razón. Ya vale de engañar. Pero ahora no estoy segura de querer contárselo.

— Debes hacerlo. No lo dejes por más tiempo o será mucho peor, y lo único que conseguirás será alejarlo aún más de ti.

Suspiré. Sí, lo sabía, se lo diría. Aunque esta vez nada de visitas sorpresa. Eso se acabó. Ya no quería llevarme más sustos. Y sí, acertáis, también había leído que los sustos durante el primer trimestre del embarazo...

Capítulo 7

Quedé con Pablo el sábado por la tarde.

Finalmente fui a depilarme, me arreglé también el pelo y me puse el mejor vestido que me cabía en el cuerpo. Sí, ya se me notaba algo. Poco, muy poco, pero lo justo para no poder meterme en según qué ropa.

Me miré en el espejo; el pelo después de las últimas mechas presentaba un color pajizo y decidí recogermelo en una coleta baja, el maquillaje que había usado resaltaba el verde de mis ojos, y había usado por primera vez el pintalabios que me regalo Pablo por mi cumpleaños, el vestido era corto y con las medias parecía tuviera las piernas más largas. En conjunto no estaba mal, me dije.

Quería estar guapa y creía estarlo ¿No dicen también que el embarazo nos hace estar más bellas que nunca? No sé, igual lo dicen por consolarnos, para llevar mejor todas esas náuseas, kilos de más, dolores de espalda, incontinencia urinaria, almorranas, estreñimiento, calambres, manchas en la piel... Así tu un día llegas arrastrándote con tu

barriga hasta la cafetería donde has quedado con tus amigas y comentas: “Estoy hecha una mierda”. “Pues yo creo que nunca has estado tan guapa como ahora”—te dice alguien”. “¿De veras?”—preguntas coqueta mientras te miras de reojo en cualquier espejo. “Sí—dice otra voz— el embarazo te está sentando de maravilla” Y un murmullo de asentimiento brota de los labios de todas las demás. ¡Ay! Y de repente olvidas todos tus males, y casi, casi desearías estar embarazada de por vida.

Pero no nos engañemos. Es todo una bola. Es simplemente el instinto de supervivencia que nos hizo a las mujeres mentirosas ante los embarazos de las demás. Porque ¿tú crees que si de verdad una estuviera la hostia de guapa sus amigas se lo iban a decir? Ni de flai o fly. Entonces ¿qué pasa? Pues que durante el embarazo toda envidia se disipa, y ante la vista de una mujer barrigona que se ha de sentar en tres actos y levantarse en cuatro, y que cada tres segundos acude encorvada al retrete y regresa mordiéndose los labios porque

“algo” le escuece, ante esa patética vista, como digo, no puede por menos que aparecer la vena hipócrita que todas llevamos dentro y que se activa como un resorte cuando nos hallamos en manada y aparece una hembra gestante en desgracia.

Esas frases, el ver la carita de nuestros retoños al nacer, y el gustito que da el hacerlos son elementos más que de sobra para que aún no seamos una especie en extinción.

En fin que yo me veía guapa y esperaba impresionar a Pablo con mi belleza. Eso es, me dije, pensamientos y afirmaciones positivas, tipo la ele jai: “Yo estoy preciosa, yo estoy preciosa. Pablo no tiene ningún lío, Pablo no tiene...” Eh, un momento, así no, así no funciona. Hay que hacer las afirmaciones en positivo como me dijo mi padre. “Pablo sólo me quiere a mí, Pablo sólo me quiere a mí”. ¡Qué fácil! ¿no? “Brad Pitt me desea, Brad Pitt me desea”— me repetía mientras me ponía los zapatos. Bueno, tampoco hay que abusar de las afirmaciones, nos pueden llegar a hacer

perder el sentido de la realidad. Mejor sigo con lo mío. Abreviando que tengo prisa “Yo soy estupenda, yo soy estupenda”.

Con esta cantinela llegué hasta el lugar de la cita. ¡Dios mío! Si yo era estupenda, él era superestupendo. ¿Por qué invocaba yo a Brad Pitt si el mío era infinitamente mejor? Estuve por echarme rápidamente en sus brazos, pero el recuerdo de su morena acompañante me hizo recular en mi efusividad y por todo saludo sólo alcancé a emitir un escueto “holaquetal” que recibió por toda respuesta un indefinido movimiento de cabeza.

— ¿Dónde vamos?— preguntó acto seguido mientras se frotaba una mano contra otra.

— No sé— contesté yo.

Ni un “¡quéguapaseteve!” Ni un abrazo de los suyos, ni nada de nada. ¿Y yo? ¿Acaso yo le he dicho lo atractivo que se pone con el frío? No. ¡Ah! pero yo tengo excusa. Él no me ha visto a mi enrollándome con cualquier morenazo. Bueno yo tampoco le he visto a él en semejante tesitura, pero

casi.

—Hace frío ¿verdad?

¡Por favor! Parecíamos dos desconocidos en un ascensor.

— Sí, dicen que va a nevar.

¿Esa había sido yo? ¡Qué petarda!

— Oye Pablo— quería cambiar el rumbo de la conversación— ¿Por qué no vamos tú y yo a algún sitio calentito y hablamos de nuestras cosas? ¡Te tengo que contar tanto!

— ¿Sí?— me miró con curiosidad— ¡Qué casualidad! Yo también tengo cosas para contar. ¡Ah! Ya sé adónde podemos ir.

— ¿Adónde? ¿A tú casa? ¿A la mía?

—Nooo.

¿Qué pasa? ¿Tan raro era que una pareja de novios quisiera ir a la casa de uno de ellos? ¿A qué venía ese nooo?

—Un mexicano— dijo al fin.

— ¿Dónde?— pregunté mirando a mi alrededor.

— Paula, digo que vayamos a un mexicano.

— ¡Ah, qué tonta! Pensé que habías visto a alguien con uno de esos sombreros, ya sabes.

El soltó una carcajada. Para comérselo.

— Qué ¿qué dices?—me preguntó una vez dejó de reír— ¿Vamos? A ti te encantan.

Y ahora. ¿Quién le decía que no? ¿Quién le explicaba ahí, en medio de esa ola de frío que no podía comer picante porque estaba embarazada, de él para más señas, y que mejor nos íbamos a un chino? Yo no. Así que asentí con la cabeza y me fui mentalizando de que aquello no podía haber comenzado peor.

Capítulo 8

Chili. Doble de chili. Extra chili con doble de chili. Chili. ¿Dónde habíamos ido al final, al mexicano o al chino?

— A ver, entonces— me dirigí al camarero— ¿qué es lo que no lleva chili aquí?

— Espere, que voy a preguntar— me contestó.

— Déjelo, déjelo, tráigamelo y punto.

— ¿Ya no te gusta el picante?—preguntó extrañado Pablo.

— Sí, sí, pero es que últimamente estoy muy sensible a...—titubee— a todo— intenté sonreír.

— Entonces— desdobló su servilleta— ¿sigues adelante con eso?

¿Cómo lo sabía? ¡Era maravilloso! ¡El sí que se había dado cuenta!

— Sí, pensaba contártelo hoy mismo— contesté— pero ya veo que...

— Es que se te nota— me interrumpió él— Has ganado un poquito de peso, la piel te resplandece,

estás más...no sé.

— Yo te lo quería contar, de verdad. Pero pensaba que quizás todavía era demasiado pronto. Ya sabes, a veces ocurren cosas que hacen que “esto” no consiga, ejem, afianzarse.

Asintió con la cabeza.

— Tú lo lograrás Paula, y yo...sé que debería estar contigo, apoyándote en estos momentos.

— ¡Oh! Eres tan comprensivo— le tomé la mano.

— No, Paula, por favor. Verás— retiró su mano— sé que lo que te voy a decir ahora no te va a gustar, y que quizás no sea el mejor momento.

— ¿Te han despedido?— pregunté preocupada mientras imágenes de bebés famélicos agarrados a un currusco de pan pasaban por mi cabeza.

— No, no se trata de eso— negó sorprendido—. Verás, tú..., últimamente nosotros,... bueno que— balbuceó.

— Aquí tienen su comida— interrumpió entonces el camarero— Que lo disfruten— añadió.

— ¿Qué? Sigue— le animé mientras me metía un nacho a la boca.

— Que estoy con otra mujer.

¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Aquello picaba a rabiar! y...

— Lo siento—farfullé— Tengo que ir al baño.

“¿Qué ha dicho? ¿Ha dicho que está con otra mujer? ¿Lo ha dicho?”— me preguntaba mientras sacaba la cabeza del retrete. Me voy a desmayar. No, no te desmayes. Seguro que no ha dicho eso y es el picante que me hace oír alucinaciones. ¿Cómo va a decir eso después de confesarme que sabe lo mío?

Volví a la mesa lo más dignamente que pude dada mi situación.

— Perdona Paula. Ves como ya sabía yo que ahora que estás dejando el tabaco no era el mejor momento para...

Ya no pude oír más. ¿Me estaba diciendo que de lo único de lo que él se había dado cuenta era de que yo había dejado de fumar? Yo que por un momento

pensé que como buen metrosexual su sensibilidad le había hecho percatarse de mi estado. ¡Qué equivocada estaba! Eso de la sensibilidad de los “metros” era pura falacia, y lo único que tenían sensible era su ego para lucirlo con unos y otras.

— ¿Qué te pasa? Estás muy pálida— me dijo.

— Y...y ¿cómo quieres que esté?

Nada de llorar, nada de nada. Seamos civilizados.

— Perdona Paula, pero debes reconocer que lo nuestro últimamente no iba nada bien. Tú, tú me evitabas...

¿Se lo digo? ¿No se lo digo? ¿Se lo digo? ¿No se lo digo?

— Claro que no es culpa tuya— continuaba él— El caso es que entre tú y yo ya no había nada. Habíamos pasado a ser simplemente amigos.

No se lo digo.

— ¡¿Amigos?!— exclamé en voz más alta de lo civilizado.

— Cálmate. Ya verás como a la larga me lo

agradesces, cuando encuentres a ese alguien con quien pasar el resto de tus días y ¡quién sabe! quizás formar una familia.

— Perdona.

Volví a salir corriendo hacia el baño. Allí durante diez minutos lloré a gusto mi desgracia. Yo no quería formar una familia con nadie más que con él. ¡Pero si ya la tenía medio formada! Estúpido, asqueroso. ¿Cómo me podía decir eso a mí? Bueno, hice mis tres afirmaciones de crisis frente al espejo y tomando aire volví de nuevo hacia mi mesa.

— ¿Y quién es ella?— le pregunté una vez sentada fingiendo no sentir lo que sentía.

— ¡Qué más da! Bueno sí, vale, es Pamela la de administración.

— ¿Pamela se llama? ¿Cómo Pamela Anderson?

— No, Pamela como Pamela— me contestó incómodo— Y no empieces a pensar que te dejo porque tienes poco pecho como sé que estás pensando. Te delata el subconsciente.

“Te delata el subconsciente, te delata el subconsciente” me burlé íntimamente de él. “Y a ti te delata el semental que llevas dentro”.

— ¿De veras crees que tengo pocas tetas?— fue sin embargo la única imbecilidad que alcancé a decir.

— Anda, déjalo estar— hizo un gesto con la mano

— ¿No te vas a comer nada de eso?

— No, anda, cómetelo tú, que sé que te lo comes todo.

Quería ser agria con él, pero no me salía o me salía mal, allí con tanto picante a mi alrededor.

— Paula, paulita— me dijo entonces cariñoso—
Podremos seguir siendo amigos ¿no?

Esta era la última chorrada que me quedaba por oír. ¿Qué le decía? ¿Qué se contesta a eso? ¡Eh! ¿Qué se contesta? ¿Se le saca la lengua o se le da una hostia al interfecto? ¿Qué le digo? “¡Oh sí! Y mi hijo, que por cierto es tuyo también, te podrá llamar tío. ¡Qué guay! ¿no?”

— Dame un cigarro que me voy a casa— fue lo

que finalmente le contesté.

— Ves, si ya sabía yo que...Cómprate parches, van muy bien. Y espera que ya te llevo yo.

Pero yo ya me había escapado de allí. Y así, entre lágrimas y copos de nieve llegué corriendo hasta mi casa donde aún me esperaba una última sorpresa más.

Capítulo 9

— Abuela ¿qué haces aquí?

Todavía no os he hablado de mi abuela ¿verdad? Es lo que tiene este mundo competitivo y consumista en el que vivimos, que relegamos a nuestros mayores a un segundo plano y no los tenemos en consideración. Yo, sin embargo, pensaba que eso lo hacían los demás. Yo no. Yo nunca olvidaba a mi querida abuela Lola e iba a visitarla a la “resi” con regularidad. De hecho hacía bien poco que había estado allí. Ella fue la única a la que no le hizo ni pizca de gracia el que yo hubiera dejado de fumar. “¿Tú también?” me espetó asombrada cuando al ver su ya conocida maniobra de meter su mano en mi bolso le tuve que confesar el abandono de mi adicción. ¡Oh! Me sentí como Brutus ante César. “Sí—contesté—no...no me sienta bien” “Pues si a ti no te sienta bien, imagínate a mí. Pero— ahora hablaba en voz baja— ya sabes que aquí la dire no nos deja tener cigarrillos. Tú eres mi única excusa. Esas caladitas contigo, hija, ¡me saben tan buenas!”

Como podéis imaginar me faltó el tiempo para salir pitando a comprar un paquete. Cuando volví me lo arrebató de las manos y ansiosamente se encendió uno mientras me ofrecía otro a mí. Rompí mi voto de abstinencia y por primera vez en días volví a disfrutar de la gracia de sentirme intoxicada por la nicotina y el alquitrán. Me supo bueno, lo confieso, aunque sé que a ella le supo aún mejor.

Y ahora de repente, en esta noche aciaga, me la encontraba allí, sentada en el rellano de mi escalera.

— Pero abu ¿qué haces aquí?— volví a repetir mi pregunta mientras ella se levantaba afanosamente.

— Pues que voy a hacer ¡esperarte!

— Ya, ya veo que esperarme. Pero algo habrá pasado para que tú hayas venido hasta aquí a estas horas y sin avisar— le dije mientras con mis dedos entumecidos intentaba meter la llave en la cerradura.

— Sí, sí ha pasado. Me he escapado de la resi.

Me quedé mirándola asombrada. ¿Qué era eso de que se había escapado de la resi? Y... ¿qué había sido de sus zapatos?

— Pero—balbuceé— ¿qué haces descalza?

— Anda, anda— me dio un empujón— no te quedes ahí con cara de tonta y vamos para dentro que te lo explico todo.

— A ver, cuéntame— le animé una vez estuvimos en el salón.

— Nada, no es grave, hija. Me he escapado porque simplemente yo aquello no lo soportaba más. Tú sabes, todo el día con normas y horarios. ¡Ah! ¡Y no te pierdas lo último! Nos querían colocar un chip en la suela del zapato para tenernos siempre localizados.

— ¡!

— Sí, como te lo cuento. Así que yo por si acaso he cogido mis zapatos y los he tirado a un contenedor. ¡Qué me busquen ahora si quieren! No, hija no— negó con la cabeza— A mí no me controla nadie. ¡Vamos hombre! Que yo ya viví una

dictadura, ¿ahora me van a venir con vigilancias y prohibiciones? No, no y no...Por cierto ¿sigues empeñada en dejar de fumar?

— Sí, pero tengo uno aquí.

De mi bolsillo saque arrugado el cigarrillo que Pablo me había dado y que no me había podido fumar ya que la nieve no había hecho sino apagármelo. Me lo quedé mirando antes de pasárselo a mi abuela, y entonces rompí a llorar.

— Oh, mi Paulita, no pensé que lo llevaras tan mal. Si vas a llorar por esto, fúmatelo tú, nena. Yo puedo pasar sin ello. Anda, enciéndetelo.

— No, no es eso abuela. Es que— no me salían las palabras— es de Pablo.

— ¿Cómo dices? Habla más alto mi vida, ya sabes que últimamente ando dura de oído.

— QUE ES DE PABLO—grité. Ella sí que sabía de mi relación con Pablo. En realidad me daba cuenta ahora clarísimamente de que mi relación con ella era diametralmente distinta de la que tenía con mi madre. Mi abuela y yo éramos más como

dos chiquillas que juegan a esconderse de los mayores, y que se cuentan sus chismes mientras hacen que fuman y no se tragan el humo.

— ¿Pablo? Ese es el chico con el que vas ¿no? ¿Qué pasa? ¿Se lo tienes que devolver? Pues menudo tío tacaño.

Intenté sonreír a pesar de las lágrimas.

— No, no es eso— suspiré— Él...él, me ha dejado— ¡Vaya! Parecía que no me entendía— ¡QUE ME HA DEJADO POR OTRA!

Al decirlo en voz alta, y bien alta por cierto, tomé plena conciencia de lo ocurrido. Las lágrimas pasaron a ser sollozo y sin poderlo evitar me eché en brazos de mi abuela.

— Oh, mi vida, no llores, no te preocupes. ¡Será por hombres! Además, y te lo digo por experiencia, aún a mi edad te siguen cortejando, ¿sabes? Sus hormonas no descansan ni parecen envejecer. Ellos sí, ellos...como te diría yo, a veces dan pena, intentando ligar como cuando eran jóvenes y lozanos. Aquello ya no se levanta pero

¡les da igual! El ritual del cortejo lo tienen grabado a fuego, y no perdonan una. ¡Si los vieras! — se reía tontamente ahora ella.

Entonces vi que era el momento. Aquello ya no podía ser ocultado por más tiempo. Tenía que sincerarme con alguien. Esa noche había sido demasiado para mí y ciertamente no podía más.

— Bueno, verás— me separé de su abrazo y me froté los ojos como queriendo borrar mis lágrimas — es que no es solo eso.

Me miró interrogante, y decidí continuar.

— Estoy embarazada— ya está, ya lo había soltado.

— ¿Qué estás qué?

— QUE ESTOY EMBARAZADA.

— No, si ya te había oído, sólo que no daba crédito a...

— Él no lo sabe— le aclaré— Se lo iba a decir cuando él me dijo aquello de la otra mujer. ¡Oh!— agaché la cabeza— Todo me sale mal.

— Paula, Paula, cariño. Has hecho muy bien en ocultárselo— me tomó de las manos— Que nunca un hombre esté contigo por compasión. Tú vales mucho, mi niña, y eres más que capaz de salir adelante tú solita. Mira yo, bien joven me quedé viuda, y ya ves, crié a tu madre y a tu tío. No es que me hayan salido muy bien pero...

Reímos las dos ante su último comentario, más de súbito yo volví a quedar seria.

— Me siento tan sola abuela.

— No te preocupes. Ahora yo estoy aquí y te voy a cuidar. Quizás hasta haya sido providencial mi escapada de la residencia—miró al vacío— Me quedaré unos días contigo y nos haremos compañía mutuamente.

Bueno, en esos momentos aquello era lo que yo necesitaba oír, y sin darme verdadera cuenta de lo que hacía asentí con la cabeza.

— Ya verás que bien lo vamos a pasar juntas— agregó animada ella.

“Sí, menuda juerga”— pensé yo.

— Aunque me tienes que prometer algo.

— ¿El qué?— Yo ya me temía cualquier cosa. Si había sido capaz de escapar de la resi y venir hasta mi casa sin zapatos era capaz de todo.

— A tu madre ni una palabra de mi fuga. Le diremos que simplemente he venido a pasar unos días.

— Se va a enterar de todas formas. Pero vale, claro que no le diré nada. Y tú de momento tampoco le dirás nada de lo mío. ¿Quedamos en eso?

— Hecho— me guiñó un ojo— Así que no soy la única que tiene secretitos con tu madre, ¿eh?

— A veces es tan...—resoplé.

— Lo sé, lo sé. ¡Qué me vas a decir a mí que soy su madre!

Quedamos las dos nuevamente en silencio, hasta que finalmente volvió a hablar ella.

—Bueno, y ese cigarrillo, ¿dónde está? ¿Es que no nos lo vamos a fumar?

Capítulo 10

A la mañana siguiente cuando desperté pensé que todo había sido un mal sueño; pero el olor a tortitas recién hechas me devolvió a mi triste realidad.

“¡Oh, no!” exclamé para mí metiendo la cabeza bajo la almohada. “Pablo me ha dejado y mi abuela se ha adueñado de mi cocina. ¡Qué cierto es eso de que nunca las desgracias vienen solas!”

Finalmente me levanté de mala gana, y arrastrando los pies llegué hasta la cocina.

— Buenos días mi princesa— me saludó mi abuela— Anda, ven, siéntate que te he preparado un desayuno que te va a encantar.

No tenía voluntad. Así que tomé asiento y me dispuse a engullir lo que me pusieran por delante.

— Además ya sabes— continuó animosa— ahora tienes que comer por dos.

Con la boca llena la mire, mientras negaba tristemente con la cabeza. ¡Eso sí que no! Bien claro lo dejaban todas esas revistas de embarazo

feliz, eso de comer por dos era de los tiempos de Maricastaña y ya no se llevaba. No, ahora se llevaba contar calorías, sufrir y comer a escondidas. Pero, claro, ¿de qué tiempos era mi abuela? De esos, de los de Maricastaña. Sin embargo, yo aquella mañana estaba demasiado deprimida como para ponerme a discutir con ella, conque lo dejé estar y en silencio seguí rumiando mi desayuno y mi desgracia. “¿Qué iba a hacer ahora yo sin él?”

Mi abuela me debió de leer el pensamiento, pues se volvió hacia mí y me comenzó a sermonear.

— Si estás pensando en ese chico, más te vale sacártelo de la cabeza. Tú ahora en quien tienes que pensar es en ti y en tu hijo.

¿Mi hijo? Todavía nadie le había llamado así. Mi hijo. De pronto aquello adquiría otra dimensión y el verlo así me hizo sentir mejor.

— Es verdad, me tengo que olvidar de él. Al fin y al cabo él ya lo ha hecho ¿no? Pero... ¡le quería tanto! Además ¿por qué ahora? ¿Por qué me abandona justo cuando más lo necesito?— notaba

las lágrimas asomando a mis ojos.

Mi abuela se encogió de hombros, y se lo agradecí. En esos momentos no hubiera soportado que me saliera de nuevo con un “miraloquemepasoami”.

— Las cosas pasan— fue lo que simplemente murmuró.

Justo entonces sonó el timbre de la puerta y las dos nos quedamos mirándonos asustadas. ¿Quién sería a esas horas?

— ¿Será tu madre?— preguntó ella en un susurro.

— ¿Y si es Pablo?— pregunté yo en el mismo tono.

— ¿Qué hacemos?— continuó apesadumbrada.

— ¡Pues qué vamos a hacer!— yo ya me dirigía hacia la puerta, aquello era absurdo— ¡Abrir! Eso vamos a hacer. ¡Qué no somos dos delincuentes!

Al otro lado de la puerta se encontraba Chari con un paquetito de cruasanes en la mano, y en la cara la sonrisa más estúpida que le había visto en

tiempos.

—Tú has pillado— le dije apenas verla.

— Chisst— se puso un dedo en los labios— Anda, anda, que “to” lo quieres saber.

— Tú estás borracha aún— fue lo siguiente que le dije.

— Nooo— respondió exageradamente mientras trastabillaba por mi pasillo— Toy guay. ¡Uy! ¡Qué susto!

— Chari, es mi abuela— le expliqué— ¿No te acuerdas de ella?

— Perdón, señora, es que yo...— me miró extrañada y cogiéndome de la mano me llevó nuevamente al pasillo— ¿Y Pablo?— siseó— ¿No quedaste anoche con él? Yo pensaba que estarías con él. ¿Qué ha pasado?

— Pablo, Chari— continúe yo también en voz baja

— Pablo me ha dejado por otra.

— ¿Por otra?— abrió mucho los ojos.

— Sí, por otra— sabía que en su estado le costaba

el doble procesar la información, y también sabía que por más ganas que yo tuviera no debía comenzar a llorar, pues si lo hacía ella iría detrás y sería todo muy aparatoso.

— ¡Oh Paula!— exclamó dolida— ¿Y ahora qué vamos a hacer con nuestro embarazo?

¡Vaya! De repente mi embarazo había pasado a ser colectivo, y como por arte de magia nos habíamos convertido en dos embarazadas con una sola tripa, la mía. Digno caso para la ciencia.

— Pues no sé— le contesté de todas formas— Por lo pronto podemos dejar de hablar en susurros. Y eso por dos razones: una porque mi abuela ya lo sabe, y dos porque está sorda como una tapia.

— Ya ¿y qué hace aquí?

— Se ha fugado de la residencia. ¿Qué te parece?

— Genial, tía, genial. Es mi “ídola”. Además en realidad no parece una abuela, yo la veo joven, Paula. Mírala, ¡si no tiene una arruga!

No pude evitar mirarla. Era cierto, a pesar de la sordera y de que andaba algo torpe, se conservaba

bastante bien. Aunque no era muy coqueta se teñía regularmente y cuidaba de no engordar en exceso. Pero sobre todo lo que la hacía parecer joven era las chispitas que yo siempre le decía se le escapaban de los ojos.

— Bueno sí, no está mal— fue de todas formas el único comentario que salió de mi boca., y mientras hablaba le agarré del brazo haciéndola pasar a la cocina donde trasteaba mi abuela aparentemente ajena a nuestros comentarios.

— A ver estas chicas—nos dijo—. ¿Te pongo a ti también un chocolatito?— le preguntó a Chari.

Así fue como aquella mañana, tal y como deseaba mi abuela, desayuné dos veces. Chocolate y tortitas de chocolate, más chocolate y cruasán de chocolate, valga la súper redundancia. Debía parar aquello o aparecería en una de esas revistas de embarazo como el vivo ejemplo de lo que no se debe hacer.

— Bueno, suelta— le inste a Chari una vez mi abuela hubo desaparecido a buscar unas zapatillas en cualquiera de mis armarios.

— No, tía, tú, cuéntame tú— arrastraba las palabras.

— De lo mío no hay nada que contar. Esta con otra y punto.

— ¿Y quién es la muy zorra?— preguntó macarra.

— Hombre, en realidad no es culpa suya— ¡A la porra! ¿Por qué iba yo ahora a disculpar a esa tía?

— Pamela, se llama Pamela— la informé.

— ¡Anda! ¿Cómo Pamela Anderson?— preguntó palmeándose las tetas

Me dio la risa tonta. ¿Estábamos todas obsesionadas con los pechos de esa mujer?

— Paula, tía, me alegro tanto de verte reír así. ¡Hacía tanto que...!

¡Oh, no! Numerito de superamistad a la vista.

— No, Chari, deja, deja. Venga, hálbame de tu ligue.

Le cambió la cara. Malo, malo. Era la típica cara de tonta que no hacía presagiar nada bueno.

— ¡Es tan guapo!

Vaya, que besaba bien.

— Y tan maduro...

Para su edad, terminé yo la frase mentalmente.

— Para su edad— concluyó ella.

— Pero ¡otra vez! ¿Cuántos años?

— Menos siete— me miró avergonzada.

— Ya ¿y qué cursito de BUP hace?

— Noo, ahora no se llama BUP, se llama... Oh, ¡vete al cuerno! Aunque me alegro de verte reír. Y para que lo sepas es ornitogolo, bueno, lo de los pájaros...

— Venga, cuéntame más— la animé.

— ¿No tienes whisky, coñac, o algo?—preguntó.

— ¿Para el chocolate?— que pregunta más tonta—

No, no tengo nada de nada. Estás en casa de una mujer preña a la que por todo vicio ya sólo le queda el del comer.

— ¡No te vas a creer! ¡Lo que nos hemos reído!

Como buena borracha saltaba de un tema a otro y

no escuchaba en absoluto si tenía, o creía tener, algo interesante que contar.

— A ver, suelta.

— Pues ese chico, Rafa se llama. No te lo había dicho ¿verdad? Pues Rafa, verás, hemos ido a casa de un amigo suyo que no me acuerdo ahora quien era— dudo— Bueno, hemos ido porque nos ha dicho que fuéramos a tomar unas copas.

Aquello se alargaba. En fin, no tenía otra cosa que hacer.

— ¿Y?

— ¿Tú has oído hablar de la clara escocesa?

— ¿Cómo?— aquello iba a acabar por destrozarme las neuronas.

— Verás, el tío ese sólo tenía para beber gaseosa La Pitusa y whisky.

— ¿Gaseosa La Pitusa y whisky?— mi cara de asco lo decía todo.

Ella afirmó con la cabeza.

— ¡Eso es, Paula! Cla—ra es—coce—sa. Lo

pillas ¿no?

Siempre había imaginado que la conversación de una persona ebria con otra sobria sería súper difícil; pero nunca me había percatado de cuánto. Claro, normalmente yo era la persona ebria, y al igual que Chari ahora iba completamente a mi bola, y pasaba de mi interlocutor como de la mierda. En estos momentos, sin embargo me parecía que cada una vivíamos en planetas completamente diferentes.

— Sí, sí, lo pillo, lo pillo— contesté al fin— y también pillo que los amigos de tu chico, o lo que sea, son unos frikis. Pero anda, vamos a dejarlo que se me está revolviendo el estómago.

— ¡Oh, lo siento! Lo había olvidado— se lamentó ella— Paula, perdón, perdón.

De repente se sentó en el suelo y desde allí abrazó mi incipiente barriga.

— ¿Le canto una canción?— me preguntó— Dicen que desde bien chiquitos oyen ahí dentro, y que si les pones o les cantas algo luego lo reconocen y se

hacen melaninos.

— Melómanos, Chari— la corregí.

— Bueno, eso. ¿Te imaginas?— siguió— Le puedes hacer desde ya fan de tus grupos preferidos, y así de mayor no tendrás que gritarle eso de “Apaga esa música ratonera”— se reía tontamente de su propia gracia— Por cierto— de golpe su estúpida risa se cortó en seco— te traía el compact recopilatorio de Los Secretos, pero después de lo que me has contado de Pablo...

Me reí yo también. No podía por menos. ¿Qué verborrea era aquella?

— ¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?— pregunté curiosa.

— Tú no has profundizado en sus letras ¿verdad? — me miraba muy seria— Son reeaalmeentee tristes— dijo alargando las sílabas— y lo peor si un tío te ha dejado. Mira, le voy a cantar una a tu tripita. “Nunca he sentido igual una derrota, que cuando ella me dijo se acabó...”

¡Dios mío! Si existía la depresión preparto fijo

que mi hijo la iba a padecer. Aquello era tan patético. Y no, no era solo por la canción, era el cuadro en sí: Chari allí sentada en el suelo de mi cocina, apestando a clara escocesa y con esa voz... ¿Cuándo acabaría aquello?

Afortunadamente pasados unos minutos, y acunada por su propia voz Chari se quedó dormida a mis pies. A duras penas conseguí llevarla hasta mi cama donde la deje durmiendo su bien currada borrachera.

Capítulo 11

Me dirigí entonces hacia la habitación donde se había instalado mi abuela.

— Te tendrás que comprar unos zapatos— le dije cuando la vi con aquellas horribles zapatillas de propaganda.

— Esto no está tan mal— me contestó mientras se miraba los pies, y con una mano alisaba las sábanas de su cama.

— ¿Y tu amiga?— me preguntó acto seguido— Es un poco rara ¿no?

Yo me encogí de hombros y desganadamente me dejé caer en una esquina de la cama.

— La he acostado, quiero decir— titubeé— se ha acostado. No se encontraba bien.

— A ver, levanta hija, que acabe de hacer la cama —. Aliso la colcha por debajo de mi culo— Ya está. Ya te puedes sentar. De todas formas— siguió — yo creo que estaba borracha.

— ¡Abuela!— fingí escandalizarme.

— Sí, sí— se sentó a mi lado— No te hagas la tonta conmigo, que ya son muchos años.

—Ya— le repliqué— y más sabe el diablo por viejo que por diablo.

Pero no pudimos continuar hablando pues en ese momento sonó el teléfono. Me levanté como un resorte y fui hacia el auricular. De nuevo la inquietud se había apoderado de mí. ¿Y si era Pablo?

— Sí, dígame— quería parecer tranquila, amable y simpática.

— Ah, eres tú mamá— ¿se me notó demasiado la desilusión?

Mi abuela me miró desde el otro extremo de la habitación, los ojos muy abiertos y moviendo exageradamente la cabeza y las manos, en un gesto que inequívocamente quería decir que ella no estaba allí.

— ¿Cómo dices?— continúe— Mamá, ¡por favor! Habla más despacio. Que la abuela, que se ha perdido. Ya, ya, escucha... ¿en el basurero

municipal? No, mamá, no, oye...No, no salgas para allí. — Dios mío, está mujer no escucha— Pero ¿qué han encontrado?— finalmente pude colar una pregunta aunque ya sabía la respuesta— Sus zapatos...ya. No sé, igual no le gustaban. Pero mami, tienes que saber— Se lo tenía que contar, se lo debía contar— No, no creo que la hayan raptado— dije con tono de impaciencia— ¿Quién va a querer raptar a una vieja?—miré a mi abuela y junté las manos como pidiéndole perdón— ¿Que vas a demandar a quién?— aquello era insoportable— ¡MAMÁ POR DIOS, ESCÚCHAME!

Por fin pareció que mis gritos surtieron su efecto y por un momento ella quedó callada.

— Escúchame— repetí ya más tranquila— La abuela está aquí y no le pasa nada. Simplemente ha venido a pasar unos días, y no, no hace falta que vengas...

Como una tonta me quedé mirando al teléfono.

— Me ha colgado, viene hacia aquí— dije volviéndome hacia mi abuela— Y no me mires así.

Tenía que contárselo, estaba fuera de sí. Además ya somos mayorcitas ¿no?

— No te preocupes, hija, supongo que es mejor así. Lo peor ha sido ver tu cara de desilusión.

Pensabas que el que llamaba era Pablo ¿Verdad?

— Sí. — asentí— por un momento lo pensé. Pero sé que no debo hacerme ilusiones.

Quedamos calladas durante un buen rato cada una inmersa en sus propios pensamientos. De pronto ella miró su reloj y asustadas advertimos que aún continuábamos en pijama, y que seguramente esa no sería manera de recibir a mi madre si queríamos que ella pensara que todo iba bien.

El tiempo que siguió lo empleamos en arreglarnos lo mejor que pudimos, y para cuando nos quisimos dar cuenta ya la teníamos allí, toda visones, tacones y collares.

Entró en mi casa acelerada, apenas si respondió a mi beso, y se fue directamente hacia mi abuela que se encontraba sentada en una silla, y que había adoptado una postura encorvada queriendo así

aparentar el ser una pobre ancianita indefensa.

— ¡Pero madre!— le gritó como saludo— ¿Cómo se te ocurre hacerme esto?

Yo quise intervenir y decirle que a ella no le había hecho nada, pero me abstuve de hacerlo no fuera a ser peor.

— ¿Cómo dices hija?

¡Oh! Mi abu se hacía la sorda. Aunque lo era. ¡Qué truco más viejo! Como ella.

— Eres imposible— rugió mi madre— Por tu culpa he hecho el ridículo más grande del mundo — parecía que eso era lo único que le importaba — ¿Por qué me haces esto? ¿Eh?— se derrumbó en el sofá.

— Pero hija, yo simplemente me he ido de esa estúpida residencia. Aquello...no lo soportaba. Necesitaba un poco de aire.

— Aire— repitió ella— La señora necesitaba aire. Pues me lo dices y el domingo nos vamos al campo. ¡Pero fugarte así!

— Las fugas son así mama— intervine yo— Si no, no serían fugas, serían salidas regladas.

— Tú cállate, cállate, no vaya a empezar contigo también— me señaló con el dedo.

— Pero mama...

Justo en ese momento llamaron al timbre. Salvada por la campana se dice ¿no? ¿Quién demonios sería ahora?

— Hola— ¿quién era esa mujer que sonreía al otro lado de la puerta con lo que parecía ser una tarta de manzana en la mano?

—Hola, tú eres Paula ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

— Yo soy Ángela, tu vecina de aquí, de al lado — señaló una puerta— y mira— levantó la mano que sujetaba la tarta— te traigo esta delicia. Ya sabes, cosas de vecinas— rió tontamente.

— Claro, claro— dije aturdida— Pero pasa, de todas formas no tenía que haberse molestado.

En ese momento mi abuela y mi madre aparecieron

en el recibidor.

— ¿Quién es Paula?— preguntó mi madre con su tono ¡agg!

— Oh, es mi vecina, Ángela, nos trae una tarta.

¿Por qué le tenía que dar explicaciones? Era mi casa ¿no?

Pero ella ya había decidido controlar la situación y mostrar sus exquisitos modales.

— Adelante señora. Yo soy la madre de Paula— le tendió una mano tintineante— y esta es mi madre, Dolores, la abuela de Paula. Ya ve, tres generaciones de mujeres disfrutando de una agradable mañana de domingo. Paula, cariño— me buscó con la mirada— ¿por qué no nos traes unos cafés y probamos esta tarta tan deliciosa?

La odiaba, la odiaba, la odiaba— me repetía mientras a mi pesar me dirigía hacia la cocina a preparar ese café.

Al rato estábamos las cuatro sentadas alrededor de aquella tarta casera que sin saber a santo de qué había sido traída hasta mi casa. Por un momento

pensé que quizás esta mujer estuviera muy sola, y tal vez muy aburrida. Pronto sabría cuánto.

— Estará usted contenta ¿no?— le preguntó de repente a mi madre.

— Oh sí, mire usted, con mi hija, mi madre...

— Y lo que viene, no se olvide de eso— le palmeó la rodilla – lo que viene.

¿De qué hablaba esta mujer? Las manos me comenzaron a sudar.

— Sí, lo que viene— repitió mi madre confusa, mientras se tiraba de la falda hacia abajo.

— Verás Paula— ahora la vecina me hablaba a mí

— Ayer no lo pude evitar ¡Hablabais tan alto!— volvió a reír en plan ratón.

— Sí, es que mi abuela está sorda— la señalé— Pero no era real, era todo una función...del colegio—mascullé.

— Siento mucho lo de tu chico— continuó haciendo caso omiso de mis últimas palabras— pero me pareces muy valiente. Eso de tener un hijo

tu sola, de seguir adelante con el embarazo a pesar de todo...

— ¡¿Embarazo?!— gritó histéricamente mi madre.

—Oh...— esa fue la incómoda vecina que finalmente se dio cuenta de su inoportunidad – Voy a... creo que he dejado otra tarta en el horno. Y rápidamente desapareció de nuestro salón camino de su casa. Seguramente para volver a pegar la oreja en su escuálida pared.

— Verás mama...— intenté tranquilizarla.

— Vosotras dos— nos miraba furiosa a mi abuela y a mí— vais a conseguir que me dé algo.

— Te lo quería contar, te lo iba a contar. Pero era pronto...

— ¿Y qué es eso de que no tiene padre?

Yo no sabía que decirle.

— Pues el tuyo se va a poner muy contento.

¿A qué venía ahora esto?

— ¡Ja! Tu padre siempre ha tenido alma de abuelo

— continúo la obsesa.

¿Es que por fin iba a oír algo bueno de él de labios de ella? Pero no.

— Ya sabes lo que quiero decir. Tu padre sólo estuvo a ratos, y cuando estuvo fue para malcriar. Y si no— me miró con sorna— a las pruebas me remito.

Bueno ¡aquello ya era demasiado! ¿Me estaba insultando?

— Mira mama— le hablé muy seria— lamento que te hayas tenido que enterar así. Pero si para que mi hijo tenga un padre voy a tener que convertirme en alguien como tú, prefiero criarlo sola, y librarlo así de paso de esas estúpidas rencillas que siempre te has traído con papa.

¿Qué había dicho?

—Ohh— se llevó las manos a la boca y cogiendo su bolso se largó de allí visiblemente afectada por haberme oído decir todo aquello que durante años no había sido capaz de soltar. ¡Dios! ¡Qué ancha me quedé!

En ese momento por el pasillo apareció una Chari

bamboleante.

— ¿Qué es todo este jaleo? Habláis muy alto— se quejó mientras se tapaba las orejas con las manos — ¡Qué dolor de cabeza!— y desapareció de nuevo por el pasillo.

— Sabes Paula— dijo entonces mi abuela— creo que voy a comenzar a aprender a leer en los labios.

A buenas horas... Pero ¿cuándo acabaría este fin de semana?

Capítulo 12

¡Por fin lunes! ¡Por fin, por fin! De vuelta al trabajo y a la normalidad. ¿Esta era yo? Pues sí, los dos días anteriores habían sido tan horribles que a punto estaban de causarme un trastorno de personalidad. Si he de ser sincera he de confesar que para mi desgracia, aquella mañana casi casi me alegre al ver la cara de lunes de mi jefe.

Mi jefe. Ahora que por fin había comenzado a salir de mi particular armario, sólo que en el caso de mi madre más que salida había sido empujón, sentía que ya era el momento de contárselo a él. Pero... ¿cómo?

La Navidad ya estaba a la vuelta de la esquina, y por la oficina se comenzaba a respirar, aún a nuestro pesar, un cierto ambiente de paz y... paz. Lo de prosperidad no viene al caso. Debía aprovechar este momento de buenas intenciones y felicidad para soltar mi buena nueva en la confianza de que mi jefe, al igual que Mr Scrooge ese avaro personaje nacido de la pluma de Dickens, hubiera recibido durante la noche la

visita del espíritu de la Navidad.

Y ¿qué hacía? ¿Entraba ahora, así, sin más? No, no, no, vamos a esperar a que se tome el primer cafelito y las neuronas le comiencen a funcionar, es un decir. Si entro ahora me ladrará y a mí la lengua se me aturullará.

Así que durante dos horas hice como que trabajaba. Mis tareas en la gestoría eran más bien monótonas. Había ciertas cosas que invariablemente se repetían todos los meses, siendo predecibles hasta el aburrimiento; sin embargo a veces nos entraba un nuevo cliente, nuevas contrataciones etc. que hacían que el tiempo pasara más rápido.

Aquella mañana, sin embargo no era una de esas, y los villancicos de la tienda de juguetes que había bajo la oficina estaban resultando ser mi único entretenimiento. ¿Cuántas veces se puede repetir el mismo disco, compact, o lo que sea sin que se estropee? Sin apenas darme cuenta me encontré canturreando. “María, María, ven acá volando, que el chocatillo...”

— ¿No te parece que esto incita a la drogadicción?

Incrédula me volví hacia mi compañero. ¡Por Dios! ¡Qué mente tan retorcida!

Pero no tuve ocasión de contestarle, pues en ese momento oí como mi jefe me llamaba desde su despacho.

“Mierda, mierda, mierda”—musité. No estaba preparada. No, aún no. Resoplé. Y encima sin un triste cigarro que llevarme a la boca.

— Síí— me planté en la puerta rezando porque se hubiera equivocado al llamarme a mí.

— Siéntese, ande— dijo sin mirarme mientras revisaba unos papeles.

Glup.

— Que— me froté las manos— ¿Ya ha tomado su café?— le pregunté con la vista fija en su mini—cafetera.

— ¿Cómo?— pregunto con asombro mientras levantaba su mirada hacia mí— ¿No me ira a decir

después de tantos años que me lo va a preparar usted?

— ¿Yoo?— me señalé a mi misma— Bueno, quiero decir, que no me importa, eh. Que si hay que poner un café, pues se pone.

¿Cómo podía ser tan falsa?

— Está usted muy cambiada, señorita López. — Ahora me miraba con atención— No fuma, prepara cafés a pesar de que me ha discutido una y mil veces que ese menester no aparece en su descripción de puesto de trabajo.

Enrojecí.

— ¿No se habrá vuelto a enamorar?— continuó él. Se reía de mí, estaba segura.

— ¡Qué dice!— exclamé— No, no es eso.

Ese era el momento. Era ahora o... ¿Cuándo?

— Esos villancicos— dije— Los de siempre ¿verdad?

El arqueó las cejas.

— Son un coñazo, y os distraen del trabajo— replicó.

— ¡Qué va! Son bonitos. Lo del niño que va a nacer— me acercaba al tema— La virgen ahí, venga de peinarse y de peinarse.

— Sí, y los peces en el río. ¡Venga! ¡A trabajar, que hay mucho que archivar!— me cortó mientras me pasaba un fajo de papeles.

— Estoy embarazada.

¡Ale! Cuanto antes, mejor.

Pestañeó varias veces.

— ¿Usted?— preguntó finalmente extrañado. Mientras los papeles caían de su mano.

Aquello me sentó mal.

— Sí, yo, qué pasa, ¿no puedo?— le repliqué chulesca.

— Claro, claro. Solo que— dudó— no sabía que tuviera novio.

Ahora el tonto era él.

— ¿Es que hace falta tener novio para...?— callé de súbito.

“Por ahí no, por ahí no”—me dije. Le estaba dando demasiada información.

— Mire la Virgen, sin ir más lejos— dije intentándolo arreglar.

— O sea que...madre soltera.

— Si lo quiere llamar así— le contesté indiferente.

¡Qué idiota! ¿Y cómo quería que lo llamara?

¿Unidad familiar monoparental?

En ese momento sonó mi móvil. Sabía que a él no le gustaba que atendiéramos llamadas personales en el trabajo e hice mención de apagarlo.

— No, no, cójalo, cójalo— me indicó.

— ¿Sí?— contesté— eh, abuela ¿qué pasa? ¿La sopa? La tengo en el armario esquinero, encima del café. Sí, no se me olvida, te compraré unos zapatos. Vale, adiós— colgué.

— Su abuela— dijo él.

Asentí.

— Que vive con usted.

Asentí de nuevo.

— Vaya, vaya— comentó.

Vayavaya ¿qué? Todo aquello ya me estaba empezando a mosquear.

— Embarazada, soltera y a cargo de su abuela— siguió él.

— Pero ¿qué está...?

No me dejó protestar y lo siguiente que me dijo me dejó sin habla.

— Nada, nada. Solo espero que todo esto no repercuta en la buena marcha de mi, la empresa.

“¡Será...! ¡Ojala en su día le hubieran dicho eso mismo a su madre!”— pensé para mí.

— Bueno— le contesté al fin incapaz de expresar en voz alta lo que realmente sentía – y yo solo espero que todo esto no repercuta en mis variables de nómina.

Se rio. El muy cínico. Me reí yo. La muy cínica.

— Y entonces ¿se lo decimos a los demás?

Ahora pretendía ser güay, y yo le seguí la corriente. Así que salimos de su despacho aparentemente amigos, y mis dos compañeros levantaron las miradas curiosos cuando él les dijo que yo les tenía que comunicar algo.

— Nada— me sonrojé— que voy a tener un niño.

¡Ohh! Mi compañera Inma fue toda felicitaciones y promesas de patuquitos y mañanitas de punto. Mi compañero Manuel, en cambio, se levantó trabajosamente de su silla para darme la enhorabuena mientras murmuraba que ya sabía él que eso de dejar de fumar no era por la bobada de perder horas de trabajo. A ambos les agradecí su gesto y me prometí a mi misma que tan pronto el monstruo abandonara su guarida les contaría todo lo demás.

— Bueno, y ahora, todos a trabajar— tronó el susodicho.

Mientras volvíamos a tomar asiento Inma aún

añadió un último comentario.

— ¡Qué bien! Un bebe en la oficina.

Yo le sonreí pues en esos momentos comentarios de ese tipo eran los que yo necesitaba. No las tenía todas conmigo y sinceramente no sabía si estaba haciendo bien o mal al querer emprender esta aventura yo sola.

Capítulo 13

Pipi. Kdamos en mi ks a 18 h.

Mensaje de Chari. Ya sabía yo para que era. El día anterior antes de desaparecer de mi casa dejándome la cama revuelta y llena de efluvios de alcohol, y no sin antes jurarme y perjurar me que esta vez sí que se había enamorado de verdad (lo cual no hizo sino deprimirme aún más) habíamos quedado en que ella se encargaría de citar a las demás para ¡por fin! contárselo todo. Ella, encantada las pondría al corriente y yo llegaría después para... ¿recibir las condolencias?

Bueno, ya sé, quizás no sea para tanto, pero hay que tener en cuenta que no solo mi novio me había dejado por otra, que eso ya vale un “OhPaulalosiento” o dos, sino que me había dejado estando embarazada y para más inri por una chica llamada Pamela. Estaba claro que las condolencias las iba a recibir quisiera o no, así que me preparé mentalmente para ello.

Llamé a Chari. Puede que no tenga mucho sentido

si ya te han dejado un mensaje y se supone no hay más que hablar, sin embargo he de reconocer que mi relación con el mundo de los móviles no era muy normal. El tema de los SMSs me había pillado ya pelín post—adolescente, y si por un lado quería simular el ser moderna mandando como las demás mensajes ilegibles y llenos de faltas de ortografía, por otro lado desconfiaba de la nueva tecnología, y a cada mensaje le seguía una llamada para confirmar de verdad que el texto había sido entendido y bien recibido. Sé que suena enrevesado y más caro, pero es lo que tiene el pertenecer a una generación puente entre la era pre móvil y móvil a secas.

— ¿Qué pasa?— contestó ella.

— ¿Ya has quedado con todas?

— Sí, les he mandado un mensaje. La única que no puede venir es Mónica. El peque se ha acatarrado, ya sabes— añadió con retintín.

No, no sabía, y ese “ya sabes” me hizo darme cuenta de que en unos meses también hablarían de mí en esos términos: “No, Paula no puede venir, su

nene tiene una de esas enfermedades acabadas en —itis ya sabes” ¡Oh! ¿Estaba realmente segura de lo que iba a hacer?

Inmediatamente y sin ningún motivo, tomé partido por Mónica.

— ¡Pobre, con lo malito que estuvo!— dije—Y Mónica ¡tiene tanto que hacer! ¡A ti me gustaría verte en su lugar!

— Sí, pues lo llevas claro, porque a mí nunca me verás con un tío tan payaso como su marido, ni con unos hijos como los suyos.

— No es malo tener hijos— yo seguía a lo mío.

— Pero los suyos sí son malos. Además ya me lo contarás.

— ¡Oh, Chari! Eres cruel. Sabes lo mal que lo estoy pasando y...

— ¡Joder! Perdona. Pero ya sabes lo que pienso de los niños. No me gustan ni pizca.

— ¡Chari por Dios!

— Ni Chari ni ná. ¿Por qué nos tienen que gustar

los niños? ¿Eh? ¿Por qué nos tiene que gustar a todos lo mismo? Aunque no te lo creas hay gente a la que no le gustan las patatas fritas. Increíble ¿verdad? Pues lo mío con los bebes es igual. Un caso raro, lo sé, pero no me gustan y punto. Son un coñazo— aún añadió.

— Entonces ¿mi bebe no te gustará?— puse voz tristonera.

— Pues...—titubeó— no sé, quizás con dieciocho años y si es chico.

— ¡Vete a la porra!— le grité— Venga, luego te veo. A Mónica ya iré yo sola a verla a su casa.

— Sí, anda, vete, vete, que te vas a enterar.

Le colgué deprimida. Estaba claro que no tenía que haber telefoneado. A partir de ahora nada de información redundante, nada de nada. Y ahora ¿qué hago? ¿Llamo a Mónica o le mando un mensaje?

Capítulo 14

Quando llegué a casa de Chari ya estaban todas allí reunidas. Me las encontré comiendo peladillas y cacahuetes, y acompañando tal aluvión de calorías con vasos cargados de Coca-Cola light, en lo que para mí vino a ser una auténtica demostración de la técnica del autoengaño.

Estaban enzarzadas en una ruidosa conversación sobre los primeros encuentros sexuales y apenas si se percataron de mi llegada. La verdad, aquello no era lo que yo me esperaba. Me había imaginado que al entrar yo, todas dejarían de hablar para lanzarse a mis brazos mientras unas y otras exclamaban ¡Oh, Paula! a la par que me daban palmaditas en la espalda.

— Y tú Paula— preguntó entonces alegremente Clara— ¿cómo fue tu primer “encontronazo” con Pablo?

Busqué a Chari con la mirada. ¿Qué estaba pasando allí?

— Oh, se me ha pasado— me dijo llevándose la mano a la boca— Me he puesto a hablar de Rafa, ya sabes, el chico que conocí...

— Sí— le interrumpió Elena— ya nos ha contado la guarrada esa de la clara escocesa, y otras cuantas guarradas más. Está muy pesadita la niña.

Intenté sonreír, pero estaba malhumorada. ¿Es que cuando uno se enamora se vuelve idiota y sólo sabe hablar de si mismo y de su amor olvidándose de todo lo demás? Sí, reconocí, yo también había pasado por esa fase de estupidez supina y debía intentar ser justa con Chari. Si para mí lo mío era importante, para ella lo suyo lo era aún más. Sólo tenía que ponerme en su lugar.

— No te enfades— me dijo mientras me pasaba un bol con cacahuetes.

— Anda, anda, qué bobada ¿Por qué me habría de enfadar?

— Bueno aquí pasa algo. ¿Es qué no nos lo vais a contar?— Esta era Lía, la más independiente de todas, y en cierto modo a la que más envidiábamos. Nunca la habíamos visto sufrir por tío alguno, y es más, ellos sí que sufrían por ella ¿Cómo lo hacía? Para las demás era un misterio y en cierta ocasión hasta le llegué a sugerir que

cuando muriera debería donar su cerebro a la ciencia con la esperanza de que alguien diera con ese área cerebral que a ella le faltaba o le sobraba, y que a todas las demás nos hacía perder los papeles sin poderlo evitar.

Señalé a Chari con la mano como cediéndole la palabra.

— No, no— negó con la cabeza— Creo que tú deberías...

— Por favor, venga, cualquiera de las dos. No nos martiricéis así.

Clara era curiosa, la forma más fina de decir cotilla, a más no poder, y aquello la estaba comenzando a sacar de quicio.

“Bueno— pensé— ahí voy. ¿Qué cuento primero? ¿Qué me ha dejado o que me ha embarazado?”
Levante la cabeza. Todas las miradas estaban fijas en mí.

— Voy a tener un niño— dije.

— ¡Ohh Paula! Eso es...— Clara no sabía cómo seguir.

— Estoy muy contenta— le ayude.

— maravilloso— terminó ella sus grandes ojos marrones puestos sobre mí y su cara de niña eterna iluminada.

— Sí, eso hay que celebrarlo ¿Por qué no nos vamos de copas?

Lía era así, aprovechaba cualquier excusa para montar una fiesta.

— Lía— le dije— He dicho que estoy embarazada. Lo pillas ¿no?

Por su cara vi que no

— Embarazada— puntualizó Elena— Que no puede beber.

— ¡Ah!— abrió y cerró mucho la boca— Jo, perdona, yo que sé. Me pilla tan lejos todo esto y su rostro de muchacho guapo enrojeció.

Me estaba empezando a sentir como un bicho raro. ¿Tan separadas estábamos las embarazadas del mundo real? ¿Tanta era la distancia que nos separaba a unas de otras que parecíamos vivir en

mundos paralelos? Me entraron ganas de llorar. De repente me vi sola y aislada como viviendo en otra dimensión. Ya no podría ir de copas con ellas, ni coincidiríamos en los horarios cuando el niño llegara, ni querrían venir a mi casa por no molestar, o porque como Chari no aguantarían a los bebés llorosos y pringosos. Sin poderlo evitar comencé a lloriquear.

— ¡Oh, Paula, no llores!

Cuantos “OhPaula” para una sola tarde ¿no? Pues supuse que aún quedarían más.

— Venga, no pasa nada. Formar una familia es... debe ser maravilloso— esta era Clara a la que de vez en cuando le salía el ramalazo del colegio de monjas.

Aquello me hizo llorar aún más, y con la mano le hice gestos a Chari para que hablara de una vez y lo soltará todo. Yo, con mis sollozos me sentía incapaz.

— Sí, maravilloso— replicó— Lo que pasa, ejem, lo que ocurre es que— dudó— bueno que no va a

haber familia. Es decir, no lo que nosotras entendemos por familia— hablaba lento y a pesar de eso todas la miraban con el ceño fruncido.

— ¡Joder!— explotó al fin— Que Pablo, el padre de la criatura la ha dejado— miradas atónitas— Por otra— puntualizó.

Seguían todas en silencio. Procesando la información, parecía que se oía en el salón. Procesando la información.

— Que encima se llama Pamela, como la Anderson— y estalló en carcajadas.

Esta Chari. Al final me hizo reír, y las otras rieron también. Fue una risa breve y cuando acabó los “OhPaula” que faltaban llegaron finalmente y me envolvieron en un fuerte abrazo que me reconfortó, y que me hizo pensar que al fin y al cabo, embarazada o no las chicas siempre estarían ahí.

Capítulo 15

En ese emotivo momento sonó mi móvil. Yo desde el principio supe que era el mío, más todas miraron ansiosas en sus bolsos pensando se trataba del suyo. Lo saqué de su funda.

— ¡Es Pablo, es Pablo!— hablaba en grititos mientras mis ojos no se despegaban de la pantalla del teléfono donde aparecía su nombre— ¿Qué hago?

Aquello era demasiado excitante como para perderselo y todas me animaron a contestar.

Respiré.

— ¿Sí?— quería parecer indiferente— Ah, Pablo, eres tú.

Elena levantó su pulgar hacia arriba.

— Que ¿qué tal estoy después de lo del otro día? Sí, ya sé que me fui tan deprisa que...Pero no, estoy bien. —mentí.

Clara se mordía las uñas. “Díselo— me musitó— díselo, venga” Negué con la cabeza a la vez que

Chari y Lía la cogían por los hombros alejándola de mí y comenzaban a discutir entre ellas. Yo seguí a lo mío.

— Y tú ¿qué tal tu nueva vida?— me atreví a preguntar, e intenté no escuchar como me decía que bien, que ya sabía yo que al principio todas las relaciones parecen ir bien. Me mordí los labios y mande callar con gestos a las chicas que cada vez elevaban más y más el tono, mientras discutían la conveniencia o no de que yo se lo contara a Pablo. Él también las oyó y me preguntó.

— ¿Ese jaleo? Nada, las chicas, ya sabes. No, no es una fiesta— ¿Y por qué no? ¿Por qué no fingir un poco más?— Bueno sí, estamos dando un fiestón, ya nos conoces, cuando nos ponemos somos únicas.

¿Le estaba sentando mal que yo me lo pasara bien?

— Oye, te tengo que dejar— le dije agobiada temiendo que de un momento a otro Clara se hiciera con mi teléfono— Yo ya ves que estoy bien. ¿Tu compact de Manu Chao? Sí, yo lo tengo. Si quieres quedamos y te lo doy.

Quizás era eso lo que él quería, que quedáramos y nos viéramos y... Pero no, no quiso quedar, con cierto retintín me replicó que yo estaría muy ocupada con mis amigas y que él se iba a ir de viaje, y que prefería que se lo metiera en el buzón. Me corté de contestarle por dónde se lo metería yo, y sin apenas despedirme le colgué.

Las que tan solo unos momentos antes habían sido llamadas “superamigas” seguían su particular discusión, y no fue hasta después de un rato que se volvieron hacia mi interesadas por mi conversación.

— Es un...— no tenía ni adjetivos.

— Bueno, eso ya. Pero ¿qué te ha dicho?

— Nada— me encogí de hombros— Que le meta en el buzón el compact del Manu Chao ese.

Tenía tantas ganas de llorar.

— ¿Y qué vas a hacer?— pregunto Clara con preocupación.

Esa era la pregunta del millón. Y no solo por lo

del compact sino por todo. ¿Qué iba a hacer? Sí, tenía muy claro lo que iba a hacer, solo que no sabía cómo resultaría todo ello. Lo de menos era lo del disco, lo de más era que lo había perdido a él. Intenté sacudírmelo de la cabeza y contestar a lo que mi amiga me había preguntado.

— Pues no lo sé. Yo creo que lo ha dicho por despecho— continué— Hablabais tan alto que se ha creído que teníamos una fiesta. Aun así, no me importaría ir a curiosear por las inmediaciones de su casa— ahora intentaba que mi tono de voz sonara animado.

— Pues tú misma— habló Lía— Dicen que a las embarazadas no hay que llevarles la contraria. Si tienes antojo.

— ¿Os imagináis al nene de Paula con un antojo en forma de buzón?

No tuvo gracia la gracia.

— No Chari, no imagino nada— le contesté seria esta vez pues no estaba para bobadas— Solo que parece que la cosa va en serio. Y que me tengo que

ir a casa de Mónica.

Recogí mis cosas.

— ¿Entonces?— preguntó Clara

— Entonces ¿qué?

— ¿Que qué vas a hacer?— insistió ella.

— Seguir adelante Clara, seguir adelante— le respondí.

Sé que con ello no contestaba a su pregunta pero quizás sí me estaba contestando a mi misma.

Capítulo 16

La visita a casa de Mónica no fue mucho mejor. Yo llegué optimista pensando que ella me animaría a seguir adelante. Al fin y al cabo ella ya tenía dos pequeños. Tan horrible como decía Chari no podía ser.

Me recibió una Mónica cansada y agobiada.

— Eh, Paula ¿Cómo tú por aquí? Has engordado ¿no? ¿Qué tal el trabajo?

¿Por qué me daba la impresión de que Mónica últimamente intentaba llegar a muchos sitios a la vez? En un segundo me había hecho tres preguntas. ¿A cuál le contestaba primero?

Pero no tuve ocasión porque dos fuerzas de la naturaleza de dos y cuatros años se me agarraron a las piernas y empezaron a dar vueltas alrededor de mí.

— ¡Estaos quietos y saludad!— les ordenó Mónica.

Fue inútil, desaparecieron tan rápido como habían llegado. Su madre se encogió de hombros.

— Anda, pasa. Esta todo...

— ¡Ah! No te preocupes— le dije mientras zigzagueaba entre muñecos, pelotas y trenes de madera.

— Encima— siguió ella— esta noche no viene Luis. Una de esas juntas— hizo una mueca— Y la hora de la cena es una locura.

— Bueno, pues mira, así yo te ayudo— le animé.

Me sonrió. A pesar del cansancio seguía tan guapa como siempre, con esa belleza serena de grandes ojos y rasgos perfectos, y aunque ahora llevaba el pelo más corto que nunca yo seguía maravillándome ante ese color suyo rojizo natural que hacía que el color dorado de su piel resaltara más.

— Y tú— me miró— ¿Qué era eso de la reunión de Chari? ¿Ha pasado algo?

Habíamos entrado ya en la cocina, y ella se disponía a batir unos huevos.

— En realidad sí— contesté haciendo un mohín.

En ese momento el hijo mayor, Saúl, irrumpió en la cocina.

— Mamá, mamá, Luisito me ha destrozado el tren de mi cumple.

— Anda, ya será menos. ¡Luis!— gritó Mónica— ¡Aléjate de ese tren!

Volvió a los huevos.

— Bueno ¿qué decías?— ahora me miraba a mí.

— ¿Yo?— ¿qué decía? No estaba acostumbrada a estos saltos en la conversación así que había perdido comba— ¡Ah! Que sí, que sí que ha ocurrido algo. Nada grave, no te pienses...

Ahora fue el pequeño Luisito el que apareció llorando, y refrotándose en la pierna de su madre le dejó un reguero de lágrimas en el pantalón.

—Quita, anda— sacudió su pierna Mónica— ¿qué pasa ahora?

— No te digo— contestó el niño enfurruñado.

— ¿Cómo que “no te digo”? Eso es que has hecho algo.

Efectivamente. Detrás de él entró su hermano como una exhalación.

— ¡Lo ha destrozado total, mama! ¡Lo ha destrozado!

El pequeño entonces buscó refugio tras de mí mientras el mayor intentaba agarrarle para hacerle algo más que una caricia.

— ¡VALE YA CHICOS! ¡CADA UNO A SU SILLA Y QUIETOS AHÍ HASTA LA HORA DE CENAR!

He de decir que hasta ese momento yo creía conocer a Mónica; una chica paciente, dulce y alegre. Sí. Pero en aquel momento descubrí su lado oscuro. Esa parte de nosotros que por lo visto sólo sale a relucir en la casa de Gran Hermano y con la llegada de la maternidad. Tragué saliva.

— Ala, venga, dime. Con estos dos, ya ves, una no puede ni hablar.

La transformación había sido radical, y de nuevo tenía conmigo a la dulce Mónica de siempre. Estaba asombrada

— Que estoy embarazada, Moni— le dije— De casi tres meses ya— añadí.

— ¡Oh!— dejó los huevos— ¡Paula! ¡Un bebe!

— ¿Vas a tener un bebe?— me preguntó el hijo mayor que aburrido en su castigo no se había perdido ni una palabra de nuestra conversación.

— Sí, Paula tiene un bebe muy muy chiquitín aquí dentro— señaló mi barriga— que luego se hará más grande, y entonces querrá salir y nacerá, y después— siguió didáctica— se hará taan grande como vosotros dos.

El crío me miraba como hipnotizado, y finalmente preguntó.

— ¿Y cómo se meten ahí los bebes?

Nos miramos las dos. Aquello no lo esperábamos.

— Anda— le dijo su madre— toma un poco de pan que ahora os pongo la cena.

Funcionó la maniobra de distracción.

— Por cierto— me habló entonces ella en un susurro— el padre Pablo ¿no?

Asentí. Sonrió.

— ¡Cuánto me alegro por los dos! Siempre jugando a que no os queríais y mira ahora.

Sentía decepcionarla pero se lo tenía que decir.

—Pa, pa, pa.

— ¿Qué quieres? ¿Tú también pan?

¡Claro! El pequeño también reclamaba lo suyo.

— Toma, toma— le alargó su madre un trozo.

Echó los huevos en la sartén y chisporrotearon.

Ahora me daba la espalda

— Mónica— al decir su nombre ella se volvió a mirarme— Pablo no lo sabe—le confesé con seriedad.

Abrió mucho la boca.

— ¿Cómo que no...?

— ¿Quién es Pablo mamá?— Saúl de nuevo.

— Un amigo de mamá, y calla que ahora te pongo la tortilla.

— Verás— me acerqué a ella que seguía

mirándome como boba sin prestar atención a la sartén— ¡Mónica, los huevos, que se te pegan!— grité.

Los niños como tontos rompieron a reír.

— ¡Se te pegan los huevos! ¡Se te pegan los huevos!

Acompañaban su cantinela golpeando su plato y su vaso con el tenedor. Aquello era insoportable.

— BUENO ¡BASTA YA! ¡Y SI SE ME PEGAN COMEIS HUEVOS REVUELTOS!

De nuevo el lado oscuro de Mónica. Les echó la comida que pudo salvar en el plato y ambos se abalanzaron sobre ella. Parecía que por fin tendríamos un momento de paz.

— A ver, cuéntame— se sentó a mi lado.

— Me ha dejado por otra— siseé— Una de su trabajo.

¡Qué cara más triste me puso! ¿Se iría a echar a llorar?

— ¡Mónica!— exclamé pesarosa— Chica, no

sabía que te lo ibas a tomar así. No sé, pensé que tú me animarías a continuar. Como tú ya tienes hijos— titubeé— Sé que no va a ser fácil yo sola, pero...

Ella había comenzado a llorar, y agarrándome del brazo me sacó de la cocina.

— Ven, no quiero que nos oigan— me dijo entre lágrimas.

Nos sentamos en el salón, no sin antes despejar el sofá de trastos y demás. Yo maquinalmente agarré un muñeco y nerviosa comencé a toquetearlo.

— No os lo quería contar— comenzó— pero...— bajó la cabeza como avergonzada— Creo que Luis tiene un lío— Se tapó la cara con las manos.

— ¡Oh, Mónica! – Ahora era yo la de los ohs— Pero si ni siquiera estás segura. Anda, que no puede ser, que a veces nos da la paranoia.

— Bueno— levantó la cabeza— si por paranoia entiendes un mensaje de móvil que dice: “¿estás seguro de que lo quieres hacer? Puede ser doloroso. ¿Y si tu mujer se entera?”

— Eso no dice nada.

— Espera, escucha, que el mensaje no acaba ahí. Después seguía y decía— puso voz seductora— “No olvido tu capirote”.

¿Capirote? ¿Es que ahora lo llamaban así?
Capirote. Hay que joderse.

— ¡Pero Mónica!

Ella de nuevo se había echado a llorar.

— Si es que él— intentaba hablar— si no puede ser. A ver si ahora le van a gustar las técnicas masoquistas o como se llamen. — se sorbió la nariz— Yo le quiero, Paula, de verdad. Yo le quiero a mi gordito osito de peluche.

Intenté no reírme. ¿Ese era el nombre que ella le daba en la intimidad? Osito de... Miré al muñeco que tenía entre manos. Un osito resobado. Instintivamente lo tiré al suelo.

En ese momento apareció Luisito por allí.

— ¡Oh! ¡Mi guini! Sacho pupa mama— me miró con odio y recogió del suelo ese peluche con

forma de oso que ahora tanto me recordaba a su padre.

— No pasa nada— le abrazó Mónica— ¿Ya has acabado de cenar?

— Mago pis.

— Venga, vamos al baño.

Me quedé sola en el salón. ¿Qué estaba pasando con nuestras vidas? ¿Por qué nuestros hombres nos abandonaban? Tan nefastos pensamientos fueron interrumpidos por la vuelta de Mónica al salón.

— Que asco ¿no?— me dijo mientras se sentaba nuevamente conmigo.

— Sí— afirmé— ¿Te acuerdas cuando cantábamos tan contentas aquello de “cómo pudiste hacerme esto a mí yo que te hubiese querido hasta el fin?”—canturreé.

—“Sé que te arrepentirás”— terminó Mónica con voz muy seria.

Me volví hacia ella. Tenía la mirada perdida ¿en qué estaría pensando? Sentí un escalofrío.

— Mónica—la golpeé en el brazo. Quería que volviera a ser ella misma.

— Eh, ah Perdona. Estaba...no sé, no sé dónde estaba.

— Sí, ya, bueno ¿Y qué piensas hacer?

Esperaba que no se le hubiera ocurrido el atropellarle con el coche.

— ¿Hacer?— repitió ella— No lo sé. Necesito tener más datos. Y luego están los niños, y yo ahora no tengo trabajo. ¡Es todo tan difícil!— suspiró.

— Ya—musité.

— Mira, igual tú hasta lo tienes mejor. Desde el principio sabes que sólo cuentas contigo misma, y ni vas a dejar tu trabajo ni nada.

— No, no puedo hacerlo—sacudí la cabeza— aunque me gustaría.

— Sí, pues a mí a veces me gustaría no haberlo dejado.

— Pero tú has podido criar a tus hijos. ¡Debe ser

tan bonito!

— Sí, sí que lo es— sonrió.

— Que raros somos los humanos ¿verdad?
Siempre queremos lo que no podemos tener.

Desde la cocina entonces nos llegó una algarabía y corrimos hacia allí.

— ¡Lo tenía yo! – gritaba Saúl mientras Luisito daba vueltas a una silla con lo que parecía ser un móvil de juguete.

Siempre queremos lo que no podemos tener. Esa frase que yo acababa de decir se me mostraba ahora justo delante de mis narices.

— No, mío— porfiaba el pequeño.

— BUENO, VALE, AHORA PARA NINGUNO—
vociferó Mónica, y de malas maneras les quitó el objeto de la discordia de las manos y lo tiró encima de un armario.

Comenzaron los dos a llorar, y para mi asombro Mónica se desplomó en una silla y decidió acompañarlos. Yo también me hubiera echado a

llorar si en ese momento no hubiera aparecido por la puerta Luis, el marido de Mónica.

— ¡Papi!— gritaron los dos críos olvidando su anterior pataleta.

Él les acogió en sus brazos y miró a Mónica.

— ¿Qué ha pasado?— volvió la mirada hacia sus hijos sabiéndolos culpables del sufrimiento de su madre.

— Nada, no te esperaba tan pronto— contestó ella levantándose de su silla y secándose las lágrimas con su delantal— ¿No saludas a Paula?

— Sí, claro, no me dais tiempo. ¿Qué tal Paula?

— Bien, bueno, que yo ya me iba— no era capaz de mirarle a la cara. Su imagen y la del osito se me superponían.

— ¿No te quedas a cenar?— preguntó Mónica solícita.

Ahora él le había agarrado también a ella y formaban una estupenda estampa familiar. ¿Sería verdad lo que Mónica sospechaba?

— No— le dije cogiendo mi abrigo— tengo a mi abuela en casa. Ya te contaré. ¡Estos niños!— los llamé— A ver un besazo.

— Bueno, tenme al corriente— seguía hablando ella mientras el pequeño me sacaba la lengua y el mayor me hacía una pedorreta.

Salimos hacia la puerta.

— No sé, Paula, creo que no me has pillado en mi mejor día. Me parece que no te he servido de mucho.

Ahora hablábamos en el descansillo.

— Sí, no te preocupes. Lo voy a tener.

— Merece la pena, de verdad. — dijo maternal— ¡Son tan bonitos! Claro que a veces te dan ganas de dejarlos abandonados en la puerta de la inclusa.

— ¿Qué es eso Moni? Eso ya no existe.

— Ves, no te digo. Estoy antigua y pasada. ¡Pero si cada vez que escucho que alguien ha salido del armario en lo primero que pienso es en la abuela de Caperucita Roja! ¿Te imaginas?

Supuse que yo acabaría igual de mal. Aunque a mí ni loca se me ocurriría llamar osito de peluche a mi marido. Eso si lo tuviera, claro, si lo tuviera.

Capítulo 17

Fue una semana terrible, en todos los sentidos. Y no solo porque los pechos comenzaron a dolerme cantidad y se me pusieron tan duros que se hubiera podido jugar un partido de pelota en ellos. No, no solo por eso.

En casa, mi abuela había iniciado una campaña para, según ella, conseguir que yo adquiriera hábitos saludables que a la larga redundarían en la salud de mi futuro hijo. Su estrategia consistía en ir colocando en los sitios más inverosímiles fotografías de bebés rezongantes. Y así cuando menos me lo esperaba ¡zas! aparecía la cara risueña de un bebe regordete con un cartelito al lado que decía **¿le has dado el desayuno al niño hoy?**

Cierta mañana me sorprendí contestando a tales preguntas y haciéndole carantoñas a la foto de un niño burlón. Aquello me pareció el colmo, y enfadada me dirigí a la habitación de mi abuela.

— ¿Se puede saber que pretendes con esto?— le

espeté.

En mi mano agitaba la foto de un bebe semiobeso de raza aria que sonreía mostrando su desnuda encía.

Ella tranquilamente me miró por encima de sus gafas y me dijo que yo ya sabía, que aquello sólo era una manera de no olvidar los objetivos.

— ¿Qué objetivos?— pregunté impaciente. En ese momento mi único objetivo era poder abrir la puerta del armario esquinero sin que un bebé con chupete me interrogara acerca de los cafés que me había tomado en el día.

— Pues los objetivos, ya sabes— me contestó despistada— Tener un bebé sano— titubeó— sobrio, y sin síntomas de abstinencia.

— Pero— me senté junto a ella— ¿De qué me estás hablando? Yo no bebo. Ya— le aclaré.

Me miró extrañada.

— ¿Y todo eso que compraste para el mueble— bar?

Fruncí el ceño. Yo no había... Un momento. Me levanté y fui hacia allí. Lo abrí. Ante mis ojos se desplegó la gran foto. Sin embargo en esta el bebe no sonreía, no. El bebe lloraba, y su llanto lo acompañaba con un cartel que decía: **Mama, no bebas, hazlo por mí**. Patético. No pude evitar una carcajada.

Mi abuela que me había seguido y se apoyaba ahora en la puerta me miró severa.

— Oh, perdona— le dije— Entiendo tu preocupación. Pero este arsenal de alcohol no lo he comprado yo.

— ¿Entonces?

— Verás, Chari...

— No sigas— hizo un gesto con la mano— Esa amiga alcohólica tuya no debería inducirte a seguir sus pasos.

— Te equivocas. Ella no me induce. Quiero decir que lo habrá comprado para ella. Para cuando pasa por aquí y eso.

Lo estaba liando aún más, aparte del hecho de que en ningún momento había defendido a mi amiga de la acusación de ser alcohólica. Sin embargo yo era la primera sorprendida, y realmente no tenía ni idea de porque a Chari se le había ocurrido traer todo aquello.

— Bueno, olvídalo abuela— cerré el mueble—bar

— Y no te preocupes que no me voy a alcoholizar.

— Ay, hija, siento haberme equivocado. Lo único que me apena de todo esto es el tener que quitar las fotos ¿No las podríamos dejar? ¡Son tan monos!

Dude unos instantes. Al fin y al cabo ¿qué me costaba?

— Está bien— accedí— pero quita el cartel del armario esquinero. Hace días que no puedo probar el café por culpa de ese bebón, y ayer casi me quedo dormida en el trabajo.

Porque esa era otra. El trabajo. Allí tampoco me estaba yendo mucho mejor. Desde que mi jefe se había enterado de mi estado había comenzado a

darme un trato digno del maniaco—depresivo que llevaba dentro, y que oscilaba entre cuidarme como a una inválida a asediarme con múltiples chorradas. Así tan pronto me servía una pasta, me acercaba la silla, o me abría la puerta, como me mandaba subir al archivo por su ridícula escalera a por un papel que nadie necesitaba mientras me escondía el almuerzo o me apagaba el ordenador.

A mi sano entender me estaba haciendo bulling. Sí, sí, ya sé que si las putaditas se producen en el ámbito laboral el asunto se llama mobbing, pero dado que su comportamiento era más propio de un patio de escuela que de una oficina de personas adultas me parecía más oportuno llamarlo así.

Para colmo se acercaba la temida cena de Navidad, y tenía que simular un entusiasmo que no sentía. En esa ocasión nos juntábamos todos los de la Empresa, no solo los de mi departamento, y era verdaderamente penoso el ver como todos fingíamos llevarnos bien. Sí, penoso. Yo otros años solía emborracharme para no pasar vergüenza ajena. Sin embargo este año iba a ser

imposible, y no sólo por la súplica del niño llorando. No me veía capaz de soportarlo, aunque sabía que si no iba, mi jefe se hartaría de comentar jocosamente lo mucho que una embarazada puede llegar a entorpecer la buena marcha de su—perdón—la empresa. No, no pensaba darle ese gustazo. Haría acto de presencia y aprovecharía para ¡por una vez! llegar al postre dignamente sin subirme a mí silla a brindar por la buena marcha de nuestra—perdón— la Empresa. ¿Eso hacía yo? ¡Qué razón tiene el bebe cuando me aconseja no beber! ¡Qué razón!

Estaba claro que necesitaba un descanso antes de enfrentarme a todo ese maratón de fiestas y comidas pantagruélicas que se avecinaban. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Mi padre. Mi pobre papa vegetariano. Él era el único que no sabía nada, y su casita en el campo se me antojo de repente tan seductora como la casita de chocolate les tuvo que parecer a los abandonados Hansel y Gretel.

Capítulo 18

El viernes por la tarde salí hacia la casa de mi padre. No le había avisado pues él siempre me decía que fuera cuando quisiera, amén de que las dos veces que le llamé al móvil, que él nunca usaba, nadie se puso al teléfono.

Cuando llegué era ya de noche y apenas si había luz en la casa. Por un momento pensé que quizás se hubiera marchado, pero vi su furgoneta y seguí adelante. Los perros salieron a recibirme y eso me hizo sentir más tranquila. No se oía un ruido allí. Di dos golpes en la puerta y nadie contestó. Moví el pomo y aquello se abrió. Si alguien está esperando ahora que la puerta chirrie va dado pues ese no es mi estilo. “Bueno—me dije— al menos hay alguien en la casa”

— ¿Papa?— interrogué a la nada.

Todo estaba oscuro y pasé al salón. Un murmullo como de electrodoméstico me recibió. Mmmmm. ¿Qué significaba aquello? Tropecé. ¡Santo Dios! ¿Qué hacía toda aquella gente sentada por los suelos en semioscuridad? Intenté acompasar los latidos de mi corazón. “Tranquila”— me dije

mientras mis ojos se acostumbraban a la falta de luz. Entonces lo vi claro. Sentados en la postura del loto e inmersos en el “ohm” como mantra toda aquella gente meditaba. Bueno. Empecé a sortearles con mis zapatos de tacón y mi inadecuada ropa de ciudad. Por un momento los “ohms” me parecieron que se convertían en “hums”, evidentes signos de reprobación hacia mi persona. Me aturullé. “Perdón, perdón”— musité mientras topaba con uno y con otro. ¿Dónde estaba mi padre? ¿Quién de todos esos personajes de ropas blancas era él? Ni idea. ¿Qué hacía yo ahora?

Afortunadamente vi luz en la cocina y me dirigí hacia allí. Me recibió una mujer de sonrisa esplendorosa y pelo ensortijado ¿o era enmarañado? Iba descalza. “como mi abuela “—me dije, y no se extrañó en absoluto de verme allí a pesar de que yo ya me empezaba a sentir totalmente fuera de lugar. Nada más verme me abrazo, me dijo llamarse Denise y me preguntó si quería una infusión.

“Infusión—pensé. ¿Eso es bueno para el embarazo o no lo es?” Rebusqué mentalmente la información de las revistas.

— La duda exige dulce— me dijo.

— ¿Eh?

Debía empezar a parecerle una tonta tantos ¿ehs? y tanta boca abierta. Pero era todo tan...

— Toma— y me extendió lo que parecía ser un bizcocho casero.

“¡Por fin!— pensé— Algo que conozco”. Lo mordí con alivio.

—Gracias—le dije entre migas— Yo soy Paula.

— ¡Ah! Entonces tú eres la hija de Carlo.

Carlo. Así era como se hacía llamar mi padre desde su separación. Fue entonces cuando decidió dar un giro radical a su vida y abandonó su trabajo, se dejó crecer el pelo y se vino a vivir a esta casita en el campo. Carlo. A mí aquel nombre me parecía más apropiado para un mafioso que para un hyppy neo rural, aunque nunca se lo

comenté. No lo sé. Supongo que cuando quiso dejar atrás su vida anterior hasta su propio nombre le molestó en su propósito. Yo fui lo único que él conservó de aquellos años, y según él lo más precioso. Yo ciertamente no recuerdo nada de aquella época. Cuando ellos se separaron yo era una pequeña de tres años, y si bien mi madre siempre ha intentado convencerme acerca de lo desgraciado de mi situación, y del horrible trauma que ese abandono paterno me causaría en el futuro, mi relación con mi padre era todo lo perfecta que podía ser, aun teniendo en cuenta que nuestras vidas eran bien distintas. Él me aportaba la tranquilidad que mi madre me quitaba.

— Sí—le respondí a aquella mujer— Soy su hija. ¿Dónde está él?

— Creo que lo has pisado al entrar. Era el que estaba al lado de la puerta.

— ¡Oh, sí, lo pise!— dije avergonzada— Pero— ahora estaba intrigada— ¿cuándo están así no se enteran de nada?

— No sé, depende del estado de consciencia en

que se hallen. Algunos alcanzan tal nivel de introspección que hasta se olvidan de que tienen cuerpo.

¡Vaya! ¡Cómo les gustaría a algunas que yo me sé el disfrutar de esa experiencia!

— Increíble— contesté cual Bisbal— Pero he oído decir que eso también pasa cuando estás muriendo. Te sales de tu cuerpo y te ves a ti mismo como si no fueras tú. Bueno— manoteé en el aire — no sé si me explico.

Si quería sorprenderla con mi erudición seguro que no lo había logrado.

— Sí te entiendo, sé de qué hablas— replicó ella — Aunque no te puedo decir. Nunca me he muerto — rio nerviosa.

— Ya, yo tampoco— mordisqueé mi bizcocho.

Nos quedamos pensativas. Como decepcionadas por no haber muerto y no poder así el cotillear acerca del asunto.

— De todas formas— hablé yo nuevamente— debe ser horrible.

No sé porque dije eso, pues hacía tan solo unos días y dada mi desesperación aquella había sido una más que aceptable opción a considerar.

— ¡No! ¡Qué va!— exclamó ella— Todos los que han tenido experiencias cercanas a la muerte hablan de ello como algo maravilloso.

— ¡Ha! Y entonces ¿por qué vuelven? ¿Eh?— pregunté en tono burlón.

Ella no se inmutó.

— Vuelven porque aún no han cumplido su misión en la Tierra. Tienen una tarea inconclusa.

— Pues eso suena a...—buscaba las palabras por no decir lo que realmente pensaba— como repetir curso.

— Bueno si lo quieres llamar así— dijo poco convencida— De todas formas todas estamos aquí para aprender algo, las cosas que se nos repiten son para que saquemos una enseñanza de ello. El que ya aprendió todo lo que tenía que aprender ya no necesita volver a reencarnarse en un cuerpo físico.

— O sea que aquí estamos los tontos. Los que ya superaron el curso se quedan en el limbo o donde quiera que sea.

—Hombre— frunció el ceño— Aquí también hay gente muy evolucionada.

— ¡Ya! Pues esos fijo que no vuelven la próxima vez. Es lo que yo digo: los tontos son los que vuelven a encarnarse como tontos que son una y otra vez.

Aquella mujer me empezaba a mirar mal, y temí que por un momento su fachada de tranquilidad se viniera abajo. Entonces apareció mi padre.

— Paula— me abrazo— ¿Por dónde has entrado?

— Por encima de un montón de gente, incluido tú —bromeé.

— ¡Ah! ¡Fuiste tú! Por un momento pensé que la fuerza energética de nuestras mentes había atraído una presencia.

— ¡Papá!—exclamé escandalizada— ¿Una presencia que taconeá y que huele a Eau de Rochas? ¡Venga ya!

— Hablo en serio, hija. Uno nunca sabe cómo se va a manifestar una energía. Pero olvídale ¿qué te trae por aquí?

La etérea y hasta entonces casi imperturbable Denise había abandonado la cocina sin apenas enterarnos.

— Verás— nos sentamos a la mesa— te tengo que contar que...— le mire despacio. Por él sí que parecía que no pasaban los años y aunque el pelo le había encanecido yo siempre le recordaba igual, ni más gordo, ni más flaco, ni con más arrugas ni con menos. Conservaba un aspecto juvenil que no se si era fruto de su nueva vida o de su propia genética pero que le hacía parecer diez años menos. Por eso se me hacía tan raro decirle lo que le tenía que decir— Te voy a hacer abuelo.

El me agarró la mano y sonrió. Sin comentarios.

— ¿No dices nada? ¿No te extraña? ¿Ilusiona? ¿Nada?

— Ya lo sabía— me dijo al fin.

¡Vaya con el poder de la mente! Entonces era

cierto eso de que con el debido entrenamiento se podían alcanzar niveles de consciencia hasta ahora inimaginables. ¿Era mi padre un iluminado?

— ¿Cómo lo sabes?— no salía de mi asombro—
¿Me has visto en tu...?— incapaz de explicarme le señalé la cabeza— ¿Has tenido visiones?

Soltó una carcajada.

— Nooo ¡qué dices!—seguía riendo— Fue tu madre que me llamó hecha una furia tan pronto se enteró del asunto.

— ¿Le cogiste el móvil?—aquello era aún más extraordinario si cabe.

— Sí, fue un error, lo sé; pero me pilló con mis niveles energéticos bajo cero.

“Y la batería del móvil a tope”—supuse.

— Me contó no sé qué de no tener padre conocido, y de historias que se repiten y algo sobre la falta...

—de una figura paterna estable—terminé yo la frase. ¡Lo había oído tantas veces!

—Eso

— ¿Y tú que le dijiste?

— Que perdía cobertura.

— ¡Oh, papi! Siempre tan...

— ¿Qué querías que le dijera? Cuando se pone así da igual lo que le digas, ella se lo ha dicho todo antes ya.

— Tienes razón—moví la cabeza — De todas formas— sentía que aquel era el día más apropiado para sincerarme ahora que parecía que él había dejado de tratarme como una niña. Continué— Aún no entiendo porque estabais juntos. ¿Qué os unió al principio?

— He pensado mucho en eso— contestó.

— Tú no piensas, meditas— le interrumpí.

— Llámalo hache— me dijo— Y creo que fue una especie de confusión estética lo que nos hizo comenzar a salir.

¿Era yo fruto de una confusión estética? ¿Qué quería decir con eso?

— Verás, entonces yo ya era muy idealista. Y

figúrate ¡los años setenta en España!

Me lo figuraba: los hippys, fumar porros, haz el amor y no la guerra. Todo eso.

— Ya—le dije— Sin embargo tú entonces..., las fotos que yo he visto, no parecías hippy, no tenías pinta de eso.

— ¡Claro! Yo no me enteraba de nada. Yo era hippy de pensamiento.

— Pero no de obra u omisión—me salió de corrido.

— Algo así. Yo no vestía las ropas, ni iba a los sitios correctos. Ni pelos largos, ni flores en el pelo, ni pies descalzos, ni guitarras y cantautores por doquier.

— ¿Ni porros?—pregunté intrigada.

— Bueno—sonrió— de eso si me entere un poco.

— ¿Y? Sigue

— Tu madre en cambio era todo lo contrario. Ya sabes que ella siempre ha ido a la última. Le debieron parecer muy monas las sandalias, los

vestidos ibicencos, y las flores en el pelo. Así que se apuntó a la nueva moda y se dejaba caer lánguidamente en cualquier césped con su larga melena al viento y sus chalecos de punto.

— Perdona papa, pero no me la puedo imaginar sentada en un césped.

— Bueno, casi siempre tenía a algún admirador detrás que le prestaba su chaqueta para que ella se sentara encima.

— ¡Me habías asustado!—reí— Eso ya me cuadra más en ella. Pero, bueno, entonces ¿qué pasó?

— Pues que en el fondo a ella todos esos melenudos desgreñados, le daban un poco de...

— ¡Repelús!— le ayudé yo. Era una palabra que mi madre gustaba tanto de usar que imagine ya estaría en su vocabulario por entonces.

—Repelús. ¡Exactamente! Eso era lo que decía, que le daban repelús— afirmó con la cabeza. Entonces aparecí yo. Con mi pelo corto, mi pinta de no enterarme de nada y mi carrera de abogado bajo el brazo. Pensó que yo era lo que ella andaba

buscando. Y yo la vi a ella. Te lo puedes imaginar.

— Sí, parecería la más hyppy de todas, no le faltaría detalle.

— Ninguno, hija. Así que los dos nos cegamos por creer del otro lo que no era. Ella creyó que yo era distinto, y que nunca sería como todos esos pordioseros que sólo pensaban en fumar porros, y en acostarse con cuantas más chicas mejor. ¡Eh!— exclamó ante mi cara de asombro— Son palabras textuales tuyas dichas años después.

“¡Vaya con mama!”—pensé.

— Y yo— siguió él— pensé que ella era una idealista como yo que abominaba de su pasado burgués y que nunca me pediría un abrigo de visón.

— ¡Vaya! ¡Qué ciego estabas papa! ¿Y luego qué pasó?

— Luego enseguida llegaste tú, y aquello nos siguió uniendo durante un tiempo. Hasta que...— quedó pensativo.

— Te pidió el abrigo de visón— no quería hacer una gracia pero supuse que algo así había debido

de ocurrir.

— Bueno, no sé si ella me pidió el visón, o si yo le pedí a ella retornar a la simplicidad de la vida y me dijo que no. El caso es que un día me di cuenta de la distancia que nos separaba a los dos y de lo imposible que iba a ser salvarla. Aun así lo intenté, pero ella ya no quería ver lo que pasaba. Se había cegado en su idea de la familia perfecta, y en su fuero interno nunca quiso reconocer que había fracasado. No, no creo que fuera por amor, simplemente yo le rompí sus esquemas y le hice quedar en una situación que ella veía como socialmente inaceptable, y que para ella la invalidaba delante de sus amistades de pacotilla. Ella ha perdonado el abandono, pero no ha perdonado la humillación social que para ella supuso.

— Pues sí que has meditado en el tema— dije asombrada ante aquel certero análisis de la situación.

Ahora me sonreía dulcemente.

— Lo peor fue dejarte a ti. Y sé que no... fue muy

duro, de verás

— Venga, pa— intenté animarle— No te preocupes. Mira, a pesar de todos los intentos de mama por hacerme creer que viviría traumatizada por tu partida creo que no lo ha conseguido.

Me miró amoroso.

— Estás preciosa— me dijo como si me viera por primera vez— Te sienta bien el embarazo. Y... ¿qué es eso de que no tiene padre?

Le expliqué toda la situación lo más claramente que pude.

— ¿Sabes? Dicen que los hijos eligen a los padres.

— ¿Sí?—fruncí el ceño— Pues que mal ojo ha tenido este— me froté la barriga.

— No, no es broma— él hablaba serio— Quizás tu hijo te necesita sólo a ti para hacer lo que tenga que hacer en su vida. Quizás no necesite a un padre.

— Ya, quizás él no; pero a mí no me vendría mal

el compartir esto con alguien— ahora la que estaba seria era yo.

— Bueno, ya sé que no es lo mismo aunque sabes que me tienes a mí. Lo sabes ¿no?

Asentí pues tenía un nudo en la garganta y no podía hablar.

— ¿Has pensado en el parto? ¿Quién te acompañará?

El nudo se hizo más gordo aún. Me encogí de hombros.

— Oye— de repente parecía emocionado— Si quieres puedes dar a luz aquí, en casa.

Abrí mucho los ojos, y finalmente pude hablar.

— ¿Cómo hacían antes? ¿Cómo la abuela?— dudé

— No sé, no se me había ocurrido. Pensaban que no dejaban—musité.

Lo cierto es que no había pensado en nada de nada. Yo simplemente creía que cuando llegara el momento iría al hospital y la Seguridad Social se ocuparía de todo, hasta de ponerme un

acompañante si se daba el caso. ¡Estaba tan confusa!

— Bueno—contesté al fin no muy convencida—
tendré que pensarlo.

En ese momento volvió a aparecer por allí la dulce Denise con dos o tres personas más. Después de las consabidas presentaciones y de los abrazos muuuyyy fuertes preparamos la cena entre todos. Mientras comíamos conseguí abstraerme de su conversación que debió versar sobre lo que habían vivenciado durante el día a través de sus experiencias con la kinesiología, el reiki y el rebirthding. Si en ese momento alguien me hubiera preguntado dónde estaba no hubiera sabido que decirle, pues todo aquello me sonaba tan extraño que por un momento y debido al cansancio acumulado creí vivir una irrealidad. ¿Qué hacía yo allí con toda esa gente que no hablaba mi idioma y no comía mi comida? Sentí una especie de mareo y mi padre me agarro fuerte. Yo me deje caer. Oía sus voces que hablaban de bajones de tensión, niveles energéticos y hierbas para tratarme, pero

yo ya no estaba allí Por un momento pensé que quizás estaba viviendo una de esas experiencias cercanas a la muerte y me dieron ganas de guiñarle un ojo a Denise como diciéndole “ya te contaré”

Pero todo pensamiento se borró cuando alguien me dio algo de beber y puso sus manos sobre mi cabeza. Dejé de ser yo para entrar en un estado de paz y tranquilidad inusitados. Cuando volví a mi ser me encontré ¡por fin! en la cama, suspiré, me di la vuelta y volví a caer profundamente dormida.

Capítulo 19

Tuve un sueño muy extraño, y sin embargo muy real. Cuando me desperté eran las siete y media. Deseosa de compartirlo con alguien me levanté y me dirigí a la cocina. Allí me encontré a tres de los compañeros de mi padre con los que había compartido la cena.

— Paula— el más alto de ellos se dirigió hacia mí y colocó sus manos sobre mis hombros al tiempo que me miraba fijamente a los ojos— ¿Cómo estás? Anoche nos dejaste preocupados.

Su familiaridad me resultó incómoda, pero sabía que ellos eran así; un poco sobones sin que ello implicara nada más. De modo que aguante el tirón.

— Bien— respondí— Tengo sed— añadí mientras intentaba llegar hasta el fregadero sin que aquel mozarrón notara demasiado mis ganas de desasirme de él.

— Bebe— me dijo él— el agua es fuente de vida.
“¿Pero es que todo tiene que significar algo?”—

me dieron ganas de preguntarles— “¿Nada es porque sí?” Me callé pues ya sabía la respuesta. Además seguramente estuviera en la compañía ideal para tratar de entender mi sueño.

— ¿Carlo?— pregunté haciéndome yo también la moderna.

— Salió con los perros, viene ahora— me contestó el más joven de todos.

— ¿Cómo estás?— me volvieron a preguntar. Esta vez era una de las chicas.

— Bien, pero he tenido un sueño...no sé— di un trago de agua.

— Cuenta, cuenta— me animó el alto.

— ¡Oh! Antes me vendría bien un café.

— ¿Un café? En tu estado no creo que sea lo mejor. Mira, te voy a preparar un bol con frutas y cereales. Anda, siéntate.

¡Bueno! ¡Ya estaba bien! Vale que mi abuela y su pandilla de bebes robustos boicotearan mis desayunos, pero desde luego que no iba a permitir

que todos estos iluminados me dijeran también lo que tenía que desayunar.

Entonces fui yo la que poniéndome de puntetas le agarré por los hombros y le miré fijamente a los ojos.

— Ponme un café y te contaré TODO— le reté o bueno, vale, le chantajeé.

— ¿Estás segura? ¿En tu estado?

— ¿Quieres oír ese sueño sí o no?

— Vale, vale— rebuscó en el armario—

¡Marchando ese café! Espero que sea realmente bueno.

— ¿El qué? ¿El café?

— No hombre. Ese sueño que nos tienes contar.

— Pues no lo sé— hasta que no tuviera mi taza entre manos debía continuar haciéndome la interesante no fuera a ser que aquel ser alto y sobón se arrepintiera de lo dicho— A mí ciertamente sí me lo parece. Pero mejor juzgáis vosotros.

— Bueno, toma— dijo de mala gana— aquí tienes lo tuyo.

Me alargó una taza.

— ¿Azúcar? ¿Lleva?— pregunté.

— Siii. De la negra. Dos cucharadas— su voz sonaba impaciente.

— Bueno— tomé un sorbo. Umm— os cuento. Se abre el telón y aparece una niña... Vale, vale no me miréis así que eso era broma— carraspeé— Veréis, en el sueño aparecía una niña morena como de unos siete años, creo que llevaba coletas o trenzas.

— ¿La conocías?— interrumpió la chica.

— Chist— dijo otro de ellos— No interrumpas, hay que oírlo hasta el final

— No, no la conocía. Pues ella aparecía y me preguntaba: “¿Y va a haber gaseosa picante? Sí, va a haber gaseosa picante” contestaba yo. “¿Y va a haber Doritos picantes? Sí, va a haber Doritos picantes; ¿Y va a haber mucha acción? Sí, va a haber mucha acción.” respondía yo. “Bueno, pues

entonces me quedo” concluía la chiquilla al final.

— ¡Vaya!— dijo uno de ellos.

— Espera, no acaba ahí— les dije— Ya cuando se iba y como sin palabras me dice “¡Ah! Me llamo Marta y soy mexicana.” Fin.

Los tres quedaron callados un buen rato como asimilando lo que les acababa de contar.

— Entonces ¿eso que traes es niña?

— No lo sé, aún no lo sé.

— Mira. Se me ha puesto carne de gallina—dijo el más joven.

— Eso es que tu inconsciente quiere decirte algo
— me miraba fijamente el más alto.

— Acabáramos. Ya sabéis lo que dice Jung ¿no?—
saltó la chica.

— No— dije yo— ¿Quién es yun? ¿Lo conozco?

— ¿De verdad no sabes quién es Jung, Carl Jung?

— ella me miraba asombrada como si yo
verdaderamente fuera un bicho raro.

— Pues no— repliqué impertérrita— ¿Sabes tú quien es Zaldivar, Maite Zaldivar?

— No. ¿Alguna vidente?

— Ves, yo sé cosas que tú no sabes y viceversa. Es...no sé, la ex mujer de un ex alcalde de Marbella que luego se fue con la ex de... ¡Oh! Olvídalo— dije ante su cara de exasperación— Ahora tú ¿Quién es Yun?

— Un psiquiatra vienes de principios del siglo XX que dice que no existe ninguna interpretación definitiva o directa de ningún sueño.

—Ah.

De nuevo se hizo el silencio. Finalmente el más joven hablo.

— ¿Y si la criatura que traes fuera un contactado?

“No sería nieto de mi padre”—pensé. No podía imaginar a mi hijo/a conectada todo el día a Internet y enganchada a todo ese mogollón de móviles y aparatos modernos que era lo que yo entendía por contactado.

— ¿Contactado? ¿Quiénes son esos?— preguntó el más alto.

Bueno, al menos no era la única tonta, aunque sí la que más.

— Son personas que de un modo u otro muestran conocimientos especiales.

— Quien sabe— habló de nuevo la chica— Pero a mí ese sueño— dudó— he leído no sé donde que son los niños índigo los que se presentan a sus padres en sueños.

¿Niños índigo? ¿Contactados? Sólo faltaba que por la puerta apareciera ET y con su dedo fluorescente me iluminara la barriga. Mas el único que apareció fue mi padre que se mostró sorprendido de encontrarnos allí.

— ¡Vaya! ¡Tanta gente en la cocina!— se dirigió hacia mí— Hija ¿cómo estás?

Me dieron ganas de ir hacia él, abrazarle y con el dedo señalar acusadoramente a los demás mientras con voz de niña quejosa le decía que esos señores no hacían más que decirme cosas raras.

— Bien, no te preocupes, he dormido como un lirón— contesté sin embargo.

— Denise te hizo una imposición de manos, una diksha, y a partir de ahí fue imposible despertarte.

—Ah— fue lo único que atiné a decir.

— Ha tenido un sueño— le informó el más joven— creemos que el alma de su futuro hijo se le ha revelado.

— ¿En serio?— me miró intrigado él.

— Bueno, sí, algo así. Ha sido un sueño muy...— no sabía que adjetivo ponerle— tranquilizador— dije al fin. De verdad me ha dejado muy buena sensación, pero ahora no sé si lo debía de haber compartido.

— ¿Y por qué no?

— No hacéis más que ponerles nombres a las cosas, y verdaderamente yo no me entero de nada— confesé— Lo cierto es que me aturdís con vuestra palabrería.

— ¿Eso es lo que sientes?

— Pues sí, es lo que siento, y lo siento. No estoy preparada para vuestros galimatías.

— Pero tú nos pediste ayuda— dijo la chica.

— Lo sé y os lo agradezco. Sin embargo ahora mismo me encuentro más confusa que antes.

— Hija, quizás te convendría meditar un rato con nosotros. A ver si así hacemos callar a esa cabecita— a la vez que hablaba me frotó la nuca.

Eso me pareció una idea excelente, y no solo porque callaría mi cabecita, sino porque también se callarían todos ellos, lo cual en aquellos momentos me pareció el sumun de la relajación. Entusiasmada les seguí a la sala donde me senté entre todos ellos.

“Lo que tienes que procurar es relajarte y no pensar en nada”— me dijeron. Fue imposible. No hacía más que pensar en que no tenía que pensar, y aquello no tenía visos de llevarme a ningún sitio. Sin apenas hacer ruido me levanté y salí de allí dispuesta a darme un paseo por el campo.

Hacía frío y me arrebujé en mi abrigo. El día era

gris y la naturaleza se presentaba tan desnuda que daba reparo mirarla. A pesar de que el paisaje invitaba a la melancolía yo estaba contenta. Ese sueño...por primera vez sentía que aquello que llevaba dentro era ya alguien, un diminuto ser que ¡fíjate! ya se comunicaba conmigo. Sonreí y en ese momento decidí que si eso que traía era niña la llamaría Marta.

Capítulo 20

VEINTISEIS MIL QUINIENTOS TIRIRITI, MIIL EUROS, TRESCIENTOS MIL DOSCIENTOS CINCUENTA Y PUM, MIIIL EUROS. Puto día. La lotería. Y la cena de Empresa. No sé qué era peor, si ver como otros se hacían ricos, o ver como nosotros nos hacíamos los ricos.

En fin. Para colmo ese día tenía que hacer tropecientos bajas con su correspondientes tropecientos finiquitos. Porque eso no sale hoy en los telediarios, no. Hoy sólo sale gente dando saltitos y abriendo botellas de champán, pero no salen todos esos que con un contrato temporal son despedidos para ser vueltos a contratar después de haberse gastado la proporcional de la extra de Navidad en los gastosos Reyes. No, esos hoy no son noticia, y menos en estos días.

Aunque pensándolo bien quizás hoy a alguno de esos finiquitados les toque el gordo, y entonces ellos también aparecerán en la tele dando saltitos. En una mano el boleto ganador, en la otra la carta de baja. Quién sabe, puede ser que al fin y al cabo

el día de hoy no sea tan malo y ayude a que algunos hagan realidad sus sueños (Entiéndase por sueños el mandar al carajo a esa empresa que desde el año noventa y nueve viene contratándole y volviéndole a contratar concatenando un contrato temporal tras otro con una maestría tal que hasta el momento no ha habido inspección de trabajo que los haya podido desenmascarar).

Fecha de baja 22/12/2009. Casi que ya lo podía escribir con los ojos cerrados y sin salirme de la casilla correspondiente. Lo intenté: 22/12... ¡Ahí!

— ¡Señorita López! ¿Ya se ha vuelto a quedar dormida?

Abrí súbitamente los ojos. Mi jefe me miraba con reprobación.

— No, no— contesté apurada— Sólo intentaba...

— ¿Qué le decía? La verdad era tan de gilipollas que casi era mejor que siguiera creyendo que dormía.

— Bueno, no importa. Váyase a dar un paseo.

— ¿Un paseo? ¿Con la que está cayendo?

Miré por la ventana. La niebla era tan espesa que cualquiera hubiera podido imaginar a Jack el Destripador tras cualquier esquina.

— ¿No dicen que a las embarazadas les conviene pasear?— preguntó él.

— Sí— asentí confusa.

“Claro que también dicen que nos conviene ver el suelo por donde pisamos”.

— Pues, ale, así aprovecha y se toma un caldito— otro que desaprobaba mis cafés— A ver si de este modo se espabila.

Dudé. No sabía si era su lado maniaco o su lado depresivo el que me mandaba a paseo, aunque después de que él creyera el haberme pillado dormida, no me pareció oportuno el discutir sus órdenes. De tal modo que cogiendo mi abrigo, gorro, bufanda y guantes salí a la brumosa calle dispuesta a dejarme degollar por cualquier desaprensivo.

¿Y a dónde cojones iba yo si no veía más allá de mis narices? De repente se me encendió una luz.

¿Cómo no se me había ocurrido? Desde que Pablo me había pedido le devolviera el CD de Manu Chao, lo había llevado metido en mi bolso esperando llegará cualquier ocasión para acercarme hasta allí, y depositarlo dignamente en su buzón. Ahora era el momento. Además si hubiera querido habría podido recorrer ese camino a ciegas. Solo que no quería. Por hoy ya bastaba de probaturas con los ojos cerrados, y de todas formas y dada la niebla lo mismo daba abrirlos que no.

Contenta por tener un objetivo me dirigí hacia allí. Su casa no estaba muy lejos de mi trabajo, tampoco muy cerca, lo suficiente para que fuera un buen paseo. Iba a buen paso, segura y confiada, y por supuesto ya había olvidado por completo la idea de ser asaltada por cualquier idiota que se creyera estar en Londres.

Ahora me entretenía imaginando mil historias de reconciliación entre Pablo y yo delante de su buzón, en las que, por supuesto, al menos en novecientas noventa y nueve él me suplicaba e

imploraba mi perdón. En la número mil me permití la licencia de cambiar a Pablo por Eduardo Noriega y...Bueno, una imagina lo que quiere ¿no? Número treinta y cinco. Aquí era. El portal estaba cerrado y llamé a su telefonillo. Efectivamente nadie contestó. Veintidós de Diciembre, a esas horas o uno está ya dando saltitos con la botella de champán en ristre, o está currando como un tonto, o esperando a que le larguen el finiquito. Miré a un lado y a otro. No sé para qué. No veía casi nada. Fue entonces cuando una señora salió del portal. En su mano llevaba las correas de tres pequeños chihuahuas. Aproveché para meter mi pie y mantener así la puerta abierta. La señora miró al cielo sin darse cuenta de que ese día el cielo se hallaba entre nosotras, inmersas en una nube como estábamos. Al verme allí como pasmarote me pidió por favor que le sujetara los perrillos mientras ella se colocaba sus guantes. Sin moverme un ápice de mi posición, agarré las tres correas e intenté simular interés por los animalitos; pero éstos tenían muchas ganas de salir

y tiraban de mí. Mi pie seguía allí, atrapado en la puerta, mi centro de gravedad que por el embarazo se debía haber desplazado, me hacía aún más difícil el mantener el equilibrio, y los perritos finalmente consiguieron desestabilizarme.

Quedé entonces en una situación comprometida. El pie que momentos antes sujetaba la puerta salió de allí disparado a la vez que mi zapato quedaba dentro. La señora que hacía solo escasos minutos había creído ver en mí a una buena persona quedó asombrada ante mis juramentos, y arrebatándome las correas de sus mascotas desapareció de allí sin apenas darme las gracias. ¿Qué hacía yo ahora? Indignada, desesperada y avergonzada comencé a llamar a todos los timbres. En el único que recibí respuesta, una voz histérica me contestó que ya valía con pedir el aguinaldo y que me fuera a tomar por culo. Ni siquiera me dio opción a explicarme. Casi mejor. ¿Por qué cómo se explica esto?

Miraba desde afuera a mi zapato sin poder creer aun lo que me había pasado. Eran mis zapatos

preferidos, bueno o si no los preferidos, sí los más caros; lo cual a ojos de cualquiera que sudara para llegar a fin de mes se convertían en los preferidos. “Así se debió sentir la tonta de Cenicienta”— pensé. Y seguí pensando, ¡claro! Os podéis imaginar... Pablo mi príncipe azul que encuentra el zapatito y decide buscar a la mujer que lo pueda calzar para convertirla en su esposa y... ¡Joder! El móvil. ¿Cuánto rato llevaba sonando? Era Manuel, mi compañero.

— Ya puedes venir para aquí pitando. El jefe está que trina— cambió la voz intentando imitarle— ¿Qué si dónde te has metido? ¿Qué esto que es?

— Pero si ha sido él el que me ha mandado a paseo—protesté.

— Sí, lo sé. Pero no te lo vas a creer—bajó la voz— Por lo visto no le ha tocado el gordo por un número.

Abrí la boca sorprendida.

— Encima, y no me quiero reír, encima ¡es el último número el que le ha fallado! Vamos, que no

va a cobrar ni la pedrea esa o como se llame.

Yo seguía con la boca abierta.

— Anda, corre, vente y nos echamos unas risas.

— Voy, voy, pero me falta un zapato.

— ¿Qué dices?

— Nada. Por cierto ¿dónde ha caído el gordo?

— En Albacete, y no me hagas la rima por favor.

— En Albacete— repetí— ¿Y qué tasa de trabajo temporal hay allí?

— Yo que sé. Menuda preguntita.

Ves, lo que yo decía. Puto día.

Capítulo 21

— A ver, atención. Clii, cli, cli. Quiero hacer un brindis por la buena marcha de mm la Empresa.

Plas, plas, plas. Aplausos de borrachos pletóricos de comida.

— Silencio, silencio. Y también quiero brindar por— me miró a mí ¡horror!— la buena marcha del embarazo de Paula.

“Que vergüenza, que vergüenza, que vergüenza. Tierra Trágame. Bueno tendré que hacer algo, al menos coger mi copa y brindar con ellos. Enhorabuena, oigo por aquí y por allá. Gracias, gracias. No, no os penséis que este año me voy a subir a la silla. No, aquello ya se acabó. Nada de hacer el ridículo, eso ya ha ocurrido esta mañana y no volverá a ocurrir. Ahora soy una formal hembra gestante que dejó atrás su pasada vida de animadora de cenas de empresa. Esta noche yo Paula López sólo tengo un objetivo: rescatar a mi querido y caro zapato de las garras de ese portal infranqueable que se ha apoderado de él.”

Sí, como podéis suponer, ante la llamada de mi compañero había tenido que regresar apresuradamente a la oficina. Afortunadamente o desgraciadamente, quien sabe, cerca de casa de Pablo había una de esas tiendas de los chinos en las que uno podía encontrar las cosas más inverosímiles y sí, zapatos también, e inverosímiles éstos también. Pero yo estaba desesperada y acepté de buen grado el calzarme unas manoletinas que por puntera llevaban un gorro de Papa Noel, con borla incluida, y que si corrías o andabas muy rápido hacían sonar el Jinger Bell.

De esta guisa llegué como pude hasta el trabajo, y una vez allí tuve que aguantar a mi compañero que por una vez prefirió reírse de mí a reírse del jefe. El muy puñetero.

Agotada su risa le conté mi problema y mi necesidad de recuperar mi dignidad perdida ahora en forma de zapato. Él, por supuesto, prometió no ayudarme en mi tarea de entrar como fuera en aquel portal, pero me recomendó muy serio los

servicios de Sergio, el nuevo de Informática. Según él, este tipo poseía un pasado dudoso, de raterillo ocasional, y continuaba siendo un vicioso, con lo cual le podría convencer con cualquier pijada. Cuando le pregunté qué entendía él por pijada, me explicó que a ese tío en un portal lo mismo le daba meterse una raya que calzarse a una tía. Le agradecí fuera tan explícito, y el uso tan oportuno del verbo calzar, más le dije que yo casi prefería la primera opción. Aunque “¿de dónde sacaba yo la farlopa?” pregunté haciéndole ver que yo también sabía palabras. El cínicamente me dijo que yo sólo se lo tenía que prometer, que no era necesario darle la gratificación de inmediato. Ante mi cara de pasmo me sonrió y finalmente me soltó: “Ya sabes, estrategias de motivación”.

Y en esas estaba yo ahora, intentando acercarme al susodicho Sergio. Le había estado observando durante toda la cena. Llevaba la estética del modernito: negro el pantalón, negra la camiseta, negras las botazas, negra la cazadora, y negro el corazón. Esto último lo supuse después de verle la

cara de asco que estuvo poniendo una y otra vez ante los comentarios de sus vecinos. Cuando mi jefe anunció mi embarazo apareció en él un rictus de suficiencia que venía a decir.” ¡Ja! Otro pardillo que se ha dejado atrapar” Me dieron ganas de abofetearle pero estaba muy ocupada brindando con unos y otros y pasando mucha vergüenza. Aun así sabía que él era mi única oportunidad y que quisiera o no me lo tenía que camelar.

Así que en el primer pub al que fuimos todos a tomar una copa en plan Ally McBeal me acerqué a él, y en un alarde de originalidad le pedí fuego mientras con mis dedos temblorosos sujetaba un cigarrillo. Él me miró con curiosidad, como si fuera una nueva especie humana de la cual él hasta entonces no tenía conocimiento.

— Entonces— me dijo mientras de su bolsillo sacaba un mechero negro— las...como tú ¿también fumáis?

Manuel, mi compañero, ya me había advertido de que la mala vida le debía haber afectado alguna

neurona, dejándole en cambio incólume la parte esa del cerebro que se ocupa de la Informática. En fin. Otro que tal.

—Sí, no está bien hacerlo, pero...de vez en cuando hay que transgredir las normas— le contesté con picardía, o al menos lo intenté.

Se me quedó mirando como embobado, y me sentí incomoda. Hasta que pensé que quizás lo único que ocurría era que no sabía lo que significaba la palabra transgredir. Estaba a punto de tirar la toalla, sin embargo decidí intentarlo una vez más.

— Esto es un rollo ¿no crees?— le dije en plan chica guay, mientras hacía que me tragaba el humo, pues verdaderamente le había acabado cogiendo asco a eso de fumar.

— Un muermo, parece un funeral.

“Sí, y tú eres el único que vistes con la indumentaria adecuada”—pensé.

— Podríamos ir a otro sitio— aventuré.

— ¿Yo? ¿Con una, ejem, embarazada?

— Sí, ¿y por qué no? Ya verás, tus colegas lo van a flipar.

— Dabuti, tía— le brillaron los ojos (negros) —
Vámonos, conozco unos garitos en los que vas a alucinar.

Y pensando que nadie se percataba de nuestra huida salimos de allí a la noche fría.

Capítulo 22

Y yo aluciné. Vaya si aluciné. Me llevó a uno de esos antros en los que mis amigas y yo nunca habiéramos osado poner un pie, y mucho menos otras partes del cuerpo. Me presentó a sus colegas, un enjambre de tíos que al igual que él vestían de negro y que revoloteaban como moscas alrededor de la ¿mierda? Yo fui presentada como “Paula la embarazada” y eso pareció causarles profunda impresión. Me miraban con una mezcla de respeto y temor, como diciendo “lagarto, lagarto, que eso no me pase a mí”.

¡Por favor! Estuve a punto de explicarles que lo mío no era contagioso, y menos aún si uno no follaba, como me parecía que era el caso ya que la mayoría de ellos iban tan pasaditos que supuse que “ahí” no habría nada que hacer.

En un momento dado los “trons” que simulaban ser los chicos malos de la peli se tornaron en patéticos muchachotes que coreaban todos a una el tamborilero de Raphael. Me dio por reír y alguien me preguntó que qué “maría” fumaba, reí aún más

y me entraron ganas de orinar. Me fui hacia el baño pero aquello parecía el Metro en hora punta dado el trajín de entradas y salidas que tuve que presenciar.

Finalmente uno de los colegas de mi “tron” me vio allí, y a gritos pidió paso para la embarazada. Me sentí como Moisés a orillas del Mar Negro viendo como a mi paso unos y otros se apartaban a un lado con evidentes gestos de evitación ¿o era asco? No, si al final iba a ser cierto eso de que la coca produce paranoia, y supongo que aquella noche mi presencia por allí hizo que más de uno se lo pensara a la hora de echar (o intentar echar) un polvo.

Al rato conseguí que Sergio me sacara de allí pues ya nos comenzaban a hacer corrillo y a señalar con el dedo. Ahora él estaba totalmente desorientado y poco a poco le fui llevando hacia donde yo quería. Cuando nos acercábamos al portal de Pablo comencé a provocarle.

— ¿Y dices que robabas radiocasetes?—pregunté aparentemente interesada.

— Sí— contestó él encogiéndose de hombros y dándole una indolente patada a una lata, las manos en los bolsillos.

— ¿Y eso? ¿Por qué? ¿Para qué?

— Pss. Yo que sé. Una etapa. — habló indiferente mientras seguía con la latita.

— Ya, entiendo— repliqué yo en tono irónico— La típica etapa en que nos da a todos por robar radiocasetes. ¡Lástima que a Piaget se le pasara por alto!

— ¿Te estás riendo de mí?—me preguntó serio mientras cesaba en sus pataditas.

Su mirada de animal herido me hizo sentir mal, y por un momento... ¡Eh! Ahora fui yo la del ¡lagarto, lagarto! “Ni se te ocurra pensar en él en esos términos—me amonesté— Ya sabes que lo de ir de redentora no te va, y que además no funciona. Uno no cambia por nadie, uno solo cambia cuando él realmente quiere hacerlo. ¿Cuántas veces no se lo había oído decir a mi padre?” Por eso me volví hacia él y seguí insistiendo en mi provocación.

— No, no me río. Pero—ahora estábamos frente al portal de Pablo— no te acabo yo de ver. No sé, ¿Serías capaz de...—hice que dudaba— por ejemplo forzar la cerradura de ese portal?

Miró hacia allí, de nuevo recuperada su fachada de chico duro.

— ¿Ese? Claro tía, pero ¿para qué iba yo a querer entrar ahí?

— Bueno—mi voz se puso melosa— quizás mama tenga algo aquí—señalé mi bolso— que te haga flipar.

— ¿Algo? ¿Tú? ¿Tú pasas?

— Venga, demuéstrame lo que eres capaz de hacer — y mientras le hablaba le agarré con un dedo del bolsillo delantero de su pantalón. Con eso anulaba las pocas defensas que le quedaban.

— Necesito una tarjeta de banco— dijo en tono profesional.

Eché mano a mi cartera.

— ¿Te vale la del Caprabo?

— Tira— con gesto mecánico la introdujo entre el marco y la cerradura, se oyó un Clic y la puerta se abrió.

De buena gana me hubiera puesto a dar saltitos de alegría, y si no lo hice fue porque aún me temía la aparición del algún cámara de televisión trasnochado a la busca de nuevos ganadores de la lotería.

— Voilá— él estaba orgulloso y me señalaba su obra.

Pero yo ya había encendido la luz y me había colado dentro. Bien, bien, bien ¡Allí estaba mi zapato! Corrí hacia él. Mi muy querido zapato apartado por alguien en ese oscuro rincón. Lo hubiera besado, al zapato, claro, más en cambio lo metí precipitadamente en mi bolsillo.

— Bueno, ¿y ahora qué?— inquirió él.

Hice que rebuscaba algo en el bolso. El parecía impacientarse.

— ¡Qué! ¡Venga tía!

En ese momento se apagó la luz y mientras a

tientas buscaba de nuevo el interruptor oímos como alguien entraba en el portal. Entonces al dar la luz mi mano topó con la del recién llegado, y no pude evitar un grito de susto y asombro al ver quien era.

— ¡Pablo! ¿Qué haces aquí?

— ¡Joder Paula! Vivo aquí. ¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí?

— ¡Ah! Yo. Te venía a devolver el Compact. El de Manu Chao—lo saqué de su escondite— Te lo iba a meter por— carraspeé— por el buzón.

Mientras tanto Sergio se había quedado como embobado mirándonos a uno y a otro. Parecía estar presenciando un partido de tenis.

— Y éste ¿quién es?— preguntó Pablo.

— ¡Ah! Éste— dije indiferente sin apenas mirar a Sergio pues sólo tenía ojos para él— Es Sergio. De la empresa—añadí.

— ¡Claro! Tu cena de empresa. Esa en la que siempre te emborrachas. Pero tú— de repente le sentí mirarme de arriba abajo— ¿has engordado?

¿No?

Me sentí fatal y más fatal cuando Sergio decidió romper su silencio.

— ¡Claro tron! ¿Pero no ves que está...?

No deje que el adjetivo embarazada llegara a sus labios pues me lancé hacia ellos y los besé con desespero. No sé quién de los tres se sorprendió más, si Pablo por verme besar a otro, si el otro por ese ataque inesperado de un espécimen en periodo de gestación, o si yo por sentir lo que sentí. Sólo sé que cuando decidí separarme de Sergio, Pablo ya había desaparecido no sin antes arrancarme de mi mano el famoso CD.

Entonces empuje al otro y sin más explicaciones le dije que me iba a casa.

— Yo alucino, tía. Alucino contigo. Ahora me dices que te piras a la Kelly ¿Y me vas a dejar así?

No quise mirar ya que no sabía muy bien que era exactamente ese “así”.

— Lo siento pero me voy. Ya te daré lo tuyo...no sé, otro día ¿vale?

— Lo mío, dice. ¡Joder con las preñas! Tenéis las hormonas rebotas y no os rula el disco duro.

Pero yo ya no le oía. Había salido corriendo de allí antes de que las lágrimas me hicieran querer depositarlas en los hombros de mi tron. ¿Por qué todo me salía tan mal? ¿Qué pensaría ahora Pablo de mí? El único consuelo que me quedaba era el de pensar que al menos en mi huida no llevaba esas horribles manolettinas musicales. Aquello entonces ya no lo hubiera podido soportar.

Capítulo 23

¿Quién dijo eso de que la Navidad es tiempo de paz y felicidad? De verdad, a veces la gente no sabe que decir y suelta la primera chorrada que se le ocurre y ¡hala!, a aguantarse durante años y años con esa cantinela. Aun así, mi madre y yo haciendo honor a tamaña insensatez habíamos decidido sacar nuestros banderines blancos y darnos una tregua que se tradujo en una invitación a cenar en su casa el día de Nochebuena.

Por supuesto que tal invitación no sólo me alcanzaba a mí, sino que incluía también a mi abuela y a mi tío. Así la familia desestructurada que éramos, como mi madre gustaba decir, fingiríamos por unas horas el ser esa estampa feliz de la que ella siempre hubiera querido presumir. En un alarde de buenas intenciones y generosidad nos dijo que ella se encargaría de todo. De todas formas mi abuela y yo aparecimos por allí con un pequeño postre que ella fingió agradecer, a pesar de que según nos explicó los del catering habían confeccionado un estupendo menú con postre, vino

y champán, todo incluido.

— ¿Caterin?— se volvió hacia mí mi abuela mientras caminábamos por el pasillo— ¿No era esa la francesa con la que hiciste el intercambio? ¿Y qué dice que confecciona ahora?

— Anda, abuela, déjalo.

Pasaba de explicarle nada pues no lo iba a entender. En sus tiempos hubiera sido impensable que una cena de Navidad se hiciera de encargo. Me hice la loca y pasé a la cocina.

Allí me encontré a mi tío que peleaba con un sacacorchos mientras intentaba abrir una botella de vino.

Nos dimos dos besos, más por compromiso que por verdadero cariño ya que sinceramente entre él y yo nunca había existido eso que llaman feeling.

— ¿Con que te han dejado embarazada? ¿eh?

Fue lo primero que me dijo, y que os dará la justa medida de su opinión sobre las mujeres. Para él no éramos más que unos seres pasivos sin intelecto alguno e incapaces siquiera de intervenir en

nuestro propio embarazo.

— No— le contesté rápida— no me han dejado, simplemente ESTOY embarazada. Ya ves, te voy a hacer Tío **abuelo**— recalqué bien la palabra abuelo ya que sabía cuánto le jodía el envejecer.

Por un momento dejó su tarea de abrir la botella y quedó pensativo. Finalmente hizo un gesto con la cabeza y volvió a lo suyo.

— Ya— dijo entonces— yo tío abuelo, tú madre soltera.

Si quería hacerse el gracioso no lo consiguió. Ahora si quería joderme, como yo a él, acertó de pleno.

Comencé a partir pan (¿con más rabia de lo normal?), y a colocarlo en una cesta.

— Yo madre soltera, tú solterón— ahora me tocaba a mí.

— Yo solterón, tú unidad familiar monoparental

Le miré con odio. Entonces la voz enfadada de mi madre me sobresaltó.

— Bueno ¡vosotros dos! ¡Por favor! Tengamos la fiesta en paz. ¡Cristo bendito!, si parece que estáis en el parvulario.

Nos miramos avergonzados y bajamos la cabeza. Pero ¿Qué podíamos hacer si siempre había sido así?

Cuando mis padres se separaron mi madre hizo todo lo posible por procurar que su hermano se convirtiera en esa figura paterna estable de la que yo iba a carecer, y que según ella me habría de causar tantos traumas. Sin embargo para mi tío, entonces un morlaco de veinticuatro años, yo no había sido más que un incordio, ya que en aquella época a él lo único que le interesaba era el salir de borrachera con sus amigotes y el conseguir que alguno de esos seres pasivos llamados mujeres abandonaran su pasividad para acostarse con él. Yo, por mi parte, intuyendo las maquinaciones de mi madre decidí no ponérselo fácil. Y así, cada vez que él a instancias de ella se acercaba para darme un beso, yo le susurraba un rencoroso “tú no eres mi padre” a la vez que le propinaba un

pequeño pellizco, mientras que él a su vez, y sin que nadie se enterara, me llamaba tonta y me tiraba de la coleta. Delante de ella fingíamos cariño, pero a sus espaldas habían sido constantes las burlas, los ojos bizcos, y los “pues tú mil veces más”. Con los años habíamos continuado con nuestras pullas solo que ahora ya no fingíamos y mi madre parecía haberse resignado finalmente a esa situación. Sin embargo, en una noche como la de hoy me pareció mal el seguir con nuestras antiguas e infantiles rencillas, y decidí abandonar la cocina dirigiéndome al salón.

Allí se encontraba mi abuela aparentemente muy interesada con lo que ponían en la tele. Le eché un vistazo. El volumen estaba inusitadamente bajo.

— Pero abuela ¿Oyes algo?— le pregunté.

— Chist, calla— me ordenó.

Chist calla ¿qué? ¡Si no se oía nada!

— Les estoy leyendo los labios— me dijo— A los de la tele— aclaró.

—Ah— levanté las cejas y distraída cogí una

revista.

— No veas lo bien que vocaliza ese señor— siguió.

Miré entonces hacia la tele ¿Ese señor?

— Abuela ¿De verdad sabes lo que está diciendo?

— ¡Claro! ¡Es asombroso lo bien que deletrea!

— Esto...— me senté en el borde del sofá y señalé la pantalla— ¿Te refieres a este señor, el que sale ahora?

— Si, claro, el moreno ese.

— Pero— no daba crédito— ¡pero ese señor es Paul McCartney!

— ¿Y qué hija?

— Nada, pues que es inglés y que está hablando en inglés.

— ¿Inglés?— me miró entonces ella extrañada— Pues para ser de fuera vocaliza muy bien.

Resople con paciencia. Esta mujer cada día estaba peor. Ahora resulta que iba a entender el inglés,

ella que apenas sí sabía leer el castellano.

Afortunadamente para mi sistema nervioso apareció mi madre con la comida.

— ¡Oh, hija!— dijo mi abuela al ver tal cantidad de delicias— No tenías que haberte molestado tanto.

— ¿Yoo? Pero si yo no he hecho nada. Han sido los del...

Le di un pisotón a mi madre y entre dientes le susurré que se callara si no quería que ella pensara que todo aquello lo había cocinado Catherine, la francesa del intercambio.

Me miró como si yo estuviera loca, pero no abrió la boca y se limitó a colocar los platos.

Finalmente estuvimos todos sentados a la mesa dispuestos a disfrutar de esa noche tan entrañable que reúne a las familias alrededor del hogar y... ¡Por favor! Comimos como cerdos. De verdad, fue... Además como teníamos tantos temas tabú: no podíamos hablar de lo que comíamos, ni de mi embarazo, ni de mi padre, ni de la residencia de

mi abuela, ni de la situación sentimental de mi tío, ni mi tío me hablaba a mí, ni yo a él, no la fuéramos a liar. Por si fuera poco, si alguien hubiera hablado habría tenido que vocalizar en exceso para que mi abuela lograra entenderlo. Entonces ¿qué hicimos? Pues comer, comer y comer, llenando ese vacío de palabras con comida y más comida. ¿Ocurre en todas las familias igual? ¿Por eso comemos tanto en estas fechas? ¡Qué triste! ¿no?

Aun así, cuando apareció el champán me atreví. Estábamos ya todos tan llenos de todo que no hubiera cabido ni un enfado. Así que lo hice. Levanté mi copa y propuse un brindis.

— Por mi hijo— dije— porque el año que viene su pequeña presencia nos acompañe en fecha tan señalada.

Mi abuela dejó escapar una lagrimilla, mi tío levantó su copa en un ademán de reconciliación, y mi madre con los ojos brillantes brindó por su nieto.

Todos hicimos chocar nuestras copas, y sorbimos

de ellas. ¡Me sentía tan bien! Fue entonces cuando mi madre quedó seria, con la mirada fija en la botella recién abierta.

— Mamá ¿pasa algo?

No estaba dispuesta a que de nuevo y como siempre ella lo estropeará todo.

— ¡Ah! Perdona. — Me miró saliendo de su ensimismamiento— No, no pasa nada, pero ¿sabes? Creo que este no es el champán que había acordado con los del catering. Pasado mañana mismo iré a poner una reclamación. ¡Menudos sinvergüenzas!

He dicho: tiempo de paz y de felicidad.

Capítulo 24

El día de los Inocentes tenía visita con el ginecólogo. No, no es broma. Maldita la gracia que me hacía a mí. No sé si era por los efectos de mi adicción a las series de médicos, o por los de mi otra reciente adicción a sentirme una víctima, pero no podía por menos que pensar que en una fecha tan cachonda como aquella, yo sería el blanco ideal para que mi médico y su enfermera desplegaran esa vena graciosilla que en la tele aparece una y otra vez tras la profesionalidad de los de la bata blanca.

Acudí sola. Pensaba que si llevaba a mi abuela la broma podría llegar a ser aún peor; y no solo eso, sino que encima todo habría de ser explicado a grandes voces, convirtiéndonos así en el hazmerreír de todo el personal de planta.

Otros años, en tal día como hoy yo era la primera que disfrutaba enviando a unos y a otros mensajes de móvil llenos de mentiras banales, que por supuesto nadie se creía ni tomaba en serio. Pero este año... ¡Lo mío sí que era una inocentada!

Allí estaba, pegada a esa silla de plástico y muerta de impaciencia para que aquello acabara de una vez aún sin haber empezado. Por pasar el rato me puse a contar baldosas. PiPi. Recibí un mensaje. Saqué el móvil contenta por tener algo que hacer. Era de Chari. Me temí lo peor. Decía así: "Les he dixo a las chicas k traes gemelos. K gracia.Sgme la broma. Vale?". Guarde el móvil enfadada. ¿Qué se pensaba esa Chari? Quizás pensara que yo me había quedado embarazada para que ella se pudiera divertir. De repente mi enfado se trocó en inquietud ¿Y si de verdad traía gemelos? Hasta entonces no se me había ocurrido, y aquella era mi primera ecografía ¿Y si el simple poder mental de esa descerebrada amiga mía fuera capaz de provocar cosas?

En ese momento oí mi nombre y volví a la realidad. Me levanté presurosa.

— Pase ¿viene sola?

Miré a mi alrededor como esperando que de repente alguien se materializara a mi lado para entrar conmigo. Por supuesto que nada ocurrió.

Las demás panzas andantes, ellas sí acompañadas por su respectivos, me pareció me miraban con conmiseración. Rápidamente me colé en la sala, pues no podía aguantar a aquellas congéneres compadeciéndose de mí desde la superioridad que les daba el esperar un hijo doblemente deseado.

Una vez dentro, el médico sin apenas mirarme me mandó sentar mientras una solícita enfermera me tomaba el brazo para medirme la tensión. Oí cifras sin sentido para mí.

Seguidamente pasé a la báscula, y en un acto desesperado, e idiota, intenté meter barriga.

El médico meneó la cabeza.

— Vaya, vaya—comentó.

¿Qué significaba ese vayavaya? ¿Era bueno o malo? ¿Significaba que como ahora ya todo el mundo sabía yo traía gemelos? ¿O qué?

— Va rápida, eh, señorita. Va rápida.

Intenté sonreír. ¿Qué quería decir este pedazo de House?

—Ha engordado el doble de lo que debía.

“Ves, gemelos”— pensé. No si al final le iba a tener que dar las gracias a Chari por haberse tomado la molestia de avisar a las demás. La odié.

— Luego le daré la dieta de las dos mil kilocalorías. Ya verá— le salió su lado amable— como no le resultará difícil seguirla.

“Seguro—me dije— Usted no conoce a mi abuela y sus tácticas de persuasión”

— Veamos la ecografía.

Me hicieron pasar tras unas cortinas, tumbarme y dejar al descubierto mi barriga. Acto seguido me untaron un líquido pegajoso y por la vasta inmensidad de mi tripa comenzaron a pasear una especie de micrófono.

— Aja— dijo la chica— aquí están.

— Aquí están... ¿quiénes?—interrogué asustada.

— Eh, tranquila. No se incorpore tanto. Mire, ciertos órganos que ya se han formado: las extremidades, la columna vertebral...

Estiré el cuello, pero yo allí no veía nada. Sin embargo me emocioné. Aquello era mi hijo. O hijos.

— Es uno ¿no?— me atreví finalmente a preguntar

— Claro, uno, sí, sí, uno.

Respiré. Pero la tranquilidad duro poco. ¿Y si la inocentada fuera precisamente esa? ¿Y si me decían que solo era uno cuando en realidad eran dos? Quería dejar de pensar. Ya no soportaba tanto diálogo interior conmigo misma.

— Bueno, pues ya se puede levantar. Tome, límpiese— a la vez que hablaba me extendió un trozo de papel

— ¿Entonces— pregunté una vez de nuevo sentada frente al médico— todo va bien?

Que diga que sí, que diga que sí.

— Sí, todo bien. Y ahora—rebuscó entre sus papeles— le tengo que entregar los resultados de su control de trisomía.

Fruncí el ceño.

— Bueno, ya sabe que en todos los embarazos hay riesgo de que se produzca alguna anomalía cromosómica.

Venga, venga, venga, suéltalo de una vez.

El continuó.

—Y este riesgo, evidentemente aumenta con la edad.

Vale, ahora me llamaba vieja.

— Bien, pues le tengo que informar de que los resultados de su analítica son perfectamente normales para su rango de edad.

— ¿En serio?— inquirí asombrada.

— Sí, claro, señorita ¿Por qué le iba yo a decir lo contrario?

— No sé— me aturullé— como hoy son los Santos Inocentes.

— Pero, no hombre no. Nosotros no bromeamos con asuntos tan serios como éste.

Mierda. Al final había hecho el ridículo yo sola. Sin embargo estaba tan contenta y aliviada que les

hubiera besado a los dos. Por separado, claro.

— Entonces ¿me puedo ir ya?

— Claro— contestó la enfermera mientras me ayudaba con el abrigo— aunque hay una última cosita.

— ¿El qué?— me volví de nuevo inquieta.

— Lo cierto es que no pesa los sesenta y siete kilos que le dijimos

— ¿Cómo?

— Una pequeña inocentada. En realidad su peso es absolutamente acorde con su fase de embarazo.

“Serán gilipollas”— pensé. Pero me sentía tan bien que no pude por menos que sonreírles y tomando dignamente mi bolso salí de allí.

Inocentadas ¡qué soplapollez! Después de lo ocurrido estaba ya segura de que nunca más haría la tontada de gastarle una a nadie. ¿Qué gracia tenía el meter una bola para luego con la excusa de que era veintiocho de diciembre pretender que todo se perdonara? Éramos tontos ¿o qué?

Sonó mi móvil. Clara. Pobre chica. Otra víctima más del estúpido día de hoy.

— Clarita, dime. Sí. ¿Ya te has enterado?— guiñé un ojo al aire— Pues ya ves, gemelos, que voy a tener gemelos.

Bueno ¿qué pasa? Donde dije digo, digo diego. ¿O no tengo yo también derecho a ser una incoherente?

Capítulo 25

Por supuesto que Chari me debía una explicación. Y no solo por la bromita de los gemelos. También tenía que hablar con ella sobre ese alijo de alcohol que había depositado en mi mueble—bar y que había sido el detonante para que mi abuela comenzara su campaña anti vicio.

La llamé por teléfono. Me contestó toda risueña pensando la iba a felicitar por su graciosa ocurrencia.

— ¡Qué!— me dijo nada más descolgar— ¿A qué ha estado genial?

— Corta el rollo, Chari, y la próxima vez te puedes meter a tus gemelos por donde yo te diga.

— Chica, no pensé que te lo ibas a tomar así— su voz sonaba ofendida.

— Bueno, no me lo hubiera tomado así si no hubiera estado a punto de entrar en la consulta de mi ginecólogo a visionar mi primera ecografía.

— ¿Visionar? Pero... ¿tú dónde has estado? ¿En el médico o en un festival de cortos?

— Mira Chari— intenté que mi tono revelara mi enfado— aquí el único festival de cortos que hay sois tú y tu lista de ligues nocturnos.

— Joder tía, pues sí que te ha sentado mal.

— Pues sí, y no intentes cambiar de tema. Aunque bueno, sí, cambiemos de tema ¿Se puede saber cómo han llegado hasta mi mueble bar esas cantidades ingentes de alcohol?

— ¡Hala exagerada! ¡Pues cómo van a llegar! En las bolsas del Mercadona.

— ¡Chari, por favor!

— No te refieres a eso ¿verdad? Pero Paula, si ya te lo dije. Te pedí las llaves y te explique que era para comprar unas cositas y dejarlas en tu casa.

— Unas cositas dice la jodida— le solté molesta.

— Perdona, pero la intención era buena.

— ¿Y qué tiene de bueno el llevar botellas de ginebra, vodka y whisky a una casa donde sólo viven una mujer embarazada y una anciana diabética?— pregunté con ironía.

— Pues por eso precisamente. Quiero decir, que yo ya sabía que en tu casa no había ni gota de alcohol.

— Y te pareció genial el hacernos ese regalito que ninguna de las dos podemos tocar.

— No me interrumpas ¿vale? ¿Es que ni siquiera me vas a dar la oportunidad de defenderme?— ahora la enfadada parecía ser ella.

— Adelante— le dije.

— Verás, pensé que como tú en Nochevieja dijiste que cenarías con tu abuela, y que luego ella se iría a una party con los de su resi.

La interrumpí nuevamente.

—Pobrecilla. Su fiesta de pañales. Pero ea, sigue con lo que decías.

—Ah. Pues eso—resopló— que como tú dijiste que no ibas a salir, que si con la barriga, que si los empujones...Entonces he quedado con éstas para que las primeras copitas las tomemos en tu casa.

“Copitas. Menudo eufemismo. Ya serán cachis”—

pensé.

— Era una sorpresa, Paula— continuó ella.

— Chari, entiéndelo, a ti te gustan mucho las sorpresas y a veces — ¿cómo se lo decía?— a veces a los demás no nos hacen gracia— Ale, ya se lo había dicho.

— ¿Sí? ¿Eso piensa la gente de mí?— estaba verdaderamente sorprendida— ¿Qué soy una graciosa insoportable?

— Bueno— carraspeé— afortunadamente para ti la gente que te rodea, exceptuando a la menda, no suele pensar demasiado.

—Que cabrona—masculló.

— Venga, anda, perdóname.

¿Cómo habíamos acabado así? Cuando la llamé por teléfono yo esperaba que ella me acabaría pidiendo perdón a mí, y no al revés que era como estábamos ahora. ¿Era Chari una gran manipuladora? ¿O era yo una perfecta idiota? Resolví pensar lo primero, ya que lo segundo hubiera resultado demasiado dañino para mi

autoestima, y la pobre últimamente ya andaba bastante maltrecha.

— Entonces ¿podemos ir?— preguntó aprovechándose de mi debilidad, o de mi imbecilidad, vete a saber.

— Bueeeeno— consentí— Aunque a juzgar por todo el alcohol que trajiste, van a tener que ser muchas primeras “copitas”— recalqué el copitas.

— Espero que no. Quiero decir, que yo también tengo ganas de salir y ver gente.

— ¿Gente o a Rafa?— inquirí curiosa.

— ¿Es que Rafa no es gente?

Me guarde muy mucho de decirle lo que me parecía que era Rafa, pues aún sin conocerle sabía de los gustos de mi amiga. A veces me parecía que a esta chica de pequeña no le debían de haber leído los suficientes cuentos. Si lo hubieran hecho, ella ya sabría que es la rana la que se convierte en príncipe, y no al revés, que era lo que siempre le pasaba a ella; que el que en principio le parecía ser un príncipe luego le salía rana. ¡Pobre Chari!

Esperaba de verdad que esta vez tuviera más suerte y además... ¿quién era yo para juzgar a los demás? Nadie ¿verdad? Una mujer que justo quedarse embarazada su novio la deja por otra. Esa era yo. Sentí lástima de mí. “Vaya pobre idiota”— pensé mientras de nuevo pisoteaba mi autoestima.

—Bueno, aún no me has contestado— la voz de Chari me esperaba al otro lado del teléfono.

— Ah, Rafa. Claro, claro que es gente—le contesté distraída. Y Chari— seguí con un hilo de voz— recuérdame que a mi hijo le lea muchos cuentos.

— Sí, tú no te preocupes, que yo te lo recordaré. Pero—dudó— ¿hijo? ¿En singular? ¿Tú no traías gemelos?

Por supuesto, la colgué. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Capítulo 26

Lo de comer las uvas al son de las campanadas tiene su intrínquilis. Pero lo de comerlas y radiarlas a la vez es verdaderamente jodido. ”Una, abuela, una. Glub. Dos. Glub. Tres, que dicen tres. Glub” Y así hasta doce. Vamos que ni Ramón García. Cuando acabé estaba congestionada, y para más inri enfadada.

— Abuela ¿se puede saber por qué no te da la gana de ponerte un sonetone?— le espeté tan pronto pude hablar, y mientras ella hacia amago de chocar su copa contra la mía.

— Ah, no. Yo quiero uno que no se vea, y ya me ha dicho mi médico que a mi edad, y con la deficiencia acústica que tengo eso es imposible.

— Jo...er, abuela ¿Y a ti que más te da que se te vea o no?

— ¡Anda ésta!— exclamó— Pues claro que me da. A ver si se van a pensar esas viejas que yo ya estoy acabada.

Me callé prudente y ella continuó su discurso.

— Además, tú no te preocupes, pronto seré tan

diestra en la lectura de labios que ni te enterarás de que no oigo.

Quedé pensativa

— ¿Y si entonces te comienza a fallar la vista y no puedes ver los labios de las personas?

— ¡Por favor, hija!— me miró indignada— ¿Qué piensas? ¿Qué porque una haya llegado hasta esta edad un poquito corta de oído no es capaz de envejecer con dignidad?

— Bueno...yo— titubeé avergonzada.

— ¡Uy, qué tarde es!— miró su reloj— Anda, que me voy. ¿Voy bien?— me interrogó a la vez que se plantaba delante de mí.

— Perfecta— le dije.

— Y— se dio la vuelta— ¿Se me nota la Tena lady?

La verdad, con esta mujer una nunca sabía a qué atenerse. Si quería envejecer con dignidad ¿Por qué me preguntaba esas cosas?

Nada más desaparecer ella, Clara llamó a mi

puerta.

— ¡Feliz año!— me besó— ¡Eh! ¿Esa que me he encontrado abajo era tu abuela? ¡Está estupenda! Ya me gustaría a mí llegar a su edad así.

— Clara, no sabes lo que dices— le contesté negando con la cabeza.

Pero ella prosiguió.

— Además oye de miedo ¿no?

— Sí, da miedo lo que oye— respondí acordándome entonces del incidente con Paul McCartney.

— Lo digo en serio. Yo le he dicho feliz año y ella me ha respondido lo mismo.

“¿A sí? ¿No era eso lo que hoy se esperaba que todo el mundo dijera independientemente de su sexo, raza, estado o condición?”

— Bueno, anda, déjalo— le dije al fin— ¿Dónde está Fa? ¿No viene?

Fa era el eterno novio de Clara. Cuando le conocimos era Fabián, un chico serio y discreto al

que a tenor de las borracheras que le hicimos coger con nosotras, pronto pasó a ser llamado Fabi. Y ahora que era ya casi como una chica más, su nombre había quedado reducido a un simple “Fa”. No sé qué sería de él si algún día él y Clara llegaban a cumplir las bodas de plata.

— No— fue la escueta respuesta de Clara.

¿Ya estaba? ¿No venía? ¿Sin más explicaciones?

— ¿Qué pasa Clara? ¿Ha ocurrido algo?

— Pues sí y no.

Odiaba esas frases de película.

— Venga. Suéltalo.

— Vale, pero primero me pondré una copa.

Se dirigió hacia el mueble bar. Me preparé para ver su reacción ante la superfoto.

— ¡Jope! ¿Qué hace este bebón aquí?

— Ya ves, cosas de mi abuela. Esa que según tú envejece de puta madre, y sin manías propias de la edad— le repliqué irónica.

— Que mala eres— me amonestó— **“Mamá no bebas, hazlo por mi”** leyó mientras se servía de la botella de whisky. Es gracioso ¿no?— comentó a la vez que se volvía hacia mí.

— Sí, yo me troncho. Y más me voy a reír cuando vaya viendo como todas os vais poniendo cogorzas, y comenzáis a hablar más y más alto, y a caminar más y más raro. Para luego— seguí— cuando ya creáis que podéis afrontar los matasuegras, petarditos, sombreritos y graciositos típicos de esta noche, desaparezcáis por esa puerta cantando el “Desátame”. Yo entonces, me quedaré aquí, sobria y sola, esperando la vuelta de mi anciana abuela que regresará con la tena lady empapada de haber estado riendo sin parar, pues cuando ella dice “Ay, no sigas con el chiste que me meo” no es un hablar por no callar.

Clara ante mi perorata me miraba sorprendida.

— ¿Te pasa algo Paula?— preguntó a la vez que ponía una mano sobre mi frente.

— No. Perdona. Lo siento. Últimamente me da...

siento lástima de mi misma.

— Vaya. Eso es lo que me ha pasado a mí con Fa.

— ¿Sientes lástima de él?— pregunté confusa.

— Es algo más complejo. Verás— dio un sorbo a su copa y pude ver su cara de complacencia— desde que nos anunciaste tu embarazo he estado dándole vueltas al asunto.

— ¿A qué asunto Clara?— no sabía adonde quería ir a parar con todo esto.

— A lo de tener un hijo. — calló un momento— Creo que en mí se ha despertado el instinto maternal.

— Que suerte— de nuevo la ironía— A ti se te ha despertado, al mío lo tiraron de la cama. Perdona. No te dejo hablar. Sigue.

— Pues eso. Al principio se lo comencé a plantear a Fa tímidamente. Ya sabes como es, todo lo que no esté súper planeado le hace sentirse inseguro.

Asentí con la cabeza.

— Luego, el día que Chari me mandó aquel

mensaje con lo de tus gemelos.

— Ya. Su bromita.

— Si, bueno. Aquello me hizo desearlo aún más e hice una última intentona. Su mente cuadriculada no cazaba mis indirectas. ¡Pero si hasta probé lo de la calculadora!

— ¿Qué de la calculadora?— no sabía de qué me hablaba.

— Sí, hombre. Eso de un chico de 19 años y una chica de 19 años, pasan 365 días juntos, hacen 5 veces el amor, resultado EL BEBE.

— ¿Qué chorrada es esa, Clara?— me estaba comenzando a doler la cabeza.

— A ver, pásame una calculadora.

— Mira— me dijo una vez la tuvo entre sus manos

— 1919365 dividido entre 5, igual a 383873 . Dale la vuelta a la calcu. Ves, ELBEBE

— Ándale— exclamé— Es increíble las bobadas que se le ocurren a la gente. De todas formas tú no tienes diecinueve años, además ¿tú crees que dos

chicos de esa edad estando juntos un año entero van a hacer sólo cinco veces el amor?

— ¡Paula, eso no es lo importante!— exclamó molesta—. Lo importante es que él no se dio por aludido. Así que decidí decírselo a las claras, sin tapujo alguno, y sin recurrir a ningún truquito matemático.

— ¿Cómo fue entonces?

— Se lo solté a bocajarro. De buenas a primeras le dije: Oye Fa ¿no te parece que ya va siendo hora de que tú y yo tengamos un hijo?

— ¡Bien hecho!—apreté el puño— ¿Qué te dijo él?

— Primero miró su reloj, se debía pensar que era el día ese de los inocentes; cuando vio que no, no supo que decir, tartamudeó, se rascó la cabeza y finalmente me dijo que ya lo hablaríamos. Yo subí un poco el tono de voz y le dije que ya lo estábamos hablando. Él me contestó que el probador de Zara no le parecía el sitio más indicado, y yo entonces le repliqué que cualquier

sitio era bueno si era por el bien de nuestro futuro retoño.

— Hombre, un poco de razón ya llevaba. ¡El probador de Zara!

— ¿Qué? ¿No es acaso como mi segunda casa?

— Visto así. ¿Y qué paso?

— Nada. Por lo visto una de las dependientas oyó parte de nuestra conversación y debió pensar que... El caso es que apareció por allí para decirnos que en los probadores no se podían hacer “esas cosas”.

— Que vergüenza—me tapé la cara con las manos.

— Sí. Fa salió de allí cabizbajo y rojo como un cangrejo. Desde entonces no he vuelto a saber de él.

— Y...—dudé— ¿Y si te dice que no?

— No lo sé. Quizás ha llegado el momento de replantearnos nuestra relación. Creo que estábamos en un punto muerto, quizás...

Llamaron a la puerta.

— Bueno, y ahora chitón—me advirtió— de momento no quiero que éstas sepan nada. Al fin y al cabo no hay nada que contar.

— Vale, pero— me levanté para abrir— el truquito ese de la calculadora se lo tienes que enseñar. Estas sí que son incapaces de imaginar que detrás de esos números se pueda esconder un instinto maternal frustrado. Claro que—añadí riendo— ni ellas, ni persona humana que tenga una mente medianamente normal. ¡Menuda ocurrencia tía!

— Vete a la porra, y anda, abre de una vez. Esas elementas arman tanta bulla que al final tus vecinos nos van a acabar por llamar la atención.

Abrí la puerta y los feliz 2010 cayeron sobre mí como un fardo pesado de trescientos sesenta y cinco kilos ¿Qué sería de mí este año? ¿Y de las demás? ¿Qué sería de todas ellas?

Capítulo 27

Entraron Chari, Elena y Lía alborotadas, con un matasuegras cada una en la boca, un collar de papel en el cuello y un sombrerito cónico ridículamente colocado en la cabeza.

Tomé aire. Sí entraban ya así ¿cómo saldrían?

— A ver ¿Dónde están esas copas?— gritó Lía.

— Mira— Chari la agarro de la mano— Mira todo lo que hay— la guio hacia el mueble bar.

— ¡Ahiva! ¿Qué es esto?: **“Mamá no bebas, hazlo por mí”**— leyó

El ataque de risa fue instantáneo.

— Perdona Paula— se pasaba Elena la mano por los ojos— lo has preparado genial. Va a ser una fiesta de aúpa.

¿Fiesta? Yo no había preparado ni quería que se preparara ninguna fiesta. Pero estaban tan alteradas que no me dejaban ni hablar.

— ¡A brindar! ¡Por la mamá!— me guiñó un ojo Lía.

— ¡Por la mamá!— le apoyó Elena— ¿Cómo va todo?— me preguntó ya más tranquila.

— Bueno—puse voz engolada— Los gemelos evolucionan favorablemente.

Miré a Chari con intención.

— Vale, lo reconozco, no fue muy buena idea. Por mi culpa, por mi culpa— se golpeó el pecho— Venga, habla en serio. Al fin y al cabo eres la única que lo puede hacer.

— ¿El qué?

— Eso, hablar en serio. Eres la única que no va a beber. Yo, conociéndome sé que más tarde o más temprano comenzaré a desbarrar.

— Y seguramente será más temprano que tarde— añadió una voz.

“Bueno, al menos lo reconocen”— pensé.

— Anda, dinos, Paula.

— Pues no tengo mucho que contar. Bueno, sí— alcé un poco la voz— Tuve un sueño.

— Pásame el hielo— pidió Clara— ¿Un sueño?—

me miró interesada— ¿Y qué tiene eso de especial?

Entonces, tal y como había hecho ante los amigos de mi padre, les relaté mi experiencia. Cuando terminé las cuatro me miraban con asombro.

— ¡Joder! ¿Estás segura de que no te habías fumado un porro con esa gente?

— Noo—contesté con paciencia— Además cuando fumas maría no sueñas.

— ¿Cómo lo sabes?— preguntó Clara con rapidez.

—Lo sé y punto.

Otra frase de película.

—Yo lo que creo Paula— ahora era Lía la que hablaba— es que cuando esa niña de tu sueño preguntó por los Doritos picantes, por lo que realmente quería preguntar era por los Doritos Tex—Mex.

— Seguro— asintieron muy serias las demás.

Esto es lo que pasa cuando una se rodea de personas insustanciales, que solo se les ocurren

frivolidades. Y yo ya no sabía que era peor: si el galimatías que se traían los amigos de mi padre, o la inconsciencia de que hacían gala mis amigas. Suspiré.

Después de eso estuvimos hablando de nada en especial. Chari estaba deseosa de sacar a colación el nombre de su Rafa e hizo todo lo posible porque le preguntáramos por él. Finalmente fue Clara, la que queriendo desviar la atención sobre sí misma y su relación comenzó con el interrogatorio.; que si era alto, bajo, rubio, moreno, gordo, delgado...

Chari por toda respuesta sólo le dijo que era guapííísimo, moreno, moreno, moreno, y que no se parecía a nadie que ella hubiera conocido hasta ese momento. Ese comentario hizo que los ojos de Lía bizquearan, y que Chari al verla pusiera mala cara a la vez que le lanzaba un cojín en toda la cabeza a lo que la otra respondió tirándole otro, haciendo que en un momento mi salón se convirtiera en un pequeño campo de batalla.

Después de este pequeño incidente alguien me preguntó por mi cena de empresa. No sé cómo

ocurrió, pero de repente me encontré contándoles lo de mi inoportuno, más necesario, beso con Sergio delante de Pablo. Fue como echar un filete en una jaula de leones. Se abalanzaron sobre mi desliz hasta no dejar ni las migas. Yo ya estaba arrepentida de haber sacado el tema a pública exposición, y lo único que deseaba era que se olvidaran del asunto. Afortunadamente, y gracias a su estado de semiborrachera y a lo cotillas que eran, me fue fácil dar con una solución. Un simple comentario consiguió el milagro.

— ¿Sabéis que Mónica cree que Luis tiene un lío?
Ya estaba. Carnaza fresca de nuevo.

Todas abrieron mucho la boca, pero la más sorprendida pareció ser Chari que dijo que Luis era incapaz de eso porque según ella para tener un lío había que estar bueno, y evidentemente a ella Luis no le parecía en absoluto atractivo.

De nuevo todas querían hablar a la vez y dar su opinión al respecto. Así fue como tuve que oír referencias a Carlos de Inglaterra, Mickey Rooney, y un tal Mecheritos al que por lo visto conocían

ellas y yo no., concluyendo todas, excepto Chari que no se bajaba del burro, que definitivamente cualquiera fuera como fuese físicamente podía tener un lío y engañar a su pareja.

— Mira Pablo, sin ir más lejos— añadí yo.

— Pablo no te ha engañado— le defendió Elena— Precisamente si tú ahora no estás con él es porque no te ha querido engañar, y antes de ponerte los cuernos ha decidido cortar.

— Oh, vale, Elena. No si al final le voy a tener que dar las gracias— le replique con retintín

— No, aunque tiene razón Elena— le apoyó Clara

— Al fin y al cabo él ha sido honesto.

— Vale, vale— levanté las manos— recordadme que le vote ciudadano del año.

— Venga, vamos a dejarlo— protestó Clara— El tema de Paula ya está muy manido, y creo que no queda nada por decir. Ale, cuéntanos eso de Mónica.

La verdad, no sabía si enfadarme o darle las gracias. Finalmente opté por la indiferencia. Así,

les conté lo poco que sabía. Suficiente para que cada una dejara volar su imaginación que a esas horas y con dos copas de más podía llegar a dar mucho de sí.

Chari y Lía propusieron espiarle ¡Estaban convencidísimas! En un minuto lo planearon todo. Se meterían en un coche debajo de su casa, se colocarían unas gafas de sol ¡en invierno!, se comprarían unos periódicos enormes, unas hamburguesas pringosas y beberían coca cola con pajita. A partir de ahí ya sólo les haría falta paciencia hasta lograr pillar al marido infiel en un renuncio.

Me abstuve de chafarles la fiesta diciéndoles que las hamburguesas pringosas también costaban dinero, y que ellas, les gustara o no, no eran Álvaro de Marichalar. Seguro que a ellas no les iba a resultar tan fácil el encontrar a alguien que quisiera patrocinarles su absurda aventura.

A pesar de estos desvaríos, todas acordamos pasarnos prontamente por casa de Mónica con la sana intención de recabar pistas que condujeran a

la pronta resolución del embrollo. Palabras textuales de Chari. La detective del grupo. Supongo.

A partir de ese momento ya no se pudo hilar con ellas conversación alguna. El alcohol comenzaba a hacer de las suyas, y tan pronto se ponían muy serias para hablar de nada importante, como que se comenzaban a reír de algo realmente triste. Fue curioso observar el proceso de degradación en seco. Me pude ver reflejada en ellas, y en retroactivo me parecí tan penosa que jure que en cuanto pudiera volver a beber me abstendría de hacerlo. Claro que eso me lo había oído decir tantas veces que ya no me lo creía ni yo. ¿Cuántas mañanas no me había despertado con una horrible resaca y una horrible sensación de ridículo en la boca del estómago, haciéndome entonces el firme propósito de no volver a probar ni una gota? Muchas. Pues en esta ocasión no habría ni resaca ni ridículo, aunque me bastaba con ver a mis chicas para intuir que mañana ellas tendrían el lote completo. Sentí lástima de ellas, y por una vez

me alegre de mi estado de estar en estado. Quise advertirlas, aunque intuí sería inútil. Por otro lado ¡parecían pasárselo tan bien! Clara ya había sacado la calculadora e ilusionada les mostraba el truquito de EL BEBE. Esa sandez las tuvo entretenidas un buen rato mientras una después de otra se asombraban de lo bonito que podía ser el ser un sabio de las matemáticas, a la vez que Clara se lamentaba de lo poco que su Fa se había emocionado con el mundo de la numeración.

Fue entonces cuando Lía levantándose comenzó con la canción del Puma "Viva la numeración"—cantaba mientras movía las caderas— Me di cuenta de que si en breve no conseguía sacarlas de mi casa alguna me acabaría potando en el baño. Y eso sí que no.

— ¡Uy! ¡Qué tarde es!—grité por encima de sus cánticos— Chari, como no salgáis ahora ya no os vais a encontrar a ninguna gente— recalque el gente.

— Anda, sí, qué tarde— miró Lía su reloj— A ver, que cada una se acabe su copa y se coloque su

gorro. Tú Clara te puedes llevar la calculadora, quizás nos venga bien para hacernos las intelectuales con el truco ese.

— ¡Eh! ¡Qué la calculadora es mía!— les grite.

— Anda, déjanosla, por favor— suplicó Clara.

— Bueno, la quiero aquí mañana, Mi abuela la usa cuando ve Saber y Ganar. Hace trampa.

— Gracias Paula— me dijo Elena— ¿De verdad no quieres acompañarnos?

— Ni loca. Ya me es imposible seguirlos.

— Adiós Paula. Adiós bebe— me sobaron Clara y Lía la tripa.

— Adiós familia— se despidió Chari.

Y tal y como yo vaticine desaparecieron al son del “Desátame”. Me quedé sola con las copas por recoger y los ceniceros llenos de colillas.

¿Cuántos años hacía que yo no salía en una noche como aquella? Ni idea. Muchos, supuse. Di un sorbo a un cubata de whisky y aquello me supo a cuernos. Sentí la mirada del bebón de la foto

clavada en mí. “Bueno, vale, ya lo dejo” Suspiré.
Año nuevo, vida nueva.

Capítulo 28

Al día siguiente desperté con resaca. En un principio me pareció normal, más rápidamente caí en la cuenta de que aquello era imposible. “¿Cómo puede ser?”— me dije mientras una sed imperiosa me hacía beber ávidamente del morro de la botella. Quizás estaba siendo presa de una de esas experiencias paranormales en las que aunque a uno le haya sido amputado un miembro de su cuerpo, éste sigue pareciéndole vivo. Pues a mí me ocurría lo mismo. Mi cuerpo, que de golpe y porrazo había sido extirpado de las correrías de la noche, continuaba sin embargo sintiendo sus penosas consecuencias, y en esos momentos yo deduje estar experimentando algo a lo que no dude en llamar “resaca fantasma”.

Me volví a la cama pues me dolía horriblemente la cabeza. “Bueno— me consolé— al menos por esta vez no hice el ridículo”. ¿O puede llegar a existir el ridículo fantasma? Es decir, uno se ha puesto en evidencia ya tantas veces, que aunque de repente deje de hacerlo, tiene la falsa sensación de que de

nuevo, una y otra vez, acaba por meter la pata. Pudiera ser. ¿Pero cómo puede ocurrir eso sin siquiera salir de casa?

No sabía qué hora era. Miré mi móvil. ¡Qué cantidad de mensajes! Comencé a abrirlos ilusionada. La mayoría eran felices año nuevo que más tarde habría de contestar. ¡Había uno de Pablo! Me emocioné. Enviado a las doce y veinte. ¡Se había acordado de mí! Qué idiota. Seguro que lo había enviado a todos sus contactos. Seguí con los demás. Había uno de Clara a las cinco de la mañana “Hmos visto a Pablo kn gente.Viva la numeración”—terminaba. Iban indecentes, supuse. Después había otro de Lía a las cinco y veinte: “Kalku éxito total.Tios nos miran dtinto” “No me extraña”—me dije. Y de nuevo Lía a las cinco y media: “Pablo pregunto x ti. He dixo tú con tío oficina. K se joda. Tb dixo k truko calcu es tuxo.ke se joda +”

Me tumbé en la cama. Bueno ahora efectivamente ya sabía cómo se podía hacer el ridículo sin salir

de casa. Sólo bastaba con tener unas amigas como las mías, invitarlas a beber en tu casa, y luego lanzarlas a la calle. El éxito entonces estaba asegurado. ¡Oh, mi cabeza! Cerré los ojos y no sé cómo pero me volví a dormir.

Cuando desperté mi abuela me zarandeaba de mala manera.

— Ahí, abu ¿qué pasa?— me froté los ojos.

— Afuera hay una señorita que pregunta por ti.

— ¿Una señorita? ¿Qué hora es?— pregunté sin querer volver a mirar mi móvil.

— Las cuatro de la tarde— contestó.

— ¡¿Las cua...?!— me levanté rápidamente y salí para el salón.

Allí, calculadora en mano me esperaba Clara.

— Ah, Clara— me senté, bueno, no, me tiré en el sofá— pensaba que eras una señorita. ¡Qué mala cara tienes!— la miré con atención.

— Jope, he dormido sólo...muy poco.

— ¡Ya!— de repente me acordé de los mensajes

de Lía y decidí estar enfadada.

— Toma la cosa esta— y lánguidamente me puso la calculadora en la mano.

— Os lo habéis pasado en grande ¿no?—mi tono era agrio.

— Sí, bueno, no ha estado mal— su voz no revelaba ningún tipo de emoción.

— ¿Cómo que no ha estado mal?— alcé la voz.

— Chist— se llevó las manos a los oídos— Por favor. No grites.

— ¿Qué le dijisteis a Pablo?— no la iba a dejar escapar así como así.

— ¿A Pablo?—pronunció su nombre como si nunca antes lo hubiera oído.

— Sí, a Pablo, mi ex, el padre de mi hijo— me estaba comenzando a poner histérica.

— Ah, ese Pablo— su tono seguía igual de monocorde— No sé, yo...yo no estaba.

— ¿Cómo que no? Recibí un mensaje tuyo a las cinco diciéndome que estabas viendo a Pablo con

gente, y que viva la numeración, y luego la homófoba de Lía me mandó otro a las cinco y veinte que ponía que...

— Yo a las cinco y veinte ya no estaba con ellas— me interrumpió.

— ¿No?

— No.

Y se echó a llorar.

“Bueno—pensé— tampoco era para ponerse así. Vale que a veces había habido ciertas presiones para evitar que alguna se fuera a casa antes de la siete de la mañana, e incluso en ocasiones se habían tenido que oír verdaderos insultos; pero yo suponía que todo eso ya estaba superado y que ya no pasaban esas cosas.”

Intenté consolarla.

— Ea, chica, seguro que no lo decían en serio. Además, seguro que luego fue un rollo y se fueron casi a la vez que tú.

Clara seguía llorando, y entre hipidos me indicó

que no se trataba de eso.

— Entonces ¿de qué se trata?— inquirí— ¿Ha ocurrido algo con Fa?— era lo único que se me ocurría.

Negó con la cabeza. Se sacó un pañuelo del bolsillo, y se sonó aparatosamente los mocos.

— ¡Oh, Paula! Ha sido...

— ¿Horrible?— intenté ayudarla.

— ¡Qué va! ¡Ha sido maravilloso!

Ahora casi sonreía.

— Pero ¿el qué? ¿El qué ha sido maravilloso?

Aquello me iba a volver loca.

— Todo— seguía con el pañuelo en la nariz— Aunque— dudó— no sé cómo he podido hacerlo.

— Hacer ¿el qué? Clara, por Dios. ¿Me lo vas a contar de una vez?

En ese momento apareció mi oportuna abuela.

— Nenas ¿queréis comer algo?— preguntó amable.

— No, gracias— contesté sin siquiera mirarla a la cara. Lo único que quería era que desapareciera de allí lo antes posible para que Clara me dijera de una vez que era lo que le había ocurrido.

— ¿Has dicho algo, cariño?

¡Mierda! Se me había olvidado. Ya no se podía hablar con ella sin que no te viera como movías los labios.

— QUE NO— repetí, y esta vez vocalice exageradamente— NO TENEMOS HAMBRE.

— Bueno, pues si necesitáis algo estoy en la cocina.

En cuanto la sentí salir me volví de nuevo hacia mi amiga.

— Venga ¿Qué has hecho?

— He estado con otro— suspiró.

Me quedé con la boca abierta. ¿Clara? ¿Con otro? Eso era como imaginar a Asterix de aventuras con otro que no fuera Obelix, a Mortadelo sin Filemón, a Zipi sin Zape, a... ¡Dios mío! Presentía que ese

primero de año, uno de mis mayores mitos iba a caer desbaratado

— Cierra la boca, por favor— me dijo— Además, bueno— se removi6 en su asiento— solo ha sido un morreo.

¿Un morreo? Bueno, eso os da idea del tiempo que llevaba la ni6a sin tontear con nadie. Y ahora ¿qu6 tipo de pregunta remilgada le hac6a? ¿Con lengua o sin lengua?

Me re6.

— Pero Clara ¿qu6 es eso de un morreo?

— Pues eso, un morreo ¿no me digas que t6 no sabes lo que es?—pregunt6 con asombro.

— S6, claro que lo s6, olv6dalo. Anda, empieza desde el principio.

Resopl6.

— Bueno— comenz6— primero me pareci6 el t6pico t6o con el que yo nunca tendr6a nada que ver. Ya sabes, uno de esos que se apostan en las barras de los pubes y copa en mano miran

despectivamente a toda mujer que se acerque a ellos.

— Sí— asentí— pero nosotras ya sabemos que eso es sólo una pose.

— Vale, no sé si lo sabéis u os lo imagináis. Bueno y como ya sabes, a mi ese tipo de personajes me caen fatal. Además era como muy siniestro para mí.

— ¿Siniestro?

— Sí, vestía muy de oscuro.

— Ah— hice un gesto de despreocupación con la mano— Un cucaracha. De esos hay bastantes en esta ciudad, solo que a veces sólo salen por la noche.

— El caso es que como yo a esos tipos no les tengo respeto alguno, me acerqué a él y le hice lo de la calculadora.

“Joder”—pensé.

— Pues fue ver lo de EL BEBE y ponerse a llorar. Me quede...

— No me extraña.

— No sabía qué hacer. Dudaba entre consolarle, reírme o echar a correr. Al final, más o menos, y mientras me bebía su copa y Lía me quitaba la calculadora, opté por lo primero.

— ¡Qué morro tienes!— la amonesté— ¿Te bebiste su copa?

— Sí, bueno, un poquito. Pero verás, cuando por fin pudo hablar me comenzó a comer la oreja: que si un bebé, que que chachi, que él nunca había pensado en ellos hasta hacía bien poco pero que de repente veía preñas por todas partes...

— ¿De qué iba?— pregunté.

— No sé. ¿A qué te refieres?

— Que de qué droga iba, quiero decir.

— ¡Ah!— se asombró— ¿Tú crees que iba drogado?

— No sé— dudé— igual no. Yo también veo embarazadas por doquier y no me meto nada. Aunque, claro, yo tengo excusa. Vaya que se me

hace raro en un tío.

— Sí, a mí también me extraño. Sin embargo me pareció que tras sus palabras había verdadera sinceridad.

Puse cara de incredulidad.

— Bueno, escucha. Yo entonces le conté lo mío. Mi instinto maternal recién despertado, lo poco receptiva que estaba mi pareja, y bueno, no sé cómo ocurrió, de repente, ya te he dicho, nos estábamos morreando.

— Clara— la corté— te pido por favor que no vuelvas a repetir eso del morreo. Casi puedo sentir como mi hijo se revuelve en mis entrañas.

— ¿Y qué digo entonces? ¿Muerdo?

— Puaj, eso es peor aún.

— Oye, déjate de manías lingüísticas y dime ¿Qué hago ahora?

— Hombre, por un simple **morreo**— recalqué la palabra— no vas a romper una relación de tantos años.

— Ya, aunque para mí fue más que eso— miró al infinito— Fue tan...

— ¿Intuiste que era el hombre de tu vida?

Por un momento sentí cierta envidia de ella.

— Pues, no sé ¡Estuvo tan bien! Además si he sido capaz de hacer algo así, quizás signifique algo más.

— ¿Y qué más puede significar? Aparte del hecho de que ibas muy pasadita, y que como nosotras suponíamos lo de esos tíos es una pose.

— Pues puede significar que mi relación con Fa está en crisis. Creo que él y yo, ya no queremos lo mismo. Que yo quiero un hijo, y él...

— Aún no sabes lo que él quiere— la atajé.

— Me temo que sí.

— Bueno ¿y ese tipo? ¿Os distéis los teléfonos o algo?

— ¡Qué va! Lo único que me dio fue un ataque de conciencietis, y salí de allí a todo correr. Fue entonces cuando al pasar junto a Lía ésta me tendió

la calculadora, y no me quise parar ni a decirle adiós.

— ¿Estaba en ese momento con Pablo?

— Ni idea. Ya te digo que salí de allí como un toro que sale de los toriles, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Y no paré de correr hasta que llegué a mi casa.

— Pues sí que has empezado bien el año.

— Pues sí ¿Qué hago Paula?— la angustia se reflejó en su cara.

— No sé. Escucha a tu corazón y actúa en consecuencia, y date tiempo. Quizás mañana veas las cosas de otra manera.

— No, no lo creo. Ale, me voy ¿tú cómo estás?

— Con resaca.

— ¡Anda ya!

— Si, te lo juro.

— Consuélate, al menos tú no has hecho el ridículo como yo.

–Si tú supieras, Clara, si tú supieras.

Capítulo 29

Las demás también tuvieron lo suyo.

Lía, una vez devuelta la calculadora a Clara, y después de decirle eso tan horrible a mi ex Pablo, se dedicó a flirtear con unos y con otros. Al final según nos contó, había cerrado dos bares. Pero literalmente. Por lo visto la muy pesadita había convencido a los dueños para que le cedieran las llaves, y le dejaran echar a ella la verja. Dijo que con ello cumplía uno de los sueños de su niñez. Yo no me puedo imaginar a una niña de siete, ni de ocho, ni siquiera de nueve años soñando con tales majaderías, aunque viniendo de Lía, la cosa cambia y quizás hasta sea cierto.

Después de eso ella quedó tan agradecida que invitó a sus dos “benefactores” a tomar algo en su casa. Por el camino no se le ocurrió otra cosa que sugerirles que ya que ellos le habían ayudado a hacer realidad uno de sus sueños de la infancia, justo sería que ahora ella les ayudara a cumplir con los suyos. En buena hora. Uno de ellos, aprovechó para soltar que él, desde su más tierna

infancia, había suspirado por formar parte de un trío, y no precisamente musical. El otro ante tamaña bola había asentido complaciente con la cabeza, y Lía no había sabido que decir. Había seguido caminando junto a ellos mientras se devanaba los sesos buscando alguna idea para salir de aquel embrollo. Afortunadamente para ella cuando ya llegaban a su casa, vio como su portera, ataviada con un pañuelo en la cabeza y una bata acolchada, sacaba unas bolsas de basura al contenedor. No se lo pensó dos veces, la agarró del brazo, y llamándola mamá se dirigió con ella hacia el portal mientras hacía que la amonestaba por no haber avisado de su visita, a la vez que se volvía hacia sus dos acompañantes y con la mano les decía que se largaran venga, venga. Al día siguiente lo contaba avergonzada, pero cuando le pregunté si no hubiera sido más fácil decir simplemente que no, ella me contestó que si lo hubiera hecho quizás ya nunca más la hubieran dejado entrar en esos bares, y sabes— añadió— ponen muy buena música. Para matarla.

Chari, en cambio, más que avergonzada, estaba enfadada. Sí, se había encontrado con Rafa, sí se había ido con él, y sí, se había liado con él. Pero... Había un pero. Después de su encuentro cuerpo a cuerpo habían ido a tomar algo a una cafetería, y sin saber cómo ni por qué, ella se había puesto a hablar sobre mí. Le había contado lo de mi embarazo, lo de mi valentía por seguir adelante yo solita, y de lo mucho que ella me admiraba por ello, y bla, bla, bla. Él, mientras tanto, había comenzado a removerse en su asiento, se había llevado las manos a sus partes, había sacado la cartera y contado los condones, y finalmente y entre titubeos le había preguntado a Chari si le estaba utilizando para procrear. Ella, entonces, asombrada, y a la vez rápida de reflejos, le había cruzado la cara, y muy digna había abandonado la cafetería, a la vez que se arrepentía de no haberse calzado esa noche los taconazos, que hubieran conferido a toda la escena un toque mucho más cinematográfico. Estaba destrozada. Y enfadada. Pero no sólo con él. También conmigo. Parecía que yo tuviera la culpa de que él fuera un

puto crío. Ella justificaba su enfado diciéndome que si yo no fuera una coneja excéntrica ella no hubiera tenido que hablar de mí, y todo eso se hubiera podido evitar. Aunque, como yo le dije, si se hubiera evitado, ella no habría sabido lo infantil que era ese tío y cuanto más tarde lo hubiera descubierto habría sido peor. Le jodió, aunque al final y a regañadientes, acabó por darme la razón.

En cuanto a Elena, según nos contó Lía, había acabado vomitando en un baño, y después de eso había volado hacia su casa. O eso había dicho, ya que en el día posterior ninguna había sido capaz de dar con ella. No sé, a veces presentíamos que había algo que nos ocultaba. Esto era algo que nos parecía increíble. Nosotras, que ya fuera por amistad o por aburrimiento nos habíamos contado hasta los pelos de las piernas, no podíamos siquiera imaginar que alguna pudiera estar viviendo algo que no pudiera ser compartido con todas las demás. ¡Vaya! Eso sería el colmo del egoísmo. Pero ¿qué podía ser ese algo? De momento no me lo podía ni imaginar, pues si lo

intentaba el dolor de cabeza regresaba con toda su intensidad. ¡A la porra! Elena era muy libre de tener un secreto, y si no nos quería contar algo, sus razones tendría. Quizás yo misma, en ocasiones, hubiera debido ser más cauta y no contar determinadas cosas, como mi beso con Sergio. El compartirlo con todas sólo me había servido para que ahora, y en colaboración con la estúpida locuacidad de Lía, Pablo se pensará que yo había pasado la Nochevieja con ese tío. Bueno ¿y qué? ¿No me dejó él por la tal Pamela? Entonces ¿qué me importaba a mí lo que él creyera o dejase de creer? ¿No era ya el momento de olvidar y volver a empezar? ¡Sí, claro que sí! Pero antes...volvería a mirar su mensaje en mi móvil. ¡Me hacía tanta ilusión!

Capítulo 30

Desde la noche de la cena de empresa no había vuelto a ver a los del trabajo, y después de una semana de vacaciones el regreso fue duro para todos. Nos saludamos con monosílabos que supuse querían significar Feliz Año Nuevo. El que peor llevaba la vuelta era mi compañero Manuel. Ese día las temperaturas habían bajado en picado, y cada vez que quería ejercer su derecho a intoxicarse libremente, debía salir a la calle a fumar. Daba penita verlo. Marchaba todo abrigado, como un expedicionario en viaje al Polo Sur, y regresaba aterido, con los dedos entumecidos, y con un juramento hacia la puta ley antitabaco castañeándole entre los dientes. Ni siquiera el ofrecimiento de nuestra compañera Inma de tejerle unos mitones consiguió atenuar su rictus de amargura.

Yo apenas sí le dirigí la palabra, pues temía que toda su mala leche se vertiera sobre mí. Según él desde que yo había abandonado mi adicción los ratos ahí afuera se le hacían penosos sin nadie con

quien hablar, a no ser que bajara alguno de las otras oficinas. Por más que había intentado hacerle ver que mi abstinencia no era ningún caprichito de la new—age, sino una abstinencia forzosa debido a mi estado de preñez, no por ello él había dejado de mirarme mal en todo este tiempo y especialmente durante esta fría mañana.

Por la tarde, y supongo que después de reconciliarse con la vida tras una buena comida, un café, y un cigarro bajo techo, me preguntó amablemente por el rescate de mi zapato. Fui muy escueta, pues ya estaba escarmentada, y simplemente le dije que bien, que la misión había sido cumplida, y que Sergio había llevado a cabo su labor satisfactoriamente.

— ¿Nada más?— me preguntó entonces él.

Yo le mire asombrada.

— ¡Por supuesto que nada más! ¿A qué viene eso?

— No sé— se encogió de hombros— está muy raro conmigo.

— ¿Le has visto?— le interrogué intrigada.

— ¡Claro! Hay veces que con lo del cigarrito nos juntamos unos cuantos gilipollas en la calle. Entre ellos, él. ¡Cómo iba a faltar! ¿Y dices que no pasó nada?—insistió.

Enrojecí.

— Pues no, nada—mentí.

— Pero— bajó la voz— ¿le diste eso? ¿no?

— ¿El qué?— me asusté. ¿Cómo podía él haberse enterado de lo del beso?

— Ya sabes— y poniéndose un dedo bajo la nariz hizo el gesto de esnifar.

— ¡Ah! Eso— me di una palmada en la frente. ¡Joder! Se me había olvidado.

En ese momento mi jefe se coló en nuestra conversación. También él parecía estar descontento, aunque eso no era novedad en él. Supuse que la tomaría con nosotros, y efectivamente, así fue. Lo primero que hizo fue preguntarme por mi desaparición el día de la cena. Yo le dije que me había ido del primer bar porque no me encontraba muy bien. “Pero no se fue sola

¿no?” Fruncí el ceño, aunque él continuo malévolo: “ ¿Y no es mucha casualidad que además de usted también faltara el chico ese de Informática?” Fingí no saber de quién me hablaba, pero él insistió y aprovechó para recordarme que las relaciones entre empleados estaban prohibidas, y que yo ya debería saber las consecuencias que ello me podría acarrear. Me hice la ofendida, y cuando ya iba a comenzar a despotricar contra ese estúpido reglamento, Manuel dijo salir fuera a fumar. Entonces los comentarios bordes y malévolos cayeron sobre él: sobre su falta de voluntad para abandonar un vicio asqueroso con el que sólo conseguiría arruinar la buena marcha de la empresa, y algo sobre cómo recuperar esos minutos perdidos los sábados a la mañana. A eso le siguió un portazo de Manuel que no hizo sino enfriar aún más el frío ambiente de trabajo.

Yo volví a mi ordenador, y mi jefe me señaló con el dedo como diciéndome “queda advertida”. En cuanto entró en su despacho le saque la lengua, y

abrí mi correo. Basurilla, y Feliz Año, y un correo interno de... ¡¡Sergio!! Lo cerré corriendo, y cuando finalmente me cercioré de que nadie me miraba lo volví a abrir. Sí, era de él. Decía así: Me dijiste que en aquel portal me darías algo que me iba a hacer flipar. Sólo me diste un beso ¿para cuándo lo demás? ¡Hostia! O sea que el tío ese se lo había tomado en serio y esperaba su ración. Decidí no contestarle, y es más, de momento decidí evitarle. Mandé el correo a la papelera de reciclaje y comencé a mordisquear nerviosa la tapa de un boli. ¿Qué hacía yo ahora? La sola imagen de verme entrar en cualquier tugurio con esta tripa solo para intentar “pillar” me hacía desesperar. Resoplé.

En ese instante fue cuando Manuel regresó de la calle. Me volví hacia él para pedirle nuevamente ayuda. Entonces mientras se frotaba una mano contra otra, le oí murmurar: “Flipo con el frío” “Bueno, quizás no fuera el mejor momento”— pensé, y mientras hacía girar nuevamente mi silla, suspiré. “¡Ojala para Sergio fuera tan fácil! “Pero

él no se iba a conformar con una simple ola de frío para ponerse a flipar. No, ese necesitaba algo más. Y yo ¿qué le podía dar?

Capítulo 31

Habíamos quedado en que un día iríamos a cenar a casa de Mónica. Ella nos dijo que le apetecía mucho que fuéramos la noche de Reyes, después de la cabalgata. Chari, sin embargo, comentó que quizás no fuera el mejor momento; los niños estarían excitadísimos, dijo, y si ya de por sí eran insoportables...

La corté diciéndole que ya valía, que no debía hablar así de los hijos de una amiga, y que bueno, que si aún estaba dolida por lo ocurrido en Nochevieja, que no lo pagara con dos pobres niños, por más que al ser estos unos críos le recordaran a su fallido Rafa.

Me lanzó una de sus miradas asesinas, y yo le envié otra de las mías. Podríamos haber seguido así toda la tarde, pero la llegada de Clara nos distrajo de nuestro estúpido duelo.

— He roto con Fa.

Fue su saludo, y ahora nuestras miradas fueron de auténtico asombro.

— ¡Pero Clara...!— exclamé yo sin saber qué más decir.

— ¡Calla!— exclamó Chari— No te muevas

— ¿Qué pasa?— Clara se empezó a tocar el pelo

— ¿tengo algún bicho o qué?

— No, pero no lo cuentes ahora— la agarró por la cintura— Nos vamos a ir directamente a casa de Mónica y allí lo cuentas todo.

— Tú eres tonta, tía— le dijo la otra a la vez que se desasía de ella.

— No, si es por tu bien— le explicó Chari— Si nos lo cuentas ahora a nosotras, luego a Lía cuando venga, y después otra vez a Mónica y a Elena, al final habrás contado tres veces la misma historia, con el consiguiente desperdicio de tiempo y energía que ello supone. ¿Tú no has oído hablar de optimización de recursos?

— Pues no. ¿Y tú no has oído hablar del libre albedrío? De que uno hace con su tiempo y su energía lo que le sale.

— Allá tú. Pero, y te lo digo por experiencia, al

final te hartaras de soltar el mismo rollo una y otra vez.

— A eso voy— replicó entonces Clara— Llevo muchos años oyéndoos contar una y otra vez vuestras historias, aventuras, líos y demás. Y yo— ahora casi lloraba— siempre he estado ahí, escuchando, compartiendo y consolando si ha hecho falta. Y para una vez que a mí me pasa algo, tú— señaló a Chari con el dedo— tú me dices que me calle, que me espere, que no hable. No es justo de verdad, no es justo—meneaba la cabeza.

— Pero Clara...— hablé yo.

— Pero Clara ¿qué? ¿No sabes decir otra cosa? Claro, os pensáis que yo no tengo vida propia. La previsible y estable Clara— engoló la voz— Siempre ahí con su Fa, siempre con su aburrida vida en la que nunca pasa nada. Pues mira, resulta que ya no tenéis la exclusiva de que os pasen cosas. Eso se acabó. Hoy la "protá" voy a ser yo, y si me tenéis que oír contar la misma historia tres o trescientas veces os aguantáis, pues antes que a vosotras eso SI me pasó a mí.

Nos quedamos calladas. ¿Qué podíamos decir ante semejante sermón?

— ¿No lo habrás hecho sólo por eso? ¿No?— pregunté al fin tímidamente y casi esperando recibir un capón por parte de mi enfurecida amiga.

— Tú también eres tonta, Paula— recibí por toda respuesta.

— Bueno, ale, venga, cuéntanos qué ha pasado— pidió Chari.

— Ahora no me da la gana.

— Por fa, por fa— suplicamos.

— Anda, dejadme, que sois unas egoístas.

— Venga, un regalito de Reyes anticipado. — Chari casi parecía se lo iba a pedir de rodillas.

Clara, al fin, entre risas claudicó.

— Mirad— señaló— por allí viene Lía. Cuando ella llegue os cuento.

Y finalmente Clara, a la que como ella bien había dicho nunca le ocurría nada digno de mención, nos contó como después de un montón de años había

roto su relación con Fa. Todo había ocurrido el día después de año nuevo. La parejita de previsibles que eran se habían encontrado como todos los martes desde hacía doce años en el bar del hermano de él. Ella había llegado muy dispuesta a hablar claro, a conocer las verdaderas intenciones y los planes de futuro de él, y dispuesta también a romper con todo si de nuevo Fa le daba largas o le hacía ver que no quería lo mismo que ella. Fue directa y tan pronto se sentaron en la mesa que venían ocupando desde el año 1998 le preguntó si ya había pensado algo sobre el tema de formar una familia. Él, primero se lo quiso tomar a broma, y comentó algo sobre engendrar en los probadores de Zara. Al ver que Clara no le seguía el chiste, la había tomado de la mano, y mirándola a los ojos le había dicho eso de cariñocreoqueahoranoeselmejormomento. A continuación, y sin darle siquiera tiempo a ella para replicar, había sacado de su maletín unos papeles que contenían un estudio minucioso del asunto, con gráficos incluidos, y que según él servían de soporte a lo anteriormente dicho, ya que

demostraban bien a las claras que debían postergar esa decisión para más adelante. Por lo menos tres años, había concluido él siguiendo con su boli una de las líneas del gráfico.

Clara, a pesar de tantos años junto a él y de creer conocerle a fondo, alucinaba “¿Cómo puede una persona humana el plantearse el tema de traer un bebito al mundo en esos términos?— se preguntaba— ¿Dónde quedan entonces los sentimientos, el cariño y el amor?” En esa estúpida gráfica de colorines desde luego que no. Allí sólo había números relacionados con hipotecas, horas de trabajo, salarios, y gastos de pañales y guarderías. ¿Cómo iba ella a concebir un hijo con un tipo que seguro mientras follaban hacía recuento de los espermatozoides que salían de su pene?

Fue en ese momento cuando lo decidió. Le dijo que aquello no podía ser, que ella quería ser una feliz e inconsecuente madre de familia; una matrona de anchas caderas que impúdicamente saca su pecho a pasear para alimentar a su prole, y

que por supuesto no piensa ni en pasado, ni en presente, ni en futuro, y mucho menos se plantea el fundar una familia como quien funda un holding, y que ahí se quedaba con sus números y sus gráficas porque ella sintiéndolo mucho le decía adiós. Y después de tal perorata, y de coger aire, salió de allí corriendo sin dar lugar a que él pudiera ver como se echaba a llorar.

— Y ya está. Ese fue el final— concluyó Clara casi sin aliento después de tanto hablar.

Las demás habíamos estado escuchando atentas. Atentas y preocupadas ¿Qué sería ahora de ella? Sin saber porque la veíamos incapaz de vivir sin su otra mitad. Sin embargo, para nuestro asombro, se la veía maravillosamente bien. Tranquila, serena, y muy segura de haber hecho lo correcto. Yo le pregunté si el chico que había conocido en Nochevieja había sido otro de los motivos para tomar tal decisión. Me contestó que no, que eso no tenía nada que ver, que su ruptura era totalmente independiente de ese morreo—otra vez la palabrita— sin importancia.

Pero ya llegábamos a casa de Mónica, y no pudimos profundizar más. Bueno, esperaba que la noche de Reyes no nos trajera ningún regalito sorpresa más.

Capítulo 32

Dos dardos se enredaron en mi pelo nada más entrar en casa de Mónica. A eso le siguieron unas risas infantiles, y unas carreras por el pasillo. Mónica puso cara de resignación mientras me los sacaba del pelo, y a la vez nos saludaba a una y a otra.

— Están imposibles— comentó una vez que mi cabello volvió a la normalidad.

Chari me hizo un gesto de suficiencia, como queriendo decir “te lo dije”. La ignoré, y seguí a las demás que se dirigían hacia la cocina.

— Bueno, ¿y cómo va todo?— pregunté una vez nos reunimos allí.

— Ya las pusiste al corriente ¿no?— me interrogó mientras se ataba un delantal.

Asentí.

— Ay, pues te lo agradezco— abrió un armario y comenzó a sacar cosas— no sabes lo aburrido que me resulta el contar una y otra vez la misma historia.

De nuevo Chari se sintió crecer, y le lanzó una mirada llena de intención a Clara.

— Ves— le dijo— optimización de recursos

— Olvídame— le replicó la otra.

— ¿Os pasa algo?— preguntó Mónica divertida.

— Nada, déjalas, son así— aclaró Lía— Bueno ¿y tú qué? ¿Ha ocurrido algo más?

En ese momento Saúl, el mayor de los hijos, apareció por la cocina.

— Mamá, ¿a qué hora llegan los Reyes?— preguntó

— A ninguna, hijo. A la que pueden— le aclaró— Pero no llegarán si no os vais a la cama, y os ponéis el pijama.

— Entonces— el crío miraba con gesto de extrañeza a su madre— ¿el pijama hoy nos lo ponemos en la cama?

— Nooo. Os lo ponéis yaita mismo, y después os vais a la cama. Como siempre. ¡Joder!— ahora se dirigía a nosotras— Tiene una que tener un

cuidado con lo que dice.

El niño, sin embargo, y a pesar de lo dicho por su madre, continuaba allí, impertérrito.

— Vale— accedió— pero ¿a qué hora vienen?

Todas pudimos ver la cara de agobio de Mónica. Ante eso Lía decidió tomar la palabra.

— Eso no se sabe, Saúl. Los Reyes son como los trenes, que uno nunca sabe cuándo aparecerán. Y tu mami tiene razón— añadió— Si no os dormís ahora, los Reyes se largaran con tus regalos a otra parte, y no solo eso, sino que encima os quitaran los juguetes que ya tenéis.

Salió el niño pitando de allí.

— ¡Lía!— exclamamos indignadas.

— Pues mira— señaló la puerta— Ha funcionado. Pero, venga, a lo que estamos ¿qué pasa con Luis?

— Nada— se encogió de hombros mientras cortaba cebollas, pimientos y tomates— Lo cierto es que después de aquel primer mensaje no ha habido más. O al menos yo no los he visto—

aclaró.

— ¿Por qué no llamaste a ese número? Al del mensaje, digo.

— Número secreto ¿qué te crees?

— Elemental querido Watson. El criminal nunca deja pistas.

— ¿Y él? ¿Cómo está contigo?— interrogó Clara. Mónica enrojeció, y bajo la cabeza.

— Bueno ¿él? Pues... ¡me da una vergüenza!

— ¡Eh! ¡Esto se pone interesante! ¿Qué es lo que te da vergüenza?

— No sé sí..., no, mejor que no— negó con la cabeza.

— ¡Sí, sí, sí!— gritamos todas.

— ¡Chist!— se puso un dedo en los labios— Veréis— comenzó— cuando vi ese mensaje, al principio me indigne, y no tenía ganas ni de hablar con Luis. Pero luego comencé a interrogarme, a preguntarme por los porqués y...bueno, uno no busca algo fuera si lo que tiene dentro le, ya

sabéis, le satisface. Pues me dio por pensar que quizás él en nuestra vida sexual anhelara algo más de...— chasqueó los dedos como buscando una palabra.

— ¿Pelea?—insinué yo.

— Mm. Sí. Pelea Quizás sea esa la palabra.

— O sea— intervino Clara— que tú ahora... ¡Ah!
— se llevó una mano a la boca— ¿y qué haces? Si se puede saber, claro.

— Hombre, tampoco es nada extravagante. Pues le hago cositas.

— ¿Cositas? ¿Qué cositas?

— Ya os digo, que nada especial. Le clavo las uñas, le muerdo en el hombro, le arañó, le suelto algún cachete...

— ¡No me digas!— exclamó Chari— ¿Y tú disfrutas con eso?

De nuevo el semblante de Mónica enrojeció.

— ¡¿ En serio?! Eso quiere decir que te encanta.

— Pues sí— confesó ella— He descubierto que

ahí es donde yo puedo descargar toda la agresividad que los nenes me hacen acumular durante el día. Cuando acabo con Luis me quedo como una malva, y hasta me encuentro mucho más relajada para soportar las barrabasadas de mis dos fieras.

— ¡Vaya con la perfecta casada!— comentó Chari

— ¿y a Luis? ¿Le gusta?

— ¿Cómo no le va a gustar si es lo que él andaba buscando fuera? Luis estará encantado ¿No Mónica?

— ¿El?— se giró hacia Lía que era la última que había hablado— Solo sé que vuelve a silbar por las mañanas. Bueno, todas no, pero...

— Entonces— le interrumpí— ¿ya no crees que tenga un lío?

— Eso es lo que me jode— se retiró el pelo de la cara— que no lo tengo nada claro. A veces, no sé, me dice que se queda a trabajar y yo sé que no es así. Sinceramente me sigue dando la impresión de que se trae algún secreto.

— ¡Eh! Nosotras si quieres le espiamos— se ofreció Chari muy seria— ¿A qué sí Lía?

— ¡Por supuesto! Ahora, eso sí, si he de dejar mi trabajo para vigilar a tu marido necesitaré algo de pasta.

— Anda, no seáis bobas—se rio Mónica— y no os preocupéis. De momento yo seguiré realizando mi labor de investigación desde dentro.

— Claro, primero le pegas una paliza, luego te lo tiras, y después le espías. ¡Menuda cabrona estás hecha!

— ¡Clara!—exclamamos todas a la vez.

— Pero si es que es verdad— se defendió ella— Si es que nos estamos volviendo locas. Por cierto ¿dónde está ahora Luis? ¿En urgencias?

— Muy graciosa. Y no, no está en Urgencias. Está en el trastero montando la casita de Pin y Pon para dársela mañana a los chiquillos.

— ¿Estás segura?— pregunté desconfiada.

— Pues conociéndole a él, y conociendo esa casita

de muñecos, fijo que sigue allí todo liado con el montaje, a la vez que dulces juramentos escapan de su boca.

Nos reímos.

— ¿Y Elena? ¿Dónde está Elena?— se interesó alguien.

Nadie supo que contestar. Creo que ninguna lo quería admitir, aunque supuse todas estábamos pensando en lo mismo.

Lía se mordió el labio.

— ¡Joder! ¡Ya no puedo más! Lo tengo que contar.

— Entonces ¿tú sabes...?

— Sí sé. Y hubiera preferido no saber... ¡en fin!
El día de Nochevieja estando en el baño de un pub me confesó tener un lío con un hombre casado.

Nuestras caras de estupefacción lo decían todo.
Mónica estaba blanca.

— ¿Estás segura?— pregunté— ¿No te estaría vacilando?

— Una no vacila cuando está potando con la

cabeza dentro del retrete.

— Y...—me daba miedo preguntar— ¿te dijo quién era él?

— No. Después de esa confesión le vino una arcada, y luego otra. Cuando pudo volver a hablar ya sólo pedía pañuelos, chicles de menta y el teléfono de los taxis. Y yo, asqueada como estaba, sólo quería alejarme de ella.

Mónica había comenzado a llorar.

— ¡Eh!— le di en el brazo— Eso que estás pensando es imposible. Elena, nunca haría eso, de verdad que no, Moni.

Me miró a través de las lágrimas.

— Y, ejem, Luis tampoco, él tampoco sería capaz

— Vaya, había metido la pata.

— Bueno— intervino Chari— ahora sí que yo creo que se impone una labor de vigilancia.

— ¿Y no sería más fácil preguntárselo directamente a Elena?

— Ni se os ocurra— saltó Lía— Si hacéis eso

sabr  que yo os lo he contado, y ya no confiar  nunca más en mí. Y creo que eso no nos interesa  verdad?

— También tienes razón— convine con ella.

Quedamos nuevamente calladas.  Ser a cierto eso que todas estábamos pensando? En ese momento sonó el timbre. Mónica se secó las manos con un trapo.

— Será Elena— dijo con tono monocorde.

— Deja ya abro yo— le dije.

— Quita, quita, que t  estás embarazada.

— S , pero no paralítica— le repliqué mientras me levantaba de la silla.

Fui hacia la puerta, y efectivamente all  estaba Elena  con Luis! Me dieron ganas de cerrar la puerta y no dejarles entrar. “ No por favor!— pens —  Qu  no sea verdad!”

— Hola Paula— me saludaron los dos.

— Est s muy pálida— añadió Elena—  te pasa algo?

— No, nada, no me pasa nada—murmuré.

Ella continuo hablando mientras caminábamos pasillo adelante.

— ¡No te vas a creer lo que me ha pasado!

Los tres habíamos desembocado en la cocina.

— ¡Hola chicas! Siento llegar tarde, pero ¡me ha ocurrido una cosa!— hacía gestos con una de su manos.

Mónica paseaba su mirada de Elena a Luis, y de Luis a Elena. Supongo que andaba buscando en sus caras algo que les delatara. Al cabo de un instante preguntó.

— ¿Dónde— carraspeó— dónde os habéis encontrado?

Elena puso cara de extrañeza mientras se encendía un cigarro, y Luis se metía un cacahuete en la boca.

— ¿Quiénes?— preguntó ella.

— Pues tú y Luis, ¿dónde...?

— ¡Ah! En el descansillo ese— señaló hacia la puerta— ¿dónde quieres que nos encontremos?

¡Pero bueno! ¿No os interesa saber lo que me ha pasado viniendo hacia aquí?

“Pues no— me dije— Lo que de verdad nos interesaría saber es si te estás enrollando con el marido de una de tus amigas”. Además ¿Qué pretendía? ¿Desviar nuestra atención?

— A ver ¿qué te ha pasado?— le preguntó Clara con tono de paciencia.

— Pues primero, y gracias a la cabalgata me han hecho desviarme dos veces de mi ruta, y luego cuando una de las calles ya estaba abierta, no se podía pasar ¡Estaba llena de cacas de camellos!

— Buaj— puso gesto de asco Clara.

— ¿Y por eso has llegado tarde?—inquirió Chari, que por lo visto ya había decidido comenzar con su labor de investigación.

— ¡Claro que por eso! ¿Por qué otra cosa podía ser?

— Nada, nada. Tú sabrás— le respondió evasiva la otra.

— Estáis más raras—movía la cabeza.

—Chist. Callad un momento— Mónica se puso un dedo sobre los labios— Los nenes, Luis, te llaman los nenes.

— Yo no los oigo—contestó él que seguía con los cacahuetes.

—Pues yo sí— afirmó categórica— Tengo un sensor especial que me haría oírlos hasta en una verbena de pueblo.

Luis salió al pasillo, y aguzó el oído.

— ¡Joder! ¡Es cierto! Ya voy— y dejando los cacahuetes sobre la mesa salió de la cocina.

— ¿Qué Moni?— siseó Elena— ¿Ha pasado algo más?

— Algo más ¿de qué?—Mónica evidentemente estaba a la defensiva.

— Bueno— titubeó la otra— de eso que sospechabas de Luis. De que tenía un lío y demás.

— Ah, eso— hizo como que no le daba importancia— No, Luis nunca sería capaz de hacer

algo así. Somos una familia, y con dos hijos— recalco— Además ¿qué clase de mujer sin escrúpulos sería capaz de destrozar un hogar?

Elena nos miró a las demás. Con su mirada parecía querer preguntarnos acerca del estado mental de su anfitriona.

— Bueno— intervino Clara evidentemente azorada por como se estaban poniendo las cosas— ¡ale! Vamos a cambiar de tema.

— Sí— dije yo queriendo ayudar— Clara tiene algo que contaros.

— ¡Ah! ¿Yo? ¡Es verdad! Estoy tan poco acostumbrada que hasta lo había olvidado— se rio.

Toda la atención se desvió entonces hacia ella. Chari, Lía y yo que ya conocíamos la historia aprovechamos para comenzar a poner la mesa en el salón, a la vez que jugábamos con los dardos que sólo unos momentos antes habían destrozado mi peinado. En esas estábamos cuando regresó Luis de la habitación de los niños.

— ¿Qué querían?— le preguntamos mientras dejábamos los dardos para servirnos unas copas de vino.

— Buf— resopló— el mayor está paranoico. Dice que si no se duerme pronto los Reyes Magos no solo no le traerán sus regalos, sino que encima le quitaran los que ya tiene, y encima me pregunta a mí que cómo se duerme uno pronto. La verdad— frunció el ceño— no sé de dónde sacan esas estúpidas ideas.

Chari y yo miramos a Lía que bajo la cabeza avergonzada.

— Y al final ¿se ha quedado tranquilo?— pregunté preocupada.

— Sí, sí— bebió de su copa— Le he dicho que eso no ocurre nunca. Que los Reyes vienen a dejar y nunca a quitar.

— ¿Y el pequeño?

— El pequeño ya dormía abrazado a su osito. ¡Le tiene un cariño!

Yo entonces le hubiera dicho que Mónica también

le quería mucho a él, y que para ella él siempre sería su particular osito de peluche, y que si como todas imaginábamos le estaba haciendo la cabronada que suponíamos, ya se podía preparar; le arrancaríamos los brazos y las piernas, le sacaríamos los ojos, y todo su interior de borra ardería instantáneamente ante nuestras indignadas miradas. Yo misma me sorprendí ante tan violentos pensamientos ¿Estaba ya aflorando mi lado oscuro?

Queriendo alejar de mí tales barbaridades, me puse a aliñar la ensalada. Chari, Lía y Luis seguían hablando como si tal cosa, aparentemente ajenos a la fiera que se había despertado en mí. En ese momento Luis les interrogaba acerca del cotilleo que se traían en la cocina. Chari, solícita, le puso de inmediato al corriente de todo. Luis puso cara de asombro y comentó que de Clara y Fabián nunca lo hubiera esperado.

— Yo tampoco esperaba que rompieran— acordó Chari— Como tampoco lo esperaría nunca de Mónica y de ti. Me parecería... ¡Y con dos hijos!

— Pues hoy en día no te puedes fiar. ¡Ya ves cómo está la cosa!—y dicho esto lanzó uno de los dardos, acertando en plena diana.

Nos miramos las tres ¿Habíamos oído todas lo mismo? ¡Vaya! Daba la impresión de que a Luis casi le parecía normal el terminar con su relación. ¿Qué quería decir con eso? A pesar de nuestro interés no pudimos seguir hablando del tema ya que en ese momento se nos unieron las demás y Mónica nos animó a sentar, cosa que hicimos raudas y sin chistar.

Fue una cena rara, llena de tensión, de sobreentendidos y malentendidos. Al final Elena se fue a casa con la impresión de que Mónica se había vuelto loca, Luis se quedó con la idea de que Chari y Lía coqueteaban con él, pues no dejaron de lanzarle indirectas durante todo el rato, y Clara se quedó con las ganas de contarle a Luis su ruptura con Fa. Cuando se enteró de que Chari ya se lo había largado, la pinchó con el tenedor, y ésta lanzó tal grito que los críos se despertaron con el consiguiente juramento de Mónica y la rápida

carrera de Luis por el pasillo a fin de tranquilizar a sus niños.

Ciertamente, la cena no fue ningún éxito. Yo, sin embargo, aún intenté sacar provecho de aquella reunión, y cuando ya nos poníamos los abrigos me aventuré y les pregunté si alguno tenía idea de donde pillar coca. Todos me miraron extrañados, pero no era momento de entrar en explicaciones y quedé en contarles todo en otra ocasión. Ninguno entonces me supo informar, y fue únicamente Elena la que se molestó en contestar.

—Yo que tú—me dijo mientras se enroscaba en su bufanda— se lo pediría a los camellos esos cagones. Ahora, disfrutar no vas a disfrutar. Con esas boñigas que hacen lo único que querrás será taparte las narices. ¡Y ya me dirás tú entonces como vas a esnifar!— se reía ella sola de su propia gracia.

— ¡Eh! ¡Qué no es para mí!— exclamé ofendida.

Pero ya todos se habían desentendido de mí, y Lía, Chari, Clara y Elena llamaban al ascensor, mientras Mónica y Luis se despedían de ellas.

“Menudas prisas”— murmuré. Aunque tampoco me extrañó; quizás ellos, al igual que los hijos de Mónica también esperaban sus regalos al despertar y temían que si no se acostaban pronto éstos se hicieran de rogar.

Capítulo 33

Durante la cena Clara había comentado que no le vendría nada mal el alejarse por unos días de la ciudad. Quería respirar, tomar aire, y suponía que en algún sitio tranquilo podría comenzar a reflexionar sobre lo sucedido con Fa, y sobre esa nueva etapa de su vida a la que después de la ruptura se tendría que enfrentar. Cuando le pregunté si podría acompañarla, me animó a hacerlo y acordamos buscar algo por Internet para salir el siguiente fin de semana, una vez ya todo hubiera vuelto a la normalidad después de las interminables fiestas de Navidad.

Al día siguiente, cuando mi padre me telefoneó como todos los años para desearme unos felices Reyes, y lamentar el no poder pasarlos conmigo como en otras ocasiones, se me encendió una luz.” ¿Y por qué no?” — me pregunté. Al fin y al cabo, aún no habíamos decidido adonde ir, y la casa de mi padre cumplía todos los requisitos: un lugar tranquilo, alejado de la ciudad, sin comida basura, ni tele basura... Umm, dude ¿podría Clara soportar

aquello? “Bueno— me dije— sólo serían dos días” Además, sabía que mi padre estaría más que encantado de recibir nuestra visita, y efectivamente apenas planteárselo su respuesta fue afirmativa.

Ahora sólo me faltaba comunicárselo a Clara, y prepararnos para nuestro fin de semana de calma y reflexión. A ella le pareció una idea genial; sin embargo cuando le indiqué que mi padre era vegetariano, y que allí no comeríamos carne ni embutido, dudó un momento.

— ¿Y tú crees que tu padre se enfadará si llevo unas patatas al jamón?— preguntó entonces— Al fin y al cabo son solo patatas ¿no?— concluyó.

Le dije que hiciera lo que quisiera, pero que si ya íbamos a comenzar con esas pijadas, mejor nos quedábamos en casa, y nos comíamos un jamón entero si hacía falta.

— ¡Bueno, chica, qué solo era una broma!— me replicó ofendida— Pero has de reconocer que la pregunta tiene su miga.

Gracias a Dios ella no pudo ver mi cara de exasperación, y en lugar de mandarla a freír espárragos, por eso del vegetarianismo, quedé en pasarla a recoger el sábado por la mañana.

Y allí nos plantamos las dos, como dos árboles solitarios que de repente se habían quedado a la intemperie. Sí, así nos sentíamos después de tantos años del brazo de un hombre con el que en algún momento habíamos pensado compartir el resto de nuestras vidas. Solo que mi árbol tenía nido, y el de Clara no. Y yo no sé qué era mejor...o peor.

Capítulo 34

Mi padre no estaba solo en la casa, con él se hallaba la dulce Denise. Nos recibió con su gran sonrisa y sus esplendorosos abrazos, ¿o era al revés? Bueno, da igual.

A Clara, los alrededores, la casa, y la etérea Denise no habían hecho más que arrancarle exageradas exclamaciones, y hube de rogarle que por favor se callara, pues si a aquella mujer después de mi última visita le había dejado ya con ciertas dudas acerca de mi cociente intelectual, el exceso onomatopéyico de mi amiga no haría sino confirmarle mi falta de luces.

Mi padre rápidamente se interesó por mi estado físico y mental. Yo le puse al corriente de lo que pude. Hay cosas que no se pueden contar a un padre, y lo de mi beso con Sergio y su acoso posterior pidiéndome coca, sólo me lo podría sacar con una de esas sesiones de hipnoterapia en las que yo por supuesto no estaba dispuesta a dejarme involucrar.

Después de mi breve resumen me preguntó por los

motivos que tenía mi amiga para querer desconectar. Acababa de terminar de contárselo cuando Clara se unió a nosotros en la cocina. Venía de ver las habitaciones y seguía maravillada.

— Esto es precioso—concluyó, para acto seguido añadir que si ella tuviera unas vistas así, fijo, fijo, que también prescindiría de la tele. La miré alucinada. “¿Cómo podía ser tan falsa?” Ella no prescindiría de la tele ni aunque viviera frente al Taj Majal. ¡Vamos! Sólo pasaría de ese aparato si bajo su ventana se instalara una terraza permanente a la que acudieran todos los “famosos” para insultarse unos a otros sin pudor y sin parar. ¿De verdad Clara se creía lo que había dicho?

Mi padre entonces, halagado por sus palabras, y divertido por su espontaneidad, intentó, como tantas otras veces había hecho conmigo, ayudarla en su situación.

— Paula me ha dicho que estás en proceso de duelo.

Clara me miro confusa, y yo asentí con la cabeza.

— Bue... bueno— tartamudeó— a mí no se me ha muerto nadie. Que yo sepa, claro—musitó.

— Carlo—intervino Denise— creo que con estas chicas vas a tener que usar “otro” idioma.

Me sentí ofendida. ¿Qué se creía ésta? ¿Qué era más lista que nosotras? Vale, igual sí; pero tampoco era cuestión de soltárnoslo así a la cara. Además si de eso iba el ser neohyppy, neorrural, y neonovia de mi padre, no veía yo la diferencia entre ella que se suponía un ser evolucionado, y el neardental de mi jefe, que también gustaba de despreciarme con frases así. ¿Dónde estaba el buen rollito del que toda esta gente presumía?

Afortunadamente mi padre no era así. Por algo era mi padre ¿no? e hizo callar a la prepotente Denise.

— No hombre— le dijo— éstas son unas chicas listas. Verás— se dirigió entonces hacia Clara— yo por duelo entiendo todo tipo de pérdida, no necesariamente ha de referirse a una muerte.

— ¡Ah, claro! Entonces usted se refiere a mi duelo por Fa.

— No me trates de usted, por favor. Y sí, me refiero a tu duelo por ese chico; pero no solo por él, sino por tu relación, por todo lo que has perdido con ello.

Clara rompió a llorar.

— Jope, lo siento— habló entre lágrimas— Lo cierto, sniff, lo cierto es que aún no me he hecho a la idea.

— Eso está bien. Hay que llorar el duelo, sentirlo, vivirlo, dejarlo que salga. Y sobre todo: ¿tu corazón te dice que has hecho lo correcto? ¿Estás segura de ello?

— Segurísima— afirmó rotunda— Además— añadió— creo haber conocido al hombre de mi vida.

¡Vaya! Eso no era lo que me había dicho a mí. Verdaderamente, mi padre sí que tenía mano. Le deberían contratar para Salsa Rosa, o para cualquier otro de esos programas donde hacen hablar a la gente incluso de lo que no quieren.

— ¿Por eso dejaste a Fabián?—le preguntaba

ahora él.

Esa era la misma pregunta que yo le había hecho a ella. A ver, a ver que contestaba ahora.

— No, no fue solo por eso— bajó la cabeza y comenzó a darle vueltas a su anillo— Fueron más cosas. Yo, yo quiero tener hijos, formar una familia, y él— miró entonces a mi padre—lo ve distinto, no como yo. En cambio el otro...

“¿El otro, qué?”—pensé yo—“El otro es un tío al que no conoces de nada, y que seguro aquel día iría colocado de algo, y que al ver aquella chorrada de la calculadora en lugar de reírsete a la cara, le diste tanta pena que se puso a llorar. Ese, ese es el otro”— le quise decir. Pero Clara se estaba poniendo tan trascendente que no quise cortarle el rollo. Además, yo me estaba divirtiendo de lo lindo.

— Sí quiere tener hijos— concluyó mi padre.

— Sí, creo que sí— asintió ella.

— ¡Clara, por favor!”— no pude por menos que intervenir. Aquello ya se estaba empezando a

desmadrar.

— Vale— se volvió hacia mí— Igual no le conozco mucho, sin embargo...

— Es lo que sientes ¿no?— le interrumpió mi padre. Ella asintió. — Paula— ahora me hablaba a mí— tienes que intentar comprender a tu amiga. Es su corazón el que habla, ella lo siente así y debemos dejarla fluir con ello.

Pero yo sabía que allí no había ningún corazón parlante, y que en esos momentos lo único que hablaba por boca de Clara era su libido, que por lo visto con un simple “morreo” se había puesto a fluir de alborozo.

— Ale, pues que fluya, que fluya. Aunque creo que se está precipitando en sus suposiciones— le expliqué a mi padre.

Ahora fue Denise la que habló.

— No sé, Clara, igual estás proyectando en ese chico tus deseos insatisfechos. Has hecho de él tu alter—ego, y piensas que todo lo que tú deseas, también lo desea él.

— Quizás— dijo ella tímidamente.

Le miré a la cara. Evidentemente no se había enterado de nada., y seguro que luego me tocaría a mí el explicarle todo. Suspiré.

— En fin— me levanté— Creo que nosotras nos vamos a dar un paseo. ¿Clara?

La agarré del brazo y me la lleve hacia fuera.

— ¿De qué hablaba esa mujer?— me preguntó nada más dar la vuelta a la casa.

— Habla de que tu solita te estás montando una historia con ese tipo que no tiene ni pies ni cabeza.

— ¿Quién no tiene ni pies ni cabeza? ¡Eh! ¡Qué no es ningún lisiado!

— ¿Y quién ha hablado de eso?— estaba empezando a perder la paciencia— Mira Clara, lo primero que tienes que hacer es asimilar tu ruptura, y como dice mi padre elaborar tu duelo. Y luego, luego ya podrás volver a empezar.

— ¿Y cómo se elabora eso?

— Por supuesto que no hay ningún libro de

recetas. Cada uno lo elabora como mejor le parece. —le expliqué.

— ¿Cómo el gazpacho?—inquirió— Que solo hay uno, pero muchas formas de hacerla.

— Algo así— estaba confundida. ¿Por qué todo lo teníamos que llevar al terreno de la comida?

— ¿Y tú Paula?— mientras caminábamos se había vuelto hacia mí— ¿Cómo elaboraste tu duelo por Pablo?

En ese momento, habíamos llegado hasta un pequeño banco que se hallaba bajo un árbol y en el que tomamos asiento. Desde allí la vista era maravillosa.

— ¿Yo? Sinceramente no lo he hecho— reconocí
— Cuando Pablo me dejó no hice nada. Me quedé tan hecha polvo que no pude ni reaccionar. Además estaba el bebé...

— ¿Qué pasa con él?

— Bueno— me revolví en mi asiento— igual te parece una tontería, pero yo creo que si me hubiera dejado llevar por toda la tristeza que sentía, él ,

ahí dentro— me toqué la tripa— de alguna manera, no sé, se hubiera dado cuenta y ...y yo no quiero traer al mundo a un bebe triste y llorón sólo porque nosotros...

No podía seguir.

— ¡Oh Paula!—me abrazó— ¡tengo una idea!— dijo entonces sin soltarme.

¡Oh, Dios mío! ¿Qué vendría ahora?

— Vivamos el duelo juntas— continuó.

¡Ale! De repente Clara había pasado de no saber lo que era el duelo a entusiasmarse con semejante palabrita. Parecía que a partir de ahora la usaría para todo.

— ¿Cómo?— pregunté sin embargo, secándome las lágrimas.

— Lloremos juntas Paula. Anda, abrázame. ¿No nos ha acusado tu madre toda la vida de ser unas vividoras? ¡Pues ale, a vivir!

Y así lloramos las dos abrazadas en ese banco. Lloramos por nosotras, por nuestras perdidas y por

nuestros chicos, y hubiéramos seguido llorando de no ser porque un pajarito despistado decidió cagarse en la cazadora nueva de Clara. Entonces y sólo entonces dejamos de llorar, ya que ella se levantó de un tirón mientras de su boca salían burdos improperios hacia los seres con alas.

Rápidamente volvimos a la casa, y una vez allí nos dirigimos hacia el fregadero. Entonces apareció Denise que al ver nuestras caras abotargadas y nuestros ojos llorosos, no pudo por menos que preguntar qué era lo que nos había ocurrido.

— Un estúpido pajarito se me cagó en la cazadora —le explicó mi amiga mientras rebuscaba entre los botes de limpieza.

— ¿Y por eso estáis así?— nos preguntó desde la superioridad del que no sufre ni padece, y ya ha elaborado todos sus duelos— Pues habéis de saber que en la cultura guatemalteca ¿o era afro india? Bueno, en una cultura que ahora no recuerdo, las cagadas de pájaro o de cualquier otro animal volátil traen la suerte en el amor.

Nos miramos las dos sin dar crédito.

— ¿En serio?— se interesó Clara emocionada, mientras el cepillo de cerdas caía de sus manos.

— Sí, — afirmó la otra— y si quieres que funcione sólo tienes que dejarlo ahí durante tres lunas— le indicó mientras mordisqueaba una manzana.

— Tres lunas ¿eh? Vale, lo recordaré.

“¡Santo Cristo!”—Pensé yo— “Clara se estaba creyendo todo aquello a pies juntillas, e iba a ser capaz de convivir con esa peste en su cazadora durante casi tres meses. Resoplé.

— Ves Paula— se volvió hacia mí— No hay mal que por bien no venga.

“Ya— me dije— y gracias al cielo tampoco hay mal que cien años dure. ¡Qué si no!”

Capítulo 35

Nos acostamos en la que siempre había sido llamada mi habitación. Yo sólo quería dormir. Últimamente me encontraba tan cansada y disfrutaba tanto del sueño, que me hubiera gustado incluso estar despierta mientras dormía. ¿Veis? Estaba tan agotada que ya no sabía ni lo que decía. Seguramente comenzaba a acusar el peso de todo lo ocurrido, y no me refiero únicamente a los cuatrocientos gramos que ya debía de pesar el bebé, no, era la vida que me pesaba también. Además, lo de anegarme en lágrimas junto a Clara me había dejado exhausta, y lo único que deseaba en esos momentos era cerrar los ojos y olvidar.

Pero Clara no me lo iba a poner tan fácil. Ella tenía mono de cotilleos, y a falta de un programa televisivo lleno de frikis insultantes, me tenía a mí, y estaba claro que no estaba nada dispuesta a renunciar a su dosis diaria de información banal. Así que, tal y como yo suponía, apenas apagamos la luz me acribilló a preguntas: “que qué relación se traía mi padre con Denise, que si ella también

era separada, que si tenía hijos, que tú cuántos años le echas, que si follarían, que si mi padre había tenido muchas novias...Buff.

Todo el interrogatorio anterior fue contestado con escuetos no sé, no sé, no sé, cuarenta y tantos, no sé, y unas cuantas, intentando así finalizar con todo aquello lo antes posible. Clara sin embargo no se dio por vencida, ni por aludida, y a pesar de insistirle en mis ganas de dormir ella aún quería saber más.

— Oye Paula— me dijo medio incorporada, apoyándose en uno de sus brazos— el día de la cena te oí como te interesabas por pillar una droga.

— Umm, sí, coca ¿y qué?

Yo sólo quería que se callara de una vez.

— Verás— siguió— no sé qué problema tendrás, ni en que lío andarás metida.

— ¿Yo? Pero ¡qué dices! Anda, duérmete.

— Calla, calla. No me lo tienes que contar si no quieres, aunque mejor harías contándomelo.

— Por favor— supliqué.

— Vale, vale, solo confío en que no hagas ninguna bobada.

Si no hubiera estado tan cansada me habría reído ante sus últimas palabras, aunque ya ni reír podía.

— El caso es que he pensado— su voz ya me sonaba a nana— que quizás ahora que he roto con Fa, necesite algún estímulo, algo que hacer, y que bueno, que si tú quieres yo te ayudo con el tema y te consigo “eso”.

“¿Cómo lo haría—pensé entre el sueño y la vigilia—si ni siquiera se atrevía a pronunciar el nombre?”

— Mm— fue mi respuesta ya medio dormida.

— Entonces ¿te parece bien?

— Í— dormida del todo.

— Vale, genial— pareció alegrarse— Quizás en esos ambientes me vuelva a encontrar a mi misterioso y siniestro hombre de Nochevieja. Al fin y al cabo, ya tengo medio duelo hecho. ¡Ay!—

suspiró— Ha sido un día estupendo. Rodeadas de naturaleza y paz. Si no hubiera sido por ese susto del pajarito, y porque me he perdido el especial de la Pantoja...Eh, Paula ¿me oyes?

Pero yo ya no oía nada. Me hallaba sumergida en un profundo sueño, en el que una intrépida Clara vestida cual Pantoja se enfrentaba en duelo a un gran pájaro que quería quitarle su perica. Y por supuesto que este sueño sí que no lo iba a compartir con nadie. Era mío, y solo mío, y tan absurdo que ni yo misma lo sabría explicar.

Capítulo 36

Pero todo lo bueno se acaba, y el lunes se impuso el regreso a la normalidad. Bueno, si por normalidad entendemos un compañero de trabajo malhumorado que habiendo decidido dejar de fumar no hacía más que masticar chicles y comer chupa chups sin parar; una compañera tan tierna que todos los días al salir me daba un besito en la tripa, y un jefe tan atípico que una no sabía si obedecerle de verdad, o echarle de allá para que nos dejara trabajar.

Aunque eso no era lo peor ¡Qué va! Lo malo fue tener que soportar el acoso de Sergio. Éste, después de haberse atrevido a enviarme aquel e—mail, y al no recibir respuesta alguna por mi parte, estaba intentando hablar conmigo personalmente. Pero una es muy lista, a pesar de lo que piensa Denise, y el primer día apenas intuí su oscura sombra tras una esquina me crucé rápidamente de acera, y me metí en una tienda de ¿ortopedia!? en la que por supuesto a él nunca se le ocurriría entrar, ni a mí tampoco, claro. Y ahora ¿qué porras

hacía yo allí? Aunque bueno, una vez dentro tenía que disimular, y sin saber cómo me encontré hablando con la dependienta acerca de las prótesis de mamas.

—Claro que no son para mí—le expliqué.

A lo que ella mirándome la tripa asintió con la cabeza.

— Lo que pasa es que tengo una abuela—seguí.

— ¿Una abuela?— preguntó incrédula.

—Vale, sí, una abuela coqueta— recalqué— pero en fin, no se moleste, mejor será que venga ella ¿no?

“¿Se habría ido ese tipo ya?” Me pregunté a la vez que la amable dependienta corría a anotar mi teléfono para abrirme una ficha. Miré a través de aquellas falsas extremidades que se exhibían en el escaparate. ¡Ha! La sombra se movía. No. Se encendía un cigarro ¡el muy vicioso! Y sí, ¡se iba! En ese momento regresó la chica que me atendía, precipitadamente saque una tarjeta de mi cartera y se la tendí. Ella tomo nota, y con una falsa sonrisa

me la devolvió.

Salí de allí disparada en dirección contraria a la que había tomado Sergio. Dos manzanas más allá me detuve para tomar aire, y para guardar la tarjeta que todavía llevaba aferrada en mi mano, y ¡mierda! Le había dado la de Luis y Mónica. Vaya, ahora no era cuestión de regresar, además, tampoco sería tan importante, me dije, seguro que aquello solo era una formalidad. Y lo mejor; por esta vez había logrado escapar.

Capítulo 37

Despistarle la segunda vez no me fue tan fácil. En esta ocasión me esperaba en la puerta del edificio donde se hallaban nuestras oficinas. A punto estaba yo de franquear aquel umbral, cuando reconocí sus espaldas. ¡Ahh! Me llevé una mano a la boca, y me puse a andar de puntillas hacia atrás ¿Qué pasa? Lo había visto hacer en las pelis y a veces parecía funcionar. Pero no fui muy lejos, pues enseguida topé con alguien.

— Señorita Paula ¿Se puede saber a qué está jugando?

¡Joder! Mi jefe. ¿No podía ser otro?

— ¿Yo?— me volví hacia él— ¡Ah! ¿Esto? Es un ejercicio para el embarazo. Nos viene muy bien el andar de puntillas para atrás, y luego para adelante — simulé el movimiento aunque internamente me estaba acordando de Chiquito de la Calzada— Hacer esto varias veces al día fortalece las...las bolas, sí, las bolas de las piernas. Ya sabe, te suben en esa camilla, te ponen los pies en los estribos, y como no tengas estos músculos en

forma... ¡Imagínese que se le suba a una la bola en medio de una contracción! Sería...

— Déjelo, por favor, no entre en detalles.

¿Ponía cara de asco?

Miré hacia la puerta. El tipejo ese seguía allí.

Él también miró.

— ¿Ese chico le espera a usted?

— ¿Qué chico?— pregunté inocentemente mientras hacía me masajeaba las pantorrillas.

— Ese— señaló con su dedo— El de Informática.

— ¡Ah!— hice que aguzaba la vista— ¿Ese es el de informática? Sin un ordenador delante no le había conocido. — quise hacerme la graciosa.

Pero mi jefe ya se dirigía hacia la salida, y ahí vi yo mi oportunidad. “Si salgo con él—pensé— el otro no se atreverá a abordarme” Dicho y hecho, apenas él abrió la puerta que me colé a su lado.

— Yo, yo también salgo—musité— Lo cierto es que le tenía que comentar una cosa.

— Sí, ¿el qué?

Ahora ya estábamos fuera, y por encima del hombro de mi jefe Sergio me lanzó una mirada cargada de intención. Yo hice como que no le había visto y continué hablando.

— Vera, tengo una duda sobre mi trabajo.

— A ver ¿qué duda? ¿Y no me lo podía haber comentado en la oficina?

Poco a poco nos íbamos alejando de allí.

— Sí, pero, en fin, si es una tontería.

— Usted dirá.

— Pues que nunca he tenido claro como se hace la fotocopia del DNI. De verdad, mire que lo he intentado veces— eché un vistazo hacia atrás— pero nunca me sale. O si me sale es de pura casualidad.

— ¿Y esa chorrada me quería comentar?— su tono parecía de enfado.

— ¡Eh! ¡Un momento! Para mí no es ninguna chorrada, y para un hombre como usted tampoco

debiera serlo. De hecho la buena marcha de la empresa es capaz de entorpecerse por pequeñas “chorradas” como ésta.

Vale. Ahora sí que no había ni rastro de Sergio. Ya me podía pirar.

— Bueno, quizás...—dudó— lo estudiaré. ¿Usted cree que un cursillo rápido después de las horas de trabajo sería suficiente?

— Sí, sí, genial— asentí sin saber a qué— Ale, yo me voy. Tengo que hacer mis ejercicios, ya sabe.

Y poniéndome de puntillas me alejé de allí, dejando a mi jefe atónito, pensativo, y con el firme propósito de revisar tan pronto pudiera las pruebas psicotécnicas de mi proceso de selección.

De allí me fui a ver a Chari. Estaba preocupada por ella; hacía días que no sabía de su vida, y suponía que ella a su manera también tendría que elaborar su duelo por la pérdida del bocazas de Rafa. Decidí ir a verla a su trabajo. Chari trabajaba en una cafetería bastante concurrida del centro. Sin embargo, yo conocía bien su horario y aproveché un momento en que sabía que ella podría pararse a hablar.

— ¡Hola Paula! Te ves estupenda— fue lo primero que me dijo nada más verme aparecer ante ella.

Me miré en la cristalera. ¡Oh, oh! Peligro. Ya comenzaban los primeros síntomas de adulación hacia la hembra gestante en desgracia. Sin embargo no lo pude evitar y coqueta pregunté.

— ¿De verdad? ¿Tú crees? ¿No estoy demasiado gorda?

— Anda, que no, boba. Parece que ese fin de semana en el campo os ha sentado de maravilla a ti y a la loca de Clara.

— ¿Loca? ¿Clara?— fruncí el ceño— No sé, Chari, yo nunca hubiera usado tal adjetivo para calificar a nuestra amiga.

— ¡Ja!— Chari con un trapo en la mano hacia que limpiaba mi mesa— Pues la tenías que ver ahora. Además tú— me señalo con el dedo— tienes parte de culpa.

— ¿Yoo?— iba de sorpresa en sorpresa.

— Sí, tú. Resulta que se ha impuesto la tarea de ayudarte en tu búsqueda de coca, y bueno— acabó de limpiar la mesa— mejor ni te lo cuento.

— ¡Eh! ¡No te pases!— sorbí mi café sin cafeína — Además yo nunca le pedí que me ayudara, fue ella, y lo cierto no pensé que se lo iba a tomar tan en serio. De hecho yo dormía cuando... Pero bueno ¿qué es eso que no me quieres ni contar?

Chari había tomado asiento a mi lado. Miró a un lado y a otro, como si temiera que lo que me iba a confesar fuera escuchado por alguien.

— ¿A qué no sabes a quien ha elegido la “sensata” de Clara para introducirse en el mundo de la

drogadicción?

— No, ni idea. No se me ocurre nadie ¿A quién?

Cerró los ojos, y meneó la cabeza.

— Al primo Rubén— dijo al fin.

— ¿Al primo Rubén?— abrí mucho la boca.

— Al mismo.

—Ahhh. ¿A ese elemento que hace diez años apenas conocerme me mostró uno de sus huevos a través de sus raídos pantalones, con el consiguiente asco y la consiguiente deducción de que no llevaba calzoncillos?

— Sí, fue asqueroso— reconoció Chari— y Clara nunca fue capaz de admitir que su primo era un degenerado.

— Que además no usaba ropa interior— añadí yo.

— Hombre, para ella siempre tan correcta debió ser muy duro y simplemente negó la realidad, hasta el punto de llegarnos a decir que el huevo se le habría escapado.

Reímos las dos.

— O sea que el primo Rubén anda de nuevo por ahí.— chasquéé los dedos— Al menos ya se ha pasado la moda de los pantalones rotos, que eso siempre es un consuelo.

— Sí— convino Chari— ahora se lleva el enseñar los calzoncillos ¡pero como no lleva!

Ahora ya no fue risa, ahora fue carcajada.

— Chist— Chari se puso un dedo en los labios a la vez que se levantaba y comenzaba a recoger la mesa de al lado — no riamos tan alto, que luego mis compañeros me cogen envidia.

— No me los puedo imaginar— seguí yo con el tema— ¡Deben formar una pareja!

— Pues ya ves. Además él debe estar en proceso de rehabilitación, o algo así, bueno que hace años que dejo de ser el rey de la noche.

— Aun así tendrá sus contactos.

— ¿Sus contactos? ¿Qué dices? Los camellos con los que antaño él trapicheo, o se han extinguido cual dinosaurios malos, o andan tan colgados que ni se acuerdan de él, o haciéndose con una nueva

dentadura y un nuevo tabique nasal se han reconvertido en juiciosos padres de familia.

—Pues vaya panorama— concluí— Aun así ¿no dicen que ahora la coca la reparten hasta en la puerta de los colegios? Tan difícil no será.

— Paula, estás hablando de Clara, esa que tan solo hace dos días pensaba que el LSD era una prestación más de los coches caros.

Por un momento me imaginé a Clara con sus pantalones de flores, sus jerséis de lacito, y sus pendientes de perla recorriendo los tugurios nocturnos de la mano del que en su día pudo ser catalogado como el más vicioso de la ciudad. Y todo por un simple zapato que quedó atrapado en aquel portal. Suspiré.

— ¿Pasa algo, Paula?

— No, nada. Es solo que me siento un poco culpable. Aunque verdaderamente se lo debo a alguien, y ese alguien se está poniendo ya pelín pesadito.

— Tú no te preocupes— me apretó una mano— Y

si te sirve de consuelo, te diré que Clara está disfrutando de lo lindo. Encima piensa que yendo de acá para allá con los más tirados de la noche hallará a su chico de Nochevieja.

— Pues sí que le ha dado fuerte.

— Sí, luego será un gilipollas que lo único que querrá será echarle un polvo para hacer una muesca en la madera de su patinete.

La miré. ¿Estaba a punto de echarse a llorar?

— Mierda, Chari, ¿Cómo he podido...? Sí venía a eso, a preguntarte por cómo lo llevas, y...

— Bueno, lo voy asimilando. Pero me aburro sin estar enamorada— dijo en tono quejoso.

— ¡Pero Chari! Hablas de ello como si fuera...— dudé— Enamorarse no es una frivolidad— la reprimí.

— Para algunos sí— replicó irónica.

— Además— añadí— hay muchas cosas que puedes hacer.

— ¿Como qué?— me miró guasona— ¿Como

juntarme con Clara y su primo para así ir formando poco a poco una pandilla de Torrentes? Sí, tú también te podrías unir, una embarazada patosa nos podría dar mucho juego.

Me reí de su aparente enfado.

— Eres tonta tía. Aunque no te preocupes. Cualquier día y cuando menos te lo esperes aparecerá tu gran amor, atravesará esa puerta y...

— y me pedirá un café para él y para su señora, o para los otros chicos del Instituto. Olvídalo anda, Y tú ¿qué me dices de Pablo?

De repente entristecí.

— Pues poca cosa—me mordí los labios— Por lo visto le dijo a Lía que iba a estar fuera, de viaje, por lo menos unos meses. Cuando regrese igual el niño ya casi habrá nacido.

— ¿Y sigue sin saber nada?

— Nada—murmuré.

— Oh, oh, jaleo en la barra. Paula te tengo que dejar. Ya hablaremos ¿vale?

Y poniéndose de pie desapareció detrás de la barra.

Yo salí de allí mirando hacia un lado y hacia otro. Estaba tan obsesionada con Sergio que pensaba que me lo podría encontrar en cualquier lugar. Para mi tranquilidad no había ni rastro de él. Sin embargo, ¿quién era ese tipo que parecía espiar mirando hacia dentro del bar?

Capítulo 38

Efectivamente, tal y como yo me temía, Clara en principio no había hecho grandes avances. Primero se impuso un cambio de look. Cuando su primo la vio aparecer con su faldita plisada, su jersey de pico, sus mocasines de cuero, y su abrigo marinero, le dijo que vestida de colegiala no llegarían muy lejos.

¿Y qué me pongo? preguntó entonces ella compungida. Mírame a mí, replicó él. Y ella le miró, y aunque lo que vio no le gusto ni pizca pues era la viva imagen de un roquero de los setenta, hubo de reconocer que quizás por esta vez él llevara razón.

Así que muy a su pesar, y en contra de todo sentido estético, se armó de valor, y se disfrazó. Según su primo de putita, aunque al ver la cara de contrariedad que este comentario provocó en su prima, la agarró de la mano y la arrastró con él mientras a duras penas la convencía para que no se volviera a cambiar, pues ya habían perdido demasiado tiempo. Pero Clara sólo rezaba para

que nadie conocido la viera de esa guisa. ¡Dios!, pensaba, si parezco Madonna en Buscando a Susan: mallas negras, jersey desbocado bajo el que lucía top ajustado, calcetines cortos, zapatos de tacón, el pelo cardado, y un exceso de maquillaje que aunque ella no lo sabía la hacían prácticamente irreconocible para cualquiera. Sólo le faltaba el ir masticando chicle exageradamente, y si hubiera tenido un compañero de trabajo como el mío, fijo que lo hubiera hecho.

Cuando un grupo de chavales les salió al paso diciéndoles que llegaban treinta años tarde al casting de Grease, Clara se sintió empequeñecer, y odió las risas que acompañaron a tan estúpido comentario. Estoy segura de que en esos momentos se arrepintió de haberse ofrecido a hacerme aquel favor. Sin embargo pudo más el recuerdo del beso de su chico desconocido; eso le hizo seguir adelante y adentrarse con tan dudosa compañía y tan dudoso aspecto en las entrañas de la noche.

En aquella primera incursión nada parecía salirles bien. Tal y como Chari me había contado los

contactos de Rubén estaban obsoletos y ya no servían para nada, y en algunos sitios lo único que lograron fue que se rieran de ellos mientras jocosamente les indicaban que el Carnaval aún estaba por llegar.

Clara estaba desesperada, y un poco asustada ¿Cómo era posible que se aglutinara tanto vicioso en tan poco espacio?, se preguntaba cada vez que quería ir al baño. Y lo más importante: ¿dónde podría volver a encontrar a ese tipo?

Cuando aquella noche, a punto de llorar, su primo la dejó en su casa, ella preguntona que era no lo pudo evitar y se comenzó a interrogar ¿Y si todo hubiera sido un espejismo? ¿Y si nunca más lo volvía a encontrar? ¿Y si no lo reconocía? ¿Y si él no la reconocía a ella? Vestida así, no sería difícil que la confundiera con cualquiera, o peor aún, con una cualquiera.

Así que en la siguiente ocasión decidió ser más discreta, y con unos gastados vaqueros, un jersey negro de cuello alto y su cazadora nueva salió a la calle llena de confianza y fe en sí misma. Además

¿no le había dicho Denise que aquel zurullo de pájaro que exhibía en su cazadora le daría suerte en el amor? Pues ¡adelante!

Y sí, no sé si fue la cagarruta, o la casualidad, pero finalmente en uno de esos garitos en los que había que entrar a gatas y con linterna vislumbró a su chico de Nochevieja. Se puso muy nerviosa, y agarró a su primo muy fuerte del brazo mientras entre gritos le decía ¡ahí está, ahí está! Éste, atontado bajo los efectos de la medicación, según Clara, y atontado bajo los efectos de su propia concepción, según yo, no sabía qué coño le pasaba a su prima. Por eso, cuando la vio dirigirse con paso resuelto hacia el taburete donde se hallaba encaramado un tipo vestido de negro, resolvió seguirla en plan protector. El otro inmediatamente reconoció a Clara y la obsequió con una espléndida sonrisa en la que ¡gracias a Dios! no faltaba ningún diente. Sonrisa que rápidamente se heló en su rostro al comprobar como esta vez la chica no venía sola, sino que la acompañaba una especie de frikie trasnochado.

Mientras tanto Clara ya había comenzado a ponerle al corriente acerca de lo que la traía por allí. Se lo contó de forma nerviosa y apresurada, pues apenas si era capaz de expresarse con claridad. Sin embargo, él le dijo que no se preocupara, que fijo él podría ayudarle; había una persona que le debía un favor— explicó— y bueno, él estaba seguro de que en unos días todo quedaría arreglado. Clara, que lo miraba entre embelesada y agradecida, no se estaba dando cuenta de cómo a sus espaldas su primo había comenzado a hacerle gestos de púgil a su misterioso amor, y quedó muy sorprendida cuando este aturulladamente bajó de su asiento a la vez que musitaba un “buenos días” para después escapar raudo hacia la calle. Fue entonces cuando ella, vuelta hacia su primo le vio la cara de perro guardián, e intuyó lo que había ocurrido, y el porqué de las prisas de su amor. Por primera vez en su vida las dudas acerca del estado mental de su querido Rubén hicieron presa en ella, y entre molesta y apenada se atrevió por fin a preguntar

aquello que durante años no había querido ni verbalizar.

— Aquel día no se te escapó el huevo, eh primo
¿A qué no?

Capítulo 39

¿No dicen que a la tercera va la vencida? Pues para Sergio así fue. De nuevo me esperaba en el portal. Pero esta vez no estaba en la calle, ni siquiera dentro al lado de los buzones. No, esta vez se había escondido bajo el hueco de la escalera, y apenas yo salí del ascensor, me agarró por detrás, y tapándome la boca con su mano me arrastró hasta su escondite.

— ¡¿Pero, que cojones...?!

Contra todo pronóstico tal interjección de asombro no era mía. Sí, yo también estaba asombrada, solo que no podía hablar.

— ¿Qué mierda es esta?— siguió él a la vez que se frotaba una mano contra otra.

Yo no le podía contestar. Tosía y tosía sin parar, y parecía que de un momento a otro me pondría a vomitar.

— Un chupa—chups— dije al fin con un hilo de voz— Y me lo has clavado en la yugular— añadí.

— Y tú me has pringado todo ¡qué asco! ¿Qué

pasa? ¿Qué vuestro estúpido jefe os reparte chucherías cuando salís al recreo?

En otras circunstancias ese comentario me hubiera parecido la mar de gracioso, pero en esos momentos odiaba tanto a Sergio que no me arrancó ni una simple sonrisa.

— No— mi voz seguía afónica— es de mi compañero Manuel. Está dejando de fumar, cosa que tú también deberías hacer.

— Ahora me vas tú a decir a mi lo que tengo que hacer. Tú, que vas por ahí prometiendo cosas que luego no eres capaz de cumplir.

— ¿Y tú?— le espeté— ¿Te creerás que lo que tú haces es mucho mejor? Acosando a pobres mujeres embarazadas y asaltándolas en oscuros portales. Reconocerás que no se trata de una conducta muy ejemplar.

— Sí, tienes razón—acordó— quizás me he excedido un poco. Pero tú me evitabas tronca, y yo ya no sabía qué hacer.

Incliné la cabeza. ¿Dónde estaba ahora mi chupa—

chups?

— Además. Toma, te olvidaste esto.

— ¿Qué es?— apenas si se veía allá abajo.

— La tarjeta del Caprabo. ¿No te acuerdas? Me la diste para forzar la puerta.

— ¡Ah! Claro, ¡qué bien! Pensaba que la había perdido. Pero, dámela ¿no?

— ¡Joder! Se me ha quedado pegada en la mano. Anda, toma, cógela de una vez.

Salió.

— En cuanto a lo otro— comenzó— En realidad me estoy quitando.

— Solamente me pongo de vez en cuando— canturreé yo.

— ¡Anda!— exclamó divertido— ¿Conoces esa canción?

— Sí, es de los Extremoduro ¿no?

— Efectivamente, es de ellos, aunque parece que la hubieran escrito para mí.

— Para ti ¿y para cuantos más?— le pregunté con cierto deje de sorna en la voz.

Río.

—Mira Paula— su voz ahora sonaba seria— tú me caes bien.

“Oh, oh— pensé— ¿no era eso lo que decían los mafiosos en la tele antes de comenzar a chantajear a sus víctimas?”

— Y te voy a contar la verdad— continuó— Verás, he conocido a una pivita, a la que bueno, ya sabes...

— que te la quieres tirar.

— ¡Qué brusca eres colega! El caso es que la tía en cuestión anda por ahí un poco perdida, intentando pillar algo, y con un tronco que no veas...carne de cañón.

— Sí ¿Y?—no veía adonde quería ir a parar con todo esto.

—Pues que la quiero ayudar. Ya, ya sé que darle perica no es la mejor forma. Aunque ¡la veo tan

desesperada! Y yo ¡joder! ando súper pillado de pelas, si no, no te lo pediría a ti. Hice unas apuestas por ordenador, y la puta máquina se volvió loca. Resultado, que estoy hasta el cuello. Lo pillas ¿no?

— Anda, no me cuentes más, y no te preocupes— le puse una mano en el hombro— Tengo a una gente ocupándose del tema, y estoy segura de que ese contacto no me fallará.

Si esto último me lo hubiera oído decir mi madre me habría dicho que Dios me iba a castigar, y eso por dos motivos: uno, por usar esa jerga, y dos, por ser tan mentirosa ¿De verdad podía confiar en la gestión de Clara y el descerebrado de su primo? ¿Por qué entonces acababa de decir lo que acababa de decir? Lo cierto es que había algo en este chico que despertaba mi lado más ¿maternal? Bueno sí, quizás yo misma estaba cayendo en la vieja trampa del chico desvalido y... ¡mierda! Por un momento envidié a esa pivita drogadicta, arrastrada, desesperada y mal acompañada a la que Sergio quería ayudar.

— ¡Paula, Paula! ¿Estás ahí?— una voz se coló entonces por el hueco de la escalera. La voz de Manuel.

— ¿Qué pasa?— contesté a la vez que me ponía precipitadamente en pie.

Pero él ya se había plantado ante nuestro escondite, y atónito nos miraba a los dos mientras con la lengua no hacía sino darle vueltas a su chupachups. Parecía Colombo resolviendo un caso.

— ¿Qué hacéis aquí?— dijo al fin.

Sergio también se había puesto en pie, y ahora se sacudía los pantalones.

— Nada— encogí los hombros— Sergio me estaba devolviendo la tarjeta del Caprabo. Desde que la perdí mi abuela no ha vuelto a ser la misma — reí.

— ¿Y para eso os tenéis que meter aquí?— preguntó desconfiado.

— ¿Vives sola con tu abuela?— inquirió Sergio.

Los dos habían preguntado a la vez. Por toda respuesta asentí con la cabeza. Así cumplía con ambos.

— ¡Ah!— la expresión de Sergio fue de sorpresa, la de Manuel de incredulidad.

— Yo creí que— Sergio seguía con lo suyo— Bueno... ¿alguien te habrá hecho esa barriga?

— ¿Esto?— señalé mi tripa— Pues sí...pero se fue con otra— repliqué con rapidez.

— Ahora lo pillo. ¿No sería el jebo ese del portal?

Volví a asentir.

— Oye pues si tú quieres— bajó la voz. ¿Qué me iría a decir ahora? ¿Qué él se hacía cargo del niño?— Verás— siguió— yo conozco a unos tipos que por un módico precio

— No, no pienso abortar— le corté tajante.

— Eh, que no, tronca. Que no va de eso. Que eso tíos si tú quieres le pueden dar un susto a tu chorvo. Ya sabes—mover la mano como si fuera a

dar un cachete.

Abrí mucho los ojos. ¿De verdad había gente que hacía esas cosas?

Manuel mientras, entre aburrido y sorprendido, había estado observándonos al uno y al otro.

— ¿Puedo hablar ya?— preguntó con sorna— Paula, tenemos que subir otra vez.

— ¿Otra vez? Pero si Inma ya me había dado el besito en la tripa.

— Sí, otra vez, por lo visto el jefe se ha empeñado en darnos un cursillo acelerado sobre manejo de la fotocopidora. No sé cuál será la próxima memez.

— Ala, pues subamos— me apoyé en él— Creo que yo tengo algo que ver con eso del cursillo.

— ¿En serio?— me miró con sorpresa a la vez que se sacaba el chupachups de la boca.

— Sí, lo siento—le palmeé en la espalda— Ya te contaré, anda, ya te contaré.

Y subiendo las escaleras dejamos a Sergio allí.

Ninguno de los dos había mencionado lo del beso. Es más, parecía que Sergio incluso lo hubiera olvidado por esa otra mujer. Si no hubiera estado tan embarazada me hubiera sentido ofendida, aunque dadas las circunstancias entendía que él prefiriera a una asquerosa drogadicta que a mí. Bueno, ciertamente no lo entendía. Sin embargo tampoco le podía reprochar nada, sabía que a partir de ahora todo sería así. El único que podría cambiar las cosas sería Pablo, y ¡estaba tan lejos y tan con otra! ¡Ah! Pero esa tarde, sí, ¡por fin aprendí a hacer la fotocopia del DNI!

Capítulo 40

¡Niña! ¡Niña! Iba a tener una niña.

Sí, en esta ocasión la visita al ginecólogo había sido tan emocionante como rascar con una moneda en un cartón sorpresa. Oh, ¿qué será? ¿qué será? Y había sido una niña. Premio para la señorita. A mi ciertamente me daba igual niño que niña. Tal y como TODO el mundo solía decir “con tal de que venga sano”; pero el saber que mi sueño podría tener algo de premonitorio me hacía sentir bien.

La que no me hacía sentir tan bien era mi acompañante. Sí, mi madre. Esta vez se había empeñado en venir conmigo. “Al fin y al cabo soy la abuela”— había aducido— Y ciertamente en eso, aunque hubiera querido no le habría podido llevar la contraria. Por otro lado, el tener a alguien cerca mientras se desvelaba el sexo de mi futuro hijo pensé que me haría sentir mejor. Pero ¡qué va! En cuanto aquel médico me comunicó que lo que se retorcía allí dentro era un pequeño proyecto de mujer mi madre torció el gesto, y una vez salimos de la consulta hube de soportar sus lastimeros

comentarios acerca de la perpetuación del abandono masculino en la saga familiar. ¡Por favor! Si alguien la hubiera oído habría pensado que las Pozo vivíamos bajo el peso de una maldición que había dejado a mi abuela viuda, a ella divorciada, y a mi abandonada en pleno embarazo. Bueno, si seguíamos en esa progresión al menos a mi hija la abandonarían incluso antes de ser inseminada.

No le comenté lo que se me había ocurrido, sino que la mande callar diciéndole que con todos esos horribles comentarios no iba a hacer más que atraerse energía negativa. Me miró ofendida, y me contestó que me dejara de pamplinas, y que hiciera el favor de no hablar como mi padre, ya que eso sólo le hacía revivir el abandono una y otra vez. Moví la cabeza con exasperación mientras me preguntaba qué fase del proceso de duelo se habría saltado esta mujer. Sin embargo, no quise entrar al trapo, estaba demasiado contenta sabiendo que todo iba bien y no quería que ni ella ni nadie me estropeará el momento.

Además intuía que aquel iba a ser un día especial. Clara me había llamado para que la acompañara aquella misma noche a recoger “lo mío”. Por razones que no me quiso explicar, ya no se fiaba de su primo Rubén, lo cual no me extrañó en absoluto, y prefería que fuera yo con ella. De esta forma conocería también a su misterioso enamorado. Yo, a mi vez, había quedado con Sergio en el mismo antro indecente para una vez ese desconocido le hiciera la entrega a Clara, pasársela a él para que hiciera con ello lo que quisiera. Y si se lo quería dar a esa drogadicta de la que parecía haberse enamorado. ¡Allá él! Yo ya no quería darle más vueltas al asunto. Sonreí. ¿Cómo sería el chico de Clara?

Mi madre que me vio no lo pudo soportar.

—Pero ¿aún sonríes?— me espetó fastidiada

Ni le contesté. Aun así ella continuó

— ¿No te das cuenta de que traer una niña al mundo en nuestra familia es sinónimo de embarazo, parto y abandono anterior o posterior?

Me hubiera gustado decirle que quizás ya era hora de que las cosas no fueran así, y que pudiera ser que esta niña viniera a cambiar algo, y no tuviera porque pasarle lo mismo que a nosotras. ¿Por qué no pensar en positivo? ¿Por qué no? Sin embargo no dije nada y me callé. Sabía que si le soltaba tal perorata me diría de nuevo que todo eso de la positividad no eran más que ideas locas de mi padre, y que a él más le valdría pensar en positivo a la hora de cortarse el pelo, y no andar por ahí con esas greñas que no hacían sino llamar la atención de sus antiguas amistades.

Tan absorta iba en mis propios pensamientos que cuando ella me preguntó cómo iba a llamar a la niña hubo de repetirme dos veces la pregunta.

— Marta — dije al fin.

— ¿Marta?— de nuevo su cara de asco.

— Sí, Marta— seguí convencida.

— Ah— titubeó— pensaba que quizás le pusieras mi nombre. Eso se suele hacer, ya sabes.

— ¿Y para qué?— le pregunté— ¿No crees que el

ponerle tu nombre sería como volver a llamar a la mala suerte?

¡Toma!

— Quizás— quedó pensativa— quizás tengas razón.

“Claro que tengo razón— me dije. Y si no la tengo me da igual, porque yo a mi hija nunca la llamaría como tú. Para nada. Maripuri.”

Capítulo 41

Había quedado con Clara en que nos encontraríamos en la puerta de ese bar. ¡Ni pensar en entrar sola en ese tugurio con mi barriga de embarazada! Sin embargo, después de diez minutos en la calle las ganas de orinar comenzaron a hacérseme imperiosas. “Mierda—mascullé— como esta tía no aparezca acabaré por hacérmelo encima” Veis, otra de las desventajas de estar embarazada: que la micción se hace más frecuente. ¿Debería pedirle a mi abuela sus tena lady? Intenté pensar en otra cosa, como en mi preciosa hija que ahora estaría ahí dentro presionando contra mi vejiga. Bueno, vale ¡ya no podía más! Le mandé un brevísimo mensaje a Clara informándole de mis movimientos y con paso decidido, y no sin antes santiguarme, entré en aquel sitio confiando en no llamar demasiado la atención.

Una vez dentro parpadeé varias veces a fin de acostumbrarme a ese ambiente de penumbra y perversión ¿Los baños?— me interrogué a mi misma pues no me atrevía a hablar con nadie.

Seguí adelante y allí, apostado en la barra pude reconocer la oscura presencia de Sergio. Bueno, si hace tan solo unos días alguien me hubiera dicho que me iba a alegrar al encontrarme a semejante tipejo le hubiera tildado de loco; sin embargo en estos momentos me acerqué a él como si en ello me fuera la vida.

— ¡Sergio!— le llamé emocionada.

— ¡Eh, Paula!— miró su reloj— Llegas bastante puntual. Y bien que, por fin ¿qué te traes?

¡Mira! ¡Pero que chico más cumplido! Si hasta se había acordado de que le había dicho que esa mañana tenía ginecólogo.

— ¡Una niña! ¿Sabes? ¡Una niña!—le contesté contenta.

Su cara de impaciencia me indicó que los tiros no iban por ahí, y que a él lo único que le preocupaba era el recibir lo suyo y largarse lo más pronto posible de allí para hacerse el güay con su pivita.

— Ah, ¿te refieres a...?— dije entonces.

— Sí, ya sabes tú a lo que me refiero— su tono de

voz reflejaba fastidio.

— Bueno— miré por detrás de su hombro esperando que Clara hiciera su aparición de un momento a otro—mi contacto debe estar a punto de llegar.

— Y— ahora él me miraba extrañado— ¿se puede saber qué te pasa? Tanto movimiento ciclos tatico de piernas me está rallando ya.

— ¡Joder tío! Es que me meo— bajé inútilmente la voz pues con aquella música era imposible que nadie me oyera— ¿tú no sabes que las embarazadas...?

— Pues venga, tira— no me deajo acabar— Corre a mear o me volveré loco.

¡Vaya con el Sergio! Estaba realmente insoportable. Ahora sí que me comenzaba a creer eso de que se estaba quitando.

Cuando salí del baño después de lo que a mí me pareció una eternidad, me figure que Clara ya habría llegado, y efectivamente así era. Nada más verla me dirigí presurosa hacia ella, y ¡qué

casualidad!

— Paula, Paula— levantó una de sus manos para llamar mi atención— Ven, corre, ven. Mira este es...Perdona, aún no sé tu nombre.

— ¿¡Sergio?!— esa fui yo.

— ¿Sergio?— esa fue ella— O sea que tú le conoces—me dijo.

— Sí, él es...— ¿qué le contaba?

— ¿El del beso en el portal de Pablo?—más que una pregunta era una afirmación.

Asentí con la cabeza.

— ¡Oh! ¡Por favor! Siempre tengo que estropearlo todo— y agarrando una servilleta de papel con la que intentó limpiar la cagada de su cazadora, salió corriendo de allí.

Yo quise salir detrás de ella, pero Sergio me agarró de la coleta y me hizo regresar a mi lugar.

— ¡Déjame idiota!—le grité— Como sigas así te van a nombrar el anti patrón de las embarazadas.

— ¿Se puede saber que está pasando aquí?—

preguntó él sin embargo ajeno a mis quejas.

— Eso me gustaría saber a mí— le contesté mientras me masajeaba el cuero cabelludo—Me has hecho daño.

— Perdona. Pero no entiendo nada.

Me lo quedé mirando, y de repente solté una carcajada.

— Y ahora ¿se puede saber de qué te ríes?

— Es que— me tapaba la boca con la mano, pero no lo podía evitar— ¡Es todo tan gracioso! Tú figúrate: querías una rayita y Clara me prometió que se encargaría de ello, y ella a su vez te la pidió a ti, y tú de nuevo...

— Sí, ya, un círculo vicioso— resumió él.

— Nunca mejor dicho— señalé.

— De todas formas sigo sin verle la gracia.

— Hombre gracia, si tú quieres, no tiene. Pero cuando tú me hablabas de esa pivita que recién habías conocido, yo me imaginaba a una tía tirada y súper enganchada, y sin embargo, ya ves... Tú

porque no conoces a Clara...

— Pero me gustaría— interrumpió él— Por cierto ¿por qué ha salido corriendo?

— Verás— tomé aire— yo creo que le gustas y...
— intenté explicarle que entre nosotras había una regla no escrita que decía que si una se besaba con un chico inmediatamente éste se convertía en un intocable para las demás.

— Bueno— replicó él dándole una calada a su cigarro— las reglas están para saltárselas ¿no? Además, ella ya me beso.

Asentí dudosa.

— A ver tía— ahora me miraba fijamente a los ojos— ¿A ti te molestaría que yo me enrollara con tu amiga?

Me encogí de hombros.

— No— musité— claro que no; aunque la situación podría ser embarazosa.

— Embarazosa ya es— soltó él bajando la vista hacia mi barriga.

— Quiero decir que podría ser incomodo—
rectifiqué.

Sonrió.

— Solo si yo te gusto— dijo entonces el muy
capullo.

— ¡Qué me vas a gustar!— exclamé— Quitaa, quita

— Entonces, ya está. Anda, dame su número de
teléfono.

Dudé.

— Humm, chico, pues no sé si a ella le haría
gracia— tenía que mantener la dignidad de mi
amiga, que él no pensara que lo tenía tan fácil.

— ¿No acabas de decir que le gusto? Además de
averiguar si le hace gracia o no, ya se encargara
el menda.

— Tú te lo tienes muy creído ¿no?

— No— negó con la cabeza— Pero el que no
llora no mama, y tú ya debías de saber eso ahora
que vas a ser madre.

Hice caso omiso de su ultimo comentario y

pregunté aquello que realmente quería saber.

— ¿No le harás daño? ¿Verdad?

Ahora la carcajada fue suya.

— ¿Qué pregunta es esa?

— Sí, ya lo sé. Lo sé. No he debido preguntar, ya sé que tanto si se lo piensas hacer como si no la respuesta será negativa.

— Además— añadió él— a veces el daño viene de dentro, uno se lo hace a sí mismo esperando que los demás le den más de lo que le pueden o quieren dar— su mirada se cargó de tormenta, y por un momento temí se fuera a echar a llorar. Sacudió la cabeza como alejando un mal pensamiento y me miró.

— De todas formas, no te preocupes, no le haré daño— y diciendo esto se terminó su caña de un solo trago.

— En fin— abrí mi bolso y saqué un papel donde le apunté el número de teléfono de Clara— Toma— le dije.

— Gracias, tía. Eres un sol—me besó en la frente

— Ese tío no sabe lo que se ha perdido.

— ¿Qué tío?

— El que te hizo la barriga. Seguro que es un julay.

— No, él... ¡Oye!— le di un codazo— ¡Qué estás hablando del padre de mi hijo!

— Pues bien poco parece importarle a él— comentó.

Quede en silencio.

— Vaya, lo siento. He metido la pata ¿no?— me agarró por los hombros— Pero me jode verte así

— ¿De verdad no quieres que mis colegas le den su susto?

— Anda, anda— me deshice de su abrazo— además él no lo sabe.

Sergio chasqueó la lengua aún sus manos sobre mis hombros.

— ¿No sabe que va a ser padre?

Negué con la cabeza.

— ¡Claro!— se golpeó en la frente— cómo he podido ser tan... Por eso me diste aquel beso, para que yo me callara la boca. ¡Joder como sois...!

— Eh, alto. Tengo mis razones para no querer que lo sepa. Ya te dije que él estaba con otra. El mismo día que yo le iba a contar “esto” el me...y yo ya...yo no.

No podía continuar hablando.

— Vale, vale. Tranqui. Pero quizás eso tengo arreglo.

—No creo— contesté— Y vamos a dejarlo ya. No quiero seguir hablando del tema.

— OK. Quizás sea hora de largarnos de aquí— dejó un billete sobre el mostrador.

— Sí, anda, vamos. A propósito ¿Qué te pasaba antes? ¿Estabas con el mono?

— ¡Qué mono, ni que mona! Lo que me pasaba es que estaba cardiaco esperando a tu amiguita. Aparte de que ¡llevo un día! Mi jefe últimamente esta cantidad de raro ¿El tuyo no?

— El mío ES raro, no hace falta que le pase nada.

— ¿Sí? Pues el mío apareció el otro día con lo que parecía ser un vestigio de chupa chups preguntándome si sabía lo que significaba eso.

— ¿Qué le dijiste?

— Le dije que para mí eso significaba uno de los más grandes inventos españoles, junto con la fregona y el botijo. Entonces él dando un golpe sobre mi ordenador me dijo que no me hiciera el listo y que le dijera si aquello era mío o no.

— ¡Ahh!— abrí mucho la boca.

— Yo le dije que claro que no era mío, y que aquello seguramente fuera de Manuel el de Recursos Humanos que andaba dejando de fumar.

— ¿Le dijiste que aquel chupa chups era de mi Manuel? Tío, tú eres un chivato.

— Eh, para el carro. Lo primero que me salió de corrido, y lo segundo que no creo yo que el comer chupachuses sea delito en este país, bueno— dudó — al menos de momento, porque mira la que se lio con el tabaco.

Yo estaba pensativa.

— Todo esto es muy raro ¿no?

Sergio afirmó con la cabeza.

— Sí, no sé dónde vamos a llegar, Dentro de poco no nos van a dejar ni almorzar. ¿Y tú? O sea que niña, traes niña. Que chachi ¿no?

— Sí, chachi— le contesté mecánicamente ya que ahora mis pensamientos estaban en otra parte. ¿Qué tendría de misterioso o peligroso un palo de chupachups? Intuí que muy a mi pesar pronto me habría de enterar.

Capítulo 42

Cuando llegué a casa me encontré a Clara tranquilamente instalada junto a mi abuela en el salón.

Nada más verme, mi amiga miró su reloj y emulando a mi madre en sus peores tiempos me soltó un “Llegas un poco tarde ¿no?” Yo la miré con perplejidad, e indiferente continué desabrochándome el abrigo. Si a estas alturas iba a dejar que de nuevo me controlaran la vida lo tenía claro.

Entonces habló mi abuela.

— Le estaba contando a tu amiguita de cuando nos conocimos tu abuelo y yo.

¿Otra vez?, puse los ojos en blanco. Ese episodio de su vida me lo había narrado a mí tropecientas veces. Parecía que el conjunto de neuronas que atesoraban dicho recuerdo eran las únicas que nunca iban a degenerar. Es más, yo ya comenzaba a creer que esa conexión cerebral se le debía de haber quedado encasquillada, y ante el más

mínimo estímulo se le activaba una y otra vez, una y otra vez.

— ¿Y?— pregunté sin siquiera un ápice de curiosidad.

— Es una historia muy bonita— suspiró Clara— en la que por supuesto no aparece ninguna mujer por medio incordiando a la pareja.

Esto último lo dijo con retintín, y podéis imaginar a quien iba dirigido.

— ¿Mujeres?— frunció el ceño mi abuela— ¡Oh! Sí, claro que las hubo. Aunque él siempre volvía a mí.

¿Había orgullo en su voz?

— Ah— Clara había quedado cortada. Aun así, no pudo ocultar su curiosidad— ¿Pero eso algún día acabaría? ¿No?

Mi abuela se quedó mirando absorta a Clara, como intentando recuperar algo perdido. Finalmente respondió.

— ¡Claro que acabo, mi chica!

Pude observar la cara de alivio de mi amiga, y como se trocó en incredulidad al oír lo siguiente.

— El día en que él murió todas aquellas estúpidas aventuras terminaron de una vez. Y ahora perdonadme, he de ir al baño— Y con paso torpe nos abandonó.

— ¿Es que tu abuela no tiene dignidad?

Eso era algo que yo me había preguntado cantidad de veces. Además aquel comportamiento no me cuadraba en ella. Ella que siempre me había dicho que me hiciera de valer, ella que cuando lo de Pablo me había apoyado en mi decisión de no seguir con él y continuar yo sola con el embarazo ¿Por qué permitió que su marido le fuera infiel?

— No sé— dudé— Igual en aquellos tiempos aquello era de lo más normal y se daba por hecho, o quizás ella también tuviera sus amantes.

— ¿Sí? ¿Tú crees?

— ¡Yo que sé! Lo que sí que sé es que mi abuelo debió de ser un cabrón.

— No me extraña— respondió con cierto aire de

suficiencia.

¿Eso iba con segundas? Aquello ya me estaba empezando a molestar.

— Bueno, ya vale ¿no?— le solté— Además puestas a ser quisquillosas yo también podía decirte a ti que a Sergio lo bese yo primero, y que fue en un acto desesperado que nada tenía ni tiene que ver con el amor.

— Vale, vale, Tienes razón— acordó ella— Y no merece la pena, nunca hemos discutido por un chico, y no vamos a comenzar ahora ¿no?

Efectivamente, así era. Nunca habíamos discutido por un chico. Entre otras cosas porque hasta el momento el único chico que había figurado en su vida había sido Fa. Y sinceramente a mi Fabián me atraía tanto como un baño en un lago helado en pleno mes de Enero.

— Le he dado tu teléfono— le dije entonces.

— ¡Qué le has dado...! ¡¿Qué?!— exclamó, para acto seguido preguntar ansiosa— ¿Y tú crees que me llamará?

— Hombre, no creo que me lo haya pedido para hacerse una quiniela.

“Aunque claro— me dije— también pudiera ser dada su supuesta adicción al juego”

— ¿A qué es monísimo?

Con esa estúpida pregunta me sacó de mi abstracción.

— ¿Monísimo? No sé Clara, a mí más me parece atractivo que monísimo, y te aconsejaría no usaras ese tipo de adjetivos cuando estés con él. Me parece que no le van.

— ¡Claro! Y tú le conoces mejor.

De nuevo ese tonillo. La mire entornando los ojos.

— Otra vez lo he hecho ¿verdad? Jope, perdona; pero me cuesta el olvidar que tú...que tú también le has besado.

— Pues hazlo. Él ya lo ha hecho, y yo— mentí— lo olvidé en el mismo momento de hacerlo.

Quedamos calladas las dos.

— Es rara la vida ¿no?— dijo finalmente ella—

Tú olvidaste su beso de inmediato, y yo sin embargo no he hecho más que recordarlo.

— Hmm. A veces las cosas son así— mordisqueé un trozo de chocolate que alguien había dejado por allí— lo que para unos es negro para otros es blanco, y viceversa. Aunque claro— seguí— en el caso de Sergio es de suponer que para todo el mundo debiera de ser negro, dada su vestimenta.

Clara rio y me lanzó un cojín. Se la veía contenta. Aquel chico la iba a llamar, se encontrarían, se volverían a besar y... ¡qué envidia! Poder volver a empezar. Yo sin embargo, eso ahora no me lo podía ni plantear. Al igual que ocurría en la película de “La invasión de las vainas gigantes” me comenzaba a sentir atrapada en mi propio cuerpo por un embarazo gigante que poco a poco se había ido adueñando de mí , hasta convertirme en esa mujer barrigona que todos los días se plantaba frente a mi espejo. Esa mujer, que tal y como les pasaba a los protagonistas de la peli le estaba incluso prohibido el tener emociones que le hubieran permitido a ella también el volver a

empezar.

Capítulo 43

El misterio de Elena seguía sin resolverse. Un día decidimos tenderle una especie de trampa a fin de hacerla hablar. La estrategia era la siguiente: nos reuniríamos todas en algún sitio, y creando una falsa atmósfera de intimidad, una tras otra iríamos confesando o inventando ¡qué más daba! todas aquellas cosas vergonzantes que adornaban nuestro currículo amoroso. Pensábamos que si cada una de nosotras sacaba a relucir sus supuestos trapos sucios, ella se animaría finalmente a confesarnos lo suyo con ese hombre casado.

Dentro del plan contábamos con un aliado, el alcohol. Éste, como ya todas sabíamos, siempre había contribuido a que las lenguas se soltasen, y esperábamos que también en esta ocasión hiciera su labor. Por esta razón nos juntamos nuevamente en mi casa; aún quedaba mucho material dentro del mueble bar. Material que según mi abuela era preciso liquidar antes de que el bebe lo descubriera en una de sus futuras incursiones de gateador.

Así fue como un jueves por la tarde, y aprovechando que mi abuela había marchado a su clase de lectura de labios, aparecieron todas ellas por allí. Bueno, todas menos Mónica, ya que ésta últimamente era incapaz de estar con Elena sin soltarle tres o cuatro pullazos por minuto.

Mi abuela que creyó se trataba de una “merendola” inocente nos había dejado preparadas dos tortillas de patata de las que dimos buena cuenta antes de comenzar con nuestra farsa.

Al principio todas estábamos un poco incómodas. ¿Cómo acabaría todo esto? Entre nosotras, y cuando Elena no se daba cuenta, nos mirábamos con cara de expectación, como queriéndonos animar la una a la otra a comenzar a hablar.

Finalmente, y después de la primera copa, Lía se atrevió a romper el hielo, al contar, como si fuera un gran secreto, que ella se lo había hecho con dos tíos a la vez.

Todas, excepto Elena, claro, fingimos asombro y abrimos mucho la boca. La incredulidad de ella, sin embargo era auténtica y no pudo por menos que

preguntar:

— ¿El día de Nochevieja? Pero... ¿No dijiste que no habías querido hacerlo? ¿No nos contaste que habías agarrado a tu portera del brazo y habías mandado a esos dos tíos a paseo?

“A ver Sancho— pensé— a ver como desfacemos este entuerto”

Lía a estas alturas ya se había tomado muy en serio su papel, así que con gesto entre divertido y avergonzado miró a Elena por encima de su copa.

— Sí, bonita, pero ¿tú no sabes que el criminal siempre vuelve al lugar del crimen? Pues— confesó o simuló hacerlo— la parte oscura que hay en mí, me hizo regresar a aquellos bares, y bueno, no sé muy bien lo que quería— se encogió de hombros— Lo cierto es que les esperé a los dos y esta vez sí, me los lleve conmigo

— ¿A la cama?— volvió a preguntar Elena.

Con gesto interesante Lía afirmó con la cabeza.

“Muy bien, Lía, muy bien” Me dieron ganas de aplaudir su actuación. Aunque a ver ahora quien

era la guapa que mejoraba eso. Por el momento nadie, pues todas estábamos calladas. Me sentí responsable de llenar ese vacío y decidí ser yo la que rompiera el silencio.

— Yo también tengo algo que contaros—mentí.

Ahora todas las cabezas se giraron hacia mí.

— Veréis— comencé— ¿Vosotras os acordáis de Juanfran, aquel amigo de Pablo que siempre intentaba magrearse con alguna, y solía dar la vara a toda mujer que se le pusiera por delante?

Un murmullo de “siquepesado” respondió a mi pregunta.

— Bueno, pues—le serví otra copa a Elena, ¡qué beba, qué beba!— un día yo...

— ¿Follaste con él?

Miré a Lía como diciéndole que no era necesario ser tan burra.

— Sí ¿lo hiciste? – Elena me miraba atónita.

Me iba a dar un ataque de risa. Por ello no tuve más remedio que taparme la cara con las manos,

mientras con la cabeza asentía una y otra vez como avergonzada.

— No me lo puedo creer— de nuevo era Elena la que hablaba— Y luego te permites el lujo de juzgar a Pablo, mientras tú has andado por ahí tirándote a sus amigos.

¿Eh? No, esto no era lo previsto. A ver si ahora el juego se iba a poner en mi contra.

Afortunadamente Clara me echó un cable e intentó reconducir la situación.

— Anda, Elena, déjalo. Además supongo que todas tenemos algo oscuro que ocultar ¿no?

Miré a Clara agradecida, aunque también preocupada ¿Qué iría a contar esta ahora? En su caso hacía falta mucha más imaginación, ya que en su vida real hasta el momento contaba con escaso material.

— Bueno— nos miró haciéndose la intrigante— Yo me he dado un morreo con un tío que una de vosotras ya había besado antes.

¡Cómo no! Desde su patética felicidad de recién

enamorada tenía que sacar a colación, aunque fuera de refilón la figura de su amado. Sin embargo, por venir de Clara, nadie creyó que esta última confesión fuera producto de su inexperta imaginación. Por ese motivo al instante unas y otras comenzaron a lanzarse desconfiadas miradas, y más que una tertulia de amigas parecían estar jugando al asesino.

Pero Chari rápidamente se cansó, y queriendo llamar la atención comenzó a carraspear.

— Yo, ejem, ejem— parecía aclararse la garganta — yo también tengo algo que deciros. Nunca se lo he contado a nadie, y ya que veo que hoy estáis sacando todas vuestras miserias a paseo...Creo que ha llegado el momento de hablar

“Muy bonito el discurso, ahora ¡adelante!”— la animé mentalmente.

— En fin— bebió un trago y bajó la cabeza— Fue hace dos años ya, yo estaba de veraneo...

— Chari, corta el rollo y desembucha—la interrumpió Lía.

— Estuve con un hombre casado.

¡Bravo por Chari! Por fin una confesión que nos podía conducir directas hacia nuestro objetivo.

— ¿En serio?— simulé escandalizarme

— Sí— su cara era grave— Casado con Dios—
continúo.

Lía que en ese momento acababa de beber de su vaso, no lo pudo evitar y casi se muere de atragantamiento al oír semejante aseveración.

— ¿Un cura? Chari ¡Por favor! Eso te lo estás inventando. ¿Cómo puedes ser tan bolera?

Esto último lo dijo Elena, y su comentario me hizo morderme los labios. ¡Mierda! La desbocada imaginación de Chari estaba echando todo nuestro plan a perder. Presentí que aquello ya no se podría solucionar.

En ese momento mi abuela hizo su aparición. Venía contenta, ya que según nos contó cada día avanzaba más en eso de leer los labios. Nos quiso hacer una demostración y nos pidió que siguiéramos hablando como si ella no estuviera. El

único impedimento a su petición era que ella tendría que ir rotando de acá para allá en función de quien tuviera la palabra. Aunque, si eso era lo que ella quería, sarna con gusto no pica.

— Bueno, venga, chicas. A ver ¿de qué hablabais?

— De infidelidades— contestó Lía súper sincera y medio borracha.

Les quise hacer un gesto como para que se callaran. Inútilmente. Ellas ya iban un poco cargaditas y no me hicieron ni caso.

— Además, de eso usted sabe un rato ¿no?

Estúpida Clara. Recibió un pisotón por mi parte, pero continuo ajena a mi enfado y a su dolor.

— Quiero decir— ahora miraba fijamente a mi abuela vocalizando en extremo— ¿Cómo es posible que una mujer como usted tolerara eso?

— ¿Cómo...es...posible...?— repetía mi abuela por lo bajinis

— Es que – ahora Clara se dirigía a las demás— el otro día me contó como en vida de su marido

siempre había habido otras mujeres, ya me entendéis ¿no?

Todas alzaron la mirada hacia mi abuela como si la vieran por primera vez.

— Bueno, chicas ¿qué pasa?— se defendió ella— Entonces aquello era más normal. No digo que estuviera bien, ni mucho menos... Además ¿qué os creéis? ¿Qué hoy en día no pasa?

— No si ya.

— ¡Pues claro que pasa!— continuó— Aunque ahora no solo son infieles ellos, también ellas, y aunque no fuera así, las parejas se divorcian tan rápido que ni tiempo les da de ponerse los cuernos.

— Visto así— murmuró Chari.

— Yo no podría— habló Clara— Si supiera que mi marido...

— ¿Qué harías? ¿Divorciarte? Veis, así a tu hombre sólo le darías ocasión de ser infiel una vez. Otra cosa que debéis saber; yo en aquellos tiempos era comunista, tenía unos ideales que

compartía con mi marido, y para mí eso ya era mucho.

— ¡Ja! Y por lo que se ve no solo compartía unos ideales, sino también algo más.

Afortunadamente este último comentario de Lía mi abuela no lo pudo ver, pues se hallaba situada a espaldas de ella.

Y yo, yo también quería preguntar. Nunca me había atrevido, y pensé que había llegado el momento.

— Y tu abuela, de verdad ¿no te sentías mal?

— ¡Claro hija que me sentía mal! Había noches en que me acostaba en esa cama de uno treinta y cinco, con mis sábanas de ajuar crujientes de algodón, con mis pies fríos y mi cabeza caliente, y me dormía llorando, pensando en donde y con quien estaría él— Tomó aire— Pero luego, él llegaba, se metía a hurtadillas en la cama y me agarraba fuerte la mano, y con sus pies siempre calientes hacía por calentar los míos, entonces...

Elena estaba llorando.

— ¡Joder! Perdonad, no puedo más. Me he

guardado tanto tiempo lo mío que pienso que voy a explotar.

Todas la mirábamos expectantes. Mi abuela se colocó frente a ella segura de que allí había algo interesante que escuchar ¿ver?

— ¿Qué pasa Elena?

— ¿Que qué pasa? —nos miró a una y a otra con sus ojos aún llorosos— Pasa que esa confesión de tu abuela me ha hecho... Que yo soy una de esas mujeres, que yo soy la amante de un hombre casado, y usted— ahora se dirigía a mi abuela— me ha hecho pensar en su mujer, y— se sorbió los mocos— lo siento, de verdad, lo siento.

— Y dínos ¿quién es él?— preguntó Clara.

— ¿El? No es nadie. Quiero decir era alguien, aunque hoy mismo lo dejaré y pasará a ser nadie.

— Entonces ¿no lo conocemos?— la curiosidad de Clara nunca se daba por vencida

— Y perdonadme, ahora me voy— dijo haciendo caso omiso de esta última pregunta.

— ¿Te vas a ir así?

— Sí, en estos momentos me encuentro fatal.

Tengo ganas de potar y llorar, todo a la vez, y no sería plato de buen gusto. Así que me largó— y mientras decía esto cogió su bolso, su abrigo y su tabaco.

Yo le acompañe hasta la puerta. ¿Es qué no nos iba a decir quién era él?

— De todas formas Paula— me dijo mientras salía al descansillo— Eso que le hiciste a Pablo con su amigo Juanfran estuvo muy mal, pero que muy mal.

Y antes de que yo pudiera abrir la boca para decir cualquier cosa, su triste figura fue engullida por el ascensor. ¿Podríamos decir que misión cumplida?

Capítulo 44

Y ahora ¿qué? Por un lado me sentía contenta. Elena al fin había hecho su confesión, esa confesión que todas habíamos estado esperando, pero que sin embargo nos había dejado con un turbio sentimiento de culpabilidad. Sí, nosotras habíamos conseguido lo que queríamos, pero a costa de las lágrimas de ella.

Además ¿qué era lo que habíamos descubierto? Nada que no supiéramos ya. Que Elena tenía un lío con un hombre casado. Pero... ¿quién era él? Eso era lo que realmente nos interesaba, y eso era precisamente lo que ella había callado. De nuevo el nombre de Luis, el marido de Mónica, había comenzado a girar como un tiovivo por las cabezas de todas ¿Y si fuera él? Sólo de pensarlo me mareaba.

Durante toda la mañana estuve dándole vueltas al asunto y en mi hora de comer decidí hacerle una visita a Mónica. Cuando llamé a la puerta me abrió el mayor de sus hijos, me miró y salió corriendo pasillo adelante, al parecer a continuar

con aquello que tuviera entre manos. ¡Vaya! Ni siquiera el enano había sido capaz de avisar a su madre ¿Qué ocurriría si algún día venía un ladrón? ¿Recibiría él también semejante trato de favor?

Me encogí de hombros y entré en la casa gritando “¡Mónica soy yo, Paula!” Me asomé al salón donde las dos fieras veían la tele. Ni puto caso me hicieron. De la cocina llegaba una música estridente. Abrí la puerta. Allí me encontré a Mónica, con la canción “I want to break free” de los Queen puesta a todo volumen mientras ella fregaba al ritmo de semejante manifiesto. Puff. “Si Fredy levantará la cabeza”— murmuré— “¡Mónica!”— grite. Nada, que si quieres arroz, Catalina.

No me quedaba más que una solución. Me dirigí hacia el aparato de música y con gesto brusco lo desenchufé. ¡Ale! Ahora sí, ahora Mónica totalmente atónita se percató de mi presencia. Tenía las manos húmedas y llenas de jabón. Si no hubiera sido por eso creo que una de ellas habría ido a parar a su desbocado corazón.

— ¡Joder qué susto, Paula! ¡La próxima vez avisa!

— ¿Avisa? ¿Te parece poco aviso el llamar al timbre de la puerta, el entrar dando gritos por el pasillo, y el pegar un último alarido en la puerta de tu cocina? ¡Vamos! Tú podías ser una de esas que luego salen en el telediario diciendo— puse voz aflautada— Sí, nos robaron todo estando nosotros en casa. Todavía no me lo puedo “ni de creer”. ¿Cómo harían? Lo único que dejaron fue la tele, claro, como entonces la estaban viendo los nenes.

Mónica reía de mi parodia.

— Anda, no seas boba. ¡Uy! – Me miró con atención— ¡Qué barriguita tan mona!— se secó las manos con el trapo y me la palpó— Ay, ¡qué monada!

— ¿Monada?— la miré con incredulidad— Pues que se lo digan a todos esos anunciantes de cremas anti estrías, anticelulíticos, antiaging, y antidescolgamientos peligrosos. Luego tendremos que oír eso del “nosotras parimos, nosotras decidimos”—levanté el puño en plan consigna—

Pues me parece a mí que nosotras al final lo único que decidimos es la marca de crema con la que después del parto nos habremos de embalsamar de por vida para seguir siendo esa mujer perfecta y artificialmente modelada que todos los demás han decidido que debemos ser. Nosotras parimos, nosotras decidimos— refunfuñé al fin.

— ¡Vaya! Sí que vienes hoy reivindicativa ¿Quién se ha metido contigo?

— Nadie— respondí mientras me sentaba en una de las sillas de la cocina— Si es todos los días. Enciendes la tele, y ahí están.

— ¿Quiénes?

— Esos cuerpos perfectos. Esas barrigas lisas y tersas. Esos pechos duros y enhiestos. Esas mujeres que después de cuatro embarazos siguen pareciendo la hermana pequeña de la Barbie. Entonces me observo a mi misma, y...no voy a ser capaz, Moni. No, yo no puedo.

Ella me miraba entre divertida y preocupada.

— A ver ¿qué es lo que no puedes? ¿De qué no

eres capaz?

— Pues de todo, Mónica. De criar a mi hija yo sola, de mantener mi trabajo, y de seguir siendo atractiva, si es que alguna vez lo fui. No, no me veo capaz. De hidratarme la cara todas las mañanas y usar el contorno de ojos, de extenderme la reafirmante de pecho y la anti estrías para la tripa, de acordarme de la anticelulítica y de limpiarme la cara por las noches, para después pasarme el tónico, y de embadurnarme con la crema de noche omega Q10, o cómo se llame, y de exfoliarme cara, cuerpo y alma todas las semanas, y depilarme una vez al mes y...y de todo eso y mucho más, y como dijo aquella no morir en el intento.

Suspiré.

— Es horrible de verdad— Mónica se había sentado a mi lado y con tristeza meneaba la cabeza
— Nunca se me había ocurrido— dijo— Somos unas verdaderas esclavas del aparentar.

— ¿Y si hiciéramos huelga?— en realidad no era una pregunta.

Mónica frunció el ceño.

— Sí, tú imagínate que al menos por un mes las mujeres nos dejáramos de cuidar. Nada de cremas ni potingues, ni espumas ni aceites, nada de maquillajes ni depilaciones. ¿Qué pasaría entonces?

— No sé, supongo que los hombres pasarían de nosotras.

— No podrían— le repliqué— Todas estaríamos igual, con pelos en las piernas y la piel sin tratar. Las arrugas tanto tiempo contenidas, brotarían de repente todas a la vez como las malas hierbas en un campo que se deja sin labrar. ¿Tú te imaginas? Volverían a aparecer los michelines que contentos se harían con su espacio natural, los pechos se descolgarían suspirando de placer por volver a descansar en la cómoda ley de la gravedad, aparecerían bellos e inexplorados cráteres en las piernas de las celulíticas, y el contorno de ojos se poblaría no sólo de patas de gallo, sino de gallos enteros que eufóricos cantarían el quiquiriquí cada nuevo amanecer ¡Sería maravilloso!— terminé.

— Sería imposible— ¿había tristeza en su voz?

— Ya, ya lo sé— convine yo también pesarosa—
Pero me revienta que nos quieran reinventar.

— Me revienta que nos quieran reinventar—
repitió ella— ¡Qué genial! Revienta y reinventa.
¡Casi tienen las mismas letras!

La miré con paciencia.

— Sigues viendo cifras y letras ¿no?

— Sí —confesó— Al menos ese rato hago uso de
mis neuronas. A veces con los nenes pienso que se
me van a ralentizar; tanto repetir las cosas mil
veces, y tanto hablar como una tonta.

De repente recordé el verdadero motivo de mi
visita.

— ¿Luis?— pregunté desconfiada.

— Trabajando, supongo.

— ¿Trabajando supongo? ¿Qué pasa Mónica?

— Nada, eso es lo triste, que no pasa nada.

Me contó como últimamente a Luis le notaba más

callado y abstraído, como si la vida no fuese con él. Ella seguía con sus sospechas de que tuviera una amante, aunque como ella misma reconoció si tal amante existía no había vuelto a encontrar nada que delatara su existencia, y ya comenzaba a pensar que simplemente era ella que se estaba volviendo loca.

Le puse una mano sobre el brazo como para tranquilizarla y ella siguió.

—Aunque ¿sabes?— me miró con picardía en los ojos— Desde que he descubierto mi lado salvaje los encuentros sexuales son maravillosos.

Me alegré por ella, y me pregunté que habría sido de mí y de Pablo si hubiéramos seguido adelante con nuestra relación y con nuestro hijo.

— ¿Y vosotras qué? ¿Habéis averiguado algo más sobre el lío de Elena?

Le conté todo lo ocurrido la tarde anterior. Ella tan pronto se reía como abría mucho la boca.

— ¡Sois asquerosas! — me soltó una vez terminé mi narración— ¡Cómo me hubiera gustado a mi estar

allí con vosotras! Tengo yo una bola en la que vestida toda de cuero, me enrolló con dos tíos a la vez, y mientras uno me chupa los pezones y yo golpeo sus...

— Mónica— la corté— eso no es una bola, eso es una fantasía sexual, y deberías mirártela.

— ¿A sí? ¿Tú crees?— de pronto se puso nerviosa y levantándose comenzó a secar una sartén.

— Bueno, da igual lo que yo crea— seguí como ignorando su azoramiento— Lo que sí que creo es que Elena hablaba en serio cuando dijo lo de romper con ese hombre.

— ¿Seguís creyendo en que pueda ser Luis?

Me encogí de hombros.

— Ni idea Moni, tú por si acaso.

— Sí, ya—me interrumpió— Estaré al loro por si noto algún cambio o algo raro en mi querido maridito. Aunque ya te digo, que últimamente está como abstraído.

— Tendrá la regla— dije irónica— porque esa es

otra.

— No, Paula, por favor, no empieces otra vez, ahora con los anunciante de compresas.

— Vale, no voy a empezar, pero tienen tarea.

Miró su reloj.

— ¡Uy! ¡Qué tarde es! Y éstos sin comer.

— ¿Qué están viendo tan interesados?

— Veras, antes veían los Simpsons, pero un día los vi con ellos y no me pareció lo más adecuado para unos críos., Entonces les cambie de cadena y les puse al Arguiñano, y ¡oye! Tan ricamente.

— Y con fundamento— añadí yo.

— Sí, lo que pasa es que no sé si el cambio ha sido acertado—se mordió el labio— Hace poco le oí unas declaraciones acerca de si a él el horno le pone caliente, ya sabes, que no sé, igual era mejor haberles dejado con lo anterior.

— Cuando no le da por cantar lo del conejo de la Loles.

— Anda, vamos a ver que hacen.

Allí estaban los dos críos absortos con la receta del lomo relleno de pimientos del piquillo. Al pasar frente a la tele miré con nuevos ojos a ese maestro de la cocina que en esos momentos sacaba una bandeja del horno. Me vino a la cabeza lo que Mónica me acababa de contar e instintivamente me separé de la tele. La verdad, el ser humano nunca me dejaría de asombrar.

Capítulo 45

El interrogatorio del chupa chups también pasó por mi oficina. Una tarde, mi jefe llegó bien malhumorado después de una reunión con la cúpula de la Empresa. En su mano al entrar, y como si fuera un guerrero de Braveheart, agitaba el famoso palo de chupa—chups.

Primero la quiso emprender con Manuel, era lo más obvio. Pero éste cogiendo su carpeta adujo tener que asistir a un curso de formación de formadores en formación. Tal trabalenguas dejó a mi jefe fuera de combate y con su estúpido palo aún temblándole entre las manos.

Yo entonces me quise hacer muy chiquita, muy chiquita, y que su mirada nunca recalara en mí. Más rápidamente sus malos humos se desplazaron hacia mi persona, y mientras él a grandes zancadas entraba a su despacho, con el palo me hizo una seña para que le siguiera. Había sido tocada por la varita mágica de la desgracia.

— Ande, siéntese— me ordenó una vez estuvimos dentro.

Él a su vez también tomó asiento.

— A ver— me dijo entonces— ¿usted sabe lo que significa esto?

Sujetaba el palo delante de mis narices. Recordé la respuesta que ante semejante pregunta Sergio le había dado a su jefe, y a punto estuvo de entrarme la risa floja. Con gran esfuerzo de voluntad logre controlarme, y adoptando un tono serio en extremo respondí a su pregunta.

— ¿Eso?— hice como que miraba fijamente el objeto— Parece un palo de chupa—chups ¿no?

— Sí, eso es. ¿Y sabe usted dónde ha sido encontrado este pringoso objeto?

Me encogí de hombros. ¡Dios!

— En el portal, en el hueco de la escalera de estas oficinas. ¿Qué? ¿Qué le parece?

¡Dios! ¡Una patada! ¡La bebe me acababa de dar su primera patada!

— ¡Ahh!— exclamé, y casi di un brinco en la silla.

— ¿Se puede saber que le pasa? ¿A qué vienen

esos aspavientos , Srta. López?

¡Mierda, mierda, mierda! La primera patada de mi bebida y la única persona que tenía delante era al emocionalmente inestable de mi jefe, al que ¡por supuesto! no se lo iba a contar. Si lo hacía, lo mismo me podría dar un abrazo como arrearme él también una patada. Y ciertamente, yo la verdad, ninguna de las dos cosas me apetecía experimentar. Así que opte por el silencio y me guarde mis emociones para mejor ocasión.

— Nada— negué con la cabeza— No, no pasa nada—mentí.

La bebe continuaba allí dentro dale que te pego. Parecía estarme diciendo “¡Dale! ¡Dale una hostia mamá! ¡Ahora mami, ahora!” Me puse una mano sobre la tripa como para mandarla callar.

— ¿Qué no pasa nada?—continuó él – Con que nada ¿eh?— Mientras me miraba, adoptó un aire meditativo, y sin darse cuenta comenzó a chupar el extremo del palo del chupa chups creyendo que era su boli. Quise advertirle de la guarrada, pero él se dio cuenta al momento y asqueado lanzó aquello

lejos de él.

— ¡Vaya, qué pringue!— Se miró las manos y puso cara de asco. ¡Estaba feísimo!

Solté una gran carcajada, no lo pude evitar. Lo de la patada había dejado mis emociones en el disparadero, listas para saltar a la más mínima oportunidad. Y el pequeño incidente de mi jefe abrió las compuertas de mi hilaridad, y, claro, esta vez la explosión de risa no la pude acallar.

— Encima se ríe— me miraba iracundo.

Lo peor. Sabía que él odiaba que se burlaran de él. Seguramente vestigios de una infancia en la que sin lugar a dudas él había sido el tonto de la clase.

Tragué saliva.

— Pues que sepa— me amenazó, esta vez con el dedo— que esto no va a quedar así. Alguien afirma que dos personas, hombre y mujer, se encontraron el otro día bajo el hueco de la escalera. El palo de este chupa chups así lo atestigua. Y que sepa Srta. López que usted, dado su comportamiento ante mi interrogatorio, ha

pasado a convertirse en la primera sospechosa. Y que sepa también— siguió— que estamos dispuestos a llegar hasta el final, y que se tomen las medidas oportunas. Y ahora, ya se puede retirar.

Fue como si me hubieran dado una patada en el estómago, y esta vez no había sido la bebe. Esta vez la sola idea de quedarme sin trabajo mientras tenía un hijo a quien criar me hacía ponerme a temblar.

Salí de allí lo más rápido que pude, todavía sujetándome la barriga no se fuera a desmadrar. Una vez en mi sitio resoplé y mi flequillo voló durante un brevísimo momento.

Bueno, y ahora ¿qué?— pensé— ¿Qué más podía pasar?

Capítulo 46

¿Que qué más podía pasar? Pues que mi madre apareciera por mi casa envuelta en una vorágine de bolsas que a todas luces dejaban traslucir una loca tarde de compras compulsivas.

— Ahora que ya sabemos el “seso” del bebe— me explicaba mientras nos dirigíamos hacia mi habitación.

— ¿El qué?— pregunté maliciosa pues sabía que la palabra sexo era de todo punto imposible de pronunciar por ella.

— El...ahora que ya sabemos que será niña— rectificó— me he permitido hacer unas compras. Mira.

Ante mis ojos se desplegaron un montón de ropitas de bebe, todas ellas en ese tierno color rosa que por imposición de quien sabe que moda iba indefectiblemente unido a nuestras pequeñas féminas. ¡Vaya! Más que tener una nieta parecía fuera a emparentar con la Pantera Rosa. Hice una mueca.

— ¿Qué pasa? ¿No te gusta?— preguntó.

Pues no. No me gustaba todo aquello. Esas bragas rosas llenas de puntillas y lacitos. Aquello... ¿era para usar? Además, aquella ropa no había sido hecha para ser planchada por mi paciencia. Intenté disimular y agarré la única de las bolsas en la que me pareció vislumbrar algo que no era rosa, sino negro.

— Y esto ¿Qué es?— dije a la vez que sujetaba una especie de tela de raso entre mis manos.

— Ahí, mi camisón— me lo arrebató de un tirón— Anda, trae, anda, dámelo.

— ¿Tuyo?— fingí escandalizarme— No me digas que...

— Calla, niña, calla— guardaba nerviosamente la prenda en su bolsa.

— A mí me lo puedes contar— continúe.

Ella se sentó en la cama, y se echó el pelo hacia atrás.

— Bueno, sí, estoy— dudó— estoy saliendo con

alguien.

— ¡Oh, mamá! Me alegro un montón.

— ¿Te alegras?— parecía sorprendida.

Claro que me alegraba por ella. Desde que se había separado de mi padre su desconfianza hacia los hombres había sido su única tarjeta de presentación. Eso había hecho que su vida sentimental se convirtiera en un auténtico erial; sólo regado en contadas ocasiones con breves y esporádicos encuentros que nunca llegaban a más.

— Sí—le contesté entonces— Te habías quedado en el pasado. Anclada en el fracaso de tu matrimonio y no eras capaz de ver más allá. Aún no habías elaborado tu duelo.

— ¿Mi qué has dicho?

— Nada, déjalo— hice un gesto con la mano— ¿Y cómo es él?

Ahora iba a ser yo la de la canción de José Luis Perales.

— Bueno, ya lo conocerás. Es lo más opuesto a tu

padre— río— Culto, educado, elegante,
socialmente activo...

“Aburrido, soso, convencional”— imagine yo.

Ella siguió hablando. Me confesó que la expectativa de convertirse en abuela le había hecho replantearse muchas cosas. De repente se había dado cuenta de cómo había dejado pasar la vida envuelta en el odio hacia mi padre, y que entonces había decidido perdonarle. Eso le había hecho mucho bien, y a partir de ahí ya había sentido que estaba preparada para volverse a enamorar. Habían hecho falta treinta años pero...

— Una patada, mama, una patada— le corté.

Ella emocionada puso su mano sobre mi barriga. Creo que hacía tiempo que no la sentía tan cerca ¿De verdad era posible que también ella comenzara a cambiar?

En ese instante se nos unió mi abuela.

— ¿Qué os pasa? Parecéis dos siamesas.

— La bebe— le expliqué— Que ya está dando sus primeras patadas.

Puso ella también su mano sobre mi tripa.

— Pues yo no noto nada. Además prepárate porque luego la patada te la dará de verdad— y mientras decía esto último señaló a mi madre.

La miré suplicante. “No empecéis”— parecía querer decirle con mi gesto.

— ¿Y estas bolsas?— preguntó por cambiar de tema. Cogió la del camión, aunque al instante mi madre se la arrebató de las manos.

— Eso es un picardías sexy de mamá. Ahora tiene novio— le vocalicé.

— ¿Otra vez? —preguntó con asombro.

— ¿Cómo que otra vez?— ahora la asombrada era yo.

— Vale, sí, claro, tienes razón. Eso no ocurre desde el año mil novecientos setenta y pico. Pero nena, has de saber que hubo una época en que tu madre cambiaba de novio cada dos por tres, y como a mí ahora no me rige la cabeza, por un momento esa frase me ha devuelto al pasado. Eso era lo que yo le solía decir cuando me venía con

un novio nuevo.

Mi madre reía con ganas. Parecía otra.

— ¿Y todo esto rosa decís que es para la chiquilla?— volvió al asunto de las bolsas.

— Sí— respondió mi madre— Además Paula— ahora me miraba a mí— he visto un papel pintado para la habitación que quedaría preciosísimo.

— Rosa también ¿no?

— Sí, con unas nubecitas blancas, y unos...

— ¡Claro!— exclamé— y así mi niña creerá vivir en un anuncio de compresas.

— Hija, de verdad— me miró con semblante ofendido— a veces eres de un ordinario.

— Déjale a la niña— intervino mi abuela— Aunque ciertamente, no podemos engañar al bebe y que crea que la vida es de color de rosa. En el mundo hay guerras, injusticias, gente que vive explotada...

— Ya salió la comunista— resopló mi madre.

— Bueno, bueno— tercié yo— Dejaos ya de riñas.

Pintaré la habitación del color que a mí me plazca. Y mamá, siento decírtelo, pero ya no se lleva eso del rosa para las niñas, y el azul para los niños. Ahora todo tiende hacia...

— Sí, hacia somoda y gorroma.

— Sodoma y Gomorra— la corregí.

— Eso, y ahora ya una no sabe quién es chico y quien es chica. Ahora se casan unos con unos y otras con otras en una auténtica exaltación de la mariconería. No sé si os dais cuenta, pero esto lleva camino de convertirse en invasión.

— ¡Mamá!— exclamé escandalizada.

Mi abuela me hizo un gesto como para que la dejara estar. Quedamos un buen rato calladas mientras desdoblábamos y volvíamos a doblar esas pequeñas ropas.

— Oye hija— mi madre pareció animarse de pronto— Que he pensado que si tú quieres yo podría acompañarte en el parto.

— ¿Serías capaz?

De repente me la imagine allí, sujetándome la mano y con la cara vuelta hacia otro lado, mientras de vez en cuando soltaba un ¡Ahí, qué repelús!

— Claro que sería capaz. ¿No estuve en mi propio parto?— rio de su propia ocurrencia.

— Vale, no sé— dudé— Papá también se me ofreció— le comenté— Incluso me insinuó que si quería podía dar a luz allí.

— ¿Allí? ¿En su casa?— era evidente su tono de desagrado— ¡Menuda idea chabacana!— exclamó al fin.

— Pues que sepas— ahora era mi abuela la que hablaba— que tú naciste en casa, en la misma cama donde nació tu hermano y donde tu padre y yo nos acostábamos cada noche, y que no te criaste en una habitación pintadita con nubes de algodón.

— El que tu hicieras las cosas mal —le replicó ella— no significa que mi hija las tenga que perpetuar. Ahora hay medios madre, hay medios.

Yo las miraba a la una y a la otra ¿Cómo podían ser madre e hija? ¿Terminaría yo también así con

mi madre? ¿Y con mi hija? ¿También tendría estas estúpidas discusiones?

Al final y de buenas maneras, y mientras le decía a mi madre que ya me pensaría lo del parto, conseguí sacarlas de mi habitación.

Entonces me tumbé en la cama. La puntilla rosa de una braga rosa me hacía cosquillas en la nariz. Cogí un body y lo miré asombrada ¿Cómo era posible que alguien pudiera meterse ahí?

Entró mi madre de nuevo toda apresurada. Se había dejado su bolsa. Antes de irse sacó de nuevo su camisón y ufana me lo enseñó a la vez que me preguntaba si me gustaba. ¡Claro que me gustaba! Era precioso. De satén negro, ajustado y con una puntilla en el bajo. Lo volvió a guardar y salió rápida de allí. Yo entonces comencé a reír. ¿Y cómo era posible que mi madre pudiera meterse allí?

Capítulo 47

Contra toda lógica la relación de Sergio y Clara parecía haber comenzado bien. ¿Dónde estaban sus puntos en común? No lo sé. Para mí eran como dos líneas paralelas que nunca se hubieran debido juntar, sin embargo parecía que en su eterno viaje hacia el infinito, algo debía de haberse torcido haciendo que ahora no se pudieran ni despegar.

Sergio había dejado escapar al sentimental que llevaba dentro, e incluso de vez en cuando se dejaba ver con camisetas de colores. En dicha transformación había tenido mucho que ver Clara. Esta, gracias a su espíritu cotillesco, se había desvelado como una perfecta psicóloga que a fuerza de coser a preguntas a su amor estaba logrando que éste soltara toda la mierda que llevaba dentro, con la consiguiente mejora en su faceta negro depresiva.

Por su parte ella había abandonado un poco sus maneras de niña pija, y ahora de vez en cuando, y aun cuando oírlo de su boca resultara divertido, nos soltaba algún que otro taco. Y lo más

importante de todo: parecía que por fin la palabra “morreo” había desaparecido para siempre de su vocabulario.

Yo, con mi sofá—cama del Ikea, también estaba contribuyendo a que aquella relación siguiera hacia adelante. Ellos, como dignos representante de mi generación que eran, continuaban ¡a su edad! viviendo en casa de sus padres. Esto conllevaba que a falta de un sitio mejor donde poderse besuquear a gusto, se dejaran caer cada dos por tres por mi casa, con la consiguiente descarga de feromonas sobre mi sofá, y la consiguiente promesa futura de convertirme en su madrina de bodas. ¡Cómo si aquello me hiciera ilusión!

Un día, y pensando que como eso siguiera así, me iba a hacer una adicta al voyeurismo, decidí dejarles el terreno libre. Les informé de que me iría a pasar unos días a casa de mi padre, y que aprovecharan la ocasión, pues mi abuela tampoco estaría. Clara mientras despegaba sus labios de los de Sergio, y bajaba la pierna que tenía puesta por encima de yo que sé donde, se volvió hacia mí

para pedirme le diera las gracias a Denise. Estaba convencida de que la cagarruta en su cazadora había sido la causante directa del inicio de su relación. Para mí aquella cagarruta prendida durante semanas en su cazadora no había sido más que una guarrada, y una gilipollez. Sin embargo le dije que lo haría y salí de allí pitando a preparar mi maleta.

Cuando regresé al salón el amasijo de piernas y brazos que tuve que presenciar era tal que no hizo sino reafirmarme en lo oportuno de mi partida. Rápidamente me despedí, y de entre aquel entresijo humano surgió una mano que supuse quería decirme adiós. ¿De quién era? No lo sé. Pero no me quede a averiguarlo, y desaparecí de su vista no sin antes escribirles una rápida nota en la que les rogaba por favor que se acordaran de ventilar la casa, y sacudir la funda del sofá. Quién sabe, ahora que todo era contagioso, una ya no se podía ni fiar.

Capítulo 48

En esta ocasión había decidido no viajar en coche, y mi padre vino a recogerme a la estación. Nada más verme admiró mi prominente barriga, y se alegró mucho al saber que traía una niña.

Cuando llegamos a la casa había allí dos chicas y un chico, amigos de Denise, que según me explicó mi padre estaban preparando un curso de risoterapia. Al entrar nosotros en la cocina, que era donde se hallaban, me rodearon y como niños me sobaron la tripa. Yo estaba algo cortada, aunque eran tan naturales que rápidamente me sentí cómoda entre ellos.

Denise entonces me pasó una copa de vino, y yo dudé antes de cogerla.

— Una no te hará mal— me indicó mi padre—
Además es vino ecológico, de lo mejor.

Mire la botella “Viña Ilusión”, leí, y lo colorido de su etiqueta me hizo sonreír.

— Sonríes— afirmó Sonia una de las chicas— La risa cura ¿lo sabes?

Sí, claro que lo sabía, o lo intuía. No hacía falta ser muy lista para sospechar que algo tan maravilloso como echarse unas carcajadas nos debía sentar a las mil maravillas. Por lo visto, tal y como comenzaron a explicarme, la risa moviliza un montón de músculos, libera tensiones, rejuvenece, elimina bloqueos emocionales, físicos y mentales, a la vez que libera endorfinas, unos neurotransmisores que por lo visto funcionan como analgésicos endógenos sirviendo así de refuerzo a nuestro sistema inmunitario.

Yo, mientras daba pequeños sorbos a mi copa de vino, escuchaba embobada sus explicaciones. “Endorfinas, que palabra más graciosa” pensé. Hacían la labor de un opiáceo endógeno, seguía la chica, y a mí esa labor me pareció genial

Decidí, que al menos por dos días me colocaría con mi propia risa, y en lugar de dejarme intoxicar por las feromonas de mi parejita de okupas lo haría por esos simpáticos “neuroloquefueran” que además me harían sentir fenomenal.

— Este vino está buenísimo— dijo entonces Ana,

otra de las chicas.

— Sí— convine con ella— Sólo que yo no sé muy bien la diferencia entre un vino ecológico y uno...

—no sabía que palabra utilizar.

— Convencional—me ayudó con la frase Martin, el amigo de Denise— Pues verás— siguió— la uva con que se ha hecho este vino no lleva ningún tipo de abono químico, ni pesticidas, ni ninguna clase de producto que modifique lo que es su esencia natural.

— Entonces, es más sano ¿no?—le interrogué.

— Es sano, es respetuoso con el medioambiente y encima esta de vicio ¿Qué más se puede pedir?

Yo estaba asombrada. Aquella gente parecía ser la Wikipedia de la vida natural. No había más que mentarles un tema de los llamados alternativos para que ellos te soltaran la explicación de rigor.

— Lo cierto es que nos estamos cargando el planeta—intervino Ana— y si no hacemos algo como fomentar este tipo de agricultura y un montón de cosas más, nos vamos a ir todos al garete, y a

no mucho tardar— añadió fatalista.

Para ser los organizadores de un curso de risoterapia se estaban poniendo demasiado serios. Quizás fue por eso que Sonia propuso entonces el hacer un brindis.

— Ale, pues por Viña Ilusión— dijo a la par que izaba su copa.

— Por Viña Ilusión— brindamos todos, y mientras nuestras copas se entrechocaban unas con otras comenzaron a resurgir las risas.

Aprovechando esa atmósfera distendida le comenté a mi padre las últimas novedades con respecto a mi madre.

— Y, ¿sabes?— terminé— Me ha dicho que hasta estaría dispuesta a acompañarme en el parto.

Puso cara de sorpresa.

— Me alegro de que tu madre por fin haya iniciado su camino de transformación personal. Pero no olvides mi ofrecimiento. Si tú quieres puedes dar a luz aquí, conozco a una matrona que no le importaría desplazarse hasta casa.

. — No lo sé, papa—dí un último sorbo a mi copa.

— Dar a luz en casa es algo maravilloso— comentó Sonia.

— Ya, ¿pero duele?—le pregunté yo.

— De todas formas— ahora era Denise la que intervenía. — has de reconocer que aquí no es como en Holanda que puedes elegir y te ponen todos los medios.

— Ya, pero el parto en el hospital se ha deshumanizado y es puramente intervencionista— seguía la primera.

— ¿Y duele?— yo erre que erre, y ellas a lo suyo.

— Eso no es del todo cierto, en un hospital puedes tener también un parto de lo más natural, y con la seguridad de que si algo va mal los profesionales están allí.

Yo miraba a una y a otra, y ellas por lo visto ni me veían ni me escuchaban a mí. Entonces la única de las mujeres que faltaba por hablar decidió hacerlo.

— Parir es un acto tan natural que debería ser sencillísimo. Sin embargo, estamos comenzando a hacer de él una fuente de sufrimiento y discusión, y no sé, ni parir en un hospital es tan horrible y traumático como algunos nos quieren hacer creer, ni parir en casa es tan estrambótico y peligroso como otros pretenden. Tú haz lo que sientas— me miraba a mi— y sobre todo déjate llevar. Si opones resistencia a tu dolor, te bloquearas y harás que el parto, sea donde sea, se te haga intolerable.

A pesar de que era el mejor consejo que me habían dado hasta el momento, esas tres aún no habían satisfecho mi curiosidad

— Vale— asentí— todo eso está muy bien. Ahora decidme ¿duele?

Tuve que ver como las tres se encogían de hombros. ¡Ninguna de ellas había dado a luz y solo hablaban por boca de otras! Me dieron ganas de destrozar su autoestima con un insulto fruto de mi indignación; aunque en lugar de eso me dio por reír. Me miraron atónitas, aunque al momento se dieron cuenta ¿Cómo podían hablar con tanta

seguridad del acto de parir si nunca lo habían vivido en sus propias carnes?

— ¿Veis como la risa es genial?— más que preguntar afirmó Ana.

¡Fenomenal! Pues si la risa cura, desbloquea y coloca, yo traería a mi hija al mundo a golpe de carcajada. Así dolería menos...si es que duele ¡claro!

Capítulo 49

Al final fueron dos días en los que dado que entre esa gente la risa tenía tan buena prensa, aproveche para sacar mi lado gamberro a pasear. Así entre juegos, chistes y relajaciones conseguí, tal y como me dijeron, comenzar a sanar a mi niña interior. No, no a mi niña interior que llevaba dentro, sino a esa otra niña interior que era yo misma. ¿Enrevesado verdad? Pues así era. Resulta que ahora sí que parecía traer gemelos. Ja, ja. Es un chiste. Umm, quizás me pueda dedicar yo también a eso de la risoterapia.

Aunque ahora ya no reía. Ahora debía repetirme la prueba de la glucosa, y eso ya no me hacía tanta gracia. Y mucho menos parecía hacerle a mi jefe, ya que por tal motivo faltaría al trabajo al menos durante tres horas entorpeciendo así... No sé, igual se pensaba que me iba de fiesta. En fin.

Para los neófitos en la materia os explicaré en que consiste la susodicha prueba. Acudes al ambulatorio en ayunas, te sacan la primera muestra de sangre y acto seguido te dan una bebida de 50

gramos de glucosa, para al cabo de una hora volverte a sacar sangre, y mirar así tus niveles de azúcar. En mi caso esta primera prueba había dado regulín, con lo cual se imponía una segunda prueba. Esta duraría tres horas y me pincharían cuatro veces, una vez cada hora. Y lo peor: durante todo ese tiempo debería continuar en ayunas.

Mónica al enterarse vino en mi rescate. “Yo te acompañaré—me dijo— Aún me acuerdo de mi prueba cuando el pequeño. Me dio un bajón de tensión cayéndome al suelo, y el mayor que me acompañaba y que entonces sólo tenía dos años, comenzó a gritar y a llorar, “ Mami, mami, no te mueras”, con el consiguiente bochorno y la consiguiente alarma entre los de la sala de espera, haciéndoles subir a todos sus niveles de azúcar. Al día siguiente nos repetíamos todos la prueba y ninguno me quiso dirigir la palabra ¡me sentí tan mal!

“Pues sí que me daba ánimos— pensé— Como siguiera así, casi, casi prefería ir yo sola con mis niñas interiores” Aun así supuse llevaba razón y

que el tiempo pasaría más rápido si aprovechábamos ese ratazo para cotillear a gusto y ponernos al día en los últimos chascarrillos.

Yo ya había recibido el primer pinchazo, y bebido aquel brebaje cuyo sabor se hallaba a medio camino entre aquel famoso Tang de polvos naranjas, y ese jarabe espeso que nos daban para el catarro, cuando apareció Mónica. Al parecer no había comenzado muy bien la mañana e irrumpió en la sala de espera como un huracán mientras echaba pestes del horario escolar, del plan urbanístico de la ciudad, y de los estúpidos cereales del desayuno. Yo, que al no haber tomado ni siquiera un triste café funcionaba en ralentí, no era capaz de hallar los nexos de unión entre esos tres elementos, aunque al rato pude imaginar que habían sido esos tres ¿imponderables? los causantes de su retraso. Le dije que no se preocupara y que se calmara. Al fin y al cabo aunque hubiera llegado tres horas tarde aún me habría seguido encontrando allí.

Río ante mi ocurrencia. Veis, quizás mi verdadera

vocación fuera la de hacer de riso terapeuta. Eso siempre sonaría mejor que decir simplemente que Paula era una sinsustancia y una payasa. Mónica me pregunto que qué tal me encontraba, y le dije que aún no me había muerto como ella, pero que tenía hambre y sueño.

—Bueno, eso no es nada con lo que vendrá después— dijo resoplando.

— ¿A qué te refieres?— pregunté asustada.

— A todo—dijo por todo comentario.

— Oye Mónica— de repente me había acordado de mi fallida pregunta durante el fin de semana— Dime la verdad, dar a luz ¿duele?

Chasqueó la lengua.

— Hombre, doler, doler...sí duele.

— ¡Ay!— exclamé.

— No, pero no es para tanto. Al fin y al cabo es un dolor constructivo. Quiero decir— se explicó— es un dolor con una finalidad.

La miré extrañada.

— A ver, cuando te pisan un pie lo único que hacen es joderte, y no sirve para nada más que para que te cages en toda la familia de aquel que te dio el pisotón. ¿Entiendes la diferencia?

— Visto desde esa perspectiva— refunfuñé mientras oía como mis tripas comenzaban a gruñir.

— Pero— me miraba preocupada— ¿eso es lo único que te importa?

— Hombre, es estos momentos también me importan los resultados de esta dichosa prueba, y las indagaciones de mi jefe con el chupa chups, aunque, sí, lo del dolor, también, también me preocupa bastante— confesé al fin.

— En fin, creo que te tengo que avisar. Al parecer nadie te ha contado nada de lo que pasará después, cuando traigas a tu niña al mundo.

Claro que nadie me había contado nada. Las únicas que habían hecho algún intento ni siquiera habían tenido hijos, con que...

— Bueno ¿y qué pasará?

Puso su mano sobre mi muñeca.

— Pasará que de repente te sentirás escindida en dos, y un pequeño ente ocupará toda tu atención; y no solo la tuya, sino la de mucha gente próxima a ti. Pasará que cuando aún estés postrada en la cama del hospital ya nadie te mirará a ti, afortunadamente, pues tendrás cara de culo, sino que todas las miradas y mimos se dirigirán hacia esa miniatura que cada dos por tres querrá agarrarse a tu pecho para practicar su recién inaugurado reflejo de succión. Pasará que durante noches no dormirás de tirón y que te debatirás incierta entre el pecho “a demanda” o el pecho con horario de reloj. Dudarás, dudarás mucho, y no sabrás si mimarlo en tus brazos o racionarle los achuchones. Todo será tan nuevo que te preguntarás dónde estaban los niños hasta ahora pues te darás cuenta de cuán poco sabes del tema. Por ello de repente te convertirás en toda una experta en temas que siempre te importaron cero, y de la noche mal dormida a la mañana te encontrarás hablando de papillas, chupetes, biberones y consistencia de cacas como si no hubieras hecho otra cosa en toda tu vida. Además

de todo eso, en ocasiones pensarás si no te estás volviendo tonta perdida, pues te sorprenderás a ti misma jaleando un eructillo o preguntando con voz cantarina qué dónde está mamá, cuando la mamá eres tú y no te has ido a parte alguna. Volverás a cantar, sí, lo harás, canciones que creías olvidadas brotaran de tus labios, y entre otras cosas alucinaras al comprobar lo absurdo de sus letras.

Me reí, y ella prosiguió.

— No volverás a ir limpia jamás. Y cuando no sea un regüeldo, será una mano pringosa en tu camiseta, o un beso manchado de chocolate o hasta un moco que al coger a tu hijo este depositara en la curva de tu cuello; ese sitio tan erótico al que tú marido empezará a acudir con recelo temiendo encontrar lo que no quiere.

En ese momento me volvieron a llamar. Mi segundo pinchazo estaba a punto de llegar. Cuando regresé volvía torpe y pelín mareada, y confié en que Mónica hubiera acabado con el tema y lo dejará estar. Pero nada más sentarme, y como si se tratará de una película de video que dejas en pausa

cuando vas al baño y luego retomas pulsando el Play tuve que oírla continuar

— Pasaré que perderás privacidad, y en ocasiones no podrás ni ir sola a mear. Pasaré que a veces te sorprenderás a ti misma comiendo chocolate escondidas a fin de que la niña no te comience a incordiar. Pasaré que la palabra agua en mitad de la noche te hará sentir hundida, y la palabra pis te hará cagarte en “to”. Pasaré que algún día en el súper te descubrirás meciendo el carrito de la compra.

— ¡Eso no!— exclamé.

— Te lo juro. A mí me ha pasado. Llevaba en la mochila a Luis y no me di cuenta. Estaba intentando dormir a dos melones, cuatro cartones de leche y un paquete de galletas.

— Pero Moni ¿No todo será tan horrible?

—No, si horrible no es. Es lo que es. Mira yo cuando les daba el pecho me gustaba hasta el olor de sus caquitas. Me olían a pan recién hecho. A otras esas caquitas les hubieran dado... ¿Paula, a

dónde vas?

A vomitar. ¿Dónde creía que iba? Aquello no lo podía soportar.

Cuando salí, la carablanca y la garganta áspera. Mónica estaba compungida.

— Perdona, perdona. No debí...

Le hice un gesto con la mano para que lo dejara estar.

— Lo cierto Paula...no todo es así, y también debes saberlo.

Asentí.

— Serás muy feliz cuando esa niña venga al mundo, cuando la cojas en brazos y la sientas a tu lado. Te hará feliz ver sus pequeños avances, su primera sonrisa, su primer gorjeo, su primer diente, cuando gatee, y luego empiece a andar. Cuando comience a comer sola y cuando empiece a hablar. Todo pasara volando, y un día descubrirás que tu niña ya dejó de ser bebe y te dará pena porque a pesar de todo lo disfrutarás.

¿Lloraba?

No, era yo la que lloraba. Lloraba porque me sentía fatal , porque mi niña no tendría un papa que la viera avanzar, porque yo tampoco tendría a nadie con quien comentar el más mínimo avance de mi niña, porque quizás estaba siendo una egoísta al privar a mi niña de todo eso, porque igual hubiera debido hablar. Pero... ¡Era ya tan tarde! Y no, otra vez me volvían a pinchar.

Capítulo 50

Cuando regresé a la oficina, después de haberme zampado dos pinchos de tortilla de patata con un cachi de café con leche, entré olisqueando como una perra. Sniff, sniff. “Aquí huele a tabaco”— me dije. Efectivamente, frente a mí tenía a Manuel que cigarro en mano hablaba tranquilamente por teléfono.

Busqué a Inma con la mirada, y le hice un gesto de interrogación.

— Por lo visto tiene bula, o algo así— me explicó entre susurros—El jefe y él han estado hablando y parece ser que...

En ese momento mi jefe se asomó a la puerta de su despacho.

— Paula, pase.

Yo, que aún no me había podido ni quitar la cazadora, sólo con verle la cara comencé a temblar.

Miré a Manuel como buscando una respuesta, pero éste rehuyó mi mirada ¿Qué estaba pasando allí?

Dejé mis cosas encima de una silla, y entré tras sus pasos. ¿Por qué me acordaba ahora de los cerdos que llevaban al matadero?

— A ver— comenzó— tal y como yo suponía el famoso palo de chupa—chups es suyo.

¡Ale! Directo al grano. Ni un “¿Qué tal su prueba médica? Espero que no sea grave” ni nada, de nada.

—Bueno, mío...podría ser de cualquiera. Hay mucha gente que come chupachuses— repliqué.

— Sí, pero no hay mucha gente que se encuentre con Sergio el de informática bajo el hueco de la escalera.

— ¿Y cómo?— balbuceé— ¿Cómo...?

— ¿Qué cómo lo he sabido?—terminó él la frase aparentemente encantado de haberse conocido— Pues no ha sido muy difícil— continuó— Hay gente que por un asqueroso cigarrillo sería capaz de vender a su madre. Ja, ja , ja.

¡Esa risa era tan horrible! Seguro que no era de las que curaban. Aunque más horrible era lo que yo, a

raíz de su comentario estaba deduciendo: o sea que Manuel se había dejado comprar por unas simples caladitas bajo techo “¡Será mamón!”—pensé.

— No dice nada, eh, Señorita López.

— Que voy a decir. De todas formas está usted muy equivocado. El que yo hable con ese chico no significa absolutamente nada.

— ¿Me está usted diciendo que nunca ha mantenido relaciones con ese tal Sergio?

— ¿Yo?— me señalé a mi misma— No, nunca. De hecho él sale con mí...

— ¿Y esto?— me señaló algo en la pantalla de su ordenador.

¿Qué era eso? Un e—mail, claro. Lo leí: “Dijiste que en aquel portal me darías algo más, sólo me diste un beso. ¿Para cuándo lo demás?”

Ahora ya no podía ni cerrar la boca, tal era mi asombro.

— Pero...

— La veo muy pobre de vocabulario, ¿no?

— Si yo lo borré— dije más para mi misma que para nadie.

— ¿No me diga que no sabe adónde van los correos cuando uno usa la papelera de reciclaje?

“¿Cómo había podido ser tan torpe?”— me recriminé. Y ahora ¿qué iba a pasar?

— Me ha mentado, señorita Paula— me acusó él.

— Y usted ha violado mi correo electrónico— acusé yo también.

—NO es su correo. Es el correo que tiene en la empresa y que yo como jefe suyo estoy autorizado a usar y si es necesario controlar.

— Fue solo un beso— aún intenté arreglarlo, para estropearlo un poco más, si cabe— y por un motivo que no tiene nada que ver con...— ¿Qué le decía? La verdad era tan complicada que parecería mentira— Vaya, que yo no tengo nada que ver con él. Créame, de verdad.

Estaba al borde del llanto, y mis niveles de azúcar

supuse andarían disparados.

— No, si a mí me gustaría creerla— frase falsa donde las haya— pero se me hace muy difícil. ¿Usted qué pensaría viendo este correo y sabiendo que luego tuvieron un encuentro en un sitio tan rebuscado como el hueco de la escalera? Amén del día en que yo vi como él le esperaba a usted en la puerta de la calle. Por cierto— ahora me miraba con curiosidad— ¿Acaso los portales les ponen cachondos?

— ¡Pero no me esperaba para “eso”!—protesté haciendo caso omiso de su último comentario.

— ¿Para qué si no?

Negué con la cabeza. No podía ni hablar. Ni quería. Si lo hacía, y comenzaba a largar, al final podríamos acabar siendo acusados de utilizar el inmovilizado de la empresa para trapicheos de dudosa moralidad. Igual era mejor ponerme a llorar. Pero no quería darle semejante gustazo, y con la voz entrecortada le repetí que estaba equivocado.

— Bueno, yo expondré el asunto en la próxima reunión de la cúpula, perdón, cúpula de la empresa. Aun así, ya sabe lo que dice el reglamento ¿no?

Sí, lo sabía, lo sabía, ¡estúpido reglamento! Me levanté y salí de allí arrastrando los pies. Inma me miró preocupada y Manuel volvió a coger el teléfono. No sé si fingía hablar o no; pero yo me jure el no dirigirle la palabra nunca más. ¿Cómo había podido caer tan bajo?

Pasé junto a su mesa y le quité su paquete de cigarrillos. Uno a uno, y sin que él se atreviera siquiera a impedírmelo, le fui destrozando sus preciosos cilindros de nicotina y alquitrán. Cuando finalicé mi labor de destrucción, él pesadamente se levantó, tomo su abrigo y salió a la calle. Vale, quizás mi venganza no la había servido en plato frío; aunque al menos había conseguido que él sí, que él pasará algo de frío.

Capítulo 51

Cuando acabé de... bueno, de estar en la oficina, ya que aquel día se puede decir que no pegue un palo al agua, me fui a casa de Elena. Estaba tan destrozada que necesitaba los sensatos consejos de alguien, y ese alguien no podía ser nadie más que ella.

Me la encontré recién duchada y con el pelo todavía chorreando agua. Me pareció que quizás hubiera llorado, aunque entre tanta toalla y humedad no lo pude asegurar.

Por lo visto mi aspecto debía de ser aún peor, pues nada más verme me preguntó por mi salud. Yo le conté lo ocurrido y ella me miró con preocupación.

— ¡Oh, Paula! ¡Cuánto lo siento! Pero... ¿podrás hacer algo? ¿No?

— Me temo que va a ser muy difícil. Además, y aunque me joda reconocerlo, todo parece haberse confabulado para apoyar las suposiciones de mi jefe.

— ¿Y qué vas a hacer?— me preguntó mientras me

ponía un vaso de naranjada que no pude ni probar, ya que rápidamente lo asocié con el brebaje ese de la glucosa..

— No sé— negué con la cabeza.

— ¿Has hablado con Sergio?

— No, aún no he pasado por casa.

— ¿...?— me miró interrogante.

— Es que él y Clara, bueno, que van mucho por mi casa. A enrollarse, ya sabes— le expliqué.

— ¡Qué morro!— se indignó.

Me encogí de hombros. Eso ahora para mí era lo de menos.

— Bueno—siguió— Está claro que ese tío te debe un favor. Lo menos que podría hacer es hablar con tu jefe e intentar aclarar todo este embrollo.

— Puff— resoplé— No sé si será peor el remedio que la enfermedad. Ya ves que muy listo no es.

¡Mira que mandarme ese e—mail! Además, tú ya sabes que llevo un tiempo descontenta en la oficina, y ¡quién sabe! igual esta es la ocasión para

dar un giro a mi carrera profesional.

Elena me miró la tripa.

— Sí, ya lo sé— me miré yo también— Quizás no sea el mejor momento. No sé— me quedé con la vista en el infinito— ¿Por qué últimamente todo me sale tan mal?

— Bueno, no eres la única— comentó con tristeza.

La observé con atención.

— Entonces ¿lo has dejado con ese hombre casado?—pregunté al fin.

Dijo que sí con la cabeza, y gotas de agua cayeron sobre mí.

— Vaya. ¡Lo siento! Aunque si te digo la verdad quizás, como en el caso de mi trabajo, haya sido lo mejor. Tú no has nacido para segundona.

Ella quedo callada durante un rato, como pensando cuales iban a ser sus próximas palabras.

— ¿Sabes?— Dijo al fin— Durante mucho tiempo pensé que la segundona no era yo, sino su mujer; pero...

De nuevo se había quedado ensimismada.

— Pero ¿qué?— interrumpí su silencio, dándole un codazo

— Bueno— su vista se volvió a centrar en mí—
Creo que nunca os he contado que mi padre durante años tuvo una amante.

— ¿Sí? ¿Y tú lo sabías?

— Sí, lo sabía o me lo imaginaba, o algo. Bien— siguió— pues según la psicóloga a la que he comenzado a ir, el liarme con ese hombre casado, no era más que una manera de intentar recuperar el cariño de mi padre.

— ¿Eh?— ¿Qué me estaba contando?

— Sí— aseveró— al convertirme yo en la amante no hacía más que ocupar el lugar de esa mujer a la que mi padre dedicaba su tiempo, y por la que durante muchos años nos tuvo abandonadas durante largas horas a mi madre y a mí.

“¡Joder! ¡Qué lío!”— pensé.

— ¿Y no sería más fácil decir que simplemente os

gustasteis y Santas pascuas?— pregunté incrédula — Puede ser. Yo sin embargo, y gracias a esta inmersión en mi psique, estoy intentando librarme de mi obsesión por ese hombre. Un hombre en el que por lo visto proyecté mi miedo al abandono paterno, hasta el punto de creer que me había enamorado de él, cuando en realidad no se trataba más que de un amor patológico.

“¿Y es que no tienen todos los amores algo de patológico?”— me pregunté a mí misma.

— Lo peor es que trabaja conmigo— se quejó.

— ¡Trabaja contigo!— exclamé demasiado contenta como para ser la réplica del tono triste que ella había empleado.

— Sí. Y no sé a qué viene ese tonillo de satisfacción.

— Es que, te vas a reír.

— A ver ¿Qué es lo que según tú me va a hacer tanta gracia?— su tono de voz comenzaba a reflejar molestia.

— Pues que nosotras hasta llegamos a pensar que eras la amante de Luis. ¿A qué es gracioso?

— ¿Luis? ¿Qué Luis?— su ignorancia era palpable.

— ¡Qué Luis va a ser! El marido de Mónica— yo idiota de mí casi reía. Estaba claro que la que no tenía nada de psicóloga era yo.

— ¿Pensabais...? ¿De verdad me creíais capaz de hacerle eso a una amiga?— me miraba con el ceño fruncido. Oh, oh.

— Bueno sí, pero solo un poquito— respondí intentando suavizar la cosa.

— ¿Solo un poquito? ¿Tú sabes lo que dices? Ahora sí que estaba realmente enfadada.

— Yo no...—no sabía que decirle. Además ya había quedado demostrado que calladita estaba más guapa.

— Por favor— se puso en pie, haciéndome levantar también a mí— Por favor, vete ahora. Vete porque estoy muy ofendida, y ciertamente no

me apetece discutir ni contigo ni con nadie.

— Elena, chica— intenté tranquilizarla sin éxito.

— No, lo digo en serio. Sal de mi casa.

Ya habíamos llegado hasta su recibidor. Fue en ese momento cuando el teléfono comenzó a sonar.

— Elena el teléfono— le indiqué.

Ella seguía allí, señalándome la salida.

— Olvídate del teléfono y sal— repitió.

— Bueno, bueno, ya me voy.

Y dándome con la puerta en las narices la oí correr presurosa a atender su llamada.

“Seguramente será su amante, ex amante”— me dije mientras esperaba al ascensor.

— ¿Sí?— la oí contestar a través de la puerta cerrada.

Entonces, y mientras pulsaba el botón de bajada, no supe que ese sí, se iba a convertir en un no para mí, pues como más tarde me enteré ese fue el momento elegido por Pablo para, recién llegado

de su viaje, telefonar a Elena a fin de interesarse por mí. Quería tantear el terreno, saber si ella veía posible una cita entre nosotros dos. Pero el idiota de él escogió el peor de los momentos, ya que Elena en el punto más álgido de su enfado conmigo no le dejó ni hablar. Le soltó que hiciera el favor de no mentarle mi nombre, y que si quería volverme a ver, primero debería saber el tipo de persona que era yo. Cuando él entre asombrado y divertido le preguntó que a qué se refería con eso, ella le contó como yo había sido capaz de engañarle con Juan Fran uno de sus mejores, y más pesados amigos. Pablo quedó entonces tan alucinado, pasmado, cortado y un montón de adjetivos acabados en -ado que sin apenas despedirse de Elena le colgó el teléfono. Aquel comentario le había destrozado, ¿sería verdad? se preguntaba a la vez que pensaba que quizás hubiera sido mejor no regresar jamás del país de nunca jamás.

Capítulo 52

Nada más llegar a casa me olvidé de mi misma y de mis problemas. Allí me esperaban un inquieto Sergio y una apesadumbrada Clara que nada más verme me puso al corriente de su preocupación.

—Mónica ha echado a Luis de casa— me lo soltó así, de golpe, sin darme siquiera tiempo a cerrar la puerta.

— ¿Qué me dices?— le pregunté mientras torpemente me sentaba en una silla— Pero si esta misma mañana he estado con ella y no...

Lo cierto era que el día se me había hecho tan largo que me parecía que hubieran pasado meses y no horas desde que había abandonado aquel ambulatorio.

—Pues ya ves— replicó Clara— Supongo que todo habrá ocurrido después, a la hora de comer, o yo que sé.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Qué te ha contado?

—En realidad nada, poca cosa: que si está descubriendo cosas de él que nunca hubiera

imaginado; que si está harta... puff— resopló Clara — Todo eran lloriqueos y lamentos y entre tanto quejido poco he podido deducir.

—Yo también he hablado con ella— intervino ahora Sergio.

—Sí, y al bestia de él no se le ha ocurrido otra cosa que ofrecerle los servicios de los pegones.

— ¿Tus amigos los matones?— miré a Sergio incrédula— ¿qué pasa? ¿Qué te llevas comisión?

—Pues habéis de saber— replicó él haciéndose el ofendido— que vuestra amiga Mónica ha dicho que ya se lo iba a pensar y que quizá un escarmiento no le habría de venir mal al insensato de su marido.

¡Joder con Moni! Con eso de criar hijos sin parar se debía de pensar que todo se resolvía con un buen azote en el culo. ¿De verdad era capaz de desear que esos indeseables le dieran un “sustito” a su Luis? En ese momento me vino a la cabeza la imagen de Mónica tan solo hacía unos meses atrás: su mirada perdida, su tono glacial y su “sé que te

arrepentirás” musitado con odio. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

— ¿Qué habrá podido pasar?— de nuevo mi pregunta iba dirigida hacia Clara, ya que de momento no quería profundizar en el tema de las palizas por encargo.

— Ni idea. La estoy llamando y rellamando pero ha desconectado el teléfono y no hay modo.

— Y a estas horas— miré mi reloj— tampoco es cuestión de plantarse en su casa.

— ¡Uy! Ni se te ocurra. Los nenes ya estarán acostados y ella seguramente también. Y si no lo está estará reflexionando sobre lo ocurrido.

— O llorando— musité yo con tristeza.

— O pensando en mi oferta— añadió Sergio.

Le miré con odio, y con odio redoblado cuando recordé lo ocurrido en el trabajo.

— Por cierto tú— le solté— ¿sabes que estamos metidos en un buen lío?

Nervioso tomó un cigarrillo.

— ¿A qué te refieres?— preguntó mientras hacía ademán de llevárselo a la boca.

Se lo arranqué de las manos y lo rompí en dos mientras le recordaba que delante de mí no debía fumar. ¡Era asombroso! ¡Le estaba cogiendo un gusto a esto!

— Me refiero— le contesté al fin— a que mi jefe gracias a la falta de escrúpulos de mi compañero Manuel, y a la falta de luces tuya está convencido de que nosotros dos somos pareja.

Le dio la risa floja mientras Clara nos miraba a uno y a otro con expectación.

—Yo no me río— me enfadé— Sabes que la gracia nos puede costar el puesto de trabajo.

—Será tu puesto— replicó él— porque yo tengo bien claro que mi jefe no tiene ninguna intención de despedirme.

— ¿Y eso? ¿Qué pasa? ¿Acaso tiene miedo de no encontrar un cerebro tan privilegiado como el tuyo?— pregunté con sorna.

Volvió a coger un cigarro aunque esta vez tan solo

jugueteó con él a la vez que bajaba la cabeza.

—No— dijo al fin mirándonos fijamente— de lo que tiene miedo es de su mujer.

— ¿Eh?

— ¿Cómo?

Clara y yo no salíamos de nuestro asombro.

Suspiró.

— Pues que gracias a mí y a mis dotes informáticas, de las que él carece por completo,— aclaró— le he logrado introducir en ciertos chats bien comprometidos de los que solo yo poseo la contraseña, y bueno ...—dudo— aparte si me echa yo podría ir con el cuento y soltar lo que sé. Eso por no hablar de las veces que yo le he servido de tapadera para sus, ejem, asuntillos.

— Deja, no sigas—le interrumpí— Sois todos unos asquerosos— estaba realmente indignada. Y a ti, a ti eso ¿te parece bien?

— Pues ni bien ni mal— el continuaba tan ancho— Mira tía, yo soy un mandado, y si él en mis horas

de trabajo me pide que le busque un chat de guarras pues yo voy y se lo busco, y si me dice que le mienta a su señora, pues yo voy y lo hago.

— O sea que tú eres un títere sin cabeza que aun así tiene a su jefe bien agarrado por los huevos.

— Tronca, no te pases. —protestó él.

— No tienes principios— aún seguía yo.

— Lo que no tengo es un puto duro, y si me pagan por colársela a alguien pues se la cuelo. Además y que quede entre nosotros— nos señaló a las dos — sé de buena tinta que tu boss te quiere despedir y si no hubiera sido por esto habría sido por lo otro— concluyó.

— ¿Lo otro? ¿Qué es lo otro?— ahora sí que estaba realmente asustada.

— ¡Lo otro, lo otro!— exclamó él— Yo que sé que es lo otro. ¡Cualquier cosa! ¿No ves que ese tío piensa que trabajo y maternidad son incomparables?

— Incompatibles— le corregí.

— Eso.

—Pero Sergio eso que dices es terrible— ahora era Clara la que después de un rato volvía a intervenir en nuestra conversación.

— No, Clara, no, déjalo. Si a él le parecerá normal ¡como ellos no tienen que parir! De verdad que me voy. No quiero seguir con esta conversación.

Con la rapidez que da el estar súper cabreada comencé a recoger mis cosas.

—Pero Paula, Paula— era Clara la que me intentaba retener.

Cerré con un fuerte portazo y llamé al ascensor. ¡Vamos hombre! ¡Pero como era posible que en pleno siglo XXI aún se pensara en esos términos! ¿Dónde íbamos a llegar? ¿Y yo? ¿Adónde iba? ¿Pero no me daba cuenta de que acababa de marcharme de mi propia casa?

De mi bolso volví a sacar nuevamente las llaves. Abrí la puerta. Si antes me esperaban un inquieto Sergio y una apesadumbrada Clara, ahora me

esperaban dos idiotas aparentemente muy divertidos con mi despiste. Yo también tenía ganas de reír, pero no les quise dar semejante gustazo. Sin decir palabra les señalé la puerta por la que yo acababa de entrar para que fueran ahora ellos los que se largasen. El día ¡gracias al cielo! tocaba a su fin.

Capítulo 53

Imposible comunicar con Elena para saber si aún continuaba enfadada conmigo. Había adelantado sus vacaciones de Semana Santa y se había largado a uno de esos Spas en los que según decían te debían dejar como recién salida del útero materno. Al parecer no había querido que su móvil de última generación le acompañara en tamaña aventura, y yo ahora me la imaginaba toda sola y aburrida mientras divagaba acerca del intríngulis en el que de repente, y gracias a los onerosos servicios de su psicóloga, se había convertido su vida. Allí estaría ella, meditabunda encima de una camilla mientras manos expertas embadurnaban su cuerpo de barro, chocolate o algas marinas; como si la pobre fuera una de esas luchadoras de sumo a las que hay que engorrinar antes de salir a pelear. ¿Por qué será que cuanto más asqueroso más bienestar parecía procurar?

Imposible también el comunicar con Mónica. Ésta nos había enviado un mensaje en el que nos informaba de su decisión de marcharse por unos

días con los críos al pueblo de su madre. A reflexionar. Claro. Por supuesto que no para sopesar la oferta del tontarras de Sergio.

Lía, con la que una tarde estuve tomando café en el bar de Chari, al enterarse de semejante ofrecimiento me preguntó que qué hacía Clara con ese tío.

—Pues enrollarse— le conteste yo lacónica. En esos momentos tenía cosas más importantes en la barriga y en la cabeza como para ponerme a pensar en si Clara había hecho bien o mal al liarse con Sergio.

Pero a Lía no debía de parecerle tan bien y mucho menos que alguien fuera capaz de saltar de una relación a otra como si estuviera jugando al calderón.

— ¿Y la fase de transición?— me preguntó enojada como si yo fuera la culpable de que Clara no hubiera pasado por ella.

Intenté explicarle que Clara a su manera ya había elaborado su duelo por Fa, o bueno si no todo al

menos parte de él.

Tuve entonces que oírla decir que eso del duelo era una chorrada, y que para ella el único duelo posible después de una aburrida relación de diez años hubiera sido el de dar por muerto a un tío tras otro después de tórridas noches de pasión.

Me escandalicé. Sí. Me escandalicé. La gente también tiene su corazoncito y eso hace pupa, le dije.

— ¿El qué?— preguntó levantado una ceja.

Entonces me soltó que todo aquello estaba a la orden del día: que yo porque ya pensaba como una madre pero que vivíamos en la cultura del usar y tirar, y en el amor como en todo también era así.

— ¿Y qué me dices de reciclar?— le espeté entonces— Al fin y al cabo— continué— también vivimos en esa cultura. ¿No podríamos reciclar el amor en lugar de tratarnos como auténticos clinex, te uso te tiro y ya está?

Me miró con cinismo como si ella supiera algo que yo ignoraba y me preguntó si yo también creía

en todas esas pamplinas como la inocente de Clara.

—Pues mira, mira bien a tu alrededor— me soltó después de eso.

Tal y como ella me indicaba, yo miré a mi alrededor. — ¡Joder! ¡Qué sucia estábamos dejando la mesa!— pensé.

Pero no. Lía no se refería a eso. Ella se refería a nosotras mismas.

—Tú míranos— insistió— Pablo ahora con otra, Mónica acaba de poner de patitas en la calle a su marido, Chari se enamoró de un mocoso del que nunca más volvió a saber, Elena se lio con un casado y ahora acaba de descubrir, um. —Dudó— bueno no sé lo que ha descubierta pero ya ves, y Clara dejó a Fa para a renglón seguido liarse con lo más opuesto a aquél. Dime ahora. ¿Somos o no somos de usar y tirar?

Quedé callada, pensativa. ¡Vaya asco! Era cierto. En el amor... ¿A quién le iba bien? Resoplé y una Lía ya más calmada me interrogó acerca de lo que

estaba pensando. Yo en realidad no se lo dije, quería saber si era cierto, si ella de verdad nunca se había llegado a enamorar.

Con rotundidad me contestó que no, que claro que había habido tíos a los que les había cogido más cariño, o que le habían caído mejor. Pero no, enamorarse nunca, y no lo decía vanagloriándose de ello, incluso en ocasiones—añadió—le hubiera gustado el volverse tan tonta como nosotras por un estúpido varón.

Confesión por confesión ella entonces aprovechó para preguntarme si aún seguía enamorada de Pablo.

Aunque me costara admitirlo tuve que decirle que sí; que quizá con el tiempo acabaría olvidándole, pero que hoy por hoy si en ese momento apareciera para pedirme una segunda oportunidad yo se la daría.

Movió la cabeza como queriendo decir que lo nuestro no tenía solución.

—Vaya, que estarías más que dispuesta a reciclar

tu relación— resumió.

— ¡Exactamente!— exclamé— ¡Reciclemos el amor!

En ese momento apareció Chari y bayeta en mano nos pidió por favor que habláramos más bajo. Según ella toda la cafetería nos estaba mirando. Yo volví la cabeza a un lado y a otro pero lo único que vi fue a un tío mirando con prismáticos a través de la cristalera.

— ¡Chari, mira!—grite a pesar de su reciente reconvención.

—Chist, no te acabo de decir...

Entonces les señalé el lugar desde donde aquel tío seguía apostado aparentemente mirando hacia nosotras. Fue en ese momento que al saberse descubierto salió corriendo mientras Chari abría mucho la boca y también ella en un tono más que elevado repetía una y otra vez: “¡Ese es Rafa, es Rafa!”

A esas alturas ya teníamos a todo el mundo pendiente de nosotras, y la animación parecía que

iba a continuar ya que en ese momento apareció Clara con cara de pocos amigos. Venía frotándose el brazo ya que según ella un niño había estado a punto de derribarla en la acera.

— ¡Era Rafa! ¡Era Rafa!— seguía Chari entre grititos histéricos.

Clara la miró con extrañeza mientras Lía poniéndose un dedo en la sien le hacía entender que a su amiga le faltaba un tornillo.

Sin embargo a Clara en esos momentos el estado mental de Chari no le interesaba lo más mínimo. Había venido corriendo durante todo el camino ya que según ella tenía que contarnos algo MUY importante. En ese momento se hizo un silencio tremendo en el bar; de repente parecía que toda aquella gente carecía de vida propia y que no tenían otra cosa mejor que hacer que atender a nuestros asuntos. Clara se cortó y tomando asiento junto a nosotras bajo mucho la voz.

—He visto a Luis— siseó— y me ha preguntado por Mónica.

Chari seguía haciendo ver que limpiaba nuestra mesa. A ese paso la iba a desgastar.

— ¿Y?

—Bueno, pues yo le he dicho que no sabía nada de ella – carraspeó— ¿Y a qué no adivináis donde me ha dicho él que Mónica le podría encontrar?

Nos miramos unas a otras sin saber que contestar.

—En casa de Pablo. Sí tu Pablo— me puntualizó a mí al ver mi cara de pasmo— Al parecer se debieron encontrar y Luis le diría y...resultado que ahora Luis está viviendo allí.

— ¿Ya ha vuelto Pablo?— más que una pregunta era una excusa para poder pronunciar su nombre en alto.

— Sí, eso ya lo sabía yo— replicó Chari entre pase y pase de bayeta— te lo iba a decir luego. Da la casualidad de que los de su trabajo van a almorzar justo ahí enfrente y esta mañana lo vi.

Me señaló una cafetería pequeña que quedaba en la otra acera.

Había vuelto, había regresado y le había prestado su casa a Luis. ¿Sabría ya lo de mi embarazo?

—Pablo, mi Pablo— musité soñadora

—Rafa, mi Rafa— oí murmurar a Chari.

Clara recibió un mensaje

—Sergio, mi Sergio— dijo al mirar su móvil.

—Tontas, muy tontas— nos insultó Lía, y dejando dos euros sobre la mesa salió de allí llevándose las miradas de dos o tres hombres que sin lugar a dudas se hubieran dejado matar por ella.

Capítulo 54

Despedida. Eso decía la carta que ahora tenía entre mis manos. Despido disciplinario para más señas, y todo por culpa de un estúpido malentendido provocado por los coletazos de Sergio en el mundo de la drogadicción. Mi Clara, mí querida Clara, apenas se enteró de las intenciones de mi malvado jefe decidió por su cuenta y riesgo ir a hablar con él presentándose como la verdadera novia del susodicho.

Bueno, para que os voy a contar. Eso sólo sirvió para que mi jefe pasara un buen rato a costa de ella y para que yo le tuviera que oír decir jocosamente que si me pensaba que él se iba a creer que esa inocente muchacha era la novieta del depravado del departamento de Informática. Sí, tenía razón, no pegaban ni con cola pero... ¿Acaso yo hacía mejor pareja con alguien a quien él acababa de calificar como depravado? ¿Ese era el concepto que él tenía de mí? Siendo así— pensé — no sé cómo no me había despedido antes.

El único consuelo que me quedaba entre tanta

hecatombe era el de que ¡por fin! me vería yo también como una de esas de las películas americanas. Sí, esas que cuando son despedidas meten todas sus cositas en una caja de cartón y marchan muy dignamente abrazadas a sus posesiones mientras sus compañeros quedan contritos y decepcionados por no poder despedirse como Dios manda de esa chica tan fabulosa que siempre iba de lo más fashion a la oficina. Sin embargo ¿sería posible dado mi barrigón el agarrar bien la caja? Hm. Para ellas parecía ser de lo más fácil; aunque claro llevan haciendo prácticas durante años con las bolsas de papel de la compra. Y ahora me pregunto yo: ¿y las asas? ¿Es que no conocen las asas en USA? Ya sé que esto puede parecer un tema baladí, y más ahora que acabo de ser despedida; pero ese hecho no impide que una siga pensando, y que siga pensando tonterías para más inri.

Sin embargo en estos momentos la que necesitaba un buen abrazo era yo. Y además debía de ser un abrazo biiien graaande dado lo voluminoso de mi

actual cuerpo y lo desastroso de mi actual vida. Quizás mi mamá— pensé— después del cambio que parecía haberse operado en ella estaría dispuesta a ser esa mujer amable, comprensiva y maternal que nunca fue. Por probar...

Me fui a su piso. Me recibió con la bata y las zapatillas de estar por casa. Me extrañó su aspecto un tanto dejado y ausente, sin embargo no quise preguntar. Era yo la que tenía problemas y por una vez quería comportarme como una de esas hijas egoístas que tan de moda debían de estar. De esta forma y nada más interrogarme ella por el motivo de mi visita le solté lo de mi despido.

¡Vaya! O se acababa de poner una inyección de botox o no manifestaba emoción alguna.

—Que me han despedido mamá— repetí insistente.

—Ah, eh, no te había oído, perdona— se encendió un cigarro. ¡Ella que no fumaba!

— ¿Qué pasa mamá?— pregunté preocupada. Porque allí pasaba algo, eso estaba claro.

—Tu tío— dijo al fin.

Acabáramos, ya tenía que aparecer él a fastidiarlo todo, me dije desde mi reciente papel de insensible y egocéntrica hija.

— Esta muy, muy malo— continuó ella.

Esta ¿o es? fue la primera y más fácil maldad que se me vino a la cabeza.

— ¿Es...es grave?— pregunté sin embargo.

—Sí, podría ser mortal, y además no sé cómo decírselo a tu abuela.

—Pues ya sabes, a grandes voces, o vocalizando en exceso— le sugerí.

—No me refiero a eso hija— me miró con evidente fastidio— Me refiero a que se va a llevar un buen disgusto, y a su edad...

¿Qué podía decir? Tenía razón. ¿Cómo decírselo a abu sin que ésta no se llevara un buen sofocón?

— ¿Qué...qué podemos hacer?

— No sé, ya se nos ocurrirá algo. Y tú ¿qué me contabas? ¿De qué despido hablabas?

— Nada, psi, déjalo. Ahora ya no tiene importancia.

Así es la vida. Lo que tan solo hacía unos minutos me había parecido una gran tragedia, de repente y al colocarlo cara a cara con la muerte adquiría la proporción de una hormiga frente a un elefante. La perspectiva de la muerte era tan inmensa y tan real que a su lado todo parecía minimizarse y convertirse en ridículo. En esta ocasión estuve de acuerdo con todos aquellos que afirmaban que lo más importante de la vida era la muerte; por más que a veces nos pareciera que lo más importante de la vida era saber qué ropa nos íbamos a poner para salir por la noche. Así somos y ¡claro! así nos va.

Capítulo 55

Lo de llevarme mis cosas en la cajita no resultó ser tan glamouroso como yo pensaba y al final todas mis pertenencias acabaron en una manida bolsa de Prenatal. Así fue como abandoné la oficina convertida en lo que realmente era: una gorda embarazada que ya estaba preparando la canastilla. Y no, de canastilla nada. En esa bolsa ¡con asas! sólo había viejas agendas, unos folletos de viajes, las tres últimas ofertas del Telepizza, una calculadora con números enormes y que aún convertía los euros a pesetas y dos paquetes de lacasitos. “La verdad— me dije— no sé para qué necesitan una caja si con una simple bolsita de las de guardar las medias basta y sobra”. Todo lo que pasara de ahí ya solo me parecían ganas de llamar la atención.

Inma quedó muy triste y después de darme un último beso en la barriguita, como ella llamaba eufemísticamente a mi enorme tripa, me hizo prometerle que le avisaría tan pronto mi nena viniera al mundo. Su despedida me emocionó, y si

no hubiera sido porque en ese preciso momento Manuel se cruzó en mi camino haciendo amago de pedirme disculpas, me hubiera puesto a llorar. Pero no, tuve que hacerme la dura, y esquivando las torpes justificaciones de mi compañero abandoné aquella oficina que durante años había llegado a convertirse casi en una segunda casa para mí.

Ahora me dirigía a la primera, quiero decir que iba hacia mi casa. Por un lado estaba un poquito triste, por otro tenía ganas de ponerme a saltar y a voz en grito cantar eso del “Libre como el sol cuando amanece yo soy libre...” Pero ni lo uno ni lo otro. Ni podía ponerme a saltar debido a mi estado, ni podía ponerme a cantar cual Nino Bravo debido a mi voz de violín desafinado. Podría ponerme a llorar, eso se me daba de miedo.

De mis ensoñaciones me sacó un mensaje de Chari diciéndome que iba para mi casa. Suponía que en semejante trance no me vendría mal un poco de compañía. Me sentí como una viuda y me acordé de mi padre cuando le explicaba a Clara lo que era

el duelo. Sí, claro, yo acababa de sufrir una pérdida y debería elaborar el duelo correspondiente. Aunque ¿cómo se hace eso cuando lo único que te apetece es irte de copas a celebrarlo con tus amigos? “Será una fase— me dije— la de la negación— continúe justificándome — luego vendrán todas esas tristes y llorosas hasta llegar a la de aceptación”. Eso era lo normal, solo que en mi caso intuí que de la negación a la aceptación sólo habría un paso. ¡Estaba tan contenta con mi pérdida!

Cuando llegué a casa Chari ya estaba esperándome en la calle.

— Pensé que te había pasado algo— me dijo mientras entrábamos en el portal.

— ¿Qué me va a pasar? Anda, ¡qué se te ocurre cada cosa! Sólo me han despedido.

Llamé al ascensor.

— No sé, pensé que estarías muy triste y, bueno... tenía miedo de que hicieras alguna locura.

Me reí de su preocupación.

— ¿Cómo qué?— pregunté jocosa mientras subíamos a mi casa— ¿A qué llamas tu una locura?

— Por un momento creí que igual se te había ocurrido el ir a llorar en el hombro de Pablo.

— ¡Hala! ¡Qué dices!— exclamé ofendida— Además ahora que vive con Luis hubiera sido muy embara...digo, incómodo que él tuviera que presenciar semejante escena.

Abrí la puerta.

— Sí, y encima como Pablo no sabe nada del embarazo, al final hasta hubiera sido él el que hubiera acabado llorando.

La miré extrañada mientras me quitaba los zapatos. ¡Uy, qué gusto!

— Estás tan gorda, Paula, que da pena— musitó— Por cierto y hablando de Luis— astuta decidió cambiar de tema— ¿Sabes que Moni ha dado luz verde a Sergio para que avise a sus matones?

— Nooo— me asombré.

— Sí, parece ser que desde el pueblo le mandó un

mensaje a Clara que decía: dile a Sergio que adelante.

— ¿Estás segura de que eso significa que puede comenzar a golpear?

— Bueno— dudo— Clara así lo entendió y así se lo hizo saber a él.

Fruncí el ceño. Aquello no me cuadraba en absoluto. Por muy burra que fuera Mónica nunca habría imaginado eso de ella. ¿O sí?

— Vaya, con que así están las cosas— murmuré.

— Sí— dijo Chari por todo comentario mientras se sentaba en el sillón, y distraída cogía una revista.

— ¡Qué pasada!— murmuró.

— ¿El qué?

— ¡Pues no dicen aquí que le cuelgues un móvil al bebe en la cuna! Luego dirán que si las radiaciones por aquí, las radiaciones por allá.

— ¡Chari! ¡No hablan de esos móviles!

— ¡Ah! Se refieren a esos otros ¿no? Los que

cuelgan ¿verdad?— parecía avergonzada.

Asentí.

— Oye, una duda— dijo entonces— ¿Cómo calculan la fecha del parto? ¿Son nueve meses exactos?

— No— negué— La fecha es siempre estimativa, y se hace tomando la fecha del primer día de la última regla, a la cual se le añaden nueve meses y siete días.

— ¡Nueve meses y siete días!— exclamó— ¡Qué barbaridad! Creo que ni siquiera he tenido nunca un novio que me durara tanto tiempo.

De repente me acordé.

— Por cierto ¿has vuelto a ver a Rafa a través de la cristalera?

— ¡Ah, Rafa! Eso te tenía que contar también. ¡Es más tonto!

Por supuesto que ese “es más tonto” tal y como fue dicho por ella sólo podía significar que le gustaba a rabiar y que allí la única tonta que había era ella.

— A ver ¿qué ha pasado?

— Tú te crees que el otro día le pille mirando con los prismáticos del revés.

“Pues sí que es tonto”— pensé para mí.

— Entonces me acerqué a él – continuo— y de súbito se los quité de las manos. ¡Si vieras la cara que puso!

De tonto— supuse.

— Él que me había visto bien lejos, bien lejos, de repente me tenía allí delante. ¡No veas como me reí! Me contó una historia sobre un trabajo de observación de nidos de cigüeñas en la ciudad. Ya sabes como es—dudó— otorrino de esos.

—Ornitólogo, Chari, ornitólogo. — la tuve que corregir.

— Eso, lo de los pájaros.

— Ya. Y nosotras el otro día qué le parecimos ¿un nido de cigüeñas o de buitres?— ironicé—
¡Menuda historia! ¿Y tú te has creído eso?

— No. ¿Cómo me lo voy a creer? Lo importante es

que él intentó quedar conmigo y yo haciéndome la dura le di largas.

— Entonces te seguirá cortejando a golpe de prismático.

— Que haga lo que quiera, aquello que me dijo de si le estaba usando para procrear me sentó muy, muy mal. Si ahora quiere algo de mí se lo tendrá que currar— concluyó muy digna.

— Bueno, eso lo diría bajo la influencia de algún documental sobre la abubilla y sus épocas de cría. Ella me miró ofendida.

— Has hecho muy bien Chari— dije para animarla.— Si algún día Pablo decidiera volver a buscarme me gustaría hacer como tú, y no creas que se lo iba a poner nada fácil.

— ¿Ah no?

— Pues no, una tiene su orgullo— me sujete la barriga como si ella fuera mi orgullo Y ¿es qué no lo era?

— Así es— me apoyó ella— ¿Qué se piensan?

¿Qué pueden ir y venir a su antojo y que nosotras siempre estaremos ahí? Pues no, eso ya terminó.

— ¡Bien dicho Chari! A partir de ahora se acabó el ir detrás de ellos como tontas.

Nos dimos la mano muy contentas como si acabáramos de sellar un pacto. Pero... ¿A quién queríamos engañar? Tanto ella como yo sabíamos que tan pronto nuestros amores nos alargaran una mano nosotras les cogeríamos el brazo y no sólo el brazo sino todo lo demás. Sin embargo, soñar no cuesta nada y el creernos aunque solo fuera durante unos instantes que seríamos capaces de hacer eso que acabábamos de predicar nos hacía sentirnos fenomenal. Además ¡quién sabe! A veces y aunque nos joda, los deseos también se hacen realidad.

Capítulo 56

Ya era primavera. Bueno, al menos en el Corte Inglés porque lo que era en el resto de España y meteorológicamente hablando el tiempo no acompañaba a tan famosa frasecita. También era Semana Santa, y de eso sí podía dar fe aunque no la tuviera, pues los redobles de tambor se habían instalado en mi cabeza y en mi ánimo como macabro acompañamiento de mis concéntricos pensamientos. Embarazada, sin trabajo, sin pareja e hipotecada. Prum prum prumm prumprum prumpun... Para colmo llovía sin parar y aquello ya no podía ser más triste.

Pensando que no podría soportar semejante funeral durante tres días más, me dispuse a hacer las maletas para escapar a cualquier lugar. Fue en ese preciso momento cuando recibí un mensaje de Chari en el que me convocaba con urgencia a reunirme con ella en la puerta de su cafetería. “¿Qué tripa se le habría roto ahora?” me pregunté mientras de mala gana abandonaba mi proyecto de huida.

Cuando llegué al lugar de la cita me encontré con la sorpresa de que Mónica y Elena ya habían regresado de sus respectivas escapadas y ahora se encontraban apretujadamente instaladas, junto con Lía y con Clara, en la parte de atrás del minúsculo coche de Chari. Yo, ventajosa por una vez de estar embarazada, pasé a ocupar el asiento del copiloto mientras una Chari nerviosa y presurosa nos ponía al corriente del porqué de todo aquello. Llovía.

Por lo visto el día anterior tonteando con los prismáticos de Rafa, y tonteando con Rafa supusimos todas, había visto a través de ellos a Luis. Al principio se había asustado pues le pareció tenerlo al lado, sin embargo estaba bastante lejos y según le pareció a ella un tanto nervioso. Durante un rato continuó observándolo hasta que finalmente vio que se disponía a coger su coche.

Mónica a través del pelo de Clara replicó que eso no tenía nada de extraño, y que adonde quería ir a parar con toda esa historietita.

Chari se volvió hacia ella para contestarla, con el

consiguiente susto para mí pues pensé que chocábamos contra una farola. Sin embargo, para mi sorpresa el coche había continuado su camino sin ningún percance, mientras nuestra pilota suicida nos explicaba que había tenido una corazonada y había decidido montarse en el coche e ir detrás de él, y que ahora mismo nos dirigíamos hacia el pueblo de los picaos

— Y...y ¿para qué vamos nosotras allí?— pregunté yo, más por evitar que alguna de las de atrás hablara con el consiguiente peligro para nuestras vidas, que por verdadera curiosidad. Sinceramente durante esos días casi todo me daba igual.

— A descubrir el horrible y oscuro secreto de Luis — puso voz de suspense y después de eso soltó una especie de histérica carcajada para luego quedarse completamente callada, concentrada en la conducción.

— ¡Sigue, por Dios! ¡Chari, por mis hijos, sigue!
— Mónica, quien sabe cómo, había conseguido colar su cabeza entre el asiento de Chari y el mío,

y ahora parecía que se fuera a lanzar sobre esta primera. Yo pensé que de esa tarde no pasábamos.

Entonces Chari nos contó como había seguido a Luis hasta dicho pueblo, y como una vez él se hubo apeado del coche ella le había visto entrar con paso decidido en la Iglesia.

— ¡Hostia!— dijo alguien.

— Sí, eso mismo pensé yo— continuó Chari— Mi mente calenturienta comenzó a imaginar esos miles de cosas que durante estos días uno no ha de pensar, más rápidamente la hice callar, a mi mente digo, y disimuladamente me colé en esa Iglesia. Allí no había ni Dios.

— Hombre Dios...precisamente allí, Dios

— Sí, estaría, pero de Luis...ni rastro.

— ¡Ah!—exclamamos.

— Entonces la vi— siguió ella en tono extremadamente serio.

Aquello estaba comenzando a tomar tintes de película de terror, y deseé que de una vez por

todas Chari sacará a la tontarras que llevaba dentro. ¿Dónde estaban esas chorradas que ella siempre soltaba en momentos tan serios y trascendentes como aquel?

— ¿A quién? ¿A quién viste? ¿A la amante?— la curiosidad de Clara podía con todo incluso aunque ahí detrás comenzará a faltarles el oxígeno.

— Nooo. A la señora que limpiaba. Ya sabéis que ellas siempre son una fuente inagotable de información— quedó pensativa— Bueno siempre y cuando no se trate de una rumana recién llegada al país y sin conocimiento alguno de nuestro idioma

Suspiré aliviada. Ya estaba ahí la chorrada, ya estaba.

— Pero ese no era el caso— seguía hablando ella — y gracias a ¿dios? pude conversar con ella y preguntarle si había visto entrar a un señor calvo y con barriga.

— ¡Chari!— protestó Mónica volviendo a asomar su cabeza— ¡Luis no está calvo! ¡Ni gordo!

— Si lo está. Tiene una calva que le ocupa toda la cabeza y una barriguita que no tiene nada que envidiar a la de Homer Simpson— insistió ella

— Bueno ¡vale ya!—supliqué— Ahora no es momento ni lugar para ponerlos a discutir sobre esto. Así que a lo que estamos— En realidad lo que yo quería evitar era que Chari se pusiera nerviosa y no atendiera al volante.

— Esta bien— accedió— ya sigo. Pues la señora esa me dijo que seguramente ese señor calvo y barrigudo— insistió la muy puñetera— había ido por lo de la reunión de Semana Santa.

— ¿Qué Semana Santa?— pregunté aunque en realidad no quería preguntar eso.

— Sí, hombre, la Semana Santa— comenzó ella— esa fiesta religiosa en la que se conmemora...

— ¡Ya sé lo que es la Semana Santa!—casi grite— Pero...esa reunión, ¿qué era? ¿Y para qué?

— Bueno, no te pongas así— me miró ofendida.

— ¡¡Ahh!!—gritamos todas, a la vez que un camión pasaba pegado a nosotras mientras nos

pitaba con insistencia para que regresáramos a nuestro carril.

— ¡Joder Chari! Nos vas a matar— Elena que hasta entonces había permanecido callada era ahora la que hablaba— ¿Es que no sabes hablar y conducir a la vez?

— Pues no, doña Perfecta. No todas somos tan completas como tú— repuso la otra con retintín.

— Yo no soy completa— respondió Elena con tristeza— Soy solo una mujer incompleta que se creyó completa cuando intentando competir con su madre se lanzó en brazos de un hombre en el que creyó reconocer a ese padre siempre ausente e infiel.

—Eh, Elena, tranquila— dijo Clara preocupada mientras la abrazaba ¿o ya iban abrazadas?— Creo que ahora no es el momento.

— Perdona Ele— Chari la miraba contrita a través del espejo retrovisor— me he pasado y...

— ¡No! ¡No hables con las de atrás!— le grité yo
— Por favor Chari, hazme el favor, habla como si

fueras sola en el coche.

— ¿Hablar sola? ¿Tú te crees que yo estoy loca?

—Chari, por tus padres— de nuevo la cabeza parlante de Mónica— O nos cuentas de una puta vez de que iba esa reunión o no respondo de mí.

— Vale, vale, jope cómo os pone la Semana Santa. Pues era la reunión de los picados. Esos que se golpean en la espalda con una especie de tiras de cuero.

— ¿Y sale sangre?— preguntó Clara.

—Puaj, no sigáis— suplicó Lía— me estoy comenzando a marear ¿No sabéis que tengo resaca?

— Qué raro— comentó Elena con acritud.

— ¿Paro?— preguntó Chari.

— No. Aún no es para tanto. Aunque te veo muy puesta en el asunto este.

— Me lo contó todo la señora de la limpieza. Me dijo que se trataba de un rito penitencial mediante flagelación. Suelen acudir sobre todo hombres

para pedir algo o dar las gracias por algún motivo; acuden a la sede de la cofradía donde se les asigna un acompañante, hermano de la cofradía que les servirá de guía, ayuda, consejo y protección.

Pues sí que Chari se había aprendido bien la lección. Me volví hacia Mónica.

— ¿Y tú Moni qué dices? ¿Te van cuadrando las cosas?

Ella se tocaba pensativa el cabello.

—Si, va cuadrando. Lo del capirote, lo del hermano... Eso no sé si os lo conté. Un día llamó un hombre diciéndome que era un hermano y ¡me pillé un rebote! Resulta que Luis no tiene hermanos —casi reía— Ahora me doy cuenta de que sería de esa cofradía, ¡y yo que no le deje ni hablar!

A pesar de lo incierto de la conducción de Chari y de que los cristales del coche se nos habían vuelto a empañar, todas respiramos aliviadas al pensar que finalmente la relación de Luis con Mónica aún se podría salvar

— ¿Y por qué crees que lo hace?

— ¿Por qué?— ahora parecía emocionada— Creo que... ¿Os acordáis de cuando Luisito estuvo tan malito, tan malito? — todas asentimos con la cabeza— Pues aquella primera noche cuando volvió a casa una vez fuera de peligro, llorábamos de alegría y— titubeó— y Luis entre lágrimas me prometió que buscaría la manera de agradecer aquello a Dios.

Ahora las que casi llorábamos éramos nosotras.

— Parece que ya la encontró—musitó Clara.

—Aja— convino Mónica— Sin embargo—dudó— aún hay algo que no me cuadra.

— ¿El qué?

— Lo de las prótesis mamarias.

— ¿Cómo?—pregunté asustada.

— Sí, me llamaron de una tienda de Ortopedia preguntándome si no había sido yo la que me había interesado por unas prótesis de esas. Aquello ya me pareció el colmo del vicio y la perversión. Y fue ese día cuando, pensando que había sido su supuesta amante la que se había hecho pasar por

mí, decidí echar de casa a Luis.

— ¡Ay Mónica!— me puse una mano sobre la boca

— creo que eso te lo puedo explicar yo.

— ¿Tú?

Pero ya llegábamos a nuestro objetivo y no pudimos seguir hablando pues nada más salir del coche fuimos abducidas por una multitud que sin saber cómo nos llevó a presenciar en primera fila aquello que durante meses nos había hecho dudar de la fidelidad de Luis. Y llover, llover, ya no llovía.

Capítulo 57

Si tan solo hacía unas horas había deseado huir del ambiente de sufrimiento y dolor que para mí siempre iba aparejado a estas fiestas, de repente ahora me encontraba metida de lleno en su máxima expresión. Ea, sufrimiento y dolor, sufrimiento y dolor.

Miré a las demás. Mónica lloraba viendo a aquellos hombres, entre los que se suponía andaba su Luis, que con hábitos de lienzo blancos y cubiertos rostro y cabeza se golpeaban la espalda, única parte de su cuerpo que quedaba al descubierto, y que de poco a poco iba enrojeciendo por efecto de semejante trato. Lía estaba blanca, y de vez en cuando hacía un amago de arcada propiciado por las salpicaduras de sangre que podíamos contemplar cuando una de esas espaldas era pinchada por una de esas bolas con seis puntas de cristal. Chari, si bien por una parte parecía orgullosa de habernos llevado hasta allí, por otra parte se mordía nerviosamente el labio, como si aquello no lo lograra entender.

Clara se había tapado la cara con las manos y de vez en cuando se asomaba atónita a través de sus dedos. Elena parecía haber sido presa de un ataque de misticismo, y por un momento supuse que si de aquí a un año seguía con la misma psicóloga no sería de extrañar el verla participar de semejante ritual. Yo por mi parte, entre asqueada y alucinada, me preguntaba que para que demonios necesitaba Mónica a los amigos matones de Sergio, si él solito se bastaba y sobraba para darse de hostias.

En esas estábamos cuando ocurrió todo. Fue tan de repente que apenas si fui consciente de cómo comenzó. Sólo sé que de buenas a primeras Mónica abandonó su apretado sitio para abalanzarse sobre uno de esos hombres y sin ningún miramiento le arrebató su capirote. Y no, para su consternación y la nuestra, no se trataba de Luis. ¿Cuál de todos era él? parecía querernos decir mientras nos miraba confusa con aquel trapo en la mano. Voces airadas recriminaron su actitud, y por un momento alguien hizo ademán de lanzarle

una piedra. Fue entonces cuando todas a una, y sin que mediara entre nosotras palabra alguna, acudimos en su auxilio, apoyándola en su intento por desvelar cuál de todos aquellos mozos encapuchados era su Luis. Aquello se convirtió en una debacle. Fuimos abucheadas, golpeadas sin querer, y sacadas de allí en volandas mientras cientos de personas nos jaleaban y vilipendiaban todo a la vez.

Y entonces entre toda aquella vorágine una capucha se alzó para mostrarnos el rostro asombrado y consternado de un Luis, que atrapando a Mónica en un abrazo comenzó a balbucear torpes disculpas, disculpas que acabaron con un beso apasionado y con un espontáneo aplauso de todos aquellos que pudieron ser testigos de semejante reconciliación. ¡Bravo! ¡Bravo!—gritaba la gente.” ¡Bravo Luis! ¡Bravo Mónica!” pensaba yo emocionada.

A pesar de ese “The End” tan fabuloso acabamos marchando todos hacia el cuartelillo mientras unos y otros nos hacían fotos y nos filmaban con sus

cámaras como si fuéramos las recién expulsadas de la casa de Gran Hermano. Fue durante ese paseíllo cuando Elena se me acercó y me tomó de la mano, yo se la apreté confirmando así nuestra reconciliación. Ella entonces, y a pesar de las circunstancias, esbozó una sonrisa., para acto seguido confesarme pesarosa el haberle largado a Pablo lo de mi rollito con su amigo Juanfran. Le solté de la mano y miré para otro lado “¿Quién me presta una escalera para subir al madero?”— me pregunté saetera. En ese momento mi mirada topó con la espalda sangrienta de Luis, y un poco más allá con la imagen encorvada de Lía que se retorció bajo un almendro aún en flor. Eran las dos cosas más vomitivas que había visto en tiempos, y surtieron el indeseable efecto de doblarme en dos, y de reunirme junto a Lía acompañando así a mi amiga en su asquerosa labor. Un cámara local pasó a nuestro lado y sin saber cómo, me vino a las mientes aquella canción de Sabina que terminaba así:” ¡Qué demasio! De esta me sacan en televisión, Yujuju. De esta me sacan en televisión.”

Capítulo 58

Y efectivamente así fue. La primera constancia de ello la tuve cuando, huyendo de los tambores y del tremendo disgusto que me había llevado con esa confesión de Elena, decidí aprovechar el sol que ya salía por la esquina y mi equipaje casi hecho, para salir pitando hacia el abrazo seguro y el ambiente tranquilo de la casa de mi padre.

Ejem. ¿He dicho tranquilo? Su jardín parecía la versión indie de la fiesta de la cerveza, donde en lugar de cerveza te servían té con galletas de marihuana, y donde unos y otros al ritmo de los yembes bailaban y se agitaban en imposibles contorsiones. Para mí ver aquello fue como si alguien con mayúsculas me estuviera diciendo. “¡Hala, jódete y baila! ¿No querías tambores? ¡Pues toma tambores!

— Es nuestra fiesta de Primavera—me explicó alguien al verme allí plantada con cara de “no me lo puedo creer”— Para nosotros la espiritualidad no ha de implicar ningún tipo de martirio sino que nos ha de traer alegría y movimiento. Hemos de

fluir con la vida. La primavera es tiempo de renovación, y la música y la danza nos equilibran con ello.

Después de tal perorata y mientras yo me preguntaba que les parecería todo eso a los de “El Corte Inglés”, se me acercó un muchacho con rastas y a pecho descubierto, que tomándome por los hombros se me quedó mirando fijo.

— ¡Eh! ¡Tú eres la de la tele!— exclamó.

— ¿Yo?— me señalé a mi misma— ¿Qué dices?
¿Yo nunca he...?

— Eres genial, tía, genial— continuó él y sin más trámites me dio un gran abrazo al que yo para mi sorpresa correspondí con efusividad. Aquello me sobrecogió. ¡Llevaba tanto tiempo sin sobar varón! Y ciertamente, aunque no tuviera ni idea de a que venía todo esto aproveche la ocasión.

— ¡Eh, chicos!— gritó mientras aún me agarraba por los hombros— Esta tía y sus colegas fueron las que ayer reventaron aquella procesión.

Tierra trágame— pensé.

Recibí más abrazos y exclamaciones mientras unos y otros admiraban mi valor por haber participado en semejante acto aún en mi estado. Me llamaron enviada, iluminada y también alguno me tildó de colgada. Yo asentía aturdida y aprovechaba esos abrazos para ponerme al día en afectividad. Sí, claro, también les hubiera podido contar lo que realmente había ocurrido, pero sencillamente no me daba la gana. Este sólo era un malentendido más de los muchos que últimamente se habían cebado en mi vida y que hasta el momento no me habían hecho más que pasar malos ratos. ¿Por qué ahora no aprovechar? ¡Sabía tan bueno el abrazar!

A mi padre, sin embargo, todo aquello no le logró engañar. El me conocía de veras, y sabía que yo era absolutamente incapaz de meterme en semejante berenjenal en aras de una transformación de nuestra espiritualidad. A él sí, a él le conté la verdad de lo ocurrido, y no sólo eso, sino que también le puse al día acerca de todos los sinsentidos que se habían ido produciendo uno tras otro y que habían acabado por provocar mi

despido y el alejamiento de Pablo para siempre jamás.

El me escuchó paciente y con preocupación. Sabía que yo estaba sufriendo, y que esta vez ni los consejos de sus libros de autoayuda podrían con mi desesperación. Esta vez necesitaba auxilio de verdad; en solo unas semanas me convertiría en esa madre soltera en paro a la que mes tras mes su hipoteca, cual planta carnívora, se cerniría sobre su cuenta bancaria dispuesta a engullirse todos sus ahorros. No podíamos perder el tiempo hablando de si yo había atraído todo eso a mi vida a fin de aprender algo o no, o de si quizás el Universo me estaba tratando de decir algo. Por mi al Universo ya le podían dar mucho por culo, y si me quería decir algo que me lo dijera a la cara, y no con esos estúpidos subterfugios con los que parecía que le gustaba actuar. No, ahora debíamos hablar de dinero contante y sonante, y para mi sorpresa mi padre comenzó a hablarme acerca de un proyecto de casa rural en el que si yo quería podía participar, a cambio de un sueldo, claro. ¿Yo?

¿Trabajando en una casa rural? Bueno, de perdidos al río. Aquello podía ser mi mejor elección, ya que en esos momentos el solo hecho de imaginar que Pablo podía estar pensando que yo le había engañado con su amigo Juan Fran me hacía el desear estar muy muy lejos de mi querida ciudad.

Emocionada intenté hablar con Chari para contárselo todo, pero no tenía cobertura.

Resignada salí al jardín. Allí una vez más me dejé abrazar por ese torso desnudo, y mientras bailábamos de la mano junto a un improvisado fuego y él me pasaba un porro que yo denegué, aún le oí comentar:

— Lo de la pota, fue genial. Allí estabais.... — miró al infinito— ¡qué performance! Lo cierto es que sois unas craks.

Tragué saliva. ¿También eso había salido en la tele?

— Genial tía, genial. Fue un momento telúrico— siguió él, y volviéndose entonces hacia mí me beso levemente en la boca.

Aquello ya no me dejó pensar, y simplemente me deje llevar por aquel baile, por aquel sitio, por esos tambores a los que ya había decidido dejar de odiar, y por aquel fuego que ya no solo chisporroteaba en el jardín, sino que había prendido en mí y que durante unos instantes me hizo olvidarme de todo lo demás.

Capítulo 59

A la mañana siguiente, y tras subir por una empinada cuesta recuperaré mi cobertura. Tenía varias llamadas perdidas. Tres de ellas de mi madre. ¿Le habría pasado algo al tío? Pero no, el problema era yo.” Que cómo se me había ocurrido ese acto de herejía, y en mi estado, que qué iban a pensar sus amigas, que quienes eran esas degeneradas que me habían lavado el cerebro, y que cómo se me ocurría hacer eso sabiendo lo que ella estaba pasando”.

Ante mis ojos unas vacas pacían tranquilamente. Por un momento desee ser una de ellas, y tener una madre vaca, rumiante y paciente que no me diera la charla por teléfono, y que no se preocupara tanto por lo que las demás vacas pensarán de su hija, la vaca embarazada y abandonada por ese toro semental en fuga. Además ¿qué era lo que ella estaba pasando? Porque si ella estaba pasando las de San Quintín, yo estaba pasando las de Caín. Que ni sé lo que le paso al uno, ni lo que le paso al otro, ¡y ahí les jodan! que lo mío sí que era grave,

o al menos eso me parecía a mí. Aunque ¡claro! seguro que a ellos lo suyo en sus tiempos les debió de parecer de lo peor. Sobre todo a Caín pues entonces aún casi no había pasado nada de nada.

Por eso intenté hacer el truco de la cobertura; pero no coló. Me dijo que me dejara de bobadas y que regresara inmediatamente a la ciudad. Cuando le pregunté que a qué venía tanta prisa me soltó que estando mi padre y yo juntos nos creía bien capaces de dar a luz a espaldas de ella, y sólo para fastidiarla y estropearle su visita al hospital previo paso por la peluquería.

Me reí. ¿Cómo podían ocurrírsele ideas tan retorcidas? Igual era ella la que quería utilizar mi parto para fastidiar a mi papá, y como dice el refrán: “Se piensa el ladrón que todos son de su condición” Aun así aquello no me cuadraba y así se lo hice saber.

— Pero mamá, ¿no eras tú la que ya habías decidido perdonar y olvidar?

Un silencio siguió a mi pregunta. Agité mi teléfono. ¿Quién estaba ahora usando el truquito de

la cobertura?

— ¿Mamá?

— Sí, estoy aquí— contestó— Perdona hija, es ese hombre, ya sabes, mi pareja—carraspeó.

Entorné los ojos.

— Creo que, no sé, no sé si hay otra mujer, y ciertamente todo esto no ha hecho sino hacerme revivir el abandono de tu padre y... Bueno, que ahora estoy más furiosa que nunca.

— Anda, tranquila, al menos esta vez eres consciente.

— Y luego está lo de tu tío— continuo.

— ¿Cómo va?

— Le operan pronto, aunque quizás no lo supere— suspiró— Tu abuela aún no lo sabe. Ese es otro de los motivos que me hacen desear tu vuelta.

Le expliqué que aún tendría que pasar unos días allí ya que había decidido ponerme a colaborar con mi padre en su proyecto de casa rural.

Quedó callada y se lo agradecí. Sabía que le

estaba costando cambiar y que seguramente en esos momentos estaría mordeándose la lengua por no decir lo que realmente pensaba. Nos despedimos con un beso y le prometí regresar tan pronto como pudiera. Colgué.

Pipi.Pipi.Pipi. ¿Cuántos mensajes nuevos en mi buzón de voz? Los abrí. Hmm. Todos de mi oficina, perdón, mi ex—oficina. Y el teléfono volvía a sonar. Pensé no cogerlo. ¡Qué se vayan al carajo!— mascullé mientras una vaca avanzaba hacia mí. Pero la insistencia llegó a tal punto que pensé que podría tratarse de algo grave, y de mala gana decidí contestar.

— ¿Qué pasa?— pregunté no de muy buenas maneras.

— Paula, escucha.

Era la voz de Manuel, ese Judas que me había vendido por tres asquerosas caladas de cigarro.

— ¿Túú?— ¿cómo se atrevía?— Aún tienes el cuajo de llamarme. La verdad creo que tú y yo ya no tenemos nada de qué hablar.

— ¡Eh! ¡No me cuelgues!— suplicó él— Sé que hice mal, pero ahora no se trata de eso.

— ¿Y de qué se trata? ¿No querrás que te sirva de cómplice para poner a alguien más de patitas en la calle? Tú y el otro desde luego tenéis una idea un poco extraña sobre lo que significa política de personal.

Mientras hablaba me agaché, cogí una piedra y la lancé ladera abajo.

— No escucha, se trata... Tengo dos noticias, una buena y una mala. ¿Cuál prefieres oír primero?

Ya estábamos.

— A ver, ¿la buena, quizás?

— Mira, he estado mirando lo de tu despido, y bueno, resulta que se trata de un despido nulo.

— ¿...?

— Sí, no se puede echar a la calle a una mujer embarazada, alegando las causas que justifican un despido disciplinario.

— ¿Y eso qué significa?

— Significa que la empresa está obligada a readmitirte— ¿había un cierto tono de triunfo en su voz?

— Ya, ¿y esa era la buena noticia?— pregunté yo sin embargo con desilusión.

— ¿No te alegras?— él parecía aún más desilusionado que yo. Igual pensaba que con esto compensaba su mala actuación.

— No lo sé, Manuel, ahora ya no estoy muy segura de nada.

Sinceramente ya me había comenzado a hacer a la idea de quedarme allí, trabajando junto a mi padre en su nuevo proyecto. La sola idea de regresar otra vez a mi rutina habitual, ya no me parecía el mejor plan. Además ¿Por qué nadie me había avisado de todo esto mucho antes? Si lo hubiera sabido hubiera aprovechado durante estos meses mi condición de no despedible para comportarme como una gamberra integral. De mala gana aún le interrogué.

— Y si esa era la buena ¿Cuál es la mala?

Titubeó.

— ¿No podemos quedar luego?— preguntó.

Le expliqué que eso era imposible pues yo me hallaba fuera de la ciudad. Resopló.

—Me debes una. Venga, desembucha.

— Ayer llamó Pablo aquí, por teléfono.

¡Ah! Aguanté una exclamación.

— Por lo visto te vio en la tele— dudó— te vio así, embarazada y... ¿Aún no lo sabía?

— No— musité mientras la vaca levantaba su bobina vista hacia mí.

— ¡Joder!— exclamó él

— Joder ¿qué?— me mordí una uña.

— Creo que te estaba intentando localizar.

Seguramente te llamó a tu móvil, o se pasó por tu casa y al no encontrarte en sitio alguno, pues llamó aquí.

— Ya ¿y qué le dijiste?

Silencio

— Eso es lo malo— contestó al fin.

— ¿Cómo?

— Verás, ni Inma ni yo pudimos atender esa llamada.

Pasaron unos segundos antes de que me atreviera a preguntar.

— ¿Me estás diciendo que fue...?

— Sí, lo cogió “el”, te puedes imaginar. Le explicó con arrogancia que tú ya no trabajabas allí, que habías sido despedida por mantener relaciones con uno de los empleados de la empresa.

Estaba medio mareada, y me apoyé en la vaca que pastaba a mi lado.

— A eso le siguieron varios sí, sí, sí— continuo Manuel— hasta que por último le oí exclamar. “Pues claro que creo que el padre es él, y sí, ese tipo se llama Sergio ¿lo conoce?”

¿Estaba llorando encima de una vaca?

— Después creo que tu chico colgó, dejando al

súper hablando solo, y dándoselas de listo por haber llegado él solito a semejante conclusión.

—Manuel— susurré— ya te llamaré yo. Ahora, ahora no puedo hablar.

La vaca se movió y yo casi caí al suelo. Cogí otra piedra y la lancé aún más lejos. ¿Cómo pretendía Manuel que me alegrara ante la posibilidad de volver a trabajar con semejante anormal?

Miré hacia el cielo ¿Qué me estaba tratando de decir el Universo? A mí, no sé. Pero a Pablo y bien a las claras, el Universo, una Elena enfadada y mi ex—jefe le estaban continuamente diciendo que se olvidara de mí. Bajé la cabeza. La vaca defecaba aparatosamente. “Quizá fuera lo mejor”— pensé apartándome de semejante peste. Si Pablo decidió en su día salir de mi vida, mejor que ahora pensara que aquel embarazo no era asunto suyo. De ninguna de las maneras quería que regresara conmigo sólo por compasión. Aunque... ¿por qué me andaba buscando? Y yo ¿por qué olía tan raro? Sniff. Agg. Olía a vaca cantidad, tendría que bajarme a bañar. Antes de irme miré a la vaca

y la vaca me miró a mí. A pesar de su vacua mirada me pareció que se apiadaba de mí. Le di la espalda y baje aquella cuesta lo más rápido que pude. Cuando llegué abajo miré mi móvil. ¡Qué bien sin cobertura otra vez! Y ahora, si el Universo me quería localizar más le valía mandarme un mensaje por tam—tam.

Capítulo 60

Sin embargo... ¡Tengo tan poquita voluntad y tantas ganas de hablar! A los dos días ya estaba ahí arriba de nuevo, apoyada en esa vaca que parecía haber pasado a convertirse en mi mesilla particular.

Telefoneé a Chari y esta me puso al corriente de todo lo ocurrido desde mi partida. Mónica y Luis habían partido en viaje de novios o algo así. Una especie de segunda luna de miel que habían decidido regalarse después de su última crisis.

Clara y Sergio habían comenzado a buscar un pisito en alquiler. Un sitio solo para ellos en donde poder magrearse a gusto sin que nadie les interrumpiera para suplicarles que sacudieran la funda del sofá.

En cuanto a Elena parecía haber hecho buenas migas con uno de los policías que nos habían conducido hasta el cuartelillo, y ahora se hallaba indagando acerca del estado civil del susodicho no fuera a ser que la volviera a cagar, y volviera a necesitar los servicios de esa psicóloga de mente

retorcida.

Lía animada por quien sabe quién, se había apuntado a uno de esos clubes para solteros, singles les llaman ahora— me aclaró Chari. Y bueno, no había acudido a reunión alguna ocupada como estaba en flirtear por las noches con todos los solteros, casados y divorciados de la ciudad.

Por su parte Chari, de la mano de Rafa, se estaba convirtiendo en toda una experta en eso de observar aves, y fin de semana sí y fin de semana también salían al campo con sus prismáticos para comportarse ellos mismos como auténticos tortolitos. Supuse que ellos también serían dignos especímenes de ser observados.

Y yo. Yo estaba a punto de explotar. ¡Quedaba tan poco ya! Estábamos a mediados de Mayo, y en tan solo dos meses mi niña ya estaría aquí, conmigo. ¿Qué sentiría? ¿Cómo sería? ¿Y yo cómo sería como madre? ¿Sería una bruja insoportable como en ocasiones había pensado que era mi madre? ¿O sería una madre amantísima de esas que se olvidan de sí mismas para convertirse en auténticas

gilipollas? ¿Sería una madre hippy de bebe colgante y lactancia hasta la Universidad, o sería una madre yupi de leche en polvo y guardería todo el día

porquestoymuyocupadaynotengotiempodená?

Si lo pensaba bien ¡había tantas maneras de ejercer la maternidad! Incluso sin tener hijos se podía hacer. Yo, yo intentaría ser una madre con sentido común y muchos abrazos para derrochar.

Cuando una noche le hice participe a Denise de mis dudas, de mis temores, de mi miedo a repetir los errores de mis padres, ella me soltó lo siguiente: “Tus padres hicieron siempre lo que creyeron que era lo mejor para ti. Puede que se equivocaran pero lo hicieron desde el amor que te tienen, y por eso debes olvidar y perdonar”. A veces esta Denise ¡tiene unas cosas! Incluso le pregunte entonces si no había pensado nunca en escribir libros tipo el Paulo Coelho o cosa así. Te podrías forrar— le señalé. Pero ella se encogió de hombros y me dijo que todo lo que ella decía ya estaba escrito, que ella lo único que hacía era

hacerme a mí participe de sus lecturas.

Vamos...que me llamó iletrada. Quise protestar y replicarle que yo también leía. Pero, claro, leer a Rosemunde Pilcher no da para soltar semejantes aforismos. Para lo más que da es para soñar con una chimenea encendida en una tarde ventosa de invierno, o para saber que en Escocia hace mogollón de frío y llueve cantidad. Y ciertamente para saber eso no hace ni siquiera falta leer a tal mujer. ¿Con qué la podía sorprender yo? Como de casualidad le pregunté si sabía cómo se cocinaba el budín de coles. Me miró extrañada y mientras se levantaba de la silla y abandonaba la cocina me soltó que las coles no le sentaban bien, que le daban gases. De nuevo 1—0. Perdió el equipo visitante, o sea yo. ¡Porra! ¿Por qué en mis libros sólo aparecían estúpidas recetas? ¿Dónde estaban esos otros libros con esas frases que sonaban tan bien? “No es lo que nos pasa sino como reaccionamos ante lo que nos pasa” Ciertamente la receta del budín de coles ante eso no tenía nada que hacer. Aunque si el budín no te sale por no

conocer la receta ¿Cómo reaccionas ante eso?

Capítulo 61

Aquel tiempo que pasé allí en casa de mi padre, sin trabajar, sin apenas otra ocupación que mi misma, se me hizo extraño. Aunque ni yo misma me lo creía sentía que me faltaba algo, y los días a veces se alargaban interminablemente como si alguien los hubiera cogido de una punta y se hubiera puesto a estirar y a estirar de ellos.

Daba paseos, eso sí, y ello me hacía sentir mejor. En ese ir y venir por campos llenos de vides, almendros y olivos, comencé a darme cuenta, de alguna manera a intuir que quizás todo estuviera siguiendo un plan, de que quizás todo lo que me había ocurrido, y que visto desde fuera podía parecer digno de un culebrón venezolano tipo Cristal, no fuera tan malo en realidad. Quizás, y otra vez quizás, esta niña era precisamente lo que yo necesitaba para madurar de una vez, para dejar atrás esa adolescencia eterna en la que llevaba cómodamente instalada desde los diecisiete años.

“Ya, pero llevar todo esto tu sola...”, me solían decir esas voces que siempre intentan fastidiar

cualquier cosa buena que se nos pasa por la cabeza, y que lo único que pretenden es hacernos dudar de nuestro propio poder. Y yo, entonces continuaba caminando pisando un poco más fuerte si quieres, esquivándolas con destreza, y les respondía, sí, les respondía, les decía eso: que igual tampoco era tan malo, que sí, que ya sabía, que yo sola, pero que no era la primera ni la última mujer que se vería en una de estas.

“Ya, pero sin trabajo...” insistían ellas, y yo de nuevo, un paso más, las tenía que mandar callar, que sin trabajo estaba ahora, temporalmente, que el proyecto de casa rural estaba ahí, al alcance de mi mano, y que eso era un trabajo ¿o no?

“Bueno, ya, sin embargo...” y aunque se quedaban sin argumentos, sabía que no por ello se quedaban conformes, y me daba cuenta de que solo querían fastidiar, mostrarme el lado chungo de las cosas “que si tu sola, no, que si no podrás, que si lástima de ti y él tan campante, y bla, bla, bla”, como esas malas amigas que en lugar de ayudarte a continuar tu camino se empeñan en ponerte zancadillas.

Por eso yo apretaba el paso, creyendo que así las dejaría atrás, y efectivamente al cabo de un rato se cansaban y se sentaban en cualquier sitio a descansar, y yo, yo me sentaba un poco más allá y contemplaba el maravilloso paisaje que me rodeaba y me sentía más cerca de las montañas que nunca y más lejos de mi misma de lo que nunca había estado.

Y así hasta que un buen día las voces desistieron, decidieron que ya valía de perseguirme, de salir trotándome detrás, y a partir de entonces no me molestaron más, y mi paso, aunque cada día yo pesaba un poquito más, se hizo más ligero. O eso fue lo que me pareció a mí.

Capítulo 62

Al final, y muy a mi pesar tuve que abandonar a mi padre, a mis caminatas y a mis adoradas vacas para regresar a la ciudad.

Mi madre nada más enterarse de mi vuelta, organizadora y disponedora como siempre me llamó para invitarme a comer. Suponía que andaría famélica y desnutrida después de tantos días adscrita a ese régimen espartano al que según ella me habría sometido mi padre.

— Bueno, no es para tanto— la tranquilice mientras se me hacía la boca agua al recordar las tartas de chocolate que entre desprecios y consejos de Denise me había zampado en la soleada cocina.

Pero ella no estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta y sin dejarme darle más explicaciones soltó uno de sus “nada, no hay más que hablar” que cortó en seco todo impedimento, y me dispuso el cuerpo para comerme un buen chuletón.

Sí, como bien suponéis después de leer esto mi prueba de glucosa había mostrado unos niveles

normales, y por eso ahora me permitía estos excesos. Excesos que en esta ocasión fueron pagados por mi madre, mientras lastimera me contaba el porqué ella creía que de nuevo su relación sentimental fracasaría.

— Como ya te dije sospecho que hay otra mujer. No sé, quizás hasta esté casado— me dijo mientras pinchaba lánguidamente un trocito de lechuga con su tenedor.

Yo levanté la cabeza por encima de mi presa y la miré suspicaz.

— ¿Casado?— pregunté entre bocado y bocado.

— Sí, casado. ¿Qué te parece?

“¿Qué que me parece?! Pensé, ya que hablar no podía “Pues me parece que según la psicóloga de Elena, y teniendo en cuenta que el abuelo le fue infiel a la abuela cantidad de veces, tú tienes todos los boletos para engancharte a semejante hombre, o a cualquier otro que lleve la etiqueta de “Ocupado”.

— ¿No dices nada?— preguntó nerviosa mientras

de su bolso sacaba un paquete de tabaco.

— ¡Mamá! ¿Qué haces?—exclamé— ¡Aquí no se puede fumar! Además... ¡si tú no fumas!— le aclaré.

— Estoy muy nerviosa hija— se defendió ella— Además estoy engordando mucho...

— ¡Ya! Pues aquí no se puede fumar— le señalé el cartel que había colgado detrás de ella— Y a la Ministra esa si quería que dejáramos de fumar, más le valdría haber dicho que fumar engorda. ¡Hubieras visto entonces la cantidad de gente que lo dejaba! Quizás debería escribirle una carta— murmuré pensativa a la vez que movía mi tenedor.

— Bueno hija, aún no me has dicho qué es lo que piensas acerca de lo que te he contado— con un gesto rápido cerró su bolso.

— Pues pienso que...—dudé— No sé mamá, me llamaras primaria o neandertal, pero con esto aquí delante— señalé mi chuletón— no puedo ni pensar. ¿Tú no comes?

— No— apartó su plato— ¿Tú qué harías en mi

caso?

— ¿Yo?— casi me atraganté. ¡Mi madre pidiéndome consejo a mí!— ¿Qué que haría yo?

— Síi, ¡que qué harías tú!

Parecía que estaba empezando a perder la paciencia con su única y retrasada hija Entonces recordé las buenas intenciones que Chari y yo habíamos predicado tan solo hacía unas semanas. Hacernos las duras ¡eso era!

— Pues yo me haría la dura— dije al fin.

— ¿?

— Sí, no le cogería el teléfono, no acudiría a alguna cita, no cedería a sus encantos, si es que los tiene—murmuré— Esas cosas.

— ¡Hija!

— Tendrás que hacer del no tu bandera—continué animosa— y plantársela en su terreno. Que no se atreva a pasar de ahí, o se las tendrá que ver con el sheriff O'Flanagan.

— Ya, creo que te entiendo. Aunque eso del sheriff

O'Flanagan sobraba. Es como...— titubeo— hacerse la interesante— miro hacia el infinito, momento que yo aproveché para robarle sus patatas fritas. — Que no me encuentre— seguía ella— que no me pueda localizar, porque mi teléfono esté desconectado o yo no le quiera contestar. Bien pensado hija, bien pensado.

De repente me miró como preguntándose en que momento me había cortado las trenzas y me había convertido en una experta en hombres. ¿No se daba cuenta de que estaba pidiéndole consejo a una mujer con poca o ninguna suerte en el amor? ¿Cómo podía fiarse de mí? Supongo que porque yo era su hija, y porque a pesar de mis fracasos ella seguía creyendo que su hija era de las más listas, de las más altas y de las más guapas de la clase.

Cuando trajeron mis postres, y digo mis porque aunque ella no pensaba comérselo yo le supliqué lo pidiera ya que nos lo iban a cobrar igual, habíamos cambiado por completo de tema y ahora se requería mi asesoramiento en el asunto “abuela”. La cuestión era la siguiente. ¿Cómo y

cuándo decirle a la abu que el tío Juan sería operado a vida o muerte?

Probé mi, o su, mousse de chocolate. “La duda exige dulce “me había dicho Denise en mi primer encuentro con ella. “Qué duda más grande”— me regodeé golosa. Así fue como entre cucharada y cucharada de mousse y tiramisú a partes iguales, decidimos que sería yo quien se lo dijera, y que intentaría hacerlo de la manera más suave posible, llevándole al tema poco a poco, y procurando que todo ese asunto no supusiera para ella un disgusto del que quizás ya, y debido a su edad no se pudiera recuperar.

Más que una comida entre madre e hija, parecía tratarse de una comida de trabajo, tal fue la cantidad de asuntos que tuvimos que despachar. Con los cafés, el espíritu práctico de mi madre me comenzó a acosar con múltiples preguntas acerca de la preparación de la inminente llegada de mi futura hija. La intenté tranquilizar diciéndole que estaba preparando una de mis listas. Sin embargo no se quedó tranquila hasta que delante de ella me

obligó a anotar tres o cuatro cosas que según su criterio no me debían faltar. Para cuando llegó la cuenta me tenía tan harta que ya solo quería escapar. ¿Cómo podía ser tan pesada? El que ella pagara la comida no le daba derecho a martirizarme así. De refilón pude ver lo que le habían cobrado ¡Qué barbaridad! Bueno, igual un poquito de derecho sí que le daba, ¡semejante dineral!

Capítulo 63

A pasitos cortos y sintiéndome un buque insignia regresé aquella tarde a casa. Nada más entrar me desplomé sobre el sofá. ¿Por qué había comido tanto? Sentía que iba a estallar. Me tumbé cual gorda era y agarrando el mando a distancia me lo coloqué sobre la barriga. Fue gracioso ya que aquello comenzó a moverse solo como si Uri Géller se hubiera instalado en mi salón; pero no, era mi niña que hacía de las suyas dentro de mi descomunal humanidad. Seguramente se estaba acomodando entre el chuletón y el tiramisú. Sonreí.

En ese momento sonó el timbre de abajo. “Mierda”— murmuré, y deseé entonces el tener también un mando a distancia para abrir el portal, y la puerta, y ya puestos a desear, un mando que me hiciera la cama y... Rodando sobre mí misma me deslicé fuera del sofá, me puse de rodillas y finalmente me levanté para acudir a abrir. Rezaba para que no se tratara de la tía que siempre traía la publicidad, no quería empezar a llevarme mal con

ella, hasta ahora siempre nos habíamos saludado con amistosidad, si hoy me oía comenzar a jurar... Y no, no era la de publicidad. Era mi Chari. Le abrí abajo y le deje la puerta de arriba medio entornada a fin de que no tuviera que volver a llamar. Yo volví a mi postura focal, y desganadamente comencé a hacer zapping.

— ¡Eo, eo, e, oe, oe, oe, oe, oe! ¡Porque esto es Africa!

— ¡Chari, por Dios! ¿Se puede saber a qué viene semejante cantinela?

— Mira.

Me enseñó una camiseta con los colores de la selección española. Yo sin moverme un ápice de mi postura la miraba con paciencia

— ¿Y qué?— le pregunté.

Se sentó a mis pies, y arrebujo su camiseta.

— Tía. No te enteras de nada. ¿No sabes que empiezan los mundiales de fútbol?

— Psi. A mí lo único que me preocuparía que

empezara mundial sería una guerra. Pero ¡un mundial de fútbol! Además ¿desde cuándo te interesan a ti esas cosas? Antes todo esto te la traía tan floja como a mí.

— ¿Qué dices tía?— replicó ella— A mí ya sabes que los partidos de España contra— dudó— contra alguien siempre...

— Siempre te han importado cero— la corté.

— Bueno, pues ahora me interesan—se defendió.

— Es Rafa ¿no? ¿También va a ver el fútbol con los prismáticos esos?

Me sacó la lengua.

— ¿Y tú qué?

— Yo nada. A mí el fútbol me la suda.

— No me refiero a eso. ¿Que qué tal?

— Te puedes imaginar. No quería volver. Después de lo que Pablo debe estar pensando de mí.

— Bueno— suspiró— Al menos lo estará pensando a kilómetros de aquí.

A pesar de lo imposible, logré incorporarme de mi posición.

— ¿Cómo?

— Sí, para mí que se ha vuelto a largar— Ahora el zapping lo hacia ella— Ya no le veo bajar a almorzar con los de su trabajo.

Me volví a desplomar. Se había ido, se había vuelto a largar., y seguramente no estuviera cuando yo diera a luz. Bueno ¿y qué? ¿Por qué le iba a importar si encima pensaba que tal hijo no era suyo? Sentí un nudo en la garganta.

— Paula ¿estás bien?— me preguntó mientras sus ojos no se apartaban de la pantalla de la tele.

— Sí— mentí— Es solo que le tengo que contar a mi abuela que operan a mi tío, su hijo, y bueno... no sé cómo decírselo.

Hablando del rey de Roma...Mi abuela asomó entonces por la puerta.

— ¡Hola chicas! ¡Paula que bien que hayas vuelto!
— gritó creyendo que las sordas éramos nosotras y no ella— ¿No habrás tomado muchos cafés durante

estos días que no te he estado vigilando? Se sentó junto a nosotras sin esperar siquiera contestación.

Chari me miró y yo la miré a ella. Con la cabeza le hice un gesto que llevaba mucho tiempo queriendo hacer, aunque hasta el momento no había tenido ocasión, y que quería decir inequívocamente que se largara. Ella entonces se levantó y dijo que bajaba al súper a por unas cositas.

Mi abuela la miró suspicaz y le preguntó si no sería alcohol eso que iba a comprar. Chari no se molestó ni en contestar, y yo por disimular le pedí que me subiera un yogurt.

— ¿Un yogur?— repitió desde la puerta del salón.

Asentí.

— ¿Con azúcar o sin azúcar? ¿Natural o de frutas? ¿Con l—casei o con Benecol? ¿Desnatado, normal o bio? ¿Líquido, sólido o gaseoso? ¿Con frutas cortadas o...?

— ¡Basta!— grité— ¡Un yogur blanco de los de toda la vida!

— Vale, vale, aunque no sé si será tan fácil— y

dicho esto nos abandonó.

Y ahora ¿qué? ¿Cómo le decía yo a mi abuela lo que le tenía que decir? Quizás hubiera debido obrar como ella, y haber ido colocando fotos estratégicamente por toda la casa. Por ejemplo, una foto de un médico en el armario esquinero que pusiera: “¿Sabes a quien voy a operar?” Otra pegada en la puerta de la nevera con una foto de mi tío pegada a una nota que dijera: “¿Quién dijo miedo, mamá? ¿Sabes que de esta me puedo quedar?”

Vale, igual el método era un tanto brusco, aunque precisamente fue ella la primera que pensó que podía funcionar. Sin embargo, yo sabía que este asunto no lo podía llevar así.

Me incorporé en el sillón y me quede frente a ella. Era la única manera.

— Abuela— la llamé.

En la tele había un programa de esos en los que la gente gustaba de mostrar sus miserias, a la vez que pretendían dar una sorpresita a alguien. En

realidad las más de las veces los primeros sorprendidos eran ellos, cuando los supuestos ex amantes, ex novios, o ex amigos les mandaban a tomar por culo sin ningún miramiento ni consideración. ¿Y qué pensaban? ¿Qué por salir un ratito en la tele iban a dejar de ser los gilipollas de siempre?

— Abuela— repetí mientras le apagaba la tele.

— ¡Eh!, ¿qué haces?— protestó ella.

— Verás, necesito hablar contigo.

— ¿Ha...ha pasado algo con tu madre?

Últimamente está otra vez un poco, no sé, pensé que ese novio suyo le haría bien.

— No, no se trata de mamá.

De repente se me ocurrió. Lo había visto en la tele o en el cine, no recuerdo. El truco consistía en dar una noticia horrible y falsa, para que luego la siguiente y verdadera fuera asumida con mayor resignación.

— Se trata del tío.

— ¿El tío? Hace días que no sé de él. ¿Le ha ocurrido algo?

— No, bueno, sí, en realidad sí— A ver que me inventaba. ¿Qué era peor que ser operado a vida o muerte?

— Creo—dudé— creo que ha muerto.

— ¡¿Cómo...?!

— QUE CREO QUE HA MUERTO.

— ¿Cómo que crees que ha muerto? Uno se muere o no se muere. NO hay término medio.

— Vale, pues que...ha desaparecido, y creemos que puede haber sido víctima del tsunami.

Me miró con extrañeza. “Quizás debía de haberlo planteado mejor”— me dije.

— El tsunami fue hace años. ¿A qué viene todo esto? Tú me mientes.

— ¡Qué sí abuela!— reí— ¡Qué no ha desaparecido! Que sólo le van a operar. A vida o muerte, claro— añadí presurosa— Pero ¿a qué ya no te parece tan grave?

Se levantó, se acercó a mí, y me soltó una bofetada abandonando después con paso firme el salón.

Yo me quedé allí, incrédula. Con la mano puesta en la mejilla donde ella había descargado su ira. “¡Joder! Pues en la tele sí que funcionó”—me dije contrariada.

Entonces regresó Chari. Venía desgredada y con cara de pocos amigos. De malas maneras dejó un magullado yogurt sobre la mesa.

— Toma—me dijo— El último que quedaba. Y yo me piro.

— ¿Adónde vas?— pregunté mientras aun me frotaba la cara.

— A ver uno de los partidos en pantalla súper gigante.

De su bolsa sacó nuevamente su camiseta y no solo eso, sino también una bufanda.

— ¡Chari!— exclamé— ¡Estamos en Junio!

— ¡Qué más da!— saltó animosa— ¡A por ellos, oe, a por ellos, oe!

“Ale, pues a por ellos”—pensé— “Y ellos no sé si sudaran la camiseta o no, pero mi Chari, con esa bufanda ¿dónde creerá que va?”

Capítulo 64

Aunque tardía me incorporé al curso de preparación al parto. ¡Aquello era digno de ser filmado por los del Nacional Geographic! Quince o veinte hembras cada una con su respectiva barriga, tumbadas sobre unas colchonetas y resoplando como morsas. Quince o veinte hembras que cuando la matrona que impartía el curso decía “ahora ya os podéis levantar” se oía tal murmullo de gruñidos y quejidos que más que estar en un ambulatorio parecíamos estar poniendo la banda sonora a una peli porno.

Pero lo mejor era cuando ensayábamos el empujar “un, dos, tres, ahora” ¿Por qué hay ruidos que lo mismo valen para usarlos en el baño al defecar, que para usarlos en lo que se ha dado en llamar por muchas madres “elmomentomasfelizdemivida”?

Pues todo aquello servía, sí, servía. Madres ya experimentadas me comentaron que en sus anteriores partos les había venido muy bien eso de saber respirar, y el cómo debían empujar. Yo, sin

embargo, no podía por menos que imaginar que alguna de ellas se habría puesto histérica, y que seguramente habría acabado escupiendo a su marido y a su médico a fin de evitar que cualquier hombre la volviera a tocar. ¡Vamos hombre! Lo hemos visto en la tele, y si sale en la tele es que existe. ¿O es que las locas van a ser siempre las de las miniseries? No, no me creo que las mujeres de carne y hueso en ese momento en el que parece que te vas a partir en dos y a volverte tarumba de dolor recuerden la respiración de emergencia, y comiencen, como quien está haciendo los deberes, a resoplar ordenadamente tal y como aprendieron en su curso de preparación, y que luego cuando ya estén totalmente descuajeringadas y el ginecólogo les anime con un “Venga, empuja ahora” lo hagan con orden y concierto como si llevaran haciéndolo toda la vida. Pero me dicen que sí, que lo hacen, que empujan cuando toca y resoplan con ritmo. Ahora, eso sí, me lo dicen desde la superioridad que les da el haber sido anestesiadas con la epidural. Y eso es trampa. De ahí que estas mujeres de verdad no tengan nada que ver con los

numeritos que nos colocan en la tele, y que tanta aprensión han provocado y tan mal han hecho al mundo de la obstetricia y ginecología.

Lo peor para mí, sin embargo lo peor, es cuando aparecen los maridos, compañeros, o parejas ¡qué más da! y colocan su manaza sobre la tripa de su mujercita a la vez que vemos un didáctico video sobre cómo serán esos primeros días en la vida de nuestros futuros retoños. Y se miran cómplices, y se sonríen, y se dan la mano. Y yo, yo no tengo a nadie que coloque su manaza sobre mi barrigaza, ni que me sonría, ni me mire cómplice, ni se ría cuando hablan del sujetador de lactancia” ¡Serán idiotas! “No, no lo tengo, ni mi hija tendrá un dedazo de padre al que aferrarse bien fuerte para luego no querer soltarse jamás .No, no lo tendrá. Pero no he de llorar, ya estoy aquí y ya no hay vuelta atrás, y solo puedo pedir eso que piden todas, “un ratito corto” y nada más.

Capítulo 65

Aquella tarde, ¡claro! Aquella tarde. ¡Si no podía ser otra! Aquella tarde se jugaba un partido histórico según había tenido que oír una y mil veces en todos los medios de comunicación.

España, ahora llamada “la roja” había conseguido por primera vez en la historia del mundial de fútbol llegar a la final y en pocas horas se disputaría el título de Campeón Mundial jugando contra Holanda. Y el país ante semejante panorama, estaba histérico.

Así mientras España entera, o casi, se preparaba para la “Gran Victoria”, “Todos con la Roja”... Yo me encontraba tranquilamente despatarrada sobre mi sofá y esta vez no hacía zapping, ni me entretenía en observar como mi niña jugaba a la telequinesia. No, esta vez mi inmenso yo se hallaba rodeado por una maraña de papeles y formularios que había de rellenar para ir sacando adelante el proyecto de casa rural y sobretodo intentaba pasar del país entero, pues a mí el fútbol ni me va ni me viene, y como me decía a mi

misma, no se puede pretender que por un simple partido te comience a gustar algo de lo que siempre has pasado y además no entiendes. Solo cruzaba los dedos para que nadie se acordara de mí y decidiera que yo me tenía que unir a la fiesta y ver el histórico partido rodeada de algarabía histórica. No estaba por la labor.

Entonces mi teléfono móvil sonó y lo miré culpable, no quería, no quería. Miré quien llamaba, Chari. Buff. Igual me buscaba para que la acompañara a plantarme delante de una pantalla gigante, enrollada en una de esas bufandas y con una vuvuzela en la boca. Solo de pensarlo me estremecí. Aun así y no sé cómo, mi dedo presiono el botón verde. .

— Sí, dígame— me oí decir.

— Oy Ari— una voz irreconocible me respondió

— ¿Ari?—pregunté dudosa— Pues yo más bien diría que eres la reencarnación de José Isbert.

— Oer ,Aula, o e ias.

— Ah, ¡qué eres Chari!— evidentemente era ella

— Por un momento pensé que alguien le había dado mi teléfono al Sabina. Ves, si ya te decía yo que esa bufanda, y en pleno mes de Julio...

— O uedo abla.

— Ya. Que no puedes hablar, pues no hables. Ale, adiós.

— O, o, cuelgues. Importante.

— A ver ¿qué pasa? ¿No me irás a contar que Rafa se ha ido con María Jesús y sus pajaritos?

Era genial ¡Chari no podía hablar! ¿Cuándo me vería en otra igual? Ahora le podía decir lo que me viniera en gana. Genial, genial.

— Puff—resopló— E e hablo.

Fue oír el nombre de Pablo, o lo que de él quedaba, y mis ganas de cachondearme de mi amiga cayeron en picado. ¿Qué pasaba con Pablo? ¿Cómo me podría enterar si esa elementa no podía hablar?

— Chari, tranquila—le dije, cuando allí la única que estaba nerviosa era yo— Voy para allí, tú no te

muevas de donde estés. Por cierto ¿dónde estás?

— Afetería— contestó la versión femenina de Ricky Corleone.

— Pues ahí voy, y me llevaré a mi abuela. A ver si así amortizamos esas clases de lectura de labios. Tú espérame que enseguida llego.

— ¡Abuela!— grité bien alto nada más colgar—
¡Abuela, te necesito!

Apareció ella arrastrando los pies.

— ¿Otra vez te has quedado varada en el sofá?—
me agarró una mano— Hija, como no des pronto a luz a mí me va a dar una lumbalgia. Eso por no hablar de lo deprimida que estoy—. Añadió con resignación.

— Abuela, lo del tío va a salir bien, ya verás—la animé mientras me levantaba apoyada en ella— Y en realidad, además de para ayudarme a levantar, ahora te necesito para otra cosa más.

— ¿Para qué?

— Tú ven conmigo, y en el camino te contaré.

Y así fue como aquel caluroso 11 de Julio salimos las dos al encuentro de la afonía de Chari.

Cuando llegamos nos la encontramos tal y como yo imaginaba: absorta mirando la tele y con esa asquerosa bufanda colgando del cuello. La toqué en el hombro Ella se sobresaltó, y me miró como arrepentida.

— ¿Qué pasa?— continué.

PABLO, escribió en una libreta que tenía al lado.

— Sí, ¿Qué pasa con él?

Intentó hablar pero apenas un graznido salió de su garganta.

— No puedo—escribió.

— No te preocupes— tomé asiento a su lado, a la vez que indicaba a mi abuela que se sentara frente a ella— Mi abuela está aquí. Ya sabes que puede leer los labios.

— Ae— y me levantó el pulgar como para indicarme que la idea le parecía genial.

— Ha dicho vale— el tono de voz de mi abuela

era monocorde. Desde que se había enterado de lo de mi tío había perdido la ilusión por todo, incluso por este histórico partido, y aunque en el coche había intentado animarla diciéndole que aquella era una ocasión única para demostrar su valía como leedora de labios, ni siquiera eso le pareció entusiasmar. Si lo hacía, me había aclarado, era por mí, porque sentía que durante esos últimos días de embarazo ella me tenía que cuidar, y sobre todo no contrariar.

— Sigue— le insté.

— Dice que Pablo ha vuelto. Que quedan los de su trabajo para ver el partido ese de España en la cafetería de enfrente.

Inquieta me removí en mi asiento

— y que cree que dentro de poco le podrás ver por esa cristalera. Ha salido después del primer tiempo pero cree que regresará.

Miré hacia donde ella me indicaba. En ese momento me pasó sus prismáticos. Dudé. ¿Eso estaba bien? ¡A la porra!

¡Hala, qué pasada! Pero si parecía que los del bar de enfrente los tuviera al lado. “Joder”—murmuré.

— Que qué pasa, pregunta Chari— oí a mi abuela

— Ah, nada, que el camarero de ese bar al salir de la barra le ha tocado el culo a una clienta.

— A er— Chari me arrebató los prismáticos.

— Dice que a ver— tradujo mi abuela.

— Eh, Chari— exclamé molesta porque me hubiera quitado mi juguetito.

Pero ella estaba a lo suyo, y de momento no tenía ninguna intención de desprenderse de aquel cacharro. De pronto comenzó a intentar hablar.

— Pablo está entrando por la puerta con una morena— tradujo mi abuela.

Le quité los prismáticos y miré. Efectivamente, aquella era Pamela, la morena de administración. Entonces se me ocurrió.

— Abuela— exclamé— ¡Toma! Le pasé los prismáticos y mientras atónita me miraba le expliqué que igual podía ver de lo que hablaban.

— ¿Yo?— preguntó extrañada. Aunque de pronto su antiguo brillo en los ojos reapareció. ¿Y por qué no?— preguntó— Siempre quise ser espía— y diciendo esto se los colocó.

— Uno solo y un cortado—comenzó.

— Bueno, tampoco hay que radiarlo todo— replique impaciente.

— Ha comenzado a hablar Pablo.

Chari me paso una nota “Pregúntale como tiene las tetas” Por supuesto que no le hice ni caso y seguí atenta a lo que mi abu pudiera decir que decían.

— Ajá, ajá— comenzó ella

Yo comencé a manosear inquieta la bufanda de Chari.

— ¿Qué dicen? ¿Qué dicen?

Con la mano me hizo un gesto como para que me callara, mientras continuaba con su labor. ¡El tiempo pasaba tan lento! Finalmente apartó de sí aquellas lentes, y risueña me miró.

— ¡Si supieras hija!— me soltó.

¿Sí supiera, qué? Dímelo, dímelo, dímelo. ¿No era ella la que se suponía no me quería contrariar?

— Tranquila, en tu estado no te conviene excitarte. Te cuento— comenzó ante mi cara de exasperación

— Pablo le ha dicho a esa mujer que ya no está enamorado de ella, bueno, que en realidad ni siquiera sabe si lo estuvo alguna vez. Que...que no se ha portado bien, que en realidad lo único que quería era darte celos porque cada vez te veía más lejana de él. — calló mi abuela un momento y un suspiro de no sé qué salió de su boca para inmediatamente proseguir en su narración— Y que aunque le han dicho que ese hijo que esperas no es suyo, algo le dice que eso no es así, y que siente que tiene que intentarlo.

Chari había comenzado a aplaudir. Y yo, ¡me empezaba a sentir tan rara!

— En cuanto a ella, como os digo, no la puedo ver. Aunque no me cuesta nada imaginar los insultos que en estos momentos estarán saliendo por esa linda boquita, eso si no le ha cruzado la cara de un bofetón que es lo que se merece el tipo. ¡Sera....

Reían Chari y mi abuela. Yo mire hacia abajo ¿Esto era lo que llamaban romper aguas?

— ¡Abuela, abuela!— grité.

— Calla hija— me hizo un gesto con la mano, sin querer despegarse de esos prismáticos.

— Chari, abuela ¡Qué estoy de parto!

Todas las cabezas que llevaban un buen rato pendientes de la pantalla de la tele se giraron hacia nosotras y por unos segundos el tiempo pareció quedar detenido, aunque fue por pocos segundos pues al instante Chari, mi abuela y yo rompimos el hechizo poniéndonos en pie y abandonando apresuradamente el local para meternos en el coche de aquella. Yo iba controlando mis contracciones a la vez que mi abuela intentaba localizar a mi madre.

— Apagado o fuera de eso— me informó desde el asiento de atrás.

¡Ja! Muy típico de mi madre. No estar cuando se la necesita. Seguro que había elegido ese preciso momento para hacerse la dura con ese hombre.

¿No se acordaba de que su hija, su única hija, estaba a punto de parir? ¿O estaría también viendo el partido?

— Lo que si podrías hacer es ir llamando a su peluquero para que le vaya haciendo un huequecito. Ya sabes que ella sin arreglar no querrá ir ni al hospital. Ay— me quejé.

— Anda, ahora no estamos para esas gracias. Estoy llamando a tu padre, aunque me parece que ídem de ídem., otro al que no hay manera de pillar.

— ¡Ay!— volví a gritar.

“Pues menudo panorama. ¿Tendría que dar a luz entre una afónica y una sorda? Eso sí que estaría bueno. Sería como la peli esa de “No me chilles que no te veo” ¡Qué mala por cierto!” Sólo de imaginármelo me dio la risa tonta, y tanto la una como la otra se miraron entre ellas, preocupadas sin duda, ya no por mi estado físico sino también por mi estado mental.

—¿Qué pasa? —les pregunté— ¿Es que vosotras no habéis oído hablar de la risoterapia?

Capítulo 66

Una vez llegamos al hospital, rápidamente nos hicieron pasar a la sala de dilatación. La matrona al vernos entrar a las tres frunció el ceño, y mientras me hacía un tacto vaginal le tuve que explicar que ambas venían en el mismo pack. Después de eso, y a la vez que yo soltaba un larguísimo ay, producto de una contracción, me dijo que ya estaba de siete centímetros de dilatación, con lo cual de epidural nanai.

“¿Cómo que no había epidural?” estuve a punto de gritar. Aquello dolía a rabiar.

Por si todo esto no fuera suficiente, como ruido de fondo tenía que aguantar el soniquete del partido de futbol que alguien había puesto en una sala a todo volumen.

Así, en un momento en el que yo ya estaba deseando tener una de esas experiencias cercanas a la muerte en las que pudiera dejar a mi cuerpo abandonado a su suerte mientras yo me iba de piro por el hospital, apareció el ginecólogo. Otro que también comenzó a hurgar en mis profundidades a

la vez que me instaba a empujar.

Tantas ganas tenía de que aquello acabara ya que realice el mandado con un empeño descomunal a lo que él asustado me ordenó parar.

— Esta ya está— indicó entonces a la matrona con una riqueza tal de vocabulario que para si hubiera querido la Enciclopedia Universal.

— Y me parece— añadió ahora mirándome a mí— que antes de que acabe la prórroga a más tardar, su criatura ya habrá nacido— A ver, ¿quién va con ella?—miró a mis dos acompañantes

Yo tenía ganas de llorar. ¿Cuánto duraba una prórroga? ¿Y dónde estaba Pablo? ¿Y mi mamá? ¿Y mi papá?

Al final decidí que fuera mi abuela quien me acompañara y la camilla comenzó a rodar, mientras Chari nos seguía dos pasos más atrás.

Salimos a un pasillo que parecía nunca se iba a acabar. A lo lejos vislumbro una figura en silla de ruedas que poco a poco se acercaba hacia nosotras guiada por un enfermero. Entonces lo oí.

— Paula— una voz de hombre que me llamaba.

Pensé que se trataba de una alucinación. El dolor era capaz de eso y de más.

— Paula— volví a oír.

Entonces ya no me cupo duda alguna. Aquella figura de la silla de ruedas, escayolada de un brazo, con el ojo amoratado y con todo el labio hinchado, era Pablo, mi Pablo.

— Pablo—me sujeté a su mano, mientras tanto su enfermero como mi camillero, intentaban seguir sus caminos

— Paula ¿Vas a...? ¿Ese niño?

— Sí, voy a dar a luz. Ayyyy— no podía hablar más.

— Y e ño e uyo— intentó Chari explicar.

— Que el niño es tuyo, dice— tradujo mi abuela al final.

A pesar de mi dolor sonreí, después de lo que mi abuela había visto que él decía en esa cafetería sentía que ya no había por que ocultarlo más.

Los camilleros pararon de golpe. Supongo que nuestro culebrón les debió parecer más interesante que la final del mundial.

— Yo pensé que...— habló Pablo que debido a la herida en su labio tampoco podía decir mucho más.

—No. Ayayay— una contracción. — Y tampoco estuve nunca con Juanfran. ¡Ayayay!

—Eso ya lo sabía yo— dijo él.

Apareció el ginecólogo que venía por detrás.

— Rápido, rápido, a la sala de paros. ¿Qué hacen aquí parados?— y sin esperar respuesta alguna siguió caminando.

Y entonces ocurrió. Pablo se levantó de esa silla, y torpemente y sin soltarme la mano me indicó que él se venía conmigo, que él sería mi acompañante en el parto.

Lágrimas de no sabía muy bien qué comenzaron a caer sobre mi impúdico camisón. Ni en una de mis más caprichosas visualizaciones hubiera yo imaginado una escena tan ideal. Sólo faltaba la

epidural, entonces ya hubiera sido lo más.

Chari y mi abuela me desearon suerte mientras atravesábamos la puerta batiente que nos llevaba al paritorio. Yo entonces me agarré bien fuerte a esa mano de la que me dije ya no me soltaría nunca más.

— ¿Y a ti que te ha pasado?— le pregunté en un pequeño instante en que el dolor desapareció de mi cuerpo.

— No sé, algo muy raro— farfulló a través de su abultado labio— Fui a casa un momento antes de la prórroga y cuando entré en el portal dos tíos se abalanzaron sobre mí, y mientras me llamaban Luis y me soltaban no sé qué sobre ser infiel a mi mujer, han comenzado a darme de hostias.

— ¡Ay, ay, ay!— me quejé a la vez que me acordaba de toda la parentela de Sergio y sus amigos matones. Aunque pensándolo bien si no hubiera sido por ellos...

— Venga, venga— se oyó entonces desde algún lugar.

— Al final nos lo tendremos que jugar a penaltis— comentó el ginecólogo mientras le veía rebuscar entre el material médico.

— ¿Cómo van?—preguntó Pablo.

A mi entonces me hubiera gustado convertirme en la niña del exorcista, y con un giro rápido de cabeza haberles soltado a cada uno de ellos uno de esos grajos verdes y flatulentos. ¿Cómo podían estar hablando de fútbol mientras yo agonizaba de dolor a su lado? Si no hubiera sido por lo que era, en ese mismo momento me habría levantado y me habría largado.

— Cero, cero y ya estamos en el segundo tiempo de la prórroga— le informó el médico— Así que... Y ahora Paula— de nuevo ese tono profesional dirigiéndose a mi— aguanta un poquito. Cuando yo te diga deberás empujar con todas tus fuerzas.

Asentí con la cabeza, y comencé a respirar para aguantar tal y como nos había enseñado la matrona. Respiración suave. Respiración de emergencia. Apretaba tan fuerte la mano buena de Pablo que no dude en que una vez acabara todo

aquello también se la tendrían que escayolar.

Después de unos eternos minutos que sin duda imagine ya pertenecerían a la segunda parte, volví a oír la voz del médico.

— Ahora, Paula, a por ello.

— Sí, a por ello, cariño, a por ello— repitió Pablo.

“Como cuando esto acabe vuelva a oír eso del a por ello no respondo de mí”—mascullé.

Y fui a por ello, y de repente sentí como me vaciaba, y como el mundo se transformaba, y como alguien me colocaba a un ser diminuto encima, y yo lloraba, y Pablo lloraba, y alguien entraba gritando:

— ¡¡ Goooool!! ¡Gool de Iniesta!! ¡Viva la madre que lo parió!— exclamó la voz— Perdón Señora, yo no...— se excusó avergonzado al verme allí y salió por donde había entrado.

Y ahora yo reía, y Pablo reía, y la niña lloraba. Y el mundo se convertía en ese lugar perfecto donde a veces todos ganábamos siempre, puede que no a

la primera ni siquiera a la segunda, pero donde siempre nos queda la prórroga para volverlo a intentar. Una vez más.

